



se

**NAIARA
DOMÍNGUEZ**

LA CHICA DE PABLO

¿QUÉ PASARÍA
SI TU ÍDOLO SE
ENAMORARA DE TI?

Lectulandia

Marina es una chica normal hasta que, un día, un concierto de su cantante favorito cambiará su vida para siempre.

Ambos comparten un momento muy intenso en el escenario, y un «quiero verte pronto» de él la convertirá en una chica muy especial, la más buscada de todo el país. Marina deberá hacer frente a sus inseguridades y superar sus miedos para cumplir sus sueños. Pero como si el destino jugara en su contra, una serie de casualidades impiden que Marina y Pablo puedan estar juntos, obligándolos a amarse en silencio.

La historia que cualquier fan querría vivir con su ídolo con un desenlace sorprendente e inesperado.

Lectulandia

Naiara Domínguez

La chica de Pablo

ePub r1.0

Titivillus 26.04.16

Título original: *La chica de Pablo*

Naiara Domínguez, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste

más libros en lectulandia.com



3



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre

*A todas aquellas que pasáis lluvia, frío, sol y eternas horas de espera para
escucharlos, verlos o abrazarlos.*

Un homenaje a todas nosotras, las fans.

1

TÚ

Su sonrisa me cautiva hasta el alma. Recorro centímetro a centímetro su rostro hasta llegar a su infinita mirada, en la que me veo reflejada. Su voz me envuelve y me acaricia elevándome al séptimo cielo. Mi corazón late como si no existiera un mañana.

Miro el reloj tras horas aislada en mi mundo. Las cuatro y media; demasiado tarde ya. Acciono el botón del ordenador para que su imagen desaparezca y, tras perderle de vista, bloqueo la pantalla dejando que su música siga regalándome los oídos. Me pongo en pie y avanzo hasta mi cama. Sobre ella reposa mi fiel compañera, *Matilde*.

Acaricio sus cuerdas, las duras y tensas cuerdas metálicas de la vieja guitarra que me regaló mi abuelo, y que me evade del mundo. La música siempre me ha ayudado, me acompaña en los buenos y en los malos momentos para celebrar u olvidar, según sea el caso, lo que me rodea.

Observo por última vez la ropa tendida sobre la cama y me dirijo al baño convenciéndome a mí misma de que es la perfecta. Me meto en la ducha dejando que el agua resbale sobre mi piel, devolviéndole la temperatura que el frío le ha robado. Me envuelvo en una toalla y regreso a la habitación consciente de que no puedo perder un segundo más.

Me llamo Marina, tengo diecinueve años y vivo en Barcelona. Soy la más pequeña de la familia, aparte de mis padres solamente tengo un hermano mayor, que más que un hermano es mi mejor amigo. Se llama Álex, me lleva diez años y es médico. Ya hace más de un año que está en África realizando su sueño: ayudar a los niños con Médicos sin Fronteras. Por eso, en casa, sólo estamos mis padres —Blanca y Álvaro— y yo. Mi madre es enfermera. Conoció a mi padre, que es notario, en el hospital cuando cuidaba de mi abuela.

Yo estudio Periodismo en una de las mejores universidades de la zona, aunque ello me cueste casi dos horas diarias de viaje. A pesar de que mi gran pasión siempre ha sido la música, desde que tengo uso de razón me fascina la radio. Me imaginaba las caras de los locutores que escuchaba y me divertía imitarlos con ese soniquete tan peculiar que hacen al hablar.

Pero mi vida entera gira en torno a la música...

Hoy es un día muy especial. No he podido pegar ojo en toda la noche, y llevo media mañana probándome ropa para intentar estar perfecta. Por fin ha llegado el día tan ansiado, la noche que llevo esperando un año entero. Hoy Pablo vuelve a Barcelona para cantar en el Palau de la Música y voy a verle con Claudia, mi mejor amiga.

Claudia y yo tenemos la misma edad y nos conocemos desde que éramos muy pequeñas, cuando vivíamos en el barrio de Sants e íbamos juntas al colegio. Luego, mis padres decidieron que nos trasladáramos a la zona alta de la ciudad y, casualmente, tras la separación de sus padres, su madre se vino a vivir cerca de mi nueva casa. Así que acabamos estudiando en el mismo instituto.

El caso es que, por culpa de Claudia, Pablo me encanta, me emboba, me encandila... Vamos, que me vuelve loca. En un principio, no quería ni oír hablar de él. Me horrorizaba todo lo que tuviera que ver con Pablo, el cantante de moda. Mi amiga y el mundo se rendían a sus pies. Sus canciones sonaban en todas las emisoras de radio, sus fotografías empapelaban las calles de la ciudad anunciando sus próximos conciertos...; era realmente abrumador. Pero, de pronto, un día todo cambió.

Había pasado la tarde en la biblioteca y llegué a última hora a casa. Cené algo rápido y me metí en la cama en busca de un poco de tranquilidad y descanso. Encendí la televisión y le vi. Era el invitado de aquella noche en *El hormiguero*.

Reconozco que lo primero que me pasó por la cabeza fue cambiar de canal, cualquiera me valía con tal de que aquella imagen desapareciera de la pantalla. «Otra vez este...», pensé. Pero, por algún extraño motivo, su sonrisa me atrajo y seguí viendo la entrevista. Entonces sucedió: me cautivó con sus palabras, con su simpatía, con su ternura y con la sensibilidad que desprende al tratar con los demás, en especial con sus fans.

Bien, pues ha pasado un año ya de todo aquello y Pablo se ha tomado un tiempo de descanso. La espera se me ha hecho eterna, pero hoy por fin podré verle y escucharle en directo.

Claudia está mucho más acostumbrada a estas cosas. Aparte de seguir a otros artistas, como Antonio Orozco o Alejandro Sanz, conoció a Pablo justo cuando la carrera del gaditano despegaba. Había tenido la oportunidad de asistir a varias firmas de discos, encuentros y conciertos junto con el grupo de fans que habían formado en Barcelona. El cantante les había cogido cariño, y hablaba con ellas al terminar los eventos.

Pablo es atento, amable, dulce y cariñoso con las fans; o por lo menos eso es lo que dicen todas las afortunadas que han logrado tenerle delante.

Acabo de arreglarme y me miro al espejo tratando de domar mi cabello ondulado, que siempre se resiste a mis peinados. Un ligero toque de maquillaje y en mi bolso todo lo necesario para disfrutar de la noche. Me miro al espejo por enésima vez y el claxon del coche de mi amiga me alerta de que ya ha llegado. Bajo al salón a despedirme de mis padres, que acaban de volver del trabajo, y salgo de casa eufórica.

—¡Vaya, nena! ¡Pero si nos vamos de boda y no me he enterado! —me dice Claudia.

—¡Calla, boba! —le espeto entrando al coche y cerrando la puerta con fuerza.

—¡Eh, eh, tranquilidad! Que Pablo no me va a arreglar la puerta.

—Lo siento, estoy como un flan —me río sacando la lengua.

—No, si ya... —me dice, y arranca el coche.

Esperamos ansiosas en la puerta del Hotel Arts, uno de los mejores de la ciudad. Pablo todavía no ha salido de allí, al menos es lo que nos ha comentado el personal de seguridad, así que seguimos, pacientes, esperándole. Nos hemos encontrado con dos chicas más, a las que Claudia ya conoce y que me acaba de presentar.

Una se llama Mariela, es algo más joven que nosotras, morena, con un precioso cabello rizado y los ojos claros. La otra es Laura, que tiene nuestra edad, y, según Claudia, se parece a mí, pero la verdad es que yo no le encuentro parecido alguno.

Creo que nunca en mi vida había estado tan nerviosa como ahora. Las piernas me tiemblan y las manos me tiritan sin que pueda controlarlas, como si la temperatura fuera la de Siberia. Tengo la sensación de que voy a echarme a llorar en cualquier momento.

Me siento en una repisa para descansar un poco y noto la vibración del móvil dentro del bolso. Es mamá. Me acerco el teléfono al oído y me pongo en pie, me gusta caminar mientras hablo. Oigo los sollozos de mi madre.

—¿Qué pasa, mamá? —le pregunto cada vez más preocupada por su tono.

—El abuelo, cariño. El abuelo... Ven a casa.

—Vo-voy.

Sus palabras se me clavan como auténticos puñales, las lágrimas recorren mis mejillas sin que pueda evitarlo. Siento que desfallezco. Las piernas no son capaces de aguantarme; me duele el alma.

—¿Qu-qué ha pasado? —tartamudea Claudia al ver mi evidente estado de desasosiego.

—Mi abuelo —le digo negando con la cabeza.

Claudia se acerca y me abraza con fuerza.

—Venga, vámonos. Vamos a casa.

Oigo como Claudia explica a las chicas lo que ha pasado mientras camino hacia el coche. Sigo sin creérmelo. En estado de *shock*, ando como por inercia, guiada por el cálido abrazo de mi amiga.

Claudia me acerca en coche a casa. Mis padres no están, se han marchado al hospital para darle el último adiós a mi abuelo. Subo a mi habitación, sin ser consciente todavía de lo ocurrido. Me acurruco en la cama y ella me abraza con fuerza tratando de consolarme. Nunca había sentido tanto dolor. No había vivido ninguna pérdida todavía, y ésta me ha llegado de golpe, sin esperarla.

2

TÚ

Han pasado tres meses desde la muerte de mi abuelo. Pablo y su música me ayudan a aliviar el dolor, trato de refugiarme en ello.

Ando como alma en pena de casa a la facultad y de la facultad a casa. Me encierro todas las tardes en mi habitación. Duermo intentando soñar con él, tratando de no pensar en nada más. Veo sus entrevistas, sus fotos, sus actuaciones..., todo para intentar olvidar mi realidad. Claudia me visita todos los días, y aunque insiste en que debo salir y retomar mi vida, el recuerdo de mi abuelo me persigue a todas horas.

El abuelo era para mí alguien muy especial. Un hombre un tanto extraño, con mil y una manías, con un carácter extremadamente fuerte y, como muchos decían, un hombre solitario que pasaba el día sentado en el mismo punto de su adorado sofá. Mi abuela se desvivía por mi abuelo, para que todo estuviera a su gusto, mientras que él se limitaba a ver la televisión hora sí, hora también. Para toda mi familia era una persona demasiado quisquillosa y siempre le culpaban de la esclavitud de mi abuela. Era alguien que nunca compró un regalo para nadie, y que nunca tuvo un detalle bonito para su mujer o para sus hijas.

Pero cuando yo nací conectamos. Tal vez porque supe entenderle o porque la música nos unió. Me cuidaba por las tardes, junto con la abuela, mientras mi madre trabajaba. Jugaba conmigo o nos sentábamos a ver nuestras telenovelas favoritas. Luego, me preparaba la merienda, se sentaba a mi lado mientras comía y nos pasábamos horas charlando sobre música o sobre la vida. Me regaló la guitarra, mi querida guitarra, porque sabía cuánto deseaba tener una.

Por todo ello, que él haya dejado este mundo sin que pudiera despedirme me hiere el alma. Que su muerte haya sido tan rápida e inesperada me ha llevado a una especie de depresión de la que me está costando un mundo salir.

Por si su muerte no me afligiera suficiente, el hecho de haberme perdido el concierto de Pablo me desconsuela un poco más todavía. No volverá a Barcelona hasta mayo, en una de las últimas actuaciones de su nueva gira. Todavía quedan cinco meses para eso. Por suerte, Claudia pudo hablar con él al día siguiente del concierto: fue a verle al aeropuerto y le contó todo lo que había ocurrido. Él, apenado y sorprendido, escribió en una de sus fotos un mensaje para mí.

Sé que éste es un momento muy difícil, yo lo viví hace poco, pero estoy seguro de que a tu abuelo le gustaría verte sonreír, allá donde esté. Espero verte pronto para darte el abrazo que te tengo guardado. Mucha fuerza.

P. D.: Siente el abrazo que te mando desde la distancia.

Duerdo abrazada a ese mensaje todos los días. Parece que es lo único que logra darme fuerzas para seguir con la rutina.

Un miércoles cualquiera vuelvo de la facultad. Llego a casa y dejo las cosas en mi habitación. La guitarra descansa sobre el alféizar de la ventana. Su presencia me agita. Su imagen me trae a la memoria, de nuevo, a mi abuelo. Bajo a la cocina a comer junto con mi familia y, en cuanto termino, me refugio nuevamente en mi cuarto. Cojo la foto, la aprieto contra el pecho y la beso por enésima vez. Me quedo dormida tarareando una de sus canciones, que suena en mi cabeza una y otra vez.

El ruido de la puerta me despierta horas después. Es Claudia.

—Marina —me llama acercándose a mi cama—. Es hora de despertarse ya, que son las cinco y no puedes pasarte la tarde en la cama —mientras habla, abre las persianas.

Achino los ojos cuando entra en mi habitación la luz de media tarde.

—Claudia, tengo sueño —musito.

—Marina, venga, levanta, que tengo una sorpresa para ti. Deja de hacer el vago —exclama tirando de las sábanas.

—Pues luego me lo dices —le contesto apática. Oigo cómo rebufa y se aleja.

—¡Mira, pero si es Álex González haciendo *footing*!

Doy un respingo al escuchar el nombre de uno de mis actores favoritos. Claudia suelta una carcajada.

—La madre que te... —le digo levantándome a regañadientes. Me pongo ante el espejo del tocador para arreglarme el pelo con una coleta—. ¿Y bien? —mi tono es un poco brusco. Me recojo la melena y la veo reflejada acercándose por detrás hacia mí.

—Pablo —osa pronunciar.

Alzo las cejas cual Carlos Sobera.

—¿Pablo?

—Ajá —sonríe—. Viene esta noche a una sesión de fotos. Se queda hasta mañana por la mañana y nos ha invitado a desayunar. Me ha llamado Mariela y me ha dicho que ayer les mandó un mensaje para vernos a las cuatro.

—¿A las cu-cua-cuatro? —balbuceo.

—Ajá. Mañana a las nueve en el Hotel Barceló, en la estación de Sants.

Le doy la última vuelta a la goma de la coleta y me siento de nuevo en la cama.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Tengo un examen a esa misma hora y dura dos horas, más el viaje de vuelta a Barcelona, otra hora y media extra. —Veo como cuenta con los dedos.

—Las doce y media.

—Exacto.

—Él se va a las doce. Su AVE sale a las doce.

Me recuesto en la cama y suspiro profundamente.

—Otra vez me quedo sin verlo.

—No puede ser. No puede ser... —repite nerviosa—. Tenemos que encontrar una solución.

—Pues venga, a ver, búscala —musito desilusionada.

Claudia camina de un lado para otro pensativa. Intenta encontrar una solución, pero la situación es irremediable. Yo tampoco soy capaz de ver ninguna. Se sienta a mi lado y pasa su mano alrededor de mis hombros.

—No es justo.

—Lo sé —le digo intentando esbozar una sonrisa para tranquilizarla.

—Volverá —me dice abrazándome.

—Claro. Claro que volverá. —Oigo mi propia voz dándole ánimos a pesar de la situación.

Pasamos la tarde entre canciones de Pablo y revistas de adolescentes un tanto trasnochadas para nuestra edad... Claudia se marcha y mi madre me sube algo de cena mientras acabo algunos deberes pendientes de la facultad. Cierro los libros y me acerco a la ventana para respirar aire puro. Me siento en el pequeño sofá que hay al pie de la ventana y, aunque hace frío, me quedo mirando al cielo unos minutos más.

¿Por qué, abuelo? ¿Por qué el destino se empeña en que no pueda verlo?

Creo que no pido tanto. Lo único que quiero es poder conocerle en persona y agradecerle todo lo que, sin saberlo, ha hecho por mí. Quiero mirarle a los ojos y ver cómo sonrío frente a mí.

Está de nuevo aquí, apenas a unos kilómetros de mí, y creo que nunca le he sentido tan lejos.

3

TÚ

Me acomodo en el último asiento que queda libre en el vagón. Mi vida es pura rutina. Salgo de casa a la misma hora todos los días. Llego a las ocho y cuatro a la estación. Veo en la pantalla del andén que ya ha llegado el tren de las ocho y siete, pero, como todos los días, decido esperar el de las ocho y once, el que va directo. Desbloqueo la pantalla de mi móvil y selecciono *Encuentro*, una de mis canciones favoritas. Descanso el brazo en el poyete del tren y cierro los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás, dispuesta a disfrutar del viaje.

El tren se pone en marcha y salimos de la estación. El silencio acompaña la letra de la canción y mi mente corresponde a la melodía con la imagen de su rostro. Pego un pequeño respingo al notar como me vibra el móvil en la mano. Es Claudia.

—Buenos días.

—Buenos días, reina. ¿Cómo estás?

—Bien, en el tren, de camino. ¿Y tú?

—Pues yo ya estoy en la estación de Sants, he llegado un poco antes.

—¡Qué bien! Pásalo genial por mí, ¿eh?

—Claro —me dice risueña—. Esto..., ¿estás sentada?

—Sí... ¿Por qué?

—Te paso a alguien que quiere saludarte, ¿vale?

—Claro, claro.

—Hola, guapísima —oigo al otro lado del teléfono. Esas palabras... le delatan. Es él, sin duda. Abro los ojos de par en par y me quedo callada, como si un gato se me hubiera comido la lengua—. ¿Estás ahí? —insiste.

—S-sí, sí —baluceo.

—Hola, Marina, soy yo, Pablo.

—L-lo sé.

Le oigo reír.

—Estoy aquí con Claudia, y me ha contado que tienes un examen en un ratito... No puedo creer que hoy tampoco pueda verte...

—Ya... —murmuro afligida.

—¿Y ya estás mejor? Mira que yo te tenía guardado un abrazo, y ahora tendré que volver a guardármelo.

Es inevitable sonreír..., parezco tonta.

—Estoy algo mejor —murmuro incrédula.

—Bueno, pues espero que así sea porque la próxima vez quiero verte, ¿eh?

—Eso quiero y espero yo también —consigo decir.

Pablo vuelve a reír, y me sonrojo. Menos mal que no puede verme... ¡Qué vergüenza!

—¿Me lo prometes?

—Claro.

—Entonces te mando un beso y un abrazo enorme. Nos vemos pronto.

—Hasta pronto, Pablo —es lo último que le digo mientras dejo caer poco a poco el móvil hasta mis piernas.

No puedo creer lo que acabo de vivir. Intento actuar con normalidad en la facultad, aunque lo cierto es que, si contara lo que me acaba de pasar, nadie me creería, así que para qué voy a abrir la boca. Acabo el examen justo dos horas después. Sonrío, ahora más tranquila, al recordar lo que ha pasado esta mañana. Mis compañeras salen poco después y nos marchamos juntas, en tren, para casa.

Sigo pensando en la llamada, sumida en mi mundo paralelo en el que vivo mucho más feliz. Una de mis compañeras, Almudena, me zarandea devolviéndome a la realidad.

—¿Qué te pasa hoy, Marinita? —me dice con retintín—. Estás como en otro mundo...

Sonrío para no preocuparla.

—Nada, cosas mías, todo bien.

—¿Seguro? Mira que puedes contarme lo que sea, ¿eh?

Asiento al oírla.

No me gusta explicar a todo el que me rodea esta vena fan que tengo. La imagen de las fans que tiene la gente es demasiado exagerada y bajo ningún concepto quiero que piensen que soy una loca que grita y llora cada vez que tiene a su ídolo delante. Llamémosle pudor.

Pero ella sigue insistiendo con la mirada para que hable.

—Está bien. —Almudena es otra de las mías...; en el fondo sería una tontería no contárselo. Ella se desvive por Dani Martín, el exvocalista de El Canto del Loco—. Te lo cuento si me prometes que no dirás nada —le digo bajito para evitar que las demás me oigan.

—Hecho —me dice tendiéndome la mano para sellar la promesa.

Me incorporo ligeramente y me acerco hasta su oído para contárselo todo.

—¡¿Pablo?!

—Shhh, ¡pero no grites!

—Lo siento, lo siento —se excusa—. Es que es increíble...; ojalá me llamara a mí, Dani. —Sonrío y asiento—. Pues yo de ti hubiera pasado del examen. Vamos, que no preferiría yo desayunar con Pablo que hacer un examen...

—¿Y qué crees, que no lo hubiera hecho? Pero sabes que el de Opinión no me hubiera dejado hacer el examen otro día.

—Ya... En todo caso, si tu amiga vuelve a quedar con él para lo que sea, me avisas y también me apunto.

Con Almudena todavía en *shock*, me despido de mis compañeras y camino pensativa hacia casa. Al llegar, me encuentro a Claudia sentada en el sofá. Mamá, siempre atareada, pone la mesa y habla con mi amiga.

—¿Criticándome? —bromeo al entrar al salón. Ambas se giran al oírme.

—¡Marina! —exclama mi madre sorprendida—. Ha venido Claudia a verte, ya le he dicho que se quede a comer.

Asiento y desvío la mirada hacia Claudia.

—¿Qué tal el examen? —me pregunta.

—Mmm, bien, creo que bastante bien.

—¡Lo sabía! —exclama.

—Bueno, subo a dejar esto y comemos, que tengo un hambre...

En la habitación dejo todo lo que llevo encima y me cambio. Me miro al espejo y sonrío como una boba. Lo cierto es que la llamada de Pablo me ha alegrado el día, el mes y la vida entera.

Bajo corriendo a la cocina y comemos todos juntos, papá incluido. Hoy es una de esas raras veces que consigue escaparse del trabajo para estar un rato con nosotras.

—¿Y bien? —me dice Claudia, ya de vuelta en mi habitación.

—¿Qué? —le digo esbozando una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo que qué? ¿Se puede saber qué te ha dicho Pablo para que estés así, señorita?

—Ay... —suspiro. Es tan perfecto, tan mono, tan cariñoso, tan...

Claudia suelta una carcajada al ver la cara de tonta que debo de tener en este momento.

—Pues no sabes tú una cosita... —me dice haciéndose la interesante.

—¡¿Qué, qué, qué, qué?! —exclamo con vocecita de niña pequeña. Sonríe y la miro atenta.

—Ha sido él el que ha insistido en llamarte.

Abro la boca de par en par.

—¿Él? ¿En serio? —le digo intentando parecer calmada.

—Ajá...

Me tapo los ojos con las manos y pataleo cual niña pequeña.

—A ver..., cuéntame eso con pelos y señales ahora mismo.

—Pues... A ver por dónde empiezo...

—¡Claudia! —me quejo.

—Voy, voy, impaciente.

—He llegado como media hora antes de las nueve. Ya te lo he dicho esta mañana. Pablo estaba allí, para mi sorpresa. Me he acercado y me ha dicho que me sentara con él. Me ha preguntado por las que faltabais y le he dicho que Laura y Mariela llegarían de un momento a otro, pero que tú no podías ir por lo del examen.

—Ajá —musito inquieta.

—Me ha preguntado si eras la chica que no había podido ir al concierto por su

abuelo y le he dicho que, efectivamente, eras tú. Hemos estado comentando la mala suerte que habías tenido con todo esto y le he contado que duermes con la foto que te regaló. Ha puesto una carita... Qué mono...

Suspiro.

—Me ha preguntado si ya estarías en el examen y, como he visto que todavía faltaban veinte minutos para las nueve, me ha preguntado si podía llamarte, que quería hablar contigo.

—¿En serio? —Estoy tan emocionada que no puedo creérmelo.

—Totalmente. El resto de la historia... ya la sabes.

—Me ha hecho prometerle que la próxima vez que venga a Barcelona tengo que ir a verle.

—Lo sé; me ha dicho que te advirtiera de que pobre de ti que no cumplas la promesa.

—Qué bonito es...

—Ojalá te oyera cantar, Marina. Tu voz le impresionaría.

—No digas bobadas...

Pero algo muy dentro de mí me hace desear lo mismo que Claudia.

Camina deprisa por el borde del andén. El AVE no espera y ya se ha entretenido un buen rato firmando autógrafos. Vuelve a Madrid después de una sesión de fotos en Barcelona para una revista. Cae, cansado, sobre el asiento que le indica Daniel, saca los auriculares del bolsillo de la chaqueta y se deja llevar por su música favorita.

Desde su publicación, su primer disco había subido a los primeros puestos de ventas en muy pocos días, y la productora había decidido iniciar la promoción en los medios con entrevistas y firmas por todo el país.

Empieza a recordar cuando viajó en uno de los asientos traseros del coche que le llevaba hacia una de esas primeras firmas, se sentía nervioso y trataba de distraerse observando las frías calles de la capital. La melodía del teléfono de Daniel había sonado y Pablo fruncía el ceño, incrédulo, al escuchar la conversación:

—Dime, Marisa.

—Cuando lleguéis al centro comercial, avísame; tendremos que acercar a los guardias de seguridad al coche. —Era Marisa, una de las representantes de la discográfica.

—¿Guardias de seguridad? Pero si ya le acompaño yo...

—Hay muchísima gente. No podréis acceder al escenario solos. Es mejor que te acompañe el personal de seguridad del centro.

—Está bien, pues ya podéis salir. Estamos a dos calles.

Pablo seguía atento a Daniel.

—¿Qué pasa, Dani? —Estaba acostumbrado a llamarle así desde pequeño.

—No te pongas nervioso, Pablo. Dice Marisa que hay más gente de la que estaba prevista y que hay que tener más cuidado con la seguridad. Yo me encargo.

Había tragado saliva alterado. ¿Más gente de la prevista? Estaba convencido de que en una hora habría acabado de cantar para los cuatro gatos que se hubieran acercado a verle; nunca hubiese llegado a imaginar lo que pasó en verdad.

La gente se aglutinaba en las vallas del pequeño entarimado que habían puesto. Le era imposible entrar por su propio pie al recinto. Antes de que pudiera bajar del coche, dos guardias de seguridad le aguardaban en la puerta. Daniel le ayudó a salir y entre los tres formaron un pequeño círculo a su alrededor para poder llegar hasta el escenario. Niñas llorando, fotos suyas adornando el centro comercial y su música ambientando el evento. Subió escoltado hasta la tarima y se tapó la cara con las manos al llegar arriba para que no notaran su emoción. No daba crédito a lo que veían sus ojos.

Hoy, tiempo después, está algo más habituado a lo que conlleva la fama. Intenta

actuar con toda la naturalidad del mundo. Adora pensar que todos esos seguidores que compran sus discos y que van a verle a firmas y conciertos son un amigo más. Y le gusta comportarse como tal: preocupándose por ellos e intentando atender a todos lo mejor que puede. De hecho, recién llega de desayunar con tres de esas amigas que le acompañan siempre que visita Barcelona.

Pablo sonríe al acordarse de ellas. Dedicarse a la música le ha dado tanto, es uno de sus sueños hecho realidad. En cuanto a otro de ellos, el relativo al amor... Se había enamorado de su mejor amiga, Patricia, o eso es lo que creía hasta que comprendió que estaba confundiendo el amor con el afecto. Se sentía entre la espada y la pared porque siempre habían sido amigos y conocía a la perfección los sentimientos de ella, pero con el tiempo entendió que él no podría ofrecerle nada más que cariño. La quería, y muchísimo, pero como amiga. Aquello le había enseñado que amar duele. No soportaba verla sufrir y le tocó alejarse de ella un tiempo para que sanara su corazón. La historia con Raquel, su novia, era algo más complicada.

Una muñequita frágil y preciosa, de pelo negro azabache y ojos aguamarina que deslumbrarían a cualquiera. Así es Raquel, su novia.

Acaba de volver con ella. Tras unos meses separados, parece que han vuelto a estar juntos, o así lo anuncian las revistas. Su corazón vuelve a estar ocupado y Raquel es la chica perfecta para él. Así lo entiendo yo, o así quiero que mi corazón lo haga.

Faltan pocos días para su concierto. Mi cuerpo se debate entre un millón de sentimientos y pensamientos opuestos. Hacía muchísimo tiempo que no sentía esta ansiedad que me provoca Pablo. Registro el armario entero en busca de algo decente que ponerme para el sábado de la próxima semana, la noche del concierto, pero nada me convence. Antes de que pueda darme cuenta, tengo a Claudia por aquí. Viene siempre que en su casa hay mal ambiente... Y tras el divorcio de sus padres, el «mal ambiente» es habitual.

—Ha vuelto con Raquel —musito seria.

—Tenía la esperanza de que no te hubieras enterado.

—Los he visto esta mañana en el quiosco.

—Sí, yo también me he enterado por la revista. —Trata de sentarse entre la ropa que tengo tirada en la cama—. ¿Estabas probándote ropa ya? Si quedan todavía diez días.

—Lo sé, pero prefiero pasar el rato planeando qué me voy a poner que pensando en Raquel.

—Tienes razón. ¿Y si nos vamos de compras? Yo no sé qué voy a llevar, y por lo que veo tú tampoco —me dice señalando el desastre que tengo por cama—. Tal vez así encontremos algo que ponernos, ¿no?

Asiento, y nos preparamos para salir.

Pasamos la tarde por el centro de Barcelona. Entramos en todas las tiendas posibles y, aunque Claudia ha comprado la mitad de lo que hay en todas ellas y ya sabe lo que se pondrá, yo sigo con las manos vacías y sin saber qué voy a llevar. Mi indecisión, supongo, que sigue traicionándome.

—La última ya, ¿eh? No puedo más —me dice Claudia cargando con decenas de bolsas.

—Te lo prometo, si no encuentro nada aquí, nos vamos a casa —le contesto entrando en una de las tiendas más concurridas del centro.

—¿Puedo ayudaros en algo?

Alzo la mirada y veo como una de las dependientas se acerca a nosotras.

—Sí —se adelanta Claudia—. Buscamos algo especial, para una ocasión muy especial. Para ella —concluye señalándome.

La chica amplía su sonrisa y nos pide que la acompañemos.

—No hagas mucho caso a mi amiga —le comento a la vendedora mientras la sigo—. No es una boda ni nada así...

—Elegante pero no de gala, ¿verdad? Tengo lo que buscas. —Y desaparece tras el mostrador.

—Sólo algo bonito, tampoco quiero parecer... —empiezo a decir, pero me freno en seco al ver el vestido que trae en sus manos. Es...

—Perfecto —murmura Claudia abriendo de par en par los ojos.

—Claudia, es demasiado...

—Pruébate, ya verás qué bien te queda —me anima la dependienta.

A pesar de que estoy segura de que es excesivo para un concierto, entro en el probador. Me desnudo y me pongo el vestido. Sorprendida, me miro en el espejo: me siento como un guante el condenado. Es precioso, un auténtico sueño para cualquier chica. Me enamoro de él y de lo estupendo que me queda. Entonces, algo vuelve a mi cabeza cuando parecía haberlo olvidado ya... Me quedo pensativa y la sonrisa se esfuma de mi rostro.

—¿Tan paralizada te has quedado al verlo que no puedes ni salir? —me grita Claudia con sorna.

Abro las cortinas y salgo para que me vea. Se queda callada y boquiabierta.

—Ya tenemos modelito —murmura empujándome hacia el interior del probador.

—Así que ¿te lo que quedas? —me pregunta la dependienta.

—Se lo queda —vuelve a adelantarse Claudia.

La miro con cara de susto y sonrío.

—Claudia, no puedo.

—Sí puedes, Marina, sí puedes. No seas testaruda.

—Es desmesurado para...

—Ni desmesurado ni leches, Marina. Mira. Vamos a hacer una cosa, señorita indecisa. Salga usted a airearse un rato fuera y déjeme su bolso. Yo pago y ahora salgo.

No muy convencida de lo que me acaba de decir, pero casi forzada por sus pequeños y continuos empujones hacia la salida, la espero en la calle.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado ahora? —pregunta Claudia ya fuera de la tienda, entregándome la bolsa con el vestido—. Estás increíble.

—Claudia, no sé yo si ese vestido es muy provocativo y demasiado para una ocasión como...

—Bobadas —vuelve a cortarme—. Como el sábado no te vea con el vestido, subo a tu casa y te lo pongo yo misma.

¡Qué carácter tiene esta chica! No puedo evitar sonreír.

—Ahora en serio. ¿Qué pasa? —A veces creo que me conoce mejor que mi propia madre.

—Verás..., hay algo que no te he contado y que me...

—... Te preocupa —me ayuda. Asiento—. Habla.

—Es mi padre. —Alza una ceja—. Bueno, y mi madre...

—Me estás asustando —me dice cambiando el gesto—. ¿Qué pasa? ¡No me digas que a tus padres les va a pasar como a los míos!

Habla alarmada y eso me llena los ojos de lágrimas. Resoplo intentando coger fuerzas:

—Mi padre tiene una amante —digo del tirón.

Me mira atónita y masculla en seco:

—¿Qué?

—Ya hace tiempo que lo sospecho... Hacía cosas muy raras..., pero ya sabes que soy muy peliculera y enseguida pienso mal. Pero es que el otro día los vi.

—¿En serio? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¿Cuándo los viste? ¿Y tu madre cómo está?

Me abrumba tanta pregunta.

—Mi madre no sabe nada... Y por el momento no tengo intención de contárselo. La muerte de su padre, ahora esto..., ni hablar. No te lo he dicho antes porque pensaba que el primero que tenía que saberlo era Álex, pero lo he pensado mejor... Creo que no le voy a decir nada. Para qué preocuparlo si está a miles de kilómetros y no va a poder hacer nada. Con mi padre tampoco me atrevo a hablar, no sabría qué decirle. Me da tanta rabia...

—Ya..., ¡buf! Bueno..., a lo mejor es verdad que ni Álex ni tú vais a poder hacer nada, pero contárselo tal vez te ayudaría a llevarlo un poco mejor.

—¿Es que hay una forma mejor de llevar una situación así?

—Ya... —repite.

Creo que es la primera vez que no tiene palabras para seguir rebatiendo.

—¡Cómo ha sido mi padre capaz de algo así! —exclamo—. Este vestido se parece al que llevaba esa mujer...

Claudia coge mi mano.

—No pienses en eso, sino en el concierto y en Pablo —me dice con afecto.

Aunque sigo en la cabeza con lo de mi padre, soy incapaz de no pensar en Pablo, en que voy a verle en apenas unas horas. En el fondo, él es el que me está dando la vida, el que me ayuda a escaparme de mis problemas. Si no tuviera a Pablo y a su música, ya me habría derrumbado.

Soy incapaz de poder dormir. Con todo lo que tengo en la cabeza..., imposible. Bajo a la cocina a por una infusión con la que calmar mis nervios. Me envuelvo en la bata para combatir el frío y me siento delante del ordenador con la intención de pasar otra noche navegando entre sus entrevistas, vídeos de fans, conciertos, actuaciones,

firmas de discos, promociones... Llego a ver más de cincuenta vídeos y podría ver cincuenta más sin cansarme. No soy capaz de relajarme, de quedarme quieta, de dejar la mente en rojo y no pensar en nada... Siento como si un nudo marinero, uno de esos que nadie, salvo el propio autor, puede deshacer, se hubiera instalado en mi estómago.

Trato desesperadamente de hacer algo para ocupar mi mente y mi tiempo. Tomo el bolso que llevo siempre a la facultad y reviso que esté todo dentro: la carpeta, el estuche, la botella de agua, pañuelos de papel, la agenda, las gafas, el protector de labios, el paraguas, el pastillero... Maldita sea. Está todo. Abro el armario con la intención de ordenar la ropa, pero está todo en perfecto estado. Tengo preparado hasta el pintaúñas con el que me pintaré la noche del concierto, tengo el bolso que llevaré con todo lo necesario dentro, mi habitación está limpia, y las tareas de la facultad terminadas.

—Estupendo —musito ansiosa. Son sólo las cuatro y media de la madrugada y el despertador va a sonar dentro de tres horas para alertarme de que es hora de levantarme.

Me encamino definitivamente a clase tras pasarme un buen rato vistiéndome y poniéndome guapa. Total, no tenía nada mejor que hacer, y así me he entretenido. Me acomodo en mi asiento de siempre en el vagón, y mientras el precioso paisaje se proyecta ante mis ojos, mi mente vuela sobre las nubes rememorando un día afín al que estoy viviendo. Había pasado la noche también sin dormir, había ido a clase y pasé la tarde viendo sus fotos. Luego llegó Claudia, el hotel, la llamada... Mi corazón late cada vez más deprisa pensando en que se pueda repetir aquella horrible pesadilla.

Intento pasar desapercibida en la universidad, no voy a estar atenta, así que ¿para qué ponerse en los pupitres de la primera fila como suelo hacer? Las tres horas de clase se me hacen eternas. Vuelvo a casa sola, no tengo ganas de encontrarme con nadie y tener que contarle que voy al concierto de Pablo, ya estoy con bastantes nervios encima como para que alguien me ponga más histérica todavía.

Cuando llego a casa, me siento junto con mi familia a comer, pero apenas pruebo bocado. Para colmo, hoy también está mi padre. Con las pocas ganas que tengo de verle...

Subo enseguida a mi habitación y me meto en la ducha, a falta de cuatro horas para que venga Claudia a por mí. Me embadurno de crema, me perfumo y pinto mis uñas con el color que elegí. Seco mis ondas intentando dominar su forma para que el pelo me quede decente. Me maquillo poco, lo justo para parecer arreglada, pero sin pasarme.

Finalmente, me pongo el vestido que me compré y, aunque es un crimen no llevar zapatos de tacón, he optado por unas bailarinas porque sé que no podría soportar tantas horas de pie con un calzado incómodo.

La bocina del coche de mi amiga me alerta y me miro al espejo por enésima vez.

Cojo el bolso y, tras asegurarme una vez más de que lo llevo todo, me despido de

mis padres dándole un beso a mamá y lanzándole un «hasta luego» a papá desde la puerta. Ha notado mi frialdad. No puedo evitarlo. No voy a permitir que me estropee el concierto de Pablo también. Estoy preparada para lo que espero sea una gran noche.

6

ÉL

Pisaba tierras catalanas. Tras un retraso en el vuelo que le llevaba de Cádiz a Barcelona, llegaba por fin al destino de su próximo concierto: el Palau de la Música.

Antes de salir para el recinto, decide pasar por el hotel. Hoy vienen sus padres con Raquel desde Cádiz, y quiere asegurarse de que todo esté en orden. Le gusta sentirse arropado por los suyos; y aunque sus padres, generalmente, vuelven a Cádiz tras los conciertos, Raquel se queda junto a él y evita así lo que Pablo tanto detesta: la soledad posconcierto.

—Pablo, es tarde. Si no salimos ya, tendremos que empezar el concierto más tarde... —le avisa Marisa asomando la cabeza por la recepción del hotel.

—Acabo de registrarme y ya salimos. Así luego no tengo que estar esperando, si vengo cansado. Además, ya sabes que a Raquel...

—Ah, que hoy viene la sargento —bromea. Todo el equipo conoce el carácter que tiene su chica.

Salen corriendo del hotel, saben que tienen por delante la prueba de sonido y que no pueden entretenerse más, pues ya van muy retrasados.

Entre una multitud de gente, se adentran en el recinto con prisa. Pablo le pide disculpas a las fans reunidas en la entrada por no poder atenderlas. Ya en el interior, está casi todo preparado. El equipo lleva un par de horas trabajando en el montaje, y sólo falta que, con la prueba de sonido, todo se ratifique. Es su primera vez en ese maravilloso escenario, su anterior concierto en Barcelona fue en un pequeño recinto anexo al gran Palau Sant Jordi. Se siente muy orgulloso y muy humilde a la vez al ser consciente de los grandes músicos que han pasado por ahí.

Entra al camerino a prepararse. Se mira al espejo, se apoya en la mesa y respira profundamente tratando de apaciguar sus nervios. Ve su propia imagen vestido con la ropa elegida por Marisa para la ocasión: vaqueros, camiseta negra y americana de su color favorito, el gris.

Pasea por la habitación haciendo los ejercicios de calentamiento para la voz. Escucha de fondo el murmullo de los centenares de personas que han empezado a acceder a la sala. Abandona el camerino y se une a la pachanga que tienen sus músicos. Siempre hacen el tonto antes de salir al escenario, es una manera estupenda de sofocar los nervios y relajar el cuerpo y la mente.

Primero salen ellos. Él aguarda justo en la puerta que da acceso al escenario. El griterío de la gente le exalta aún más si cabe. Mueve la cabeza a ambos lados y en círculo, para destensarse. Da un par de saltos y se alborota el pelo para que parezca más desenfadado. Escucha atento la introducción de la primera canción y espera

impaciente el acorde exacto en el que sabe que debe salir.

El público se levanta de sus asientos para recibirlo, y suben los decibelios con los gritos de los presentes. Sonríe y se inclina para agradecer la ovación. Como en cada concierto, observa detenidamente la primera fila, en busca de alguien conocido que le ayude a tranquilizarse. Respira sereno, aliviado al ver las caras de satisfacción de alguna de las chicas que siempre le acompañan cuando visita la Ciudad Condal.

Pablo decide empezar el concierto con una canción muy especial para él, una canción que le cantaba su abuela para dormirlo, la canción en que la gran Edith Piaf cantaba a la vida y al amor, y que hoy le canta él a ella, a sabiendas de que, esté donde esté, se sentirá muy orgullosa de escucharlo.

Camina lentamente observando al público y logra divisar en un palco del fondo a sus padres y a Raquel. Busca en su cuello la cadena que le regaló su chica y la agarra con fuerza mientras la mira y sonríe. Toma asiento, sereno, en el taburete que le han preparado y sigue cantando, pendiente también de Darío, uno de sus músicos, que le acompaña al piano.

Cierra los ojos mientras interpreta y entonces llega a sus oídos una suave y cálida voz que parece destacar entre las demás. Debe de estar cerca. *La vie en rose* es una canción que no mucha gente canta, salvo el estribillo, así que le es más fácil oírla. Abre los ojos tratando de divisar de dónde proviene esa dulzura. Se siente emocionado. Se pone en pie, se acerca al filo del escenario y lo recorre de izquierda a derecha tratando de descubrir de dónde proviene esa voz. Al acercarse un poco más al público, la encuentra. Es una de las chicas de la primera fila. Se sienta al borde del escenario, mientras canta, para seguir escuchándola, y sonríe al ver que ella no ha descubierto que le tiene delante. Se trata de una muchacha morena, algo más joven que él, con el pelo ondulado y las mejillas sonrosadas. Tiene los ojos cerrados, las manos cogidas entre sí y la cabeza baja. Pablo sigue totalmente centrado en la joven, turbado por su manera de cantar y por su gesto.

Al final de la canción contempla como ella se estremece y como poco a poco su rostro va inundándose de lágrimas. Le sorprende verla tan emocionada, y sonríe. La chica se seca el rostro con las manos, abre los ojos y sus miradas se cruzan. Ella parece ruborizarse.

—Buenas noches, Barcelona —murmura mirándola. Vuelve a sonrojarse y él suelta una pequeña carcajada mientras escucha centenares de respuestas diferentes, que al unísono suenan a nada. Le enternece esa chica, pero, consciente de que debe seguir, se pone en pie y mira al frente—. Gracias a todos por venir, de verdad, esto para mí es un sueño. Vamos a divertirnos un poquito, ¿no?

Regresa al taburete, toma la guitarra y la apoya en su pecho. Sus guitarristas le acompañan: es el turno de *Ámbar*, una de las canciones más movidas del disco. El público responde al tema, algunos cantan, otros se levantan a bailar, y él, sin entender muy bien por qué, sigue pendiente de ella.

Suenan ya los primeros acordes de otra de sus canciones más especiales, *Encuentro*, una preciosa balada que compuso con sólo doce años. Sabe que debe tocar junto a sus músicos, pero deja la guitarra en su soporte y, mientras suena la introducción de la canción, se acerca al público.

—Ven —murmura tendiéndole la mano.

La joven abre los ojos de par en par y las chicas que se encuentran sentadas a su lado la zarandean para que reaccione y suba al escenario. Se pone en pie y Daniel la aúpa para que pueda subir. Los músicos repiten la introducción y Pablo se acerca para recibirla. La agarra con firmeza, toma su mano, helada por los nervios, y ella se echa a sus brazos, abrazándole con fuerza. Pablo sonrío y desliza la mano por su espalda.

—Tranquila —le susurra acercándose a su oído. Ella sigue abrazada a él, temblando. Se separa poco a poco de ella y la toma por la cintura para que mire al frente—. Veréis —musita—. No he podido evitar escuchar lo bien que canta esta chica... —Ella le mira sorprendida—. ¿Cantas conmigo...?

—Marina —balbucea.

—¿Cantas conmigo, Marina?

—¿Yo? —farfulla.

Él asiente y sonrío para intentar calmarla.

—Sólo un poquito —le dice cogiéndole la mano y caminando hasta el taburete. La invita a sentarse con suavidad, consciente de lo alterada que está. Cuanto más cerca la tiene, más advierte lo bonita que es. Posee una mirada profunda y oscura, una sonrisa preciosa, las mejillas ruborizadas, probablemente por las circunstancias... Es pequeña, esbelta y su cabello largo desciende por sus hombros con suaves ondas que le endulzan, todavía más, el rostro.

Toma su mano con fuerza para tratar de calmarla y canta la primera estrofa de *Encuentro*, una de las favoritas del público. Cierra los ojos intentando concentrarse en el sentido de la letra y los abre de nuevo para mirarla. Ella sigue con la mirada fija en la de él, embelesada, y Pablo le hace un gesto para que cante también. Entona las dos primeras frases con la voz temblorosa y entrecortada. Pablo acaricia su mano con los dedos y la mira sonriente. Parece que poco a poco se temple, y sigue cantando. Él se siente totalmente desconcertado y emocionado con su voz, tanto que por poco pierde el hilo de la pieza.

Cantan juntos y el público vibra y se pone en pie aplaudiendo durante lo que queda de tema. Pablo alza la mano tras oír el último armónico de la pieza para que ella se levante y se acerca de nuevo a abrazarla. Sentir su olor, una mezcla de canela y flores, parece embriagarle. La tiene entre sus brazos, notando todavía el frío de su cuerpo, cuando advierte que se derrumba y cae sobre su pecho. La toma en sus brazos con fuerza para sacarla de allí. Está totalmente inconsciente.

Sale rápidamente del escenario en dirección a su camerino. Él la estrecha fuerte para evitar que los dos caigan al suelo. Abre la puerta como puede y entra en la habitación avanzando hasta un pequeño sofá que hay al fondo. La tiende sobre él y se

agacha a su lado para comprobar que está bien. Acaricia su rostro y se acerca a ella hasta posar los labios en su frente. Lleva un vestido corto que deja sus piernas al descubierto y que se ha subido ligeramente con el traqueteo. Desliza la mano por el final de la ropa y la estira para que vuelva a su sitio.

Marisa ha entrado en la habitación y se dirige hacia Pablo.

—Vuelve al escenario, te está esperando el público. Yo me ocupo de ella. —La mira serio—. No te preocupes, va a estar bien —le anima.

La obedece, no muy convencido, y sale de nuevo para seguir con la actuación, no sin antes pedir disculpas a los asistentes y asegurar que la joven está bien.

El concierto sigue su curso, pero Pablo está preocupado, intentando aparentar una tranquilidad que no tiene. Lo único que desea es acabar de la mejor forma posible y volver a buscarla.

Durante la última canción, *Tú*, Raquel y sus padres le hacen gestos para que sepa que bajan y que le esperarán tras el escenario. Las chicas de la primera fila siguen inquietas por lo ocurrido. Se despide y, corriendo entre la gente, se dirige hacia el camerino, quiere llegar lo antes posible.

Acciona el tirador de la puerta, pero, para su sorpresa, constata que está cerrada.

—¿Quién ha cerrado la puerta? ¿Dónde está? —grita nervioso.

—Está el médico dentro, Pablo —le dice Dani.

—¿El médico? —pregunta.

—Sí, le hemos llamado y ha venido enseguida. La está reconociendo.

—Perfecto —aprueba apoyándose contra la pared.

—Sería bueno que tomaras algo, ya sabes que tu cuello se resiente y...

—Voy, Dani, voy. Estoy nervioso, no tengo ganas de sermones.

Entra en el cuarto de los músicos y coge una de las botellas de agua con azúcar para reponer fuerzas. Vuelve rápidamente al pasillo y divisa a lo lejos que la puerta está abierta. Corre para llegar hasta allí y la empuja con cuidado. No hay nadie dentro. Se desespera pensando que le ha podido ocurrir algo a la chica, y sale corriendo en busca de Dani, o de alguien que le cuente lo que está pasando.

—Pablo, cariño —oye al fondo.

Gira la mirada y ve como Raquel y sus padres avanzan hacia él. Gruñe maldiciendo la inoportuna visita de los suyos.

—Ya vengo, un segundo —se excusa corriendo en dirección contraria. Enseguida encuentra a Marisa, que le asegura que la chica está bien.

—El médico la ha visto bien, ha sido un pequeño desbarajuste de tensión por los nervios. Le ha dicho que ya se podía marchar a casa.

—¿Cómo que a casa? ¿Ya se ha ido? ¿Pero por dónde? —Sin dejar que su agente le responda sale en dirección a la puerta de atrás.

Hay un taxi en la misma puerta. El ruido del motor del coche le alerta de que está a punto de marcharse y, aunque sale corriendo, el coche acelera. Pablo corre tras el vehículo, quiere volver a hablar con ella, quiere conocerla, saber quién es, pero no

llega a tiempo. Se encuentra solo en mitad de la calle y a lo lejos va perdiéndose de su vista una mancha negra y amarilla.

Contemplo las frías calles de Barcelona a través del cristal del taxi. Todo mi cuerpo tiritaba bajo el precioso vestido. Mi mente viaja entre las palabras que acabo de escuchar de su boca. El coche me lleva a casa tras una noche inolvidable... Y es que, aunque no haya podido disfrutar del concierto entero, no cambio lo que ha sucedido por nada del mundo.

Me había despertado en una habitación llena de espejos y tocadores. Encontré frente a mí a un hombre con bata blanca que debía de tener unos cuarenta años, se acercaba lentamente con una mirada cálida.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien..., pero... ¿dónde estoy? —pregunto observando todo lo que me rodea.

—Estás en el camerino de Pablo. Te desmayaste en el escenario y te trajó hasta aquí.

—¿Quién? —titubeo.

—Pablo te cogió en brazos en el escenario para que no cayeras al suelo y te trajó aquí.

No podía creer lo que me estaba contando, y aunque traté de echar la vista atrás para recordar ese momento, lo único que me vino a la mente fueron algunos *flashes* del concierto.

El doctor se acercó con el estetoscopio e inició la auscultación. Todo parecía normal hasta que usó el tensiómetro. Tras unos segundos me miró fijamente.

—Muchos nervios, ¿no es así?

—Bueno..., lo normal, ¿no? —le dije avergonzada.

—Lo normal —se rio. Miré seria al doctor y me devolvió la mirada—. Has tenido una bajada de tensión, pero creo que con una buena tila con azúcar se te pasará, así que ya puedes marcharte a casa.

Sin que me hubiera dado tiempo a reaccionar, me encontré ya en manos del médico y de Daniel, el jefe de seguridad de Pablo. Salimos por la puerta trasera, donde me esperaba un taxi. Daniel me dio las gracias y se despidió deseándome que me recuperara pronto. Cerré la puerta y le indiqué la dirección al taxista.

Había muchísima gente fuera, por lo que entendí que el concierto había acabado. ¿Saldría por allí? Algo me sobresaltó mientras el taxi se ponía en marcha. Oí como alguien corría tras el coche. ¡Pablo, era Pablo! Le pedí al conductor que detuviera el vehículo, pero, entre el desmayo y la emoción, mi voz sonaba apenas como un susurro. Desde el asiento de atrás, volví la cabeza y vi a Pablo parado en mitad de la

calle, jadeando y desesperado al darse cuenta de que no nos alcanzaría. Cada vez estábamos más lejos. Puse la mano en el cristal trasero, angustiada, y al girar el taxi por la avenida, de repente, Pablo desapareció de mi vista.

El vehículo recorre las últimas calles. Siento como todavía me tiemblan las manos, parece que estoy flotando, como en un sueño.

Pero el sueño se acaba cuando llego a casa y me encuentro con papá.

—¿Cómo ha ido el concierto? Pensaba que me llamarías al salir para que viniera a por ti.

—Bien, me ha gustado muchísimo. Al final he cogido un taxi. No quería molestarte.

Se acerca a mí sonriente. Me aprieta contra él y me besa la frente. Tengo que reprimir las ganas de apartarlo.

—¿Y mamá?

—Durmiendo. Cuando he llegado ya estaba en la cama.

—¿Has venido muy tarde?

—Sí, nena. El trabajo... Mañana tengo algo importante y tenía que acabar de prepararlo todo.

«Ya. El trabajo, seguro», me digo para mis adentros.

—Pues que te vaya bien mañana. Me voy a dormir. Estoy cansada.

Vuelve a abrazarme y me zafo como puedo. Subo hasta mi habitación tratando de no pensar en qué estaría haciendo hasta tan tarde.

Acaricio la suave madera lacada de *Matilde*, mi guitarra. Me tumbo en la cama y recuerdo que no he vuelto a ver a Claudia ni a saber nada de ella. Apoyo la espalda contra la pared y abrazo la almohada. Dicen que es buena compañera en noches de dudas, y ésta sin duda lo es. Me incorporo al oír la dulce melodía que sale de mi móvil. Es ella.

—¡Por fin, Dios mío! ¿Pero se puede saber dónde narices te has metido? Te he llamado más de veinte veces.

Siento desesperación en sus palabras.

—Lo sé, lo siento, de verdad. Me he acordado de ti al llegar a casa.

—¿Ya has llegado?

—Sí, me acaban de traer.

—¿Pablo? —pregunta ilusionada.

—No, boba, ¿cómo quieres que me traiga Pablo? He venido en un taxi.

—¡Qué susto me has dado! Y encima te llamaba y no me contestabas... No sabía dónde meterme... Busqué a Pablo, pero me dijeron que ya se había ido, y no sabían nada de ti, como si se te hubiera tragado la tierra —me explica nerviosa.

—Estoy bien, fueron los nervios. Pablo me llevó a su camerino y me dejó en un sofá. Cuando desperté, había un médico que me dijo eso, que eran nervios. Luego me mandó para casa y Dani me acompañó hasta el taxi.

—¿Y no volviste a verle? ¿No volvió al camerino?

—No... Bueno, sí. No entró al camerino, pero vino a buscarme al taxi.

—Qué mono... —suspira.

—Y tan mono... Corrió detrás del coche, pero no nos alcanzó —lo suelto así, sin más, y espero su reacción.

—¿Cómo? —Ya está, imposible que me crea. Espero..., espero unos segundos más a ver si reacciona.

—Pues eso, Claudia... Yo me he quedado tan sorprendida como tú...

—Pues ya sabes. En dos semanas hay acústico y firma en Las Arenas..., no puedes perdértelo. Tienes que volver a verle... —dice de una forma natural, como si se tratara de cualquier amigo más, y no. Es él, es Pablo.

—Estás tarada.

—¿Qué? Nadie corre detrás de un coche porque sí, quiere volver a verte. ¿No me digas que no irás?

Me quedo pensativa. Quizá tenga razón, me pregunto qué querría decirme, por qué me buscaba de aquella manera al terminar el concierto.

Cuelgo tras desearle buenas noches. Menos mal que se ha quedado más tranquila con la llamada, ¡me sentía tan culpable! Y estoy de todo menos tranquila. Tengo ganas de desaparecer. Demasiadas emociones en un solo día. Quiero dejar de pensar, quiero relajar la mente. El nudo del estómago cada vez es más grande, y cada vez aprieta más...

No logro entender a qué viene tanto interés. ¿Le gustará mi forma de cantar?

Pasan los días y sigo pensando en él. No puedo quitármelo de la cabeza aunque sé que debo hacerlo. Encima, mi mente me perturba constantemente con la imagen de mi padre con su amiga, amante o lo que narices sea. Y mi pobre madre, ajena a todo esto, no hace más que desvivirse por nosotros. ¿Cómo es capaz papá siquiera de mirarla a la cara?

Sufro porque sé que, si vuelvo a ver a Pablo, acabaré como una tonta a sus pies mientras él tiene a Raquel a sulado. No podría meterme en medio de una pareja, como hace esa mujer con mis padres. Tal vez esté haciendo una montaña de un pequeño e insignificante granito de arena, y muy probablemente lo único que despierta su interés sea mi voz, aunque tampoco logro entenderlo.

Apenas puedo comer, prácticamente no duermo, no salgo, ni entro. Intento aparentar absoluta normalidad; eso: lo intento. Mi vida es él y no quiero ni puedo seguir así. Llamo a mi única salvación, la única persona de este mundo que puede entenderme.

—¡Cosa guapa! —la voz de mi hermano tras el teléfono me devuelve a mi infancia.

—¿Cómo está mi médico favorito?

—En la playa. Tomando el sol —bromea.

—Para que luego digas que te explotan... —me río.

—Tomaré unos rayitos por ti... —sigue con el chiste—. Bueno, ¿y qué le pasa a mi pequeñaja?

—¿Tiene que pasarme algo para querer llamarte?

—Marina, en España deben de ser las doce y media de la noche. ¿Desde cuándo me llamas a estas horas? Además, mañana tienes clase. —Así es mi hermano, nunca se le escapa nada.

—No puedo más, me va a dar algo.

—¿Qué ha pasado? —parece que se pone serio.

Trato de contárselo todo con pelos y señales, pero obvio lo de mis padres. No quiero preocuparle, sé que tomaría el primer avión para estar a mi lado y no quiero que lo haga. Sus niños le necesitan más que yo.

—Marina, no puedes ahogarte en un vaso de agua. ¿Me oyes? Ese chico tiene a cientos de fans como tú. Seguramente le harías gracia. Vete a saber. Un día tiene a una y otro día a otra.

—Álex, no tienes ningún derecho a hablar así de él por el simple hecho de ser un cantante famoso. Ya te he dicho que tiene novia.

—Pues si tiene novia, razón de más. Ve donde tengas que ir, como si no hubiera pasado nada. Tal vez estás haciendo una montaña de la nada. Ya sabes que tu cabeza trabaja demasiado —se ríe tratando de quitarle hierro al asunto.

—Tienes razón. No sé por qué le doy tantas vueltas. Iré, me firmará y se acabó, quizá ni se acuerde ya de mí... Si es que no sé qué haría yo sin ti, Alejandro.

—Uy, Alejandro, dice. No te pongas tan seria, tonta. Verás como no es nada. Sabes que estoy las veinticuatro horas disponible para ti. Así que no dudes nunca en llamarme.

Nos despedimos y cuelgo. La pantalla del móvil me alerta con una ventana emergente de que tengo un mensaje de Claudia.

Entra YA en el Twitter de Pablo.

Los altavoces de mi cuarto me regalan la dulce melodía de *Tú* y, rápidamente, me acerco hasta el ordenador para investigar lo que me acaba de decir mi amiga. Un tuit de la noche del concierto llama mi atención:

Noche mágica la de hoy y compañía maravillosa en el escenario. Espero verte pronto... Barcelona.

Me dejo caer en el sofá algo aturdida. ¿Cómo puede ser tan mono? ¿Qué espera ver pronto en Barcelona? Se me escapa inevitablemente una dulce sonrisa. Me puede..., es que por mucho que las dudas y los miedos hagan presión, él los rompe en mil pedazos. Ahora tengo ganas de que pase pronto la semana que queda. Estoy cada vez más convencida de que debo ir a la firma; si quiere volver a verme, allí me tendrá. Al fin y al cabo, tendré que comprobar qué es lo que tanto interés le genera.

Se despierta sudoroso, agotado, excitado por una terrible pesadilla que, como en las últimas noches, le acecha al alcanzar el sueño. Expira profundamente y se levanta, tanteando los muebles para no golpearse.

Se adentra en el baño para mojarse un poco la cara. El corazón le palpita como si quisiera salir del pecho, y el tiritar de sus manos le pone todavía más nervioso. Vuelve a la cama, a una de esas camas de hotel que tanto y tanto detesta. Se acurruca abrazando la almohada, intentando tranquilizarse, pero ya es imposible. Cada noche lo mismo: sueña, se despierta alterado y pasa las siguientes horas hasta el amanecer sin poder pegar ojo. Se siente física y mentalmente agotado, y por su bien, su salud y su futuro, es consciente de que debe descansar.

Vuelve como cada noche al espectacular escenario del Palau de la Música. Se encuentra frente a un público desconocido, y camina indeciso hasta el taburete. Toma asiento y empieza a cantar Encuentro.

De pronto aparece ella; iluminada con un enorme foco que casi la deslumbra. Tiene los ojos cerrados, como aquel día. Tararea la canción junto a él y las lágrimas, cada vez más evidentes, brotan de sus ojos. Él avanza hasta el borde del escenario y le tiende la mano. Ella, tranquila, se levanta paulatinamente, toma su mano con fuerza y se pierde en sus brazos.

Pablo necesita sentirla. La aprieta contra su pecho y se acerca a su pelo tratando de aspirar ese aroma tan peculiar que desprende. La estrecha entre sus brazos. Cada noche lo hace con más fuerza para evitar que ocurra lo de siempre. Y de repente ya no está. Se desvanece y desaparece de su lado. Él se desespera, se vuelve loco y...

... Se despierta. Tras ese sueño se despierta siempre así, atormentado.

Vuelve a levantarse de la cama para acercarse a la ventana. Siente calor y ahogo. Cierra los ojos al notar como el viento le acaricia la cara. Contempla el paisaje que se muestra ante él sin saber exactamente dónde está. No recuerda en qué ciudad se encuentra..., cada día en un lugar diferente, con gente nueva...; le duele no saber en qué mundo vive.

El aire actúa como una suave medicina que le serena, y logra que caiga derrotado, esta vez sí, en los brazos de Morfeo.

La mañana se presenta ajetreada. El móvil le despierta con una llamada. Es Daniel.

—Pablo, venga, levántate que hoy toca viaje a Barcelona. —¿Ha dicho

Barcelona? El corazón se le sale del pecho al escucharlo. ¡Por fin!—. Pablo, no te hagas el dormido, anda —insiste.

—¡Voy, voy! En medio minuto estoy listo —grita. Sale de la cama de un bote y se mete en la ducha canturreando uno de sus temas.

Está eufórico. Contento, nervioso. Hoy sólo tiene pensamientos para ella. ¿Por qué? No lo sabe, pero lo cierto es que esa chica le robó el corazón. Su dulzura, su manera de tratarle, la sensibilidad que desprende... La siente tan frágil que le es inevitable querer protegerla.

«¿Y si no viene? ¿Y si no la vuelvo a ver?», se impacienta. Trata de arreglarse todo lo deprisa que puede. ¡Y es que tiene tantas ganas de que lleguen las cuatro de la tarde...! Hoy le toca firma en la Ciudad Condal, y no desea otra cosa que verla.

Rebusca entre su maleta intentando decidir qué va a ponerse. Saca una camiseta, se la prueba y la tira al suelo; coge otra, se la prueba y acaba cerca de la anterior. Y así una y otra vez con la mayoría de las prendas que lleva. ¿Camisa blanca? ¿Camiseta negra? ¿Pantalón claro u oscuro?

—¿Qué pañuelo me pongo?... ¡Dios mío, esto es más complicado de lo que pensaba! —grita.

Nervioso e indeciso, decide llamar a Marisa, seguro de que ella puede ayudarle a salir del embrollo. La llama y en dos minutos oye la puerta.

—¿Qué pasa, Pablo? Me has asustado, tanta desesperación... —Llega ahogada, con la respiración entrecortada. Habla dejando su bolso encima de la cama.

—No sé qué ponerme.

Marisa le mira seria y suelta una carcajada. Se sienta en la cama como puede y observa.

—¿En serio me has hecho correr para esto? —Él asiente y le muestra el despliegue que tiene sobre la cama—. ¿Pero qué coñ...? —Se queda callada—. Barcelona —musita. Calla y vuelve a reír. Sabe lo que pasa; de hecho, todo el equipo lo sabe—. Vale, déjame ver qué tienes por aquí —le dice revolviendo la ropa de la cama y cogiendo lo que ha caído al suelo—. Mmm..., pruébate esto, a ver qué tal. —Le tiende la ropa y se sienta en la cama.

Pablo entra al baño a cambiarse. Va todo lo rápido que puede, y cuando está listo se mira al espejo convencido. Ha acertado. Sale y la sonrisa de Marisa le confirma su impresión.

—Caerá rendida a tus pies —se ríe y camina en dirección a la puerta.

—Marisa, no es eso..., yo... —intenta explicarse, sin suerte—. Raquel...

—Vamos, Pablo, no me vayas a decir que no lo haces por la chica del Palau.

Le ha pillado y, aunque quiere hacerlo, no sabe cómo explicarle que no es lo que piensa, pero es que realmente ni él mismo sabe lo que le está ocurriendo.

—Quiero conocerla, tengo curiosidad, sólo es eso. Y canta como los ángeles...

Marisa le mira y vuelve a reír.

—Pues si es por cómo canta, deberías pedirle que cante contigo, ¿no crees?

Sigue riendo, sabe perfectamente que no es sólo la voz lo que le llama la atención. Marisa sale del cuarto y Pablo se queda apoyado en la puerta, pensativo. Las palabras de su agente le han dado una idea.

Se acerca al espejo para mirarse por última vez. Le llaman, y por nada del mundo quiere perder ese vuelo a Barcelona. Un viaje que se le hace extremadamente interminable. Le parece que los minutos sean horas, y el tictac del reloj retumba en su mente una y otra vez.

Baja la escalerilla del avión y sonrío al pisar tierra firme. ¡Por fin en Barcelona! Una vez acomodado en el hotel, el equipo hace un alto para comer antes de la firma, pero Pablo sigue demasiado nervioso para hacerlo. Y los nervios aumentan cuando sale del coche en el que le llevan para la firma, escoltado de nuevo por guardias de seguridad. Accede al recinto escogido y sube las escaleras del escenario que han preparado.

Mira, busca y rebusca entre la gente... Su único deseo es encontrarla. Se siente ansioso, con miedo a que el esperado encuentro no llegue. Intenta no pensar, y empieza la rutina: dos besos, foto, firma y dos besos más. Una y otra vez, una tras otra van pasando las horas y la gente, y ella sigue sin aparecer. Está agotado, le mata la incertidumbre, necesita contarle a alguien cómo se siente.

—Voy a seguir hasta que haya firmado a todo el mundo —lo grita para que le quede claro al equipo y a los organizadores.

—Pero, Pablo..., no puedes... —es Marisa la que habla.

—Es mi problema —la corta.

Daniel se acerca a él preocupado.

—Pablo, no puedes hacer esto por esa chica. Ya sabes cómo se toma Raquel cualquier gesto simpático tuyo a otra mujer...

—Ha venido, estoy segurísimo, y no me voy a ir de aquí sin verla, así que si es la última, me esperaré. Además, Raquel no tiene por qué enterarse y en cualquier caso no estoy haciendo nada malo —le dice seguro, aunque no tan convencido de que esté ahí. Es lo que espera, e intenta creérselo para tratar de calmarse.

Hace una pausa y vuelve al escenario con el aplauso del público. Adopta la misma posición que antes: se apoya en la mesa que le han puesto para firmar mejor. Empieza otra vez el baile de caras, besos y firmas. Nota como alguien se abalanza sobre su cuello y le abraza con fuerza. Le devuelve el abrazo, abrumado por el ímpetu. Se separa un poco para lograr ver el rostro de la joven, y enseguida la reconoce. Es Claudia, una de las chicas que le acompañan cuando viene a la ciudad. Le dice que está más guapo, que no se corte el pelo porque le gusta mucho más como le queda largo. Pablo la atiende tranquilo, le firma dedicándole bonitas palabras y la despide con un abrazo y un par de besos. Avanza hacia la escalerita de salida para ver cómo se marcha, y se la queda mirando porque ella sigue lanzándole con gestos mensajes indescifrables desde lejos.

Un escalofrío recorre su cuerpo, se da la vuelta para volver a la mesa, pero se

queda de piedra al verla allí frente a él. Jamás había sentido tal bloqueo con nadie. Se siente incapaz de moverse, como si todo su ser se hubiese paralizado. Tiembla al ver como ella sigue también sin moverse frente a las escaleras de subida.

Finalmente reacciona: ella está quieta, en *shock*, a escasos metros de él, y no va a dejar escapar el momento. Camina deprisa y se abalanza sobre ella. La abraza con todas sus fuerzas, dejándose llevar por ese dulce aroma. Siente su respiración entrecortada. Su cuerpo tiembla como la otra vez que la tuvo entre sus brazos. Respira tranquilo y a la vez nervioso. Parece menos tenso, pero con la emoción a flor de piel. Recuerda ese sueño que le perturba cada noche, y se aferra a ella con fuerza, con miedo a que se marche. No puede evitar emocionarse y se estremece ligeramente. Ella lo nota y le abraza con más fuerza para tratar de tranquilizarle. A Pablo le gustaría permanecer siempre así.

Él se acerca despacio a su oído para agradecerle que haya venido. Ella esboza una sonrisa y él no tiene más remedio que devolvérsela, su cuerpo vuelve a estremecerse al sentir sus labios acariciándole el cuello: un beso que le deja inmóvil y que le aleja de la realidad de aquella firma. La chica se separa de él y, aturdido, sin saber muy bien qué está escribiendo, le firma. No vuelve a reaccionar hasta que nota de nuevo los labios de la chica, esta vez cuando le da un beso en cada mejilla. Ella empieza a caminar hacia la salida y por fin logra reaccionar. La coge del brazo y la acerca a él con cuidado.

—No te vayas, por favor. Quédate ahí. —Pablo le señala la zona trasera del escenario con la esperanza de que ella aguarde allí y pueda verla después—. Por favor —le suplica mirándola a los ojos.

Sin responder a sus palabras, ve como Dani la ayuda a bajar. Él se queda mirando el recorrido que traza al hacerlo, como encantado, y, cuando vuelve a la realidad, les pide a sus ayudantes que no la dejen irse, que vayan tras ella y la acompañen hasta que él acabe.

TÚ

Todavía noto el calor de su cuerpo. Acabo de bajar las escaleras, aún temblorosa, y siento que tengo su respiración entrecortada frente a mí. No soy consciente de lo que acaba de pasar. Lo cierto es que me ha reconocido, algo de lo que tenía dudas, pero su actitud sigue desconcertándome.

Tanto pensar estos días, tantos consejos de Álex y de Claudia, todo queda en nada. La frialdad de mis pensamientos se desvanece cuando sus ojos me miran, cuando me sonrío o cuando me toca.

Se lanza hacia mí. Le siento desesperado, falta de cariño tal vez. Me sumerjo en sus abrazos y disfruto del momento, disfruto de ese perfume que desprende, del calor de su pecho. Me rodea y me aprieta fuerte contra él, y hace algo que me desconcierta. Siento como su cuerpo tiembla y, al alzar la mirada para encontrarme con sus ojos, los veo brillantes de emoción. Quiero calmarlo, pero no sé cómo hacerlo. Me pongo todavía más nerviosa de lo que estoy.

Lo que hago entonces es lo primero que se me pasa por la cabeza. Me acerco a su cuello, aspirando el aroma de Agua Fría que tanto me gusta, y le beso con toda la ternura que anida en mi ser. Su respuesta es innata e inmediata. Noto temblar su cuerpo, y acaricio tímidamente sus fuertes hombros y su espalda con las palmas de mis manos. No entiendo muy bien qué le está ocurriendo.

Tomo distancia y aire, y entonces él firma el disco que le he entregado. Ni me pregunta mi nombre, ni me sale decirle nada. Escribe concentrado, o eso parece. Cojo el librito de canciones y el disco, y rodeo la mesa para llegar, de nuevo, a su lado. Me acerco y le vuelvo a besar, esta vez en las mejillas. Él sigue paralizado, y veo como Dani me hace un gesto para que me marche. Camino tranquila hacia las escaleras, pero algo me frena. Son sus manos, que sostienen mi brazo con firmeza. Al volverme para entender lo que ocurre, me topo con su cuerpo. Me atrae hasta él y se acerca a mi oído, agitándose. Siento su aliento en mi cuello. Me pide que no me vaya, que le espere tras el escenario para vernos después.

Aturdida, bajo al encuentro de Claudia, que me espera al otro lado de las vallas. Mi mente navega entre un sinfín de ideas, pensamientos y contrariedades que no me dejan pensar con claridad. Ella se empeña en que debo salir de allí, y cuanto antes.

Abrazo a Claudia y siento como los nervios me están matando por dentro. Tengo miedo, sí, aunque me cueste reconocerlo, ésa es la sensación que tengo. Miedo a lo que acaba de pasar, a ilusionarme, a hacerle daño a él y a mí misma. No quiero inmiscuirme en su relación con Raquel.

Claudia me zarandea devolviéndome a la realidad.

—Vámonos, que mira la que hay liada y quiero salir viva de aquí —dice tirando de mí—. ¡Ya!, respiremos. Pensé que me moría. Me empujaban por todos lados —añade resoplando. Cambia enseguida el gesto, y veo su sonrisa y la alegría en su rostro—. ¿Y tú qué, eh? ¿No dices nada? ¿Te ha comido la lengua Pablo? —La miro seria al caer en lo que acaba de decir, y suelta una sonora carcajada—. Joder, por poco me quedo sin mi Marina. ¡Pero si no te soltaba! Qué muchacho más cariñoso, hay que ver —me dice con guasa. Sigue preguntándome, llenándome la cabeza de interrogantes que ni yo misma sé contestarme. Me está poniendo más nerviosa de lo que estoy. Trato de cambiar el gesto y finjo una sonrisa.

—Nena, que la periodista soy yo, ¿eh? Tanta pregunta junta... —trago saliva. Espero que no se lo tome mal. La miro inquieta por su reacción y sonrío.

—Perdona. Es que me ha hecho gracia. Ha sido una escena muy bonita y quería saber tu sensación. —Miro atrás intentando averiguar si estamos lo suficientemente alejadas para evitar que, al contarle lo que ha ocurrido, me haga volver junto a Pablo—. ¿Y bien?

—Antes de contarte nada, prométeme que bajo ningún concepto me vas a hacer volver allí —le digo señalando la entrada del centro comercial.

Encoge los hombros y asiente.

—Lo prometo.

—Está bien. Pues vamos a ver cómo te explico yo esto... —Tomo aire y empiezo a recordar emocionada lo que ha pasado hace unos minutos—. He subido como un flan. Tenía miedo que después de todo no me reconociera, y, encima, cuando se ha vuelto y me ha visto, se ha quedado inmóvil. Apenas podía aguantarle la mirada. Y sin darme cuenta he sentido su abrazo, me abrazaba con tanta fuerza que no sé ni cómo describirlo... —Claudia me acaricia las manos, que siguen jugueteando entre sí tratando de sofocar los nervios—. Y luego, para más inri, se emociona tanto que parecía que quería llorar. Sigo sin comprender por qué. Y no se me ocurre otra cosa, para calmarlo, que darle un beso en el cuello. —Claudia abre la boca de par en par.

—A quién se le ocurre, Marinita... —se mofa.

Me encojo de hombros y sonrío tapándome la boca con las manos.

—Luego me ha firmado... Por cierto, no sé ni lo que me ha puesto —le digo rebuscando en mi bolso. Encuentro el librito y lo saco con cuidado para ver sólo yo lo que hay escrito.

No he podido dejar de pensar en ti desde que cantamos juntos. Gracias por regalarme tu tiempo. Tenía muchas ganas de volver a verte. Nos vemos pronto. Un abrazo y un beso grande, Pablo.

Lo leo y me quedo helada. Noto como alguien tira del librito y no me resisto, mi mente está demasiado ocupada pensando en sus cosas.

—Qué bonito es..., me lo voy a comer.

—Pues no he acabado de contarte... ¿Has visto que, cuando iba a bajar, ha vuelto a venir?

—Sí, pensaba que era porque te habías dejado algo.

—Sí, la cabeza —me río—. No, la cosa es que viene, me abraza otra vez y me suelta tan tranquilo que le espere detrás del escenario para hablar conmigo, ¿sabes?

Claudia vuelve a abrir la boca de par en par y yo sigo riéndome, aunque por dentro no me aguanto.

—Pero, Marina, ¿por qué no...?

—No puedo. No sé, tengo miedo, Claudia. No entiendo qué está pasando, y temo no saber entender lo que quiere. No deseo hacerle daño a... a nadie.

Seguimos hablando de camino a casa, dándole vueltas a todo lo que ha pasado en la firma. Ella me cuenta lo que ha vivido y sigue ratificando lo mono, bonito, amoroso, detallista y sensible que es..., como si yo no lo viera.

Llego a casa, por fin. Estaba deseando quedarme sola un rato para meditar sobre todo lo que ha ocurrido. Parece que no hay nadie. Veo una nota de mamá en la nevera en la que me avisa de que tiene turno de tarde-noche y que ha dejado la cena lista, sólo hay que calentarla. Miro el reloj y, aunque es tarde, prefiero pensar que mi padre sigue trabajando.

Subo a mi habitación e intento hacer como si nada hubiera ocurrido. Me meto en la ducha para sosegar un poco mi cuerpo y mi mente. Me sumerjo en el agua caliente y dejo que mi imaginación viaje donde quiera, aunque sepa qué rumbo va a tomar. Me dejo llevar por las sensaciones que he tenido esta misma tarde, y salgo del baño directa a la cama, no tengo hambre, mañana será otro día.

Un fuerte escalofrío me despierta, el sudor frío y la ventana entreabierta me destemplan. Me levanto y miro el reloj de la mesilla. Son las tres de la mañana, pero necesito hablar con alguien.

—¡Marina! ¿Qué ha pasado?

—Nada, Álex, tranquilo.

—¿Cómo que tranquilo, Marina? Pero si son las... ¡las tres de la madrugada en España!

—Ya..., lo siento. ¿Es muy tarde ahí?

—No, no te preocupes. Acabamos de llegar a Dhaka, Bangladés. Aquí son las nueve de la mañana. —Respiro tranquila. Menos mal que no le he despertado—. ¿Es por el cantante ese otra vez?

—Pablo —musito.

—Sí, ése, ése. ¿Qué ha pasado ahora?

Le resumo brevemente lo que ha ocurrido, sin obviar los detalles más importantes.

—Marina, aléjate. Esto ya no me está gustando nada. Ese chico tiene novia y está tomando todo un aire muy extraño. Si tienes que ir a verle, porque entiendo que su música te gusta, hazlo. Pero cuidado. —Tiene toda la razón del mundo, aunque me

cueste verlo.

—Ya...

—En serio, pequeña. Sé que ahora ves las cosas en caliente y se te puede hacer un mundo tomar distancia. Pero creo que tienes que centrarte en la carrera y dejar que todo siga su cauce desde lejos.

—Soy tonta, haciéndome ilusiones con un famoso. Y ni siquiera le conozco en realidad... Tienes toda la razón...

—Eres la persona más fuerte que he conocido jamás, así que sé que vas a poder con todo esto y con más.

—¿Vendrás algún fin de semana? —No encuentro respuesta. Más que una pregunta, se lo planteo como una opción de vernos después de casi tres años.

—Os echo mucho de menos, pero ya sabes lo complicado que está todo por aquí...

—Está bien, está bien. Ven cuando puedas. Piensa en las navidades del año que viene. Tengo ganas de volver a celebrar esos días contigo. —Oigo como sonrío.

—Me lo pienso si me prometes que vas a volver a la cama, te abrazarás como siempre a la almohada y te dormirás sin darle vueltas a nada más.

Le adoro, en serio. Me ayuda tantísimo que no sé qué haría yo sin él. Le hago caso, cuelgo e intento relajarme en la cama; mañana será otro día.

10

ÉL

Se despierta al sentir como alguien le acaricia la cara. Abre los ojos y la ve allí, con esa sonrisa que le cura cuando está enfermo y que sin querer le contagia.

—Buenos días, cariño —le dice sentándose en el borde de la cama y tendiéndole una taza de humeante tila.

—Buenos días, mamá. —Se incorpora, sujeta la taza que le entrega y la abraza con la mano libre.

—He pensado que te iría bien otra tila, aunque te veo más tranquilo que ayer, te sentará bien.

Se borra la sonrisa de su rostro al recordar lo que había ocurrido el día anterior. Su mente divaga entre los recuerdos de la firma, de la discusión con su equipo y de su vuelta a Cádiz.

Acaba de firmar extremadamente tarde. Marisa se acerca a él para comentarle que el centro comercial debe cerrar en pocos minutos y que, por tanto, la firma debe terminar. Pablo asiente mirando lo que queda de público por firmar, y vuelve la mirada a la bolsa llena de regalos que ha ido guardando a lo largo de la tarde.

Quedan un par de chicas que ya esperan en las escaleras y a las que por consideración quiere firmar. Besa a la última y avanza hasta el borde del escenario para despedirse de los que aguardan en las vallas. Baja las escaleras con una sola cosa en mente: buscarla. Dos hombres de negro se acercan a él para que pueda salir sin problemas y, al llegar a la zona trasera se encuentra, esperándole, a Marisa y a Daniel.

—¿Dónde está? —murmura tratando de divisar si se encuentra tras ellos.

Obtiene la misma respuesta: ambos se encogen de hombros. Abre los ojos de par en par y empieza a ponerse nervioso. Vuelve al escenario tratando de encontrarla entre el público, que va abandonando el recinto. Daniel le sigue para salvaguardarlo.

—He dicho que dónde está. Ha de estar aquí, le dije que me esperara aquí...

—Pablo, vámonos, por favor, aquí no hay nadie... —Daniel insiste en que se marchen, pero él no tiene la más mínima intención de hacerlo.

Sigue buscando y rebuscando hasta que sin remedio asume que no hay nadie. Vuelve junto a Marisa, que le espera impaciente por marcharse.

—Os he dicho que no la dejarais ir, que os quedarais con ella aquí hasta que bajara. No está, joder, no está —suelta desesperado—. No puedo entender que haya desaparecido otra vez. Parece que sea un espejismo. No me puede estar pasando

esto.

—Pero, Pablo, nosotros...

—¿Qué, qué, eh? ¡Pero qué incompetencia, por favor! ¡Para una cosa que os pido! ¿Era tan complicado quedarse con ella hasta que yo bajara? ¿Ahora qué? ¿Ahora dónde la busco? ¿Me lo explicáis?

Grita alteradísimo cada una de las palabras que pronuncia. Sigue sin entender cómo la han dejado marchar...

Vuelve a sentir sus caricias. Enreda las manos en su cabello y le besa la frente. Él adora estos momentos que le devuelven a su infancia más tierna.

—¿Me vas a contar lo que pasó ayer, Pablo? —se lo dice con cariño, pero la nota seria, preocupada. En definitiva, es su madre y, como todas las madres de este mundo, se preocupa por su hijo.

—Mamá... —suspira. Está indeciso. No quiere verla preocupada y sabe que, si se lo cuenta, lo estará.

—Está bien, como quieras, no me lo cuentes si no quieres...

Hace el amago de levantarse, pero él la coge del brazo y tira de ella para que vuelva a sentarse a su lado.

—No sé qué me pasa con una chica, pero es que es tan..., no sé cómo explicarte. —Detiene las palabras y su madre, sonriente, le anima a seguir—. Desprende ternura, dulzura..., no sé, me enternece su forma de mirarme y de tratarme, aunque apenas haya cruzado cuatro palabras con ella. No sé...

—¿No sabes, cariño? ¿Y Raquel? ¿Qué pasa con Raquel?

Se apoya en su pecho y la mira serio. Entiende las dudas, pero ni él mismo sabe dónde encaja en todo esto Raquel.

—Raquel sigue ahí, seguirá ahí. Mamá, esto no es lo que parece, o tal vez sí, no lo sé. Tal vez es el simple hecho de que, cada vez que intento hablar con ella o acercarme, va y desaparece, como si no existiera. Como si fuera una ilusión de mi mente. Además..., no sabes qué voz tiene..., pura magia.

—Ya..., pues no puedo decirte otra cosa que no sea que la busques. Si eso es lo que deseas, si así vas a quedarte tranquilo, hazlo. Si tú quieres una amistad con esa chica o quieres conocerla o cantar con ella, adelante. —Le estrecha entre sus brazos dándole la fuerza que él tanto necesita.

Sabe que tiene razón. Si hay algo que tiene claro es que prefiere arrepentirse de hacer algo que de quedarse sentando lamentando lo que podría haber hecho...

Tras tomarse la tila, se levanta y camina hacia la ducha con la intención de que el agua fría le devuelva las ideas que se le han escapado. No sabe cómo encontrar la manera de dar con ella.

La tranquilidad de su familia le calma y le devuelve la paz que tanto necesita. Ha vuelto a casa, a su Cádiz querido, y le fascina esa normalidad que recupera cuando llega. Vestido con lo primero que ve en el armario, baja al salón y se encuentra a su

querida sobrina, Sarita, la pequeña de la casa. A la niña, al ver a su tío se le iluminan los ojos y esboza una sonrisa. Corre hacia él y le abraza las piernas con todas sus fuerzas.

—Eh, princesa —murmura cogiéndola en brazos.

—¡Tío Pa! —Así es como siempre le llama ella. Le encanta que lo haga. Vuelve a abrazarlo, esta vez rodeándole el cuello con sus pequeños brazos.

—¿Cómo está la niña más bonita de todo Cádiz? —dice pellizcándole los mofletes.

—Te he echado de menos, no te vi ayer —responde haciendo pucheros.

Él, embobado, se acerca a su mejilla y la besa con ternura.

—Es que llegué tarde, princesa, y no quería despertarte.

—¿Estabas con tu otra princesa Raquel? —le dice vergonzosa.

Él sonrío. Se la comería. Ella vuelve a arrugar la boquita y la nariz, y a él se le ocurre hacerse el pobrecito mientras se acerca a su oído.

—Mi única princesita eres tú. Que se entere el mundo entero —grita.

Se separa poco a poco y comprueba como la pequeña sonrío tímida. Alza los brazos y vuelve a lanzarse a su cuello para abrazarle.

—Te quiero, Pa.

—Yo te quiero más, princesa —le contesta abrazándola con fuerza. La deja en el suelo y se ponen a jugar con los juguetes que Sarita tiene desperdigados por toda la casa. Hoy le ha tocado ser el cliente de su frutería.

—Venga, anda, levanta del suelo que aún te harás daño en la espalda. —Es su hermana, siempre tan graciosa.

—Buenos días, guapa, yo también me alegro de verte —bromea. Se levanta y se acerca a ella para recibirla con un beso.

—¿Mejor? —le pregunta en tono preocupado y con una mirada llena de afecto.

—Mejor —asiente él, sonrío y se sienta junto a ella en el sofá apretándole la mano en un gesto de complicidad.

—Sarita, ¿no me dijiste que querías que el tío te cantara? Ya sabes lo que hay que hacer... —murmura risueña su hermana. Ambas se giran a mirarle y entiende lo que viene a continuación.

—No, no, ni se os ocurra, vamos.

Está serio aunque por dentro no pueda aguantar la risa. Y efectivamente ocurre lo que sabía que iba a pasar. Las dos se abalanzan sobre él para matarle a cosquillas.

—Eh, vale ya —farfulla riendo—. Va, parad..., va..., que os prometo que canto...

Paran inmediatamente al oír sus palabras.

—Tú y túúúú y túúúú —canta la pequeña.

Él sonrío y sale en busca de su guitarra al estudio.

—Y esta noche viene a *El hormiguero* Pablo —oye que dice Sara.

Para en seco y abre los ojos. Suelta la guitarra encima del sofá y sale corriendo

hacia el jardín.

—Vengo, vengo, os prometo que ya vengo.

Sale fuera y mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón para sacar su móvil. ¡Lo tiene! ¡Esa pequeña princesita le ha dado la clave que necesitaba para buscarla!

Desliza el dedo por la pantalla del iPhone una y otra vez hasta que logra dar con su número. Sin pensárselo dos veces, aprieta y escucha ansioso cada uno de los tonos de la llamada.

—Pablo, soy Pablo —balbucea ansioso.

—¡Ey, Pablo! ¿Cómo estás, campeón? —La voz de su tocayo Pablo Motos le suena a cánticos celestiales.

—Bien, bien, te necesito, compañero, te necesito —espeta sin más dilación.

—¿Pero estás bien? ¿Te ha pasado algo?

—No, no. Yo estoy bien. Es que necesito tu ayuda...

—Claro, dime, dime, ya sabes que lo que necesites...

—¿Podemos vernos? Es decir, un día de éstos, pronto. Estoy en Cádiz, pero vuelvo a Madrid cuando tú me digas —habla rápido, nervioso.

—Mañana mismo, si es algo urgente, yo no tengo problema.

—¿Mañana? ¿Te va bien para comer?

—Genial, mañana pues. Esta noche mándame un mensaje con la hora y la dirección.

—Perfecto, Pablo. Gracias, muchas gracias, me salvas la vida y no sabes de qué manera...

—¿Pero seguro que no es nada grave? ¿Qué pasa?

—No, no, tranquilo... Te lo cuento mañana cara a cara...

«Estoy tarado», se dice tras colgar. Sabe que es una absoluta locura, pero quiere hacerla, siente que necesita hacer esa locura.

Pasaban los días, con sus nefastas mañanas y sus interminables noches. Las horas se me hacían eternas y mi cabeza me obligaba a tomar un analgésico diario para que el dolor no se apoderara de mí. Apenas dormía, apenas comía, iba a clase, sí, pero realmente me pregunto para qué si actuaba como un maniquí en un escaparate.

Intentaba ver a Claudia lo menos posible, quería estar sola, conmigo misma. Además, pensar en ella me llevaba irremediablemente a pensar en Pablo, y era lo único que quería evitar. Me refugiaba en la lectura de esos libros que todos tenemos guardados por si algún día nos apetece leer y mis oídos me pedían que no escuchara ni viera nada de Pablo..., y así lo hacía. Nada de su música, de sus fotos, de sus entrevistas...; quería olvidarme de él.

¿Qué le interesaba? ¿Mi voz o yo? Esa pregunta resonaba en mi cabeza una y otra vez a modo de tortura. No quería arriesgarme a sentir más de lo que ya guardaba dentro. La posibilidad, aunque fuera insignificante, existía, así que, teniendo en cuenta que Raquel estaba con él, yo no quería ser la tercera en discordia. La amiga de mi padre se me aparecía en la cabeza cada vez que pensaba en ello.

Hoy llego tarde a casa. Me conviene concentrarme en los trabajos y exámenes de la facultad, así que he decidido pasar la tarde en la biblioteca poniéndome al día. Cojo el autobús que me lleva a casa y me adentro en las páginas del libro que tengo a medias. Cuando me doy cuenta, ya es mi parada. Meto el libro en el bolso, bajo y emprendo el camino a casa. ¿Qué haré al llegar? Debo ducharme, lo haré antes de cenar, pero primero tengo que imprimir algunos apuntes que he pasado a limpio horas antes. Cuando recorro los últimos metros que me separan de casa, diviso a alguien familiar en el portal. Es ella, sin duda. Resoplo y camino decidida hasta allí.

—Claudia, ¿qué haces aquí? —le pregunto al llegar.

Antes de decirme nada se abalanza y me abraza con fuerza.

—Me has tenido preocupada todos estos días —me dice separándose de mí—. Ni me coges el teléfono, ni me quieres ver cuando vengo a tu casa... —Voy a contestarle, pero se me adelanta—. Sí, sí, tu madre me decía que no estabas, pero sé perfectamente que no querías verme... —Me conoce como a la palma de su mano... No puedo mentirle.

—Claudia, yo... —intento explicarle. Pero vuelve a cortarme:

—Sí, también sé que necesitabas estar tranquila. Lo entiendo, pero no puedes refugiarte en ti misma. Si estabas enfadada por lo pesada que he sido con lo de Pablo, tendrías que habérmelo dicho. Te puedo ayudar a olvidarte de él, a distraerte, a salir de la rutina... —Es lo mejor, tiene toda la razón, pero no es fácil.

—Claudia, lo sé...

—Va..., ya está, no tienes que darme explicación alguna. ¿Puedo quedarme un rato? Así te hago compañía.

Qué suerte tener la mejor amiga del mundo. La adoro...

Sonrío y la cojo del brazo para subir a casa. Sonrío después de varios días sin hacerlo. Las locuras que inventa Claudia para hacerlo son de lo más singulares, y yo disfruto como una niña pequeña.

Me dispongo a imprimir las cosas que tengo pendientes en el estudio de mis padres mientras mi amiga se entretiene con las redes sociales en mi cuarto. Guardo las últimas hojas de apuntes en la carpeta de la facultad cuando oigo que me llama.

—Dime —grito desde el estudio.

—Ven, ven rápido —oigo como grita exaltada.

Dejo la carpeta en la mesa del escritorio y salgo corriendo a mi habitación.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le digo asustada.

—Has de ver es... esto... —me dice sin dejar de mirarme. Tiene los ojos abiertos de par en par y la expresión desencajada.

—¿Ha pasado algo? —le digo acercándome al ordenador. Me está asustando...

—¡Twitter está que arde! —exclama.

Me aproximo a la pantalla y tomo asiento en la silla que queda libre. Tiene una ventana del navegador abierta con dos pestañas, una de Twitter y la otra de YouTube. Agrandas el vídeo hasta que ocupa toda la pantalla y presiona *play* para que empiece.

Hola, familia. Veréis, no sé muy bien cómo empezar esto..., pero necesito vuestra ayuda y creo que ésta es la mejor forma de pedirla.

Es él, Pablo, en un vídeo nuevo. Tan guapo como siempre, con esa camiseta negra que tanto adoro y sentado en el mismo sofá rojo que le llevó al éxito. Habla tranquilo, sereno.

Hace un año que aquí, sentado en este mismo sofá, subí esos vídeos en los que empezaba a ofrecer mi música. Gracias a ellos y gracias a vuestro apoyo, estoy cumpliendo mi sueño, y quiero agradecer todo el cariño y la fuerza que me regaláis todos los días.

Está serio; sin perder su calidez habitual, pero extremadamente serio. Habla sentado, con la espalda apoyada en su diván de la suerte.

Hace poco más de un mes, algunos de vosotros me acompañasteis en uno de mis conciertos más especiales hasta ahora, el que di en el Palau de la Música, en Barcelona.

Oigo los latidos de mi corazón retumbar con fuerza en mi cabeza. Está hablando del concierto...

Esa noche fue única no sólo porque actuar en ese lugar es maravilloso, sino porque conocí a una persona muy especial.

Siento como la mano de mi amiga agarra la mía con fuerza, y me aferro a ella como si me fuera la vida. Él sigue hablando, haciendo algunas pausas como si tratara de vencer la emoción.

Esa noche, pocos minutos después de comenzar el concierto, una de las personas que había entre el público subió al escenario para cantar conmigo.

¡Habla de mí!

Una chica... que estoy seguro de que la recordaréis porque, tras la canción, sufrió un desmayo y tuve que salir del escenario con ella en brazos.

Me entenece oír esas palabras de su boca.

Pues bien, familia, sé que esto que os voy a pedir es complicado, pero estoy seguro de que alguno de vosotros podrá ayudarme.

¿Ayudarle?

Necesito encontrar a esa persona. Necesito encontrar a la chica que cantó aquella noche conmigo, porque estoy seguro de que vosotros también disfrutasteis de su maravillosa voz durante la canción. Necesito que me ayudéis a buscarla. Cualquier pista, cualquier detalle que sepáis sobre ella, que visteis esa noche..., cualquier cosa puede ser algo clave para encontrarla. Hablamos pronto para contaros más cosas sobre esto. Nos vemos hoy en *El hormiguero*, y así entenderéis mejor todo esto que os cuento. ¡Un beso!

Me quedo inmóvil. No puedo creer lo que acabo de oír. ¿Me está buscando a mí? ... Y así, delante de todo el mundo...

—Pellízcame. Dime que esto no es un sueño —musito con la mano de mi amiga entre las mías. Noto algunas lágrimas recorriéndome las mejillas, que me arden de vergüenza y miedo.

Claudia toma mi cara entre sus palmas y me mira a los ojos.

—Eh, cariño..., ya está, ya está, no te preocupes por nada. Nadie sabe que eres tú. ¿Que nadie sabía que soy yo?

—Claudia, no soy tonta —le digo seria, secando las últimas lágrimas que resbalan por mis mejillas—. Tus amigas, las chicas de la primera fila..., ¿sigo?

Cierro el vídeo, cierro la pestaña de YouTube y lo veo, tiene razón: Twitter arde... #LaChicaDePablo lidera los temas más comentados, y en tercer y cuarto lugar aparecen #LaChicaDelPalau y #PabloEH, respectivamente.

El mundo se ha vuelto loco y yo me acabo de enterar. No tengo palabras. Apago bruscamente el ordenador. No quiero verlo, un arrebató se apodera de mí y me levanto de sopetón de la silla.

—Pero... ¿por qué? Es que no soy capaz de entenderlo. En serio. ¿Qué me ha visto? —le digo mirándome al espejo—. ¿O qué le ha visto a mi voz? No sé, ¿qué quiere?

—Lo especial que eres...

—¿Especial? —le pregunto sentándome a su lado en la cama.

—Nadie en tu situación se hubiera comportado como lo estás haciendo tú.

—Lo sé, soy imbécil.

—¡No! Al contrario. Es admirable que ante algo así tengas la suficiente cabeza como para pararte a pensar qué está bien y qué no.

—No quiero convertirme en alguien como mi padre. No me lo perdonaría jamás. Claudia me abraza con fuerza, y resoplo.

—Lo que Pablo quiera o lo que deje de querer ya se verá. Tiempo al tiempo...

Un suave tono del móvil nos alerta.

—Es el mío —me dice Claudia acercándose a cogerlo. Arruga la nariz y se acerca a mí.

—¿Qué? —espeto.

Planta el móvil delante de mí para que pueda ver de qué se trata. Es la página de Twitter. Hay un tuit de la novia de Pablo.

Raquel Campo @raquel_c

Casualidades..., demasiadas casualidades...

—¿Tienes las notificaciones activadas para cuando tuitea esta mujer? —Claudia asiente risueña—. ¿En serio? No puedo contigo —le digo antes de echarme a reír.

—¿Lo has leído ya?

—No, espera, que sólo ver el nombre ya me he despistado —admito volviendo la mirada a la pantalla—. Lo que me faltaba ya por ver...

Se siente como un niño pequeño ante su primer examen. Había experimentado un sinfín de veces los nervios previos a una entrevista, pero jamás de aquella forma. Esta vez es todo diferente.

Espera ansioso tras el plató de *El hormiguero* a que Pablo Motos le dé la señal para entrar. Lo tienen todo preparado al milímetro para empezar con el plan previsto desde esa misma noche. El primer paso estaba dado: Pablo había publicado un vídeo en las redes sociales explicando el fin de todo aquello, para que «la familia», sus fans, le ayudara a encontrarla. Ahora llegaba la segunda parte y la más complicada. Él mismo contaría la historia en directo.

—Y hoy, amigos, esta noche, nos vuelve a visitar alguien muy especial al que quiero y sé que todos queréis mucho. Hoy no viene a cantar, hoy viene por algo maravilloso que estoy seguro de que os encantará. Y no dudo de que, entre todos, vamos a ayudarle. Ha venido a divertirse a *El hormiguero*... Pablo.

Sale entre aplausos y camina directo hasta la posición de Pablo Motos, que le recibe con un reconfortante abrazo. Le acompaña a la mesa y se sienta a su lado.

—Veréis. Os voy a contar una historia... que no os va a dejar indiferentes. Hace unos días recibo una llamada del señor que está aquí a mi lado. Descuelgo el teléfono y me dice que necesita verme. No voy a negar que me sorprendió su llamada. Lo cierto es que jamás un hombre me había dicho que me necesitaba. —El público ríe con sus ocurrencias—. Al día siguiente, Pablo toma un tren desde Cádiz para comer conmigo aquí, en Madrid, y para contarme algo que me dejó a cuadros. Yo sé, porque nos conocemos hace ya unos años, que Pablo es una gran persona. Pero nunca llegué a imaginar que fuera tan perfeccionista como todas sus fans cuentan.

»Se sienta en la mesa del restaurante, hecho un flan, e intento bromear con él para ver si se tranquiliza un poco. Entendedme, ¡me estaba poniendo nervioso hasta yo! — La gente vuelve a reír, pero siguen centrados en sus palabras—. Pues bien, tras más de una hora comiendo, veía que el chico no hacía más que preguntarme sobre cosas de mi vida, aunque yo era consciente de que no le importaban nada. Justo cuando tan contento empiezo a cortar un trozo del solomillo que me había pedido, oigo que me dice que necesita ayuda. Dejo los cubiertos en la mesa y le incito a que me lo cuente de una vez. Y menos mal que no me había metido el solomillo en la boca..., porque vete tú a saber dónde habría acabado el pedazo de carne. Creo que estaba más rojo que Iniesta cuando acabó de contarme la historia.

En ese momento, aparece en el *videowall* del plató una imagen de uno de los conciertos de Pablo. Sonríe y se queda pensativo, oyendo como Motos narra toda la

historia, que termina preguntando:

—¿No os parece increíble que alguien pueda salir corriendo cuando su ídolo le suplica que se quede allí para hablar con ella? Pues eso es lo que pasó y así es como os lo hemos contado. Lo que Pablo pretende es que todos podáis disfrutar de la voz de esa fan suya, quiere cantar con ella a dúo y que todos podamos ser testigos de lo bien que canta. Y como en *El hormiguero* queremos mucho a Pablo, como nos ha fascinado la historia, y también sentimos curiosidad por esa chica, vamos a ayudarle a buscarla. —El público aplaude y Pablo respira algo más tranquilo—. Es por eso que hemos organizado un equipo de *casting* que recorrerá la Península buscando a esa fan de Pablo. Él nos ha facilitado su descripción, y trabajaremos todos juntos para hacer posible ese deseado encuentro. En nuestra página web encontraréis toda la información necesaria: las fechas de cada ciudad, los requisitos mínimos para venir... Además, Pablo estará con nosotros en la búsqueda para agilizar el proceso, ¿verdad?

Pablo asiente y caminan los dos hasta el centro del plató.

—¿Quieres añadir algo? —le dice Motos pasando la mano por su hombro cariñosamente.

—Sí, quiero comentar que esta mañana he subido un vídeo en las redes sociales en el que yo mismo cuento todo esto. Quiero darte las gracias a ti, Pablo, y a tu equipo, porque tienes unos compañeros maravillosos. Y también quiero agradecer el apoyo de la familia que está ayudándome en las redes.

El público aplaude y el presentador de *El hormiguero* le abraza para calmar su nerviosismo, que todavía es evidente.

—¿Y a ella? ¿Qué le dirías a ella si supieras que está viéndote ahora mismo?

Un escalofrío le recorre el cuerpo al pensar en ella y en que muy probablemente estará abrumada en casa viendo toda la locura que está desplegando. Se pone serio y mira a cámara tratando de imaginar que es ella la que está detrás.

—Si estás ahí, si me estás viendo ahora, sólo quiero que sepas que no importa nada de lo que ha pasado hasta ahora. Quiero que sepas que me da igual que desaparecieras, porque entiendo que pudieras sentirte agobiada o que simplemente no me entendieras... No quiero que te sientas presionada por las cámaras y, en definitiva, por todo esto...

»Quiero encontrarte porque sé que esa voz tan maravillosa que tienes no puede ni debe pasar desapercibida, me encantó cantar contigo una de mis canciones. Pero lo último que quiero es que te asustes. Sólo pretendo encontrarte, hablar contigo. Si no quieres que siga con esto, sólo tienes que hacérmelo saber y acabaré con esta búsqueda.

Y llegó el día... Se levanta eufórico, confiado y obviamente nervioso. Se siente con todas las fuerzas de este mundo para empezar la búsqueda. Y es que ha pasado una semana de su visita a *El hormiguero* y siguen sin noticias. Con el equipo de *casting* han decidido empezar por Barcelona, la ciudad del concierto en cuestión, y la ciudad

donde espera encontrarla, aunque no descarta buscarla donde haga falta. Es consciente de que en muchas ocasiones las fans viajan desde otras localidades para asistir a los conciertos, así que, si no es Barcelona, seguirán intentándolo.

Sale del furgón con Daniel, a su lado en todo momento, tanto física como anímicamente. Entra escoltado al teatro donde realizarán las pruebas, porque ya hay gente agolpada en la entrada. Han preparado una pequeña sala en la que irán entrando las chicas. El equipo se ocupará de descartar todas las que no se ajusten a los parámetros físicos que él les ha descrito, y las que pasen la primera fase subirán al escenario a cantar frente a él *Encuentro*.

Observa su reflejo en uno de los cristales del teatro, echa la cabeza atrás y cierra los ojos buscando la fuerza que le hace falta. Respira una y otra vez profundamente, y toma asiento en el sillón que le han preparado para empezar con la búsqueda.

Las chicas entran en grupos de cinco, en fila, en la sala paralela al escenario; gracias a las puertas acristaladas puede ver como una a una van pasando. Tras unos minutos frente al equipo, y negativa tras negativa, salen de la sala sin pasar por él. El agua parece calmarle la garganta seca por los nervios. En lo que lleva de tarde apenas una decena de candidatas han superado la parte de los rasgos físicos y se han subido al escenario a cantar frente a él, sin suerte.

Son más de las nueve y Pablo sigue paciente esperando a que entren más chicas. Dani sale un par de minutos y luego vuelve para hablar con él.

—¿Quedan muchas? —le pregunta. No quiere marcharse de allí, a pesar del cansancio. Está tan convencido de que la joven es de la Ciudad Condal que le horroriza marcharse sin novedades.

—Quedan muchas, Pablo, muchas —comenta su amigo.

—Dani..., pero... —Pablo intenta convencerle para que le dejen quedarse un rato más. Sabe que Dani es duro de roer, pero por intentarlo...

—Pablo, son casi las diez de la noche y ahí fuera hay más de doscientas chicas. Ahora imagínate que esa chica es la ciento noventa y nueve. ¿Te vas a pasar la noche esperando a que pasen todas?

—¿Y por qué no?

—Pues porque estoy aquí solo contigo, y como ceda y Marisa se entere, a ti te matan, pero es que a mí me echan. Y no tengo ganas de meterme en problemas, Pablo. Mañana seguimos. Empiezo a pensar que todo esto se está convirtiendo en una obsesión. Si hubiera sabido la que ibas a liar, el día de la firma la esposo a la mesa para que no hubiera desaparecido. Esto parece el cuento de Cenicienta. Increíble, vaya.

—Está bien, está bien..., vámonos —le dice serio, abatido. No quiere forzar más las cosas. Es consciente de lo bien que se están portando todos con él, y no quiere poner en peligro la búsqueda.

—Pablo..., conozco esa cara..., pero sé consciente de todo esto. Piensa un poco las cosas —le riñe Dani—. Estás cometiendo locura tras locura por cantar con esa

chica. Y estás viendo que te estoy apoyando... sabiendo y siendo consciente de que esto está superando los límites de todo... Así que levanta la cara, sonrío como siempre y vámonos al hotel a descansar.

Pablo fuerza una sonrisa. Es su amigo de toda la vida y sabe que siempre se ha desvivido por él, por eso le tiene a su lado. Le abraza con fuerza y apoya el brazo en su hombro para que no se preocupe tanto por él.

—Mira, Pablo, vamos a hacer algo... para que te quedes más tranquilo. Voy a salir ahí y voy a repartir papelitos con números, por orden de cola. Así, mañana, volveremos al mismo punto en el que lo hemos dejado y puedes dormir en paz viendo que no falta nadie, ¿vale?

Ese hombre vale su peso en oro y Pablo sabe que sin él no podría seguir con esto. Asiente, con la sonrisa todavía en sus labios, y se marcha cansado al hotel.

Un rayo de luz se cuela entre las rendijas de la ventana. Entorna los ojos y mira a ambos lados de la habitación para averiguar qué hora es. El hotel dispone de reloj despertador con proyección de pantalla, así que pronto descubre que son más de las ocho de la mañana. Reposa tranquilo, más que ayer. Por suerte, ha podido dormir toda la noche. Las sábanas le acarician el torso desnudo, y el sol le obliga a achinar los ojos para seguir descubriendo detalles de la habitación. Se levanta sin prisas. Sabe que seguramente Dani no estará en pie todavía y, por mucha prisa que tenga por seguir buscando, mientras su jefe de seguridad no se levante, él tampoco puede moverse del hotel.

De camino al baño descubre que la ventana de la habitación da directamente al recinto en el que están trabajando. Parece que las chicas siguen esperando ansiosas a que comiencen con las pruebas.

Pablo se lava la cara, se viste y baja rápidamente a desayunar con Dani, que acaba de llamarle para decirle que le espera en la cafetería del hotel.

—Buenos días, señorito —le dice sonriente.

Pablo se sienta junto a él en una mesa grande, preparada con todo lo necesario para un buen desayuno.

—Bueeenos días —contesta llevándose a la boca el primer trozo de cruasán.

—Vaya, te veo animado —sonríe—. Y hambriento... —añade tomando un sorbo de su humeante café.

—¿Y por qué no tendría que estar animado? La vida me sonrío: hace un día maravilloso, mi música se escucha en toda España y hoy voy a encontrar a esa chica... —Dani arruga la nariz—. Oh, y este cruasán está buenísimo... —concluye.

—Pablo... —empieza su amigo con gesto serio.

—Ssshhh..., déjame ser feliz un ratito, aunque esta tarde me marche de aquí sin encontrarla, déjame que sueñe despierto. —Debe ser positivo, el desánimo no conduce a nada.

—Está bien, está bien... —Pero no suena nada convencido.

Acabado el desayuno, entra al teatro junto con Daniel y un compañero de seguridad de *El hormiguero*. Se sienta de nuevo en el incómodo sillón y vuelve al desfile de chicas. Hay centenares de ellas fuera y Pablo es consciente de que le espera un largo y duro día de trabajo.

Pasan las horas y, aunque la esperanza no debe perderse, él la siente en la punta de los pies. Se siente desfallecido, necesita descansar, pero sabe que, si lo hace, no les va a dar tiempo a acabar con todas esas chicas y, como dice Dani, ella puede ser la

ciento noventa y nueve.

—Pablo, tengo algo... —oye como le dice uno de los miembros del equipo del programa.

Le vuelven a invadir la cabeza los latidos de su corazón, que palpita a un ritmo vertiginoso. Se levanta rápidamente y se dirige al chico, zarandeándole con brusquedad.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué tienes? —insiste con vehemencia.

—A una chica que...

Pablo no le deja terminar. Le coge del brazo y tira de él hasta que salen de la sala.

—Vale, vale, espera, que le he dicho que se esperara en la sala en la que estoy yo haciendo la selección de chicas... —le informa su acompañante deshaciéndose de su brazo.

Pablo le sigue inquieto, y le ve detenerse delante de una puerta. Toma aire, para que ella no le note nervioso, y observa como poco a poco la puerta se va abriendo. Avanza sigiloso y ve la figura de una chica morena de espaldas. «Tiene el pelo largo, demasiado largo para ser ella», piensa. Su expresión cambia al instante y la desilusión invade de nuevo su rostro.

—Aquí está, Pablo, esta chica me ha contado que tiene información de la muchacha a la que estás buscando. No te habría molestado si no me pareciera relevante lo que me ha dicho.

La joven se vuelve hacia él y por fin puede ponerle cara. Sin lugar a dudas, no es ella. Sus ojos marrones se iluminan al verle, sonrío y se apresura hasta él para abrazarlo. Él le devuelve el abrazo al notar ternura y emoción en su gesto, y tras unos segundos, se separa de él dejando al descubierto su rostro lleno de lágrimas.

—Oh, perdona. No quería molestarte, pero es que no lo he podido evitar. Hace mucho tiempo que tenía ganas de hacerlo.

Pablo le acaricia el cabello y le deja ver su cálida sonrisa para tranquilizarla.

—No te preocupes, mi vida. No tienes que disculparte; es más, soy yo el que debe estar agradecido por querer ayudarme. —Ella parece estar algo más tranquila, y él la invita a que se siente a su lado en uno de los sofás—. ¿Y bien? Me han contado que sabes algo de la chica que... —la intenta sonsacar, pero la muchacha enseguida le corta.

—Sí, a eso he venido. No quiero fingir que soy ella como todas esas chicas que están ahí fuera. Simplemente quiero contarte algo que sé, porque estuve en el concierto del Palau. —Él la mira inquieto, intrigado, con los ojos de par en par a la espera de que ella le cuente todo lo que sabe. No dice nada, no se atreve a interrumpirla, pero le acaricia la mano animándola a hablar—. Verás, aquella noche yo me encontraba sentada en uno de los asientos de la primera fila. Junto a mí había cuatro chicas más, entre ellas la que subió al escenario. —Pablo se tensa, y ella lo nota. Siente como le aprieta la mano con más fuerza y le acaricia la palma con dulzura mientras sigue hablando—. No puedo decirte nada de ella..., no recuerdo ni

su nombre. Aunque sé que sus amigas la nombraron, no lo recuerdo. Yo lo único que he logrado recordar es que una de sus amigas se llama Claudia. Se me quedó el nombre porque mi mejor amiga también se llama así.

Claudia..., ese nombre le suena mucho. Su mente navega entre los recuerdos de los últimos días en la ciudad mientras la chica sigue hablando.

—Es una chica rubia, con el pelo muy liso y los ojos color miel. Es una de esas chicas que siempre me encuentro cuando organizas algo en Barcelona. Es muy risueña, y siempre que vienes, tiene algo preparado.

Pablo sonríe cuando su cabeza da por fin con su imagen.

—¡Claro que la recuerdo! ¡Claudia! ¡Estoy seguro de que hablamos de la misma persona! —exclama con una expresión alegre.

—Veo que sabes quién es...

Asiente y la abraza con fuerza.

—Gracias, gracias, de verdad, no sabes lo que me ayuda esto que me cuentas —le dice emocionado—. Gracias... —insiste.

—Raquel —murmura—. Soy Raquel.

Pablo sonríe, de nuevo, aunque le es inevitable acordarse de su chica, a la que sabe que tiene algo olvidada con todo esto.

—Gracias, Raquel —le dice levantándose del sofá—. Tengo que irme, voy a intentar ponerme en contacto con Claudia. Nos vemos pronto, ¿vale? De verdad, la próxima vez que venga...

No le deja terminar, se acerca a él y le abraza como si le fuera la vida en ello.

Se despide de la chica con toda la rapidez del mundo y sale corriendo de aquella sala, donde parece que ha recuperado un poco la fe que tenía durante el desayuno. Se adentra con brusquedad en la estancia en la que está Daniel para contárselo todo, y le encuentra sentado, de espaldas, hablando por el móvil. Se acerca tranquilo, curioso de saber quién hay al otro lado del teléfono. Seguramente será su madre.

—Ya sé que hace días que no habláis, pero es que ha estado un poco malucho... Yo te prometo que, en cuanto vuelva, le digo que te llame, no te preocupes —habla Dani al teléfono. Se gira al notar una mano en su hombro—. ¡Oh, espera, Raquel! —exclama levantando la voz. Pablo cierra los ojos, consciente de lo enfadada que debe de estar su novia—. Ya está aquí, acaba de llegar. Te lo paso —explica con rapidez tendiéndole el móvil y poniendo cara de desesperación.

—Lo siento —murmura él tras la bronca que le acaba de echar Raquel—. Hola, cielo —añade acercándose el teléfono al oído.

—¿Cielo? ¡Cielo el que no te ve ni te oye, Pablo! Llevo dos días llamándote y mandándote mensajes y parece que se te ha tragado la tierra. —Está histérica, pero él sabe que tiene toda la razón del mundo.

—Raquel, lo sé, y créeme que lo siento, pero es que ya te lo ha dicho Dani, he estado malo un par de días y necesitaba descansar...

Miente intentando suavizar el temperamental carácter de su chica. Raquel es una

mujer fuerte, dura y, por encima de todo, celosa, muy celosa.

—¿Malo? No me extraña, Pablo, si te portas como un loco... ¿Todavía sigues empeñado en buscar a la tía esa?

Le molesta la forma de hablar que tiene a veces, pero sabe que, si protesta, puede ser peor.

—Ya no tienes que preocuparte más, Raquel. Voy a volver a casa pronto, acabamos de encontrar una pista para dar con ella.

—No me gusta ni un pelo, Pablo, y lo sabes. Me tienes absolutamente abandonada, y empiezo a pensar que este lío que estás montando no lo hace tu cabeza, lo hace tu...

—¡Basta! No te consiento que me hables así, Raquel. Te he explicado mil veces mi intención, así que creo que esta conversación está fuera de lugar. Si te lo quieres creer, perfecto, y si no, es tu problema. —Está visiblemente enfadado. Le altera su forma de ser y esa manía de quererle sólo para ella, como si fuera de su propiedad. Sube el tono de voz y Dani, a su lado, se muestra preocupado ante la discusión que está presenciando.

—Lo siento, cariño... —El tono de Raquel es ahora muy distinto—. No quería decir eso, no te pongas así... Es sólo que tengo muchas ganas de verte, de estar contigo. Echo de menos tus besos, tus abrazos, tus caricias..., echo de menos el calor de tu cuerpo.

—Yo también te echo de menos, mi vida —dice sin ser demasiado consciente de quién está hablando, su corazón o su mente, únicamente lo hace para seguirle el juego. Pablo siente que no está todo lo centrado que debiera.

—¿Nos vemos pronto, entonces, amor?

—Te prometo que, si hoy no la encuentro aquí, vuelvo a Cádiz unos días, ¿te parece? —La idea no le convence, pero sabe que, si no quiere ganarse más problemas de los que ya tiene, no le queda más remedio.

—¡Bien! Llevo muchos días esperando a que me digas eso. Te quiero, ¿vale? Y no quiero que lo olvides.

—Yo también te quiero, Raquel, pero ahora tengo que dejarte, me llaman —le dice intentando zafarse de la conversación.

—Mmm..., está bien, pero te dejo porque sé que me quieres tanto como yo, ¿eh? Un beso enorme, nos vemos pronto. Te quiero.

—Un beso, Raquel, te quiero —murmura antes de colgar.

Pablo, inquieto, devuelve el móvil a Daniel, que sigue delante de él con el rostro encogido. Poca gente los conoce tan bien a los dos como su amigo. Llevan toda la vida juntos, desde el colegio; por eso Dani sabe perfectamente que, en este momento, en lo último en lo que piensa Pablo es en Raquel.

—Tiene toda la razón del mundo. Por mucho carácter que tenga —le dice Dani.

—No hace falta que me digas nada. Seré consecuente con lo que venga. Necesito que me apoyes en esto, Dani. Me conoces mejor que nadie, y sabes que, hasta que no

dé con esa chica, no voy a parar. Así que, cuanto antes acabemos con todo esto, antes regresaremos a casa.

Dani asiente y Pablo sale de la habitación, centrado ya en lo que tiene que hacer. Trata de buscar un ordenador con el que ponerse en contacto con Claudia. Parece que la ilusión y el optimismo invaden de nuevo su mente. Está convencido de que por fin la encontrará.

El mundo seguía buscándome y yo intentaba ignorarlo, sin conseguirlo. Lo que más me afectaba era que él también siguiera empeñado en buscarme...

Todo había empeorado. El equipo de *El hormiguero* le estaba ayudando a encontrarme con audiciones por toda España. Las redes sociales seguían ardiendo con la etiqueta #LaChicaDePablo, y hasta entre mis conocidos y familiares no se hablaba de otra cosa.

Yo, por el contrario, seguía refugiada en mi mundo, luchando con todas mis fuerzas para que no me afectara que Barcelona entera se hubiese movilizado tratando de localizarme.

Probablemente, la gente piense que soy una estúpida. Y lo sé. «Eres una insensata, Marina. Tienes a tu ídolo buscándote a pocos pasos de ti... ¡y has decidido no lanzarte ya a sus brazos!». Seguramente nadie lo entienda, ni siquiera yo misma... Pero que alguien se ponga en mi lugar. *Empatía* se llama. Tengo el corazón latiendo como si llevara semanas corriendo un maratón, y soy incapaz de dormir si no me tomo millones de tilas y valerianas, que deberían hacerme caer como un lirón, pero que sólo consiguen que descanse mínimamente.

Desde que Pablo salió en ese estupendo programa (y sí, quiero que notes mi maravillosa ironía), mi vida no ha vuelto a ser la misma. En la facultad no hablan de otra cosa que no sea Pablo, y hasta mis profesores lo hacen. En casa, el tema principal de todas las conversaciones es Pablo. Que si por culpa de ese chico está Barcelona colapsada de tráfico, que si han cortado esa calle porque el muchacho está en el teatro haciendo de las suyas... Bla-bla-bla.

Mundo, ¿por qué yo, eh? ¿Por qué entre todas ellas me tocó a mí vivir esto?

Sólo espero que estos dos días pasen pronto y que él se marche de aquí de una santa vez... Porque al final vas a acabar haciendo esa locura, Marina, que —sí, lo sé muy bien— se te ha pasado más de una vez por la cabeza...

—Cariño, ha venido Claudia... —me avisa mi madre devolviéndome a la realidad.

Me levanto de la cama para recibirla.

—Hay más de mil chicas allí... y... —dice Claudia cerrando la puerta de mi cuarto.

—¿Tú también? Creo que dejamos claro que no hablaríamos de él mientras... — intento que alguien me dé un respiro.

Me corta a media frase.

—Está bien, está bien, sólo quería informarte.

—Informada estoy... ¿Podemos pasar a otra cosa?

Me mira y sonrío.

—Pensé que estarías peor, te veo animada.

—Es que o me animo o me tiro por la ventana, una de dos... Tengo a medio mundo buscándome, parezco Bin Laden.

—Serás bruta —dice entre risas—. Pero eres adorable, y... ¿sabes qué? —se calla y la miro incitándola a que siga—. Empiezo a entenderte..., todo esto es una locura.

—No esperaba menos de ti... —digo contenta al oír sus palabras.

—A ver... Vamos a pensar cómo distraernos..., que la cosa está complicada. Nada de redes sociales, es evidente. Salir a la calle ni se nos puede pasar por la cabeza. Dejemos el tema de escuchar algo de música también... y ver la televisión...

—Para y pone cara rara—. Tampoco, no vamos a ver la tele tampoco...

—Así llevo yo muerta de asco estos días...

Al final, pasamos la tarde viendo una de las películas que tantas y tantas veces hemos visto juntas, pero que, a pesar de todo, no aborrecemos. Claudia se marcha a su casa y yo cenó calmantes con tortilla. Consigo conciliar el sueño tras varias horas revolviendo las sábanas.

Me despierto animada, hoy tengo una de esas interminables clases de teoría en las que mi muñeca deja de responderme, pero por fin es el último día en el que Pablo va a estar en la ciudad. Los trabajos y las clases me evaden de mi realidad y me ayudan a desconectar. Me visto y sigo la rutina de siempre. Entre clases me tomo ese café mañanero que tanto necesito, me acerco a una de las máquinas de bebidas que hay en la facultad y reposo de la inaguantable explicación sobre periodismo y realidad que acaban de regalarles a mis oídos.

—Tómalo con calma porque lo vas a necesitar...

Oigo una voz demasiado familiar, pero no puede ser... ¿Qué hace allí? Me doy la vuelta y la veo apoyada en una de las mesas de la cafetería.

—Claudia..., pero qué... —Intento entender qué narices hace mi amiga allí.

—Hola, cosa guapa. Te vas a Cádiz. —Sí, claro, me voy a Cádiz, dice—. Sí, sí, no me mires así. Te vas a Cádiz hoy, de hecho, vamos a correr un poquito porque tu tren sale en dos horas y no llegamos ni volando...

—Pe-pero qué...

—Que nos vamos, va, va, tira —me dice empujándome.

Me dejo llevar debido al estado de *shock* en el que me encuentro... Pero no tardo en reaccionar.

—A ver, un momento —le digo parando en seco—. ¿Se puede saber qué narices pinto yo en Cádiz?

—¿Te hago un mapa? ¿Quién vive en Cádiz, Marina? ¿Qué rubiales es de Cádiz? ¿Eh, eh? —me dice atropelladamente, intentando hacerme mover.

—Pablo está en el teatro buscándome, ¿lo recuerdas? —le digo sin entender qué

está pasando.

—Pablo se marchó ayer a Cádiz, cansado ya de buscarte. Está mal y no voy a consentir que se sienta triste, ¿entiendes? Así que, aunque comprenda que tú estés como estés, también te digo que en Cádiz no vas a tener la presión de los medios. Pablo lo ha dicho antes, en Cádiz tiene la normalidad que busca, y podrás hablar con él sin problemas. Se lo debes... y me lo debes a mí. No quiero verle así, te lo pido como un favor —dice con tristeza.

Sé que tiene razón, pero soy consciente de que no seré capaz de hablar con él, y menos sola.

—Pero, Claudia, yo... —intento explicarle.

Me planta el móvil delante de la cara. Miro la pantalla y veo un tuit de Pablo. Es de ayer por la noche.

Pablo @pablooficial

Familia, gracias por el apoyo y por querer ayudarme..., la incertidumbre me mata, no puedo más..., necesito unos días en mi Cádiz. #twitteroff

—No me hagas esto, por favor. Sólo te pido que cojas el billete y te vayas a Cádiz a hablar con él de toda esta locura. Tú no estás bien y él tampoco, y no puedo seguir viendo que los dos estáis así..., no puede ser. Cielo..., que el mundo entero crea que Pablo te está buscando porque quiere cantar contigo no quita que yo sea consciente de que eso no es así... Hay miradas que lo dicen todo, y la suya es una de ellas. A mí que él finja delante de España que tu voz es maravillosa, cosa que no niego, me da igual. Si quiere que Raquel no sepa que te está buscando por algo más, entiendo que ponga esa excusa, a lo mejor ni él mismo se ha dado cuenta, pero yo imbécil no soy. Y si me estuviera equivocando y estuviera prendado sólo de tu voz, mejor. Una oportunidad estupenda para ti.

Puede que tenga razón. He de llenarme del valor y de la fuerza que no tengo e ir a buscarle.

Puede que en el fondo quiera que me convenza.

—Vamos, anda, que voy a perder ese tren —le digo arrastrándola hasta la puerta.

Me dan igual las clases, me dan igual los trabajos. Tengo que ir a ver a Pablo y tengo que hacerlo ya. Recibo un fuerte abrazo de mi amiga. Me ha traído una pequeña maleta que ha preparado mi madre en casa. Le ha pedido a mamá si puedo acompañarla a Cádiz unos días para una entrevista muy importante de trabajo y mi madre, que sabe que estoy algo tristonja, ha accedido encantada. Me ha pagado el billete y el hotel, así que puedo marcharme tranquila. ¿No es genial? Lo que no se le ocurra a ella...

Claudia me lleva a la estación en coche para que no llegue tarde. Durante el camino, su expresión es un tanto seria.

—¿Seré capaz de mirarle a los ojos? —digo rompiendo el silencio.

—Serás capaz hasta de besarle si es necesario —responde sonriéndome.

—Boba... —río.

—Yo seré boba, pero tú te vas a Cádiz convencida. Tan mala no seré.

—Eres única, lo sabes. —Enmudezco al recordar algo—. ¿Y Raquel? ¿Y si está con ella cuando llego? ¿Y si le voy a buscar y los encuentro juntos? Claudia, esto...

—Relájate. Pablo está como está porque no te encuentra. ¿Crees que va a estar pendiente de Raquel si apareces ante él?

Llegamos a la estación y Claudia me ayuda a tranquilizarme y a organizar las cosas.

—Confío plenamente en ti. ¿Me oyes? Tendré el móvil pegado las veinticuatro horas del día por si pasa algo. Sabes que sólo tienes que llamarme y me planto en Cádiz antes de que te des cuenta. —Asiento y sonrío—. Disfruta, y relájate. No puede querer nada malo. Y si las cosas no salen como esperamos, te espero aquí con los brazos abiertos y toda la fuerza que necesites.

—Qué haría yo sin ti...

—Anda, tira, que llegas tarde. Y, por cierto..., si ves a mi querido Dani, achúchale de mi parte.

Me despido y paso los controles pertinentes antes de subir al tren. Me espera un viaje de casi ocho horas por delante. Me acomodo en el vagón en el que iré hasta Cádiz, hasta esa maravillosa ciudad que espero me deje muy buenos recuerdos. Me acabo de acordar de ese nudo marinero que tenía hace unas semanas... Claro, ha vuelto de nuevo.

Volvía a casa..., a su Cádiz querida. Tras pasar los últimos dos días en Barcelona, sólo tenía ganas de sentir el calor de su hogar. Viajaba cansado, abatido, con el alma rota por no haber podido dar con ella a pesar de las últimas noticias que le habían dado.

Seguía convencido de que estaría enfadada y abrumada por el revuelo que había provocado con las audiciones. Estaba seguro de que, por culpa de su desesperación, no volvería a verla nunca más.

Lo había intentado hasta quedarse sin fuerzas; tirando de todos los hilos a raíz de la pista que aquella chica le había dado. Contactó con Mariela y Laura por *e-mail*, como siempre había hecho, pero esta vez no encontró la respuesta inmediata que siempre obtenía.

Daniel había sido el artífice de que volviera a casa. Sabía que llegarían duros meses de trabajo con su nueva gira y que debía descansar para preparar lo que estaba por llegar. La búsqueda en otras ciudades seguiría, pero sin él.

Llega a casa con la intención de refugiarse entre los suyos, con ganas de ser el de siempre, y Marie, su madre, le recibe con una de esas comidas familiares que tanto adora. Lo que no adora tanto es que Raquel se haya presentado sin avisar.

—Mi amor, no sabes cuánto te he echado de menos. —El vestido apenas le tapa una cuarta parte del cuerpo, e inevitablemente deja al descubierto sus encantos cuando se echa a sus brazos...

—Y yo, Raquel —dice sumergiendo las manos en su larga melena.

No sabe exactamente qué le está ocurriendo. Nunca había sentido esa apatía hacia ella. De hecho, desde que tiene uso de razón, apenas ha tenido nunca ojos para nadie más que no haya sido ella. Raquel siempre ha despertado en él sus instintos más primarios.

—Quiero quedarme contigo esta noche, ¿puedo? —pregunta con cara de niña buena.

—Raquel..., estoy muy cansado. ¿Por qué no vienes mañana?

—Está bien —contesta seria.

—Te espero arriba —le susurra, tratando de luchar contra su propio desinterés.

El primer día en el hogar casi lo pasa entero durmiendo. El agotamiento de los días anteriores le ha pasado factura. También siente que le falta energía, no tiene ganas de hacer nada. Tal vez por eso su madre, que le nota apagado, ha invitado a cenar a toda la familia.

Aquella noche, después de dar un largo paseo por el jardín, Pablo ve que la mesa

está puesta. Su madre y una de sus tías han preparado la cena para los diecinueve miembros de la familia. También está Raquel, como prometió ayer. Se ha sentado a su lado y trata de llamar su atención con caricias y piropos que, lejos de adularle, le incomodan.

Cena tranquilo y relajado, sintiéndose por fin el Pablo que tanto echa de menos. Aprecia la naturalidad con la que todos le tratan, y es que con tanto viaje, y trabajo, apenas tiene tiempo para sentirse el Pablo de siempre. Acabada la cena, toca el momento de la sobremesa, como siempre, charlando entre copas de vino sin terminar, botellas de champán que se abren para acompañar los postres y algún que otro pastel que siempre trae su tía Marta.

—¿Y Manu? —le pregunta Jorge, uno de sus primos.

—Pues esta semana está en Los Ángeles para una reunión, pero creo que mañana ya vuelve a Miami.

—¿Y tiene intención de volver pronto o quiere quedarse allí? —le pregunta su prima Paula.

—Pues, por lo que me cuenta, creo que mucha intención de volver, por ahora, no tiene. Me parece que ha conocido a alguien y... ya sabéis —murmura provocando la risa de sus primos.

—¿Y tú? ¿Has encontrado ya a esa chica? —le pregunta Penélope, otra de sus primas.

Vaya. Cuando parecía que había encontrado un momento de paz mental y había conseguido no pensar en ella, vuelven a recordársela. Arruga la nariz y cambia el semblante.

—Todavía no..., parece que se la ha tragado la tierra —contesta afligido.

—Jo..., es que con lo que contaste en *El hormiguero*, ¡tengo curiosidad hasta yo! —exclama Jorge.

Raquel desliza la mano por su brazo, tensa con la conversación, y le sujeta la mano con fuerza. Sigue hablando con sus primos animadamente cuando siente una presión en la pierna derecha. Se gira y ve como su chica le sonrío acariciándole el muslo con su mano.

—Tengo ganas de subir allí arriba contigo —le susurra.

Sonríe e intenta eludir lo que le insinúa tratando de meterse en la conversación de alguno de los grupitos de charla que se han creado en la mesa. Vuelve a notar unas manos en su cuerpo, pero esta vez en la parte inferior de la espalda. Se da la vuelta para averiguar si Raquel sigue con su tortura, y la encuentra allí, con su sonrisa de niña buena.

—¡Tío Pa! —le dice Sarita alzando los brazos para que su tío la coja.

Pablo la aúpa y la sienta en su regazo, rodeándola con sus brazos.

—Princesa, ¿pero qué haces aquí? Es muy tarde. ¿No deberías estar durmiendo ya? —le pregunta acariciando sus suaves tirabuzones.

—Me desperté y ya no podía dormir —musita.

—Sarita, ¿pero qué haces aquí? ¡Venga a la cama, que es muy tarde! —interviene Paula, la hermana de Pablo.

—Mamá, déjame un rato con el tío, *porfi* —suplica la niña haciendo pucheros y Pablo se ríe al ver la cara de su hermana.

—Cariño, es muy tarde, no son horas de estar despierta... Venga, vamos, que te llevo a la cama —insiste Paula.

—No, mamá, quiero jugar con él.

—Bueno, bueno, tranquila. Mira, vamos a hacer una cosa. Te subo yo a tu cuarto y te leo un cuento para que te duermas, ¿vale?

La pequeña sonrío y le abraza con fuerza.

—Síííí, ¡un cuento de Pa!

Se levanta, se despide de la familia y la coge en brazos para subirla a su habitación. Qué menos, al fin y al cabo esa pequeña princesita le ha ayudado a deshacerse de las torturas de Raquel.

Sarita se mete en la cama mientras él elige uno de los cuentos que tiene en el estante. Se acerca de nuevo a ella, la arropa con la sábana y se tiende a su lado, dispuesto a leerle la historia.

—No, Pa, no quiero ésa.

Pablo vuelve la mirada al libro: *Caperucita roja*, y se encoge de hombros.

—¿Y cuál quieres? —le dice levantándose de nuevo de la cama.

—Quiero que me cuentes uno tú. Todos éstos ya me los sé —dice señalando la estantería.

La mira con el ceño fruncido. Ahora a ver cómo sale dignamente de ésta.

—Con la genial imaginación que tengo..., como para inventarme algo estoy yo... —murmura—. Mmm, vamos a ver... —dice pensativo. Pero como por arte de magia cae en algo que podría ayudarle.

Ve como la pequeña se da la vuelta, quedando recostada sobre el lado izquierdo, y lo mira atentamente. Él vuelve a la misma posición de antes y respira profundamente antes de empezar.

—Había una vez un chico que conoció a una chica muuy muuy guapa —empieza.

—¿Un príncipe? —pregunta la pequeña.

—Sí, un príncipe... Y a ese príncipe le gustó mucho esa chica; además de lo bonita y lo buena que era, tenía la voz tan dulce como la de los ángeles.

—¿Como la Sirenita?

—Mucho más bonita que la de la Sirenita. El caso es que como el príncipe era un poco tonto, no consiguió acercarse a ella, ni preguntarle su nombre, y la chica desapareció.

—¡Ala! ¿Como Cenicienta en el baile?

—Sí, cariño, algo así como lo que le pasó al príncipe de Cenicienta... Él la intentó buscar por todo el reino, pero no había forma de encontrarla, y mira que buscó bien, ¿eh?

—Pero, Pa, el príncipe encuentra a Cenicienta con el zapato de cristal, ¿te acuerdas?...

Él sonríe.

—Sí, cielo, pero es que este príncipe del que te hablo no tiene ningún zapato de cristal... —explica apoyándose en el cabecero de la cama.

—Pues vaya..., los cuentos siempre tienen un final feliz —dice encogiendo los hombros.

—Sí, cariño, pero parece que Cenicienta no quiere volver a ver al príncipe esta vez —murmura mirando al techo pensativo. Cuando logra volver a la realidad, cae en la cuenta de que la niña empieza a bostezar y ha entrecerrado los ojos—. Pero el príncipe intenta no desanimarse —añade para comprobar que Sarita ya está dormida.

Se levanta con cuidado y sale hacia su habitación. Lo único que quiere es descansar y dejar de darle vueltas a la cabeza.

Llega finalmente a su cuarto, tan familiar, tranquilo y acogedor. Camina decidido hasta la cama y se deja caer, con una mezcla de desaliento y cansancio en el cuerpo. Apoya la cabeza en sus brazos y vuelve a quedarse mirando al techo, reflexivo, cuando nota que alguien roza su pecho. Es Raquel.

—Muy bonito el cuento de Cenicienta.

—¿Ahora me espías?

—Me ha parecido escuchar algo de una chica muy bonita y pensé que estabas hablando de mí. Pero ya he visto que hablabas de tu querida fan.

—No estaba hablando de nadie, Raquel. Era un cuento.

—Ya. Tu cuento —se mofa.

—No entiendo tu actitud, Raquel. Me has tenido para ti siempre que te ha dado la gana. Y nunca te he dado motivos para que desconfíes. No comprendo por qué ahora no puedes confiar un poco en mí.

—Pues por el simple hecho de que estás diferente, Pablo. Si no tuvieras pájaros en la cabeza, ahora mismo estaría desnuda entre tus sábanas. Y no aquí discutiendo como una idiota.

—La que ha venido a reprochar has sido tú. Yo estaba muy tranquilo. Es una chica que canta estupendamente, Raquel. Y si no entiendes que quiero encontrarla para cantar con ella y para que la discográfica la vea, no es mi problema.

—¿Seguro que sólo es eso?

—¿Y qué va a ser, Raquel? La he tenido delante apenas unos minutos. Ni que fuera el amor de mi vida —farfulla malhumorado.

—Mmmm... Si el amor de tu vida soy yo —murmura ronroneando. Pablo sonríe—. Perdóname..., ya sabes que, a veces, soy un poquitín celosa.

—¿Un poquitín? —se ríe él.

—¿Me perdonas? —insiste.

Él asiente y se incorpora.

—Bueno..., pues ahora toca recuperar el tiempo perdido... —dice Raquel

empezando un juego de besos y caricias por el que Pablo se deja llevar.

Su novia es una de las piezas básicas de su vida. Probablemente, la intensa historia de amor que siempre han vivido, y su larga espera por ella, le llevan a pensar que no sería nada sin Raquel. Hoy por hoy, no entiende su vida sin ella.

Se despierta con la luz del sol envuelto en las sábanas, lo único que cubre su cuerpo. Alarga la mano palpando, aún adormilado, las cosas que tiene en la mesilla, en busca del móvil. Quiere comprobar la hora. No tarda en encontrarlo y, al desbloquearlo, se sorprende al ver más de diez llamadas perdidas de un número que desconoce. Se incorpora deprisa y se levanta de la cama con cuidado. Camina hasta el baño y se encierra allí para llamar.

—¿Pablo? —oye tras el teléfono. Es la voz de una mujer.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—So-soy Claudia, de Barcelona. Mariela me reenvió ayer tu *e-mail* y lo he visto al levantarme... Te he llamado en cuanto lo he leído —dice nerviosa.

Petrificado, Pablo no reacciona. Parece que por fin el príncipe encontró el zapato.

—¿Pablo? —insiste al no encontrar respuesta.

—Sí, sí, aquí sigo, lo siento. Gracias, de verdad... Necesitaba hablar contigo, Claudia, sé que sueño desesperado, pero me da igual. Alguien me dijo que eres amiga de la chica a la que estoy buscando... y necesito saber de ella...

—Lo sé, Pablo, lo sé. Y siento no haberme puesto en contacto contigo antes, pero no podía fallarle...

Abre los ojos como platos. Parece que la conoce. Siente que le sonrío hasta el corazón.

—Claudia, tienes que ayudarme, yo sé que esto se me ha ido de las manos y que probablemente ella no quiera saber nada de mí, por la presión de la gente y de todo lo que se ha montado con la búsqueda..., pero quiero que por lo menos me dé la oportunidad de hablar con...

—Está allí, Pablo —le corta.

—¿Cómo?

—Que la tienes ahí en Cádiz. Marina ha ido a verte.

—Pero... —Se queda sin palabras, no sólo por la sorpresa de su visita: por fin conoce el nombre de la chica que tantas horas de sueño le ha robado.

—Sí, lo que oyes, ha venido a Cádiz por ti. La convencí. No podía ver que estuvieses tan angustiado por ella y pude persuadirla para que fuera a verte.

—¿Pero dónde está? ¿Ha llegado ya? ¿Cuándo ha venido? ¿En qué hotel se aloja? ¿Cómo puedo hablar con ella? —habla rápido, atropelladamente por culpa de los nervios.

—Sí, sí, llegó anoche. Hablé con ella, iba en taxi y me dijo que iba a instalarse en el hotel y que hoy intentaría encontrarte.

—¡Dios mío, no me lo puedo creer! ¡Pero si es así tengo que ir a buscarla!

Claudia, ¡ayúdame! —balbucea ansioso—. Tengo que encontrarla ahora mismo.

—Vale, a ver, tranquilo, Pablo, tú tranquilo. Yo voy a investigar a ver si me dice en qué hotel está porque lo reservó su madre y no pregunté, así que en cuanto lo sepa te llamo, ¿vale? —dice serena.

—¡Vale, vale! Voy a coger el coche ahora mismo y bajo a Cádiz, que yo vivo en un pueblecito... Así cuando me llames ya estoy por allí, sobre las diez... —habla mientras trata de vestirse, haciendo malabares para que no le caiga el móvil al suelo.

—Perfecto, hablamos en un rato entonces —se despide antes de colgar.

Acaba de vestirse en medio minuto y se acerca a Raquel, que todavía sigue dormida. Debe decirle algo antes de irse o la que líe su novia puede ser memorable.

—Cielo..., acaba de llamarme Marisa. Tengo que ir a solucionar un par de cosas de la promoción. Supongo que estaré todo el día liado. Te llamo luego, ¿de acuerdo?

Un simple murmullo le vale como respuesta. Le da un beso rápido y sale a por el coche.

Las horas van pasando mientras Pablo se patea la ciudad en busca de Marina. Por fin Claudia lo llama y le confirma el hotel en el que está alojada. Finalmente llega y pregunta en la recepción, pero Marina ha salido a buscarle también. Toma asiento en uno de los sillones del *hall* del hotel; sabe que tarde o temprano volverá.

Las horas pasan, los minutos se hacen eternos y hasta los segundos le parecen días. Entre llamadas de Raquel, a las que responde con excusas de trabajo, pasa el día. Son casi las nueve de la noche y sigue sin aparecer.

Recibe una llamada de su madre, muy preocupada por saber dónde está y qué es lo que le ha mantenido fuera de casa durante todo el día. Pablo entiende que no le queda más remedio que volver. Se marcha confuso. Empieza a pensar que lo único que pretende Claudia es despistarle para que cese la búsqueda. Camina desalentado por La Caleta antes de llegar al coche. Necesita tomar distancia, respirar, y pensar en lo que está pasando.

Cuando por fin llega al Puerto de Santa María, gira para tomar su calle y logra aparcar el coche en la acera de delante de su casa. Pone el freno y, con las luces todavía encendidas, vislumbra una silueta en la puerta. Apaga rápidamente el motor y sale precipitado, cerrando el vehículo de un portazo. A medida que avanza, puede ver con mayor claridad. Se acerca con cuidado, sigilosamente. Es una chica, sin duda. Su cabellera y la forma de su cuerpo la delatan, y empieza a ponerse nervioso. Ha estado soñando con este momento durante días.

Está sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en sus rodillas, impidiendo que pueda verle el rostro. Se acerca hasta tenerla justo al lado y se agacha para quedar a su misma altura. Está convencido. Le acaricia el pelo con sus manos temblorosas. Es consciente de que el barrio entero podría escuchar los latidos de su corazón. La muchacha reacciona enseguida. Levanta la cara y él al fin respira tranquilo. Por fin ha encontrado a la dueña del zapato de cristal.

Llegué a Cádiz anoche y, después de instalarme y descansar del largo viaje, hoy estoy más que preparada para buscarle. Lo cierto es que no sé por dónde empezar, no tengo la menor idea de dónde vive. Y por si no tuviera bastante, jamás había estado en la ciudad. Bajo a recepción a por un mapa, y con cuatro indicaciones que me da el recepcionista y el móvil en mano, decido ponerme en marcha.

Lo cierto es que tampoco voy totalmente a ciegas. He repasado millones de veces entrevistas y biografías de Pablo, y tengo una ligera idea de quién puede ayudarme a dar con su casa. Pablo había comentado alguna vez en qué instituto estudió, así que decido encaminarme hasta allí en busca de alguna profesora que pueda resolver mi duda.

Ya es casi mediodía y los chicos empiezan a desfilar por la puerta corriendo para volver a sus casas a comer. Entro en el edificio rodeada de chicos y chicas algo más jóvenes que yo y me acerco a la secretaría para preguntar.

—Buenos días. Perdona, ¿podría hablar con alguna profesora veterana del colegio?

La mujer alza la vista al oír mis palabras y me mira seria.

—¿Antigua alumna? —me dice seca.

—Sí —miento. Creo que es la única opción para que me dejen entrar.

—Pues ya sabes, el aula de profesores —me dice señalando un sombrío pasillo.

Avanzo en la dirección que me indica, vacilante. A saber dónde narices queda el aula de profesores...

Por suerte, veo a dos chicas que hablan entre ellas y decido acercarme a preguntarles.

—Chicas, ¿podéis ayudarme?

Ambas se giran y me miran sonrientes.

—¡Claro!

—Gracias. A ver..., estoy buscando a alguna profesora que estuviera en este colegio hace... mmm... unos diez años.

Dejan de mirarme y lo hacen entre ellas.

—¿Carmen? —dicen al unísono.

—¿Podéis llevarme hasta ella?

Asienten y las sigo hasta una de las aulas del colegio.

—Siempre es la última en salir. Se queda corrigiendo cosas. Ahí la tienes —me dice la más pequeña.

Me acerco a la puerta y me encuentro a una mujer de unos sesenta años. De pelo

corto, las canas que lo agrisan y las líneas de expresión de su rostro delatan su edad. Nerviosa, me acerco a la puerta y doy dos suaves golpes. Aparta la vista de los folios que tiene delante y me mira.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta quitándose las gafas.

—Sí, o eso espero —digo adentrándome en el aula.

Observo curiosa los pequeños pupitres y sillas que llenan la sala, seguramente en alguna de ellas se sentó Pablo alguna vez. Sonrío al pensarlo y vuelvo la vista a la profesora, que sigue mirándome, y le explico nerviosa lo que vengo a buscar. Esboza una sonrisa y me corta.

—Sí, ya sé... —dice—. Por lo que veo es importante... La familia vivía cerca del colegio, a una o dos calles de aquí, pero hace unos años se trasladaron a la casa del abuelo, y la verdad es que no tengo ni idea de dónde está. Lo siento. Aunque si lo supiera tampoco podría decírtelo: es ilegal dar información privada de nuestros alumnos y exalumnos.

Intento sonreír para que no se sienta mal por no poder ayudarme, pero la verdad es que la única esperanza de encontrarlo que tenía se acaba de esfumar.

Salgo del colegio y decido volver caminando al hotel. Está lejos, pero sin pistas no tengo nada más que hacer, por el momento. Camino pensativa por La Caleta, esa playa que tanto inspira a Pablo. Me adentro en la arena, descalzándome para que mis pies sientan la cálida arena de Cádiz. El mar ondea sosegado, tranquilo, a un ritmo acompasado. Mi pelo baila con el viento y consigo sentarme en un pequeño montículo natural de tierra para poder contemplar el paisaje. Ese olor a mar del que habla Pablo me recuerda a mi Barcelona..., el mismo Mediterráneo baña ambas costas, y ese olor a sal es...

Siento la vibración del móvil en el bolsillo del pantalón. Es Claudia.

—¿Cómo va eso?

—Mal.

—¿Mal? ¿Por qué? ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde estás?

—Estoy en La Caleta. A ver si me da un poco el aire...

—¿Y qué haces ahí? ¿Qué haces que no estás buscando a Pablo?

—Ya no sé dónde buscar, Claudia. Se me han acabado los recursos.

—¿Pero por qué? Si sabes el pueblo.

—¿Cómo el pueblo? ¿No vive aquí?

Claudia me recuerda el nombre del pueblo donde vive, riéndose de mí por haberme olvidado de un detalle así después de haber leído cientos de veces todas las entrevistas de Pablo.

—¡Pues me voy ahora mismo para allí!

—¿Pero ya sabes cómo ir? A ver si te vas a perder.

—¡Pero qué me voy a perder, tonta!

—Mañana tienes todo el día. Levántate pronto y vas. No vaya a ser que hoy se te haga tarde y tengas que volver a Cádiz de noche.

—Tienes razón...

—Pues te llamo mañana, corazón.

Salgo de allí corriendo. Sé que le he dicho a Claudia que iré mañana, pero no puedo esperar ahora que tengo algo a lo que agarrarme. Todavía hay luz, pero sé que pronto empezará a caer la tarde, aunque, sinceramente, no me preocupa. Estoy convencida de que es el mejor momento para buscarle: a estas horas seguro que está en casa.

Cojo un autobús para que me acerque a la estación de trenes de Cádiz, y tras media hora de trayecto en ferrocarril me bajo en el pueblo. Camino sin rumbo por sus calles, no hay casi nadie y hace frío. Empiezo a darme por vencida cuando veo una pequeña plaquita en la que pone el nombre de su padre, e inmediatamente caigo en algo.

Me acerco a un matrimonio mayor que encuentro paseando y les pregunto por la casa de su familia. Afortunadamente, en los pueblos se conoce todo el mundo y me dan las indicaciones sin problemas. Parece que estoy cerquísima. Se lo agradezco de todo corazón, me despido de ellos y me encamino al lugar que me han dicho. Al llegar me encuentro con una enorme y preciosa casa ante mis ojos. Las piernas empiezan ese juego de tiritera que tanto odio y me siento incapaz de hacer lo que llevo pensando todo el camino..., no me siento con fuerzas para llamar a la puerta y preguntar por él. Vencida por el nerviosismo y el temor, me siento en el suelo apoyando la cabeza sobre mis rodillas. Intento explicarme a mí misma que debo ser valiente y hacer sonar ese dichoso aparatito de la entrada.

Oigo como un coche entra en la calle y se detiene cerca. Sigo con los ojos tapados, así que no puedo ver dónde está exactamente. El motor del coche se detiene y oigo un portazo y pasos cada vez más cerca. A medida que pasan los segundos me pongo más nerviosa aún. De pronto, noto como alguien me acaricia el cabello suavemente, y siento su olor, ese aroma que tanto me gusta. Alzo la vista y le encuentro allí, frente a mí. Es él...

Empiezan de nuevo las convulsiones en mi cuerpo. Creo que voy a desfallecer en cualquier momento, pero entonces noto como me sostienen sus manos. Ha conseguido levantarme del suelo y me tiene sumergida entre sus brazos. Siento el calor de su cuerpo contra el mío y me reconforta pensar que ya le tengo allí, que por fin nos hemos encontrado.

—Mi niña... ¿Qué haces aquí tú sola, eh? Podría haberte pasado cualquier cosa... —dice sin dejar de abrazarme. Parece que cada vez lo hace con más fuerza y me encanta sentir que me protege con sus brazos. Aspiro el perfume que desprende y me dejo llevar por el momento, sin mediar palabra, sin hacer nada más que estar apretada contra su pecho—. No te imaginas las ganas que tenía de abrazarte..., Marina. —¡Ha dicho mi nombre!—. Siento toda esta locura..., pero necesitaba encontrarte. Perdóname.

Sus palabras me estremecen, noto como mi cuerpo poco a poco se va relajando,

aunque el temblor no cesa.

—Ven, mi vida, vamos a casa. Verás que dentro entrarás en calor. —Me mantengo firme en el suelo, no quiero entrar a su casa, quiero estar con él, pero no allí. Pablo tira suavemente de mí para que entremos, pero no lo consigue—. Venga, ven. Vamos... —insiste.

—No, no, por favor —consigo decirle. Por fin los nervios me dejan hablar.

—Pero ¿por qué? —dice alzándome la barbilla hasta que nuestras miradas se cruzan—. Está bien, está bien —concede sin dejarme hablar—. No quiero que te sientas obligada a nada. ¿Quieres que te acerque a tu hotel?

Asiento, y rodea mi cintura.

Llegamos al coche y me acompaña hasta la puerta del copiloto para que me siente. Luego da la vuelta y toma asiento. No me dice nada, ninguno de los dos habla en todo el camino. Me mira, de vez en cuando, con esa mirada tierna que tanto me gusta y que acompaña con su dulce sonrisa. Deja el coche cerca de la entrada del hotel y me ayuda a salir. Enlaza otra vez mi cintura con uno de sus brazos y caminamos juntos hasta la puerta. Paro y le miro.

—¿Puedo subir? —me dice tenso.

No sé qué significa eso, pero él y sus ojos me vencen. Asiento y sonrío para intentar tranquilizarlo, aunque no sé quién de los dos está más nervioso.

Abro la puerta de la habitación, le dejo pasar y cierro de nuevo. Siento como si el sobrecargado ambiente y la tensión pudieran cortarse con un cuchillo. Camino hasta el interior del cuarto y él viene tras de mí. Sin darme cuenta acorta los metros que nos separan y me abraza de nuevo.

—Necesito que hablemos —me dice.

—¿A-ahora? —balbuceo.

—Sí —afirma convencido.

—¿Te-te importaría esperar a que me relaje un poco? Llevo todo el día caminando de aquí para allá y estoy algo cansada...

Él sonrío y asiente.

Estoy cansada, sí, pero lo que realmente quiero es llamar a Claudia para que me ayude a afrontar la temida conversación.

—Te espero, no importa. Me quedo aquí —dice sentándose en la cama—. Haz lo que tengas que hacer, yo estaré aquí esperándote.

Sonrío y me meto en el baño.

No puedo creer lo que está pasando. Entro en calor con una ducha rápida. El agua resbala por mi cuerpo devolviéndome la temperatura idónea. Parece que estuviéramos en pleno invierno, aunque Cádiz arde de calor. Mientras me seco, pienso en lo que me espera ahora. Ya me ha encontrado... Me tiene. ¿Y ahora qué?

Me pongo el pijama y salgo con la intención de seguir en el punto en el que lo hemos dejado.

Me acerco a la cama y le veo allí, tendido sobre las sábanas, durmiendo

profundamente como un niño pequeño. Sonrío al ver lo especialmente guapo que lo veo esa noche. Me acerco más a él, me siento a su vera y acaricio su piel, suave y cálida.

La luz del sol inunda todos los rincones de la habitación 517 y le despierta. Mira a su alrededor para asegurarse de dónde se encuentra y cae en la cuenta de que se quedó profundamente dormido esperándola. ¿Esperándola? ¡Claro, ella! Se gira bruscamente, asustado, y su cuerpo se relaja de nuevo al verla tumbada a su lado, durmiendo cual ángel caído del cielo.

Recuerda haber escuchado como hablaba cuando se metió en el baño, y aunque escuchaba curioso, el sueño finalmente le venció.

—¿Marina?

—Tengo a Pablo a menos de cinco metros.

—¿Sí? ¿Ya le has visto?

—Al final me he acercado a su casa. Y nos hemos encontrado...

—¿Y estás en su casa?

—¡No! ¿Cómo quieres que me quede en su casa? ¡Qué vergüenza! Estamos en mi hotel.

—¿En el hotel? ¿Él también?

—Bueno..., me preguntó si podía subir y no he sabido decirle que no. Ahora estoy en el baño.

—Claro, preparándote.

—Serás idiota. Estoy en el baño hablando contigo, tonta. Él se ha quedado esperándome para hablar.

—Ya, claro. Para hablar. Tú lo que tienes que hacer es echarte encima de él y ya verás cómo se os pasan las tonterías.

—Claro. Y ya que estamos, llamo a Raquel y que suba también... —ironiza.

—Ah..., si tú quieres..., a mí es que estas cosas no me van.

—¡Claudia!

—Vale, vale. Venga, ve. No sé a qué esperas para salir a hablar con él. Mañana te llamo.

—Buenas noches, hasta mañana.

Sigue dormida. Está al otro lado de la cama, algo lejos. Se acerca sigiloso y consigue moverla sin despertarla, hasta que la cabeza reposa en su pecho. La abraza todavía ansioso, sin creer que esté allí con él después de tanto tiempo deseando encontrarla.

Una intensa calidez le inunda. Se siente diferente, extraño consigo mismo. Con el

corazón desacompasado cada vez que le viene a la mente su nombre, su rostro... Jamás había notado ese instinto de protección tan fuerte que le asalta, y ese horrible miedo a sentir.

Acerca la mano al rostro de Marina y lo acaricia con ternura. Se aproxima a su frente y posa los labios con cuidado de no despertarla. Le encantaría tener una varita mágica para detener el tiempo y que ese momento durara una eternidad...

Ella empieza a desperezarse suavemente. Estira el cuerpo y los brazos. Abre los ojos con lentitud y le mira sonrojada, intentando alejarse un poco de su lado. Él responde rápido, la intercepta antes de que siga moviéndose y la atrae de nuevo a su cuerpo.

—No, ven aquí, no te vayas —murmura—. Siento haberme quedado dormido —le dice provocando que vuelva la mirada hacia él. Sonríe tímidamente.

—Perdóname tú por tardar tanto. —Reacciona ante sus propias palabras, se ha dado cuenta, como él, de que la frase tiene varias interpretaciones y empieza a ponerse nerviosa.

—Estás aquí y eso es lo único que importa —intenta calmarla. Acaricia de nuevo su pelo. Le encantan sus suaves ondas.

Se quedan así, tranquilos, en silencio, unos minutos más.

—¿Por qué? —consigue decir Pablo rompiendo el silencio de la habitación.

Lleva muchos días con esa pregunta en mente. Ella vuelve la mirada hacia él, seria. Sabe perfectamente que ha entendido la pregunta.

—Yo también podría preguntarte lo mismo. —Pablo se queda callado y asiente—. Te-tenía miedo —balbucea.

—¿Miedo? —pregunta confuso.

—No sé exactamente cómo explicártelo. No entendía tu interés, tus reacciones, tu manera de mirarme... —le tiembla la voz, y su cuerpo le acompaña. No puede ocultar su nerviosismo.

Pablo la calma acunándola con delicadeza entre sus brazos.

—Siento todo lo que has tenido que pasar por mi culpa... Entiendo que no era fácil ser la persona que medio mundo estaba buscando. —Marina sonríe y sigue disfrutando del calor de su cuerpo—. ¿Qué te llevó a venir, al final?

Le mira fijamente a los ojos y se pone seria.

—No podía verte triste... Si ya lo estaba pasando mal, peor me sentía al imaginarme cómo estarías tú. Esos mensajes en las redes, tu carita en *El hormiguero*... —Sonríe al oírla. Es tan dulce su manera de hablar que él no puede evitar enternecerse—. ¿Puedo preguntarte yo? —murmura levantándose de la cama.

Él no se inmuta.

—No sabría qué contestarte —admite.

El silencio vuelve a hacer acto de presencia en la habitación. Marina camina hasta el pequeño balconcito del cuarto, abre la puerta y sale al exterior. Él la sigue y se apoya en la barandilla, a su lado.

—¿Te apetece que te enseñe la ciudad?

—Pero, Pablo, tú tendrás cosas que hacer y yo no...

—Ssshhh... Ahora mismo todo mi tiempo es tuyo, así que ni se te ocurra poner un pero... —se ríe—. Prepárate con calma, ¿vale? Que yo te espero abajo.

Marina asiente y entra en el baño para arreglarse. Pablo baja al *hall* con la intención de hacer unas llamadas sin que ella lo escuche. Quiere que el día salga redondo y decide preparar algunas cosas. Antes de que se dé cuenta, Marina ya está saliendo del ascensor y camina hacia él.

—Lista.

—Y preciosa —murmura.

Marina se da la vuelta tratando de simular que no ha escuchado lo que acaba de decir.

Salen del hotel y cogen el coche. Pablo le hace saber que debe pasar por casa para cambiarse de ropa; lleva desde el día anterior con la misma. El trayecto vuelve a transcurrir en silencio, pero esta vez va acompañado con las miradas que se dedican el uno al otro. Aparca el coche justo delante de su casa y baja.

—¿Vamos? —pregunta Pablo asomándose a su ventanilla.

—Te espero aquí, no te preocupes —contesta con esa sonrisa tímida que empieza a volverle loco.

—Vamos, no seas tonta, ven conmigo, en mi casa no muerden —insiste cogiéndole la mano.

—No, de verdad, me quedo aquí. Te prometo que no me escapo —bromea.

Sonríe y se acerca a ella para volver a besarle la frente. Entiende que no desee entrar en casa, respeta su decisión, odiaría que se sintiera presionada.

Se ducha todo lo rápido que puede. Se nota tan extraño... No comprende la contrariedad de sentimientos que alberga su corazón y su cabeza. De pronto, le asalta el miedo de que ella se marche, de que vuelva a desaparecer de su vida, ahora que por fin la ha encontrado. Y lo peor es que sabe que no se halla en la mejor situación para hacerle saber lo bien que está junto a ella. ¡Qué tontería! Hasta es posible que ella no sienta nada hacia él...

Baja de nuevo al coche. Por suerte no había nadie en casa y no ha tenido que dar explicaciones. Antes de salir deja una nota en la nevera para informarlos de que no va a aparecer en todo el día. Cierra la puerta y vuelve al coche.

—Disculpa la espera —dice Pablo sentándose. Ella sonríe y se ponen en marcha.

—Y bien, ¿dónde vamos? —pregunta Marina finalmente.

Él la mira y sonríe de forma pícaro.

—Si te lo contara, intentarías huir —bromea. Ella suelta una carcajada y vuelve a ponerse seria.

—Pues no sé yo si no ir llamando a la policía ya..., porque voy con un hombre casi desconocido y que lleva un par de meses buscándome a lo Bin Laden...

Ahora es él quien se ríe. Se tapa la cara fingiendo estar avergonzado por lo que

dice.

Por fin parece que ambos se sienten cómodos. Él advierte que está más desinhibida y le gusta verla así, le alegra que empiece a mostrar algo más de confianza.

—Te estás vengando por todo el lío que he montado, ¿eh? —dice travieso.

—Bueno, no cambies de tema, me vas a contar ya a dónde me llevas —insiste.

—Es una sorpresa..., no seas ansiosa.

Arruga la nariz y hace pucheros. Él la mira embobado. Le encanta ese lado de niña que desprende.

Aunque falte poco para llegar, enciende la radio para amenizar el viaje. Desde aquella noche en el Palau, desea volver a ver su reacción al escuchar su música. Algunas canciones después suena, por fin, *Cuando te marchas*.

Los primeros acordes delatan que es una de sus canciones, él la mira y observa cómo ha cerrado los ojos y sonrío. Acerca su mano al botón para quitar la canción; no quiere que parezca que es un vanidoso escuchando algo suyo, pero siente la mano de ella, que le detiene.

—No, déjame escucharla aquí, contigo... —le dice acariciando el dorso de su mano.

Vuelve al volante y se deja llevar por la canción. La mira de vez en cuando y comprueba que sigue con los ojos cerrados mientras canta el tema, desafortunadamente, en silencio.

—Esta canción me mata... —murmura Marina—. La escucharía una y otra y otra vez... y no me cansaría jamás.

Pablo sonrío y mueve la cabeza en señal de agradecimiento. Aparca el coche, han llegado y se lo hace saber quitándose el cinturón.

—¿Hemos llegado? —le pregunta imitándole.

—No exactamente, pero el coche se queda aquí —le responde. Sale y abre la portezuela de Marina.

Caminan entre casitas blancas y balcones radiantes adornados con flores de colores. Pasean callados, de la mano. Recorren el pueblo de Chiclana de la Frontera, casi desierto a esas horas.

—Mira, allí quiero casarme —murmura señalando una pequeña iglesia.

Marina desvía la mirada siguiendo su brazo y se detiene a ver lo bonita que es.

—Es preciosa...

—Sí. Es la ermita de Santa Ana. Aquí se casaron mis padres, y desde pequeño digo que, si algún día me caso, quiero que sea aquí.

Ella sonrío y siguen caminando hasta un pequeño mirador que hay al final de la calle. Se apoya en la baranda y admira el increíble paisaje que tiene a sus pies.

—Así que eres tradicional. Quieres casarte —logra decir.

—No lo sé. Supongo que tendrá que aparecer la persona...

—Pero ¿y...? —Se queda callada. No quiere mencionar a Raquel—. No, nada.

Él sonrío. Entiende perfectamente su silencio.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Si quiero casarme? —Él asiente—. Supongo que como tú. Tendrá que aparecer alguien que me dé la seguridad suficiente como para dar el paso. Pero, para qué negarlo, lo he soñado muchas veces.

—¿Y él? —lo suelta así, sin pensar.

—¿Él, quién?

—Tu... novio —balbucea nervioso.

—El día que tenga se lo preguntaré —suspira.

Él sonrío aliviado. Parece que se ha quitado un peso enorme de encima. Se quedan mirando callados la sosegada visión de la bahía de Cádiz.

—Cuando necesito tranquilidad, vengo aquí. Me gusta ver el mar..., ver el pueblo pequeñito y convencerme de que, si ya nosotros somos insignificantes en el mundo, los problemas lo son todavía más.

Toman asiento en uno de los bancos del pequeño mirador. Uno al lado del otro, sin apenas mirarse. Dejando que sus ojos se pierdan en el infinito.

—Cuánta falta me hacía esto... —murmura Marina tomando aire.

—Lo siento.

Se gira y se encuentra con la mirada de ella.

—¿Por qué?

—Porque, ahora que lo pienso fríamente, me da vergüenza recordar todo lo que he montado para encontrarte...

—Estás más que perdonado. Nadie había hecho algo así por mí.

Pablo sonrío aliviado, y le acaricia apenas el muslo.

—Quiero que me cantes. Me muero por volver a escucharte.

El semblante de ella cambia de golpe. Él la mira de reojo.

—Sin presiones. Sólo tú y yo. —Sigue seria. No dice nada y continúa con la vista fija en un punto al frente—. Pero antes vamos a desayunar, ¡me muero de hambre! —añade haciendo una mueca graciosa para tratar de cortar la tensión del momento—. Ven, vamos allí —le dice mostrándole una pequeña mesa que hay en el fondo de la terraza, que pertenece a la cafetería del mirador. Con un gesto, pide que preparen el desayuno para los dos.

—¡Pablo! —Antes de que puedan entrar al local, una voz familiar les alerta. Al darse la vuelta la ve allí con una de sus amigas.

—¡Raquel! ¿Qué haces aquí?

Pablo intenta que su voz suene natural, pero le cuesta.

—Eso debería preguntártelo yo, ¿no crees? —le dice mirando a Marina—. Te he estado llamando. He venido a por Marta, que vive aquí cerca, para marcharnos juntas a trabajar.

—Lo siento, mi móvil debe de haberse apagado —le miente; quien ha apagado el móvil ha sido él—. Oh, olvidé presentaros. Raquel, ella es Marina, la chica de

Barcelona que buscaba.

—Ah... sí..., encantada —murmura. Y añade—: Sí, Raquel, su novia. Y ella es Marta, una amiga.

—Encantada —logra decir Marina. El ambiente puede cortarse con un cuchillo.

Pablo trata de mostrar toda la normalidad del mundo, pero Raquel se lo pone difícil.

—¿Y al final cómo la has encontrado? ¿Has venido tú a Cádiz a buscarle? —dice Raquel dirigiéndose a ella. Marina asiente y Raquel tuerce el gesto—. Ajá... ¿Y cuándo ha sido eso?

—A-ayer —balbucea Marina.

—Ayer vino y me avisaron de que estaba aquí. No hay más, Raquel —puntualiza Pablo molesto.

Raquel le devuelve la mirada, seria, y decide correr un tupido velo.

—¿Ibais a desayunar? —pregunta Raquel.

—Eh, sí, sí, teníamos pensado desayunar aquí —contesta Pablo nervioso.

—Genial, pues voy a pedir una mesa para cuatro —dice adelantándose y caminando hasta la entrada de la cafetería.

Pablo mira a Marina disculpándose con la mirada. Ambos saben que el día no va a ser como esperaban.

Demasiado perfecto empezaba a resultarme todo lo que estaba ocurriendo. Pero, claro, el destino volvía a intervenir para enseñarme que la perfección no existe. Él es tan simpático y cariñoso..., más de lo que había imaginado. Desde que llegué no me ha dejado ni un solo minuto sola y ha convertido este viaje a Cádiz en un auténtico sueño para toda mujer y, obviamente, para toda fan. Pero ya lo dicen, cuando la alegría llega a la sala, el pesar anda subiendo por las escaleras. Y así es..., por las escaleras llegó Raquel, la que tanto temía que apareciera.

Es tal y como la había visto en las fotos. Perfecta. Como si un ángel la hubiera creado.

Se sienta junto a él sin dejar de besarle y acariciarle, para que me quede claro que es sólo suyo. Su mirada denota superioridad, arrogancia y soberbia. Entiendo perfectamente lo que sus ojos me dicen. Sé que no debo acercarme a él o lo pagaré caro.

Me siento tan incómoda... Sentada justo delante de Pablo, intento esquivar las tiernas muestras de cariño que se dan. Empiezo a pensar que ha sido una completa estupidez venir a verle. Mi cabeza tenía toda la razón del mundo al decirme que me mantuviera al margen, que no respondiera a su búsqueda..., y mi corazón es el único culpable de que esté aquí.

—¿Y tienes pensado quedarte muchos días? —me pregunta Raquel devolviéndome a la realidad. Tiene su mano enlazada con la de Pablo y juguetea con sus dedos.

—No. Tengo que volver pronto a Barcelona a retomar mi vida... —miento. Me quedaría la vida entera a su lado, disfrutando de lo bien que me trata, pero no puedo soportar la tensión con Raquel mucho tiempo más.

Veo como Pablo tuerce el gesto y me dedica una mirada triste.

—Tengo que volver a la universidad. En pocos días empiezo los exámenes de final de curso y no puedo relajarme —intento inventarme algo creíble para que ni Raquel piense que estoy huyendo, ni Pablo me convenza de quedarme.

—Claro, lo primero es lo primero... —aprueba Raquel.

Seguimos con el desayuno, pero no aguanto la tirantez que se respira en la mesa. Tampoco soy capaz de probar bocado. El café se ha quedado helado y el cruasán sigue intacto. Me escapo fingiendo que debo ir al baño y, desde un pequeño patio interior de la cafetería, aprovecho para llamar a Claudia.

—Sabía que tarde o temprano te encontrarías con ella..., pero no pensé que fuera tan... así —dice tras oír lo que le acabo de contar.

—No sé qué hacer, Claudia. Te juro que saldría corriendo de aquí. Si la miro a ella, me encuentro con su cara de fiera, y si le miro a él, ella se mete en medio de alguna forma.

—Tranquilízate. Seguro que Pablo quiere que te quedes, así que ni se te ocurra darle el gusto a la señorita Rottenmeier de marcharte tan pronto. Disfruta un poco más con él, y si ves que eso te hace daño, yo misma iré a buscarte a Cádiz, ¿vale?

—¡Claro! ¡Tienes toda la razón! Menos mal que te tengo... Te quiero, ¿lo sabes, no? —digo algo más aliviada.

Parece que Claudia es la única persona en el mundo capaz de hacerme sonreír hasta en estos momentos. Siento la presencia de alguien detrás de mí y me doy la vuelta para comprobar de quién se trata. Me sorprendo al verle allí y cuelgo el teléfono a mi amiga casi sin despedirme.

—¿Estás bien, Marina? —dice Pablo preocupado.

—Sí, sí, claro que estoy bien. Es que me han llamado —miento. Odio hacerlo, pero no puedo contarle que su adorada novia me está atacando los nervios.

—Lo siento... —se disculpa.

—No hay nada por lo que tengas que disculparte. Todo está bien. Vamos, que no quiero que tengas jaleo por mi culpa. —Le siento nervioso e intranquilo. Sé que le estoy causando problemas, y es lo último que deseo.

Volvemos a la mesa ante la atenta mirada de Raquel. Me tomo el café de un trago y saco el móvil para fingir que tengo algo interesante entre manos. Veo como Raquel se levanta de la mesa y se acerca a Pablo para torturarme de nuevo.

—Mi vida, tengo que irme ya, me esperan en el estudio. ¿Nos vemos esta noche? —dice Raquel a Pablo antes de dejarle sin aliento con uno de esos insoportables besos.

—Luego te llamo —contesta él acercándose y devolviéndole el beso.

Raquel le susurra algo al oído sonriente. Después se despide de mí con dos besos. Su amiga la imita y por fin ambas abandonan la cafetería.

Siento como alguien acaricia mi antebrazo, vuelvo la mirada al frente y me encuentro con esa sonrisa que ha devuelto la felicidad a mi vida.

—¿Nos vamos? Cádiz nos espera —me dice Pablo tomándose la mano.

—Claro, vamos —respondo levantándome de la silla, como ya ha hecho él.

Sin soltar mi mano, deja un billete en la mesa y tira de mí para que nos pongamos en marcha. Me abre la puerta del coche para que tome asiento. Vuelve a reinar el momento de incómodo silencio que tanto odio, pero no sé qué decirle. Estoy confusa después de lo que acaba de suceder. Me ha quedado claro que él y Raquel están hechos el uno para el otro, por lo que todavía entiendo menos lo que está sucediendo. No comprendo ese afán por encontrarme.

Oigo el ruido del freno de mano y mi mente vuelve a aquel lugar. Veo como me mira con ternura y le dedico una leve sonrisa.

—Pensativa...

—Cosas mías.

Aunque sonrío, sé que está preocupado por lo que yo pueda pensar después de la escena del desayuno. Baja del coche y le imito antes de que vuelva a ser él el que abra la puerta del copiloto. No sé dónde estamos, con todo lo que tengo en la cabeza no me he fijado. Siento una mano en mi espalda y poco a poco noto como me rodea la cintura con su brazo. Me separo con brusquedad, inquieta por si alguien nos ve, y él lo nota enseguida.

—Eh, mi niña..., ven... —murmura volviendo a atraerme a su cuerpo—. ¿Seguro que estás bien?

No entiendo por qué tiene que afectarme tanto lo que acaba de ocurrir. Ni que estuviera yo enamor... enamorada.

Me informa de que estamos en Cádiz, casi en el centro. Pasamos lo que queda de mañana visitando la ciudad. Trata de camuflarse bajo una gorra y unas gafas oscuras, pero de vez en cuando tiene que pararse para firmar algunos autógrafos y tomarse fotos.

—Lo siento. Pensé que estaríamos más tranquilos.

—No tienes que disculparte, Pablo. Bastante haces ya...

—Bueno, ¿tienes hambre?

Asiento tímidamente.

—¡Yo también! ¡Vamos a El Pilpil! —sonrío al oír ese nombre. Le he escuchado nombrar ese lugar millones de veces en entrevistas.

Me toma la mano. Lo ha intentado varias veces en lo que llevamos de paseo, pero he logrado deshacerme de ella siempre. No tardamos en llegar. La entrada me llama la atención, caminamos por un patio florido que alberga un cartel antiguo. Una enorme barra a un lado y al otro una pared llena de cuadritos con fotos de famosos firmadas, en las que también está él.

Un hombre mayor nos recibe saludando amistosamente a Pablo. Éste le pide una mesa tranquila, y él nos acompaña hasta uno de los salones vacíos, que abre con llave.

—Ahora vengo a tomaros nota. Sentaos donde queráis.

—¿Te gusta? Es un lugar muy especial para mí. Siempre me tratan muy bien.

—Es maravilloso —murmuro.

—Pues cuando pruebes el tinto, verás —me dice riendo.

—El tinto..., tú lo que quieres es emborracharme —bromeo.

—Pues sí..., no nos vendría mal a ninguno de los dos —añade algo más serio.

Pablo pide. Es la primera vez que comemos solos y digamos que no es el momento más idóneo para disfrutar de la comida, aunque todo está buenísimo. Nos quedamos hablando un buen rato, con el café. Él me pregunta por mis estudios y mi familia, y también hablamos de la suya.

—¿Por qué yo? —me suelta de golpe.

Sonrío avergonzada y agacho la cabeza intentando pensar qué narices voy a

contestarle. Tras unos segundos callada, decido hablar, pero sin mirarle, claro.

—Nadie me había hecho sentir lo que me haces sentir tú cuando cantas. —No le miro, pero noto que esboza una sonrisa.

—¿Se puede saber qué les pasa a los hombres de Barcelona? ¿Es que no tienen ojos o qué? —me dice dejándome fuera de juego.

Bajo la cabeza, de nuevo, muerta de vergüenza.

El corazón me late con fuerza.

—Deberíamos ir tirando ya, ¿no? —exclamo con demasiada energía.

Él sonrío y asiente.

Salimos de allí y paseamos hasta La Malagueta. Saca su móvil y alza el brazo para que nos hagamos una foto. Trato de divisar la cámara delantera de su móvil cuando noto sus labios en mi mejilla, que se ha sonrojado con su contacto. Oigo el sonido del *flash* y siento como poco a poco se va separando de mí.

—Vengo a esta playa muchas veces solo. Cuando necesito relajarme, estar tranquilo..., pensar.

Se ha acercado hasta mí y me abraza por detrás. Mi cuerpo tiritita sin que pueda evitarlo, pero decido aprovechar el momento.

—¿Y ahora necesitas pensar? —le digo seria.

—No, pero creo que los dos necesitamos estar tranquilos. No quiero verte así..., lo último que quiero es hacerte daño. Sólo quiero verte sonreír, como esta mañana —dice acariciando mi pelo—. Siento lo que ha pasado antes. No tenía ni idea de que Raquel estaría por allí. No te tomes a mal su actitud, es algo... celosa. Discúlpame si te has sentido incómoda. No pretendía que eso pasara.

—No tienes que disculparte por nada, Pablo. Me pongo en su lugar y la entiendo perfectamente. Yo estoy bien. Cádiz me hace feliz —le digo segura. Siento como se separa de mí, y segundos después le tengo delante.

—¿Sabes dónde soy realmente feliz? —pregunta cogiéndome ambas manos.

Le miro implorándole la respuesta y tira de mí para que le siga. Me dejo llevar por él, aunque no sepa a dónde vamos.

Pronto advierto que estamos regresando a su coche. Me indica que me suba y volvemos a quedarnos en silencio. Esta vez no es incómodo. Al cabo de un rato para en seco y veo que hemos vuelto a su casa. Me tenso, no quiero entrar, no estoy preparada para hacerlo. Lo nota enseguida y acaricia mi hombro para tratar de calmarme.

—Ssshhh, no te preocupes, no es lo que piensas. Ven... —dice mientras nos adentramos en el perímetro de la casa.

Caminamos por un cuidado y precioso jardín. Bajamos lentamente unas pequeñas escaleras que nos llevan bajo tierra y Pablo abre una puerta con llave dejando a la vista lo que me temía.

No puedo creer que me haya llevado allí. Recuerdo haber oído, en algunas de sus entrevistas, que no soporta que nadie se entrometa en su estudio, es su lugar mágico,

su refugio confidente, y no quiere que nadie le estorbe. Entro con él y observo cada rincón de ese famoso lugar. No es el sitio más bonito, ni el espacio mejor decorado del mundo, pero para mí es el mejor lugar al que me podía haber traído. Si alguna de mis amigas supiera que estoy aquí... Observo que coge su guitarra y se sienta en ese adorado sofá rojo con el que tantas noches he soñado.

—Ven —me invita alargando su mano para que me siente junto a él.

Dejo caer mi cuerpo y noto como poco a poco se estremece al oír los primeros acordes de lo que ya me parece que es nuestra canción. Mi mente vuela hasta aquel día, el primer día en que le conocí. Vuelve a entonar esa preciosa melodía de *Encuentro*, pero esta vez es diferente: hoy lo hace sólo para mí.

*No puedo seguir soñando con tu mirada,
no puedo seguir así como una veleta...*

Intenta que suene como nunca. Quiere que ella sepa que ese momento es uno de los más especiales que ha vivido nunca. Está tan confuso... Tenerla allí rompe su calma en mil pedazos; no sabe lo que siente, y verla así, tan frágil, la acerca más a su corazón.

Sólo quiere abrazarla. Notar su calor, transmitirle esa tranquilidad que ni él mismo tiene, y que a la vez ella le transmite... Tiene miedo de que vuelva a marcharse y de desesperarse otra vez por estar a su lado. Por eso trata de pasar con ella todo el tiempo posible, aunque intuye que eso la mata más que a él, pues a veces le ha sorprendido una expresión de angustia y melancolía que le gustaría borrar por completo. Necesita que se sienta bien con él. La quiere a su lado, sin comprender exactamente por qué.

Termina de tocar y ve su rostro inundado de lágrimas. Acerca su mano a su pómulo derecho y lo acaricia con suavidad.

—Así empezó todo —murmura con ternura.

Ella asiente y se sienta a su lado para darle un suave beso en la mejilla.

—Gracias —balbucea con voz quebrada—. No sabes lo que significa esto para mí...

Pablo enlaza su cintura y se le acerca lentamente.

—Gracias a ti por estar aquí, por devolverme la felicidad...

Se da cuenta de que sus palabras la conmueven, pues sus ojos brillan de emoción. Apoya la cabeza sobre su hombro y suspira.

—Sshhh..., tranquila..., respira... —le susurra apretándola contra su pecho y posando un delicado beso en su frente.

Entonces, alguien rompe ese momento golpeando la puerta. Pablo se levanta maldiciendo la interrupción, y abre con fuerza. Y allí está ella, la pequeña princesita de la casa.

—Sarita, ¿qué haces aquí? —le dice observando cómo cruza la puerta del estudio.

—Pa, es que te he oído cantar y tenía ganas de verte —responde rodeándole las piernas con sus pequeños brazos—. La abuela dice que subas, que necesita que la ayudes. —Él sonríe y la coge en brazos—. Hola. ¿Tú quién eres? —musita la pequeña mirando a Marina.

—Hola, preciosa —le dice ella levantándose del sofá y secándose las últimas lágrimas que quedan en su rostro.

—¿Es tu nueva novia, Pa? —le pregunta su sobrina.

Él suelta una carcajada ante las ocurrencias de su sobrinita.

—No, cariño, es una amiga de Barcelona —le dice acercándola a ella.

Se queda mirando como Marina se aproxima a la pequeña y le besa con dulzura la mejilla, acariciando sus bracitos.

—Pues eres muy linda —le dice sonriente.

Ambos se ríen.

—Anda, trasto, vamos arriba, que mamá se enfadará.

Pablo hace ademán de marcharse de allí, pero ella sigue inmóvil. «Ven, por favor», le pide con la mirada. Niega con la cabeza y sigue sin moverse.

—Sara. Sube y dile a la abuela que ahora voy. —Aguarda hasta que la niña desaparece de su vista para volver la mirada hasta ella.

—No puedo —murmura nerviosa.

—Pero, Marina, si mi familia no muerde. El que te va a morder voy a ser yo como no subas —bromea.

—Ya lo sé, pero, de verdad, no quiero subir. Perdóname.

Él toma aire y lo suelta de golpe.

—Está bien. Subiré a ver qué quiere mi madre y ahora vuelvo.

No le dice nada. Sólo la ve asentir mientras sale de la habitación.

Busca a su madre y responde con impaciencia a sus preguntas sobre qué prefiere para cenar. En cuanto puede, vuelve con Marina. Como no ha cerrado bien la puerta, la observa sin que ella le vea: ha entrado a la pequeña pecera de grabación que tiene en el estudio. Algunos ordenadores, ecualizadores, micrófonos... y el teclado, ése con el que compone. Desliza sus dedos por las teclas y suspira.

—No te digo nada porque eres tú..., a otro le hubiera cortado la mano.

Se queda callada al oírle. Es evidente que no le esperaba tan pronto.

—Lo-lo-lo siento —consigue decir.

Pablo suelta una carcajada al ver la cara de susto que se le ha quedado.

—Que no pasa nada, tonta. Tú puedes tocar lo que quieras.

Todavía avergonzada, sale de la cabina. El sonido de un móvil los alerta.

—¿Sí?

—Buenas, amor. Acabo de salir de trabajar. ¿Cenamos juntos?

—Ah, hola, Raquel. ¿Cenar hoy?

—Sí, hoy, Pablo. Qué tontería. No va a ser el mes que viene. ¿Has acabado ya con la fan esa?

—Marina, se llama —murmura.

—Ésa. Que si la has paseado ya.

—Sí, Raquel, sí..., ya hemos paseado. Dime hora y lugar y allí estaré. —No tiene las más mínimas ganas de ir a cenar con Raquel, pero para evitar un conflicto mayor

cede.

—Pues a las nueve en mi casa. Espérame abajo y decidimos dónde ir.

—Como quieras.

—Te veo ahora, cariño.

—Hasta ahora.

Cuelga asqueado.

—Tengo que...

—Ajá. No te preocupes —musita Marina—. ¿Me puedes llamar a un taxi?

La ve triste, y se le encoge el alma al advertirlo.

—No hace falta. Te llevo yo mismo al hotel.

—No, Pablo, no. Tú tienes que prepararte para la cena. Yo puedo coger un taxi y en la estación cojo el tren.

—Ni hablar, vaya. Estoy más que preparado. Además, Raquel vive en Cádiz, así que me viene de paso.

—Pero...

—Que no. Que no voy a aceptar un no. Te vienes conmigo, no es discutible.

Se queda callada. Por un instante, parece que va a volver a hablar, pero no pronuncia nada más. Él no sabe exactamente cómo sentirse. Le gustaría que ella le pidiera que no fuera a cenar con su chica, que se quedara con ella, pero sabe que no sería justo que lo hiciera.

Suben de nuevo al jardín y caminan hasta el coche. Por suerte, nadie los ha visto. El viaje transcurre en absoluto silencio. Él piensa en ella. En cómo debe sentirse, y se maldice por hacerla sufrir.

—¿Quieres venir? —suelta así, sin más.

—No. ¿Pero cómo quieres que vaya? Estás loco.

Él calla y sigue conduciendo. El viaje se le hace largo e insoportable. Adivina que lo único que ella desea es llegar al hotel y alejarse de su lado. Está distante, perdida en sus pensamientos. Aparca y Marina parece volver en sí. No se atreve a mirarle. Se desabrocha el cinturón y abre la puerta del vehículo para salir. Él hace lo mismo y caminan hasta la puerta del hotel.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Cenaré, leeré o dormiré. Tal vez llame a un par de amigas que viven aquí en Cádiz. Las conocí en unas jornadas de convivencia que organizó mi instituto, y seguimos en contacto.

—¿Vas a salir?

—No lo sé —insiste—. Venga, Pablete, vete, que llegarás tarde —le dice forzando una ligera sonrisa.

—¿Estarás bien? Si quieres me quedo.

—¡Pero qué estás diciendo! Anda, ve y disfruta. Yo estaré estupendamente —su tono no es nada convincente.

—Está bien..., luego te llamo. Déjame tu móvil y te guardo mi número.

—Pablo... Deja de preocuparte, de verdad. Ya soy mayorcita. Ve a cenar con tu novia y pásalo bien. Mañana será otro día. —Aumenta su sonrisa, cada vez más forzada.

Pablo coge su móvil y la apremia para que le dé su número.

—Listo. Ya tienes mi número y yo el tuyo. Por si necesitas cualquier cosa.

No puede dejar de pensar en ella. Conduce descentrado tratando de llegar lo antes posible a casa de Raquel, que está espectacular con un vestido negro minúsculo que se ha puesto, y él parece prestarle atención. Los juegos y caricias de su chica le ayudan a no pensar. Cenar tranquilos, hablando de una próxima reunión con su grupo de amigos de toda la vida y de trabajo. Un par de horas después vuelven a coger el coche para regresar al piso en el que vive ella.

—Sube —murmura rozándole la pierna provocativamente, sin salir del vehículo.

—Es tarde, Raquel...

—¿Tarde? Depende de para qué —dice lanzándose a besarlo.

Se deja llevar por sus besos. El calor invade su cuerpo y no puede pensar con claridad.

—Ven, vamos arriba, estaremos más cómodos.

—No, no, no, Raquel —se excusa como puede—. Tengo que irme, de verdad.

—¿Sí? Pues creo que hay alguien que no opina lo mismo —murmura pícaro, sentándose a horcajadas en su regazo.

—Raquel, en serio. Tengo que irme. Mañana...

Raquel se aparta de él y vuelve a su asiento.

—Como quieras —suenan enfadada, pero no se siente capaz de seguir adelante.

—Te recompensaré. Perdóname —se excusa Pablo nervioso.

—Haz lo que quieras. Sabes que en unos días me marché a Nueva York y sólo quería aprovechar el momento. En fin..., veo que aquí poco más vamos a hacer, así que me subo a dormir. Si te lo piensas, ya sabes el piso. —Y sale del coche dando un portazo.

Pablo se queda pensativo apoyado en el volante. Y no se lo piensa dos veces.

Conduce con rapidez de nuevo hacia el hotel de Marina. Deja el coche en el parquin y sube deprisa. Es tarde, seguramente estará durmiendo, pero necesita verla. Saber que sigue allí y que está bien.

Sube a la habitación y golpea la puerta con suavidad. Tras unos instantes sin respuesta, vuelve a golpearla, esta vez con más fuerza. Lo intenta una y otra vez, minuto tras minuto, pero no encuentra respuesta. Trata de hablar con ella por teléfono, pero, aunque insiste, sólo consigue hablar con el buzón de voz.

Se deja caer en el suelo, abatido. El temor de que se haya marchado se apodera de él, y se desespera. El estado de nervios que tiene le agota y acaba dormido allí mismo.

Dos horas después, Marina enfila el pasillo de las habitaciones tras salir del

ascensor. No da crédito a lo que ven sus ojos. Se acerca deprisa y comprueba que Pablo está profundamente dormido. Se agacha a su lado y acaricia su rostro con suavidad, llamándole bajito para que despierte. Pablo abre los ojos y se lanza a sus brazos.

—¿Dónde estabas? ¡Pensé que te habías ido! —le dice apretándola con fuerza contra él.

—¡Pablo! —grita abrumada—. Sólo he salido a tomar algo y a ver la ciudad de noche. Ya te avisé antes. Pero... ¿y tú? ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar con tu...?

—Acabamos de cenar y me vine.

—Acabará odiándome más. Si es que puede... —murmura.

Él sonrío y acaricia su rostro. Ella se aparta.

—Bueno..., pues yo me voy a dormir, mira qué horas son...

—¿Puedo...? —le insinúa.

—¿Quieres entrar? —le dice confusa.

—Quiero quedarme. Si me dejas...

—Pablo, yo... —su voz tiembla. ¿Tiene miedo de quedarse a solas con él?

—Está bien. Me voy —le dice triste.

Ella es incapaz de dejarle marchar así. Abre la puerta y le señala su interior.

—Entra antes de que me arrepienta.

Él sonrío y entra corriendo.

—Voy al baño, que llevo horas ahí fuera.

Sin saber por qué, de pronto se siente muy feliz, casi eufórico.

Respiro al oír cómo se cierra la puerta. Acabo de ceder en algo que sé que no debería haber hecho. Vuelve a mi mente la imagen de mi padre. A ver, piensa, Marina, piensa. Qué te vas a inventar ahora...

Observo la cama y compruebo que se trata de dos individuales unidas. Me acerco y las separo rápidamente para que él no me vea trastearlas.

Cojo mi pijama de debajo de la almohada y espero sentada a que Pablo salga del baño.

—Voy a cambiarme —le digo cuando sale.

Él asiente.

—¿Y las camas? —le oigo decir a través de la puerta. ¡Maldita sea! Me ha pillado...

—¿Qué? —le digo haciéndome la tonta.

—Las camas, que están separadas. ¿Las has separado tú?

—Sí, es que no quería que te sintieras incómodo... —disimulo.

—Pero si ya dormimos el otro... —Calla, y aprovecho para salir del baño.

—¿Decías?

Parece serio. No sé si le ha molestado mi gesto, pero es lo que tenía que hacer.

Me meto en la cama y veo como se quita la camiseta delante de mí. Creo que me va a dar un síncope ahora mismo. Me vuelvo para el otro lado y trato de hacerme la dormida. Si pretende provocarme, no voy a caer en su juego.

Escucho como camina hacia mí y cierro los ojos de golpe. Me acaricia la cara y se acerca hasta besarme la frente. Mi corazón late con fuerza al sentirle tan cerca. Espero inquieta y finalmente oigo como se marcha. Se mete en la cama y trato de dormirme, escuchando su respiración agitada.

—Buenos días, dormilona —oigo apenas abro los ojos. Sigue sin camiseta y está agachado a mi lado.

Sonrío y se acerca para darme el beso de buenos días.

—Buenos días. Te vas a resfriar —le digo tratando de que se ponga algo encima para que deje de ponerme nerviosa.

—Siempre duermo así —murmura—. ¿Pido el desayuno? Así desayunamos aquí tranquilos.

—Como quieras —le digo levantándome de la cama.

—Mientras lo pido, ve vistiéndote.

—¿Vistiéndome para qué?

—Para salir. Hoy te voy a llevar a Jerez, verás qué bonito.

—Pablo, no. No puedes estar todos los días pendiente de mí. De hecho, debería volver ya a Barcelona. Ya nos hemos visto al fin, y hemos podido hablar y aclarar las cosas. No sé qué más tengo que hacer aquí. —Y me quedaría en Cádiz toda la eternidad. Pero siento que, cada día que pasa, voy encariñándome más con Pablo, y no puede ser, porque al final la que sufrirá seré yo.

—Te pido, por favor, que te quedes. ¿No te basta?

Me alejo de él y camino hacia la puerta del balcón. Retiro la cortina y me quedo mirando el paisaje.

—Cuando me aclares qué es exactamente lo que quieres, podré decidir si me basta o no. —No sé cómo consigo decirlo. Las piernas siguen con su tembleque habitual. Le veo por el reflejo del cristal. Sé que va a hablar y lo corto—. Y no me vale que me digas que no tienes respuesta, que no puedes contestarme o algo similar, Pablo —hablo con contundencia.

Se acerca a mí y me rodea por la espalda.

—No te enfades...

Me doy la vuelta y vuelvo a sonreír ligeramente, para que no se preocupe.

—No sé qué me haces —le digo—, pero eres la única persona que consigue que pase de querer darle un bofetón a querer abrazarle en décimas de segundo.

Suelta una carcajada y me abraza.

—Eres adorable...

Me quedo helada. Esas dos palabras me suenan a cánticos celestiales. Me echaría a su cuello y no volvería a soltarle jamás.

—Tú más —murmuro.

—Imposible.

Sonrío y me acerco a su mejilla para premiarle con un beso.

Desayunamos tranquilos. Con la conversación todavía pendiente, salimos del hotel y pasamos la mañana visitando la catedral de Jerez y los encantos árabes de la zona. Pablo compra comida en una de las casetas que hay por allí y nos sentamos en un poyete del suelo a comer, contemplando el paisaje. Al fondo se ve Gibraltar, a un lado la plaza de toros de La Malagueta y al otro lado el puerto. La bahía es preciosa.

—¿No habías venido nunca a Cádiz?

Niego con la cabeza.

—Pero volveré.

—¿A verme a mí?

—A ver a Sarita —bromeo—. Es un encanto.

—Lo sé. Y también te caería bien mi familia. Mi madre está deseando conocerte. Ella me empujó a que siguiera a mi corazón y te buscara.

Me sorprenden sus palabras y me encanta que sea tan sincero y abierto conmigo.

—¿De verdad?

Asiente.

—Pues ya puedes darle las gracias de mi parte.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Pablo... —baja la cabeza y suspira—. Bueno..., vamos a hacer una cosa. Yo voy a tu casa a conocer a tu familia con una condición.

—¿Qué condición? —me dice curioso.

—La primera de ellas es no saber la condición hasta esta noche. —Espero a ver su reacción.

—Es decir..., que si accedes a venir a mi casa esta noche, ¿yo tengo que aceptar algo a cambio?

—Exacto.

—Está bien. Pues déjame que llame a mamá para avisarla de que vamos para allí.

Se aleja para hablar por teléfono. No tiene ni idea de que lo que deberá aceptar es mi marcha, mañana mismo. Aprovecho para llamar a mi madre y pedirle que me compre el billete de vuelta. Me da tiempo también de llamar a Claudia para hacerle saber que regreso al día siguiente. Cuando vuelve, todavía sigo al teléfono con ella, y trato de disimular para que no se dé cuenta de lo que estamos hablando.

—Bueno, tengo que dejarte.

—¿Está ahí Pablo, no?

—Exacto. Dime algo luego. Mándame un WhatsApp.

—Perfecto. Pásalo bien. Y dale un abrazo a Pablo de mi parte.

—Lo haré. Te quiero.

—Y yo a ti, cosa guapa.

Pablo ha tomado asiento junto a mí. Mira al infinito mientras sigue atento a mi conversación.

—¿Alguien importante? —me dice serio.

—Era Claudia. Estaba preocupada porque no la había llamado.

Parece sonreír aliviado. No sé con quién pensaría que hablaba.

—Suerte que me llamó ese día..., si no, no te habría encontrado nunca.

Ahora la que sonrío soy yo.

—Dice que te dé un abrazo fuerte.

Él asiente.

—Bueno. He hablado con mamá y me ha dicho que va a preparar una cena. Así que cuando quieras podemos ir para allí.

—¿Una cena? Pues tendré que cambiarme. No voy a presentarme con estas pintas —le digo mirando mis vaqueros rotos—. ¿Me llevas al hotel?

Bajamos de Jerez y llegamos al hotel. Decido darme una ducha y trato de adivinar qué es lo más adecuado para la ocasión de lo que llevo en la maleta. Pablo me espera abajo, así que puedo arreglarme tranquila. Cuando por fin me reúno con él, me recibe con halagos y galanterías habituales de su carácter. Me subo al coche hecha un flan. ¿Les gustará? ¡Qué tontería, ni que fuera a presentarme como su novia!

Abre la puerta del copiloto para ayudarme a salir y tomo su mano con fuerza. Me hace falta su apoyo. Me nota intranquila y rodea mi cintura con su brazo. Me acerca a él y me susurra un chiste tonto para hacerme reír y calmarme.

Entramos en casa, allí está toda la familia y siento que mi mano empieza a resbalarse de la suya. Estoy hecha un manojo de nervios. Pablo se adelanta y me presenta a todos, que me acogen amablemente con besos y caricias. Me hacen saber que siguieron «mi búsqueda» con expectación, y que están felices de que por fin me haya encontrado.

—Pa —oigo que dice la pequeña. Pablo la coge en brazos y veo como se acerca a su oído para decirle algo que escucho perfectamente—. Me gusta más que Raquel, quiero que sea tu novia —le susurra seria.

Sonrío y él también lo hace. Me hago la despistada para que no se den cuenta de que les escucho, pero veo como él también se acerca al oído de ella.

—Las cosas no son tan fáciles, princesa. Raquel es Raquel...

—Raquel es mala —le dice la pequeña haciendo pucheros.

—Ssshhh..., no digas esas cosas, Sarita.

Me quedo pensativa. ¿Por qué la niña diría algo así de la novia de su tío? Sarita vuelve al suelo y me tira de la falda. Sin que me dé cuenta, tengo también a Marie, la madre de Pablo, frente a mí.

—Así que vives en Barcelona. ¡Qué ciudad más bonita!

Sonrío y siento la mano de Pablo en mi espalda.

Seguimos hablando de mi ciudad. Parece que la conoce mejor de lo que creo.

—Mamá, veo que no hace falta que os presente... —interviene Pablo.

—Es encantadora, cariño... —le dice ella.

Sonrío con timidez.

—Lo sé, mamá —responde él mirándome.

Acerco mis manos a la cara y compruebo que me arden las mejillas.

—Vais a conseguir que me sonroje —murmuro.

Todos se echan a reír. Parece que he caído bien en la familia.

—Venga, chicos, sentaos a la mesa, que voy sirviendo la cena.

Sigo a Pablo al baño para lavarnos las manos. Veo como se acerca a mí para posar de nuevo sus labios en mis mejillas.

—Les encantas, ¿sabes?

Sonrío y le devuelvo el beso.

—Tu familia es increíble..., siempre me he imaginado que erais una gran piña, pero no pensé que tanto.

Asiente y volvemos a la mesa.

Marie ha preparado mucha comida. Aunque los nervios me han cerrado el estómago por completo, me fuerzo a comer algo. Acabamos de cenar y nos quedamos charlando mientras traen té, café y algunos dulces. Hablo con Paula, su hermana, distendidamente, cuando siento que algo me toca: es Sarita, que hace gestos para que

la coja. La siento en mi regazo y rodeo su cuerpo con los brazos.

—Hola, preciosa.

—Hola, princesa de Pa. ¿Juegas conmigo?

Río ante el comentario de la pequeña.

—¿Princesa de Pa? —le pregunto extrañada.

—Ajá..., es que quiero que seas la princesa de mi tío... ¿A que sí, mami?

—Cariño, no seas indiscreta —le dice Paula inquieta.

La pequeña frunce el ceño y oigo como Pablo suelta una carcajada.

—A mí me ha dicho un pajarito que la única princesa de Pablo eres tú —le digo provocándole una sonrisa.

La pequeña da un salto y vuelve al suelo.

—¿Vienes a jugar? —me dice tímida.

—Sarita, no seas pesada —la riñe su madre.

—No te preocupes, Paula. ¿A qué quieres jugar? —le digo agachándome a su lado.

Pablo se une a nosotras y pasamos un rato jugando con Sara hasta que su madre la alerta de que debe irse a dormir. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba ni me reía tanto. Y me encandila verle jugando con su sobrina. Es tan cariñoso, tan atento, tan... perfecto. Sara se marcha con su madre a darse un baño, y nosotros nos quedamos recogiendo las frutas de plástico que hemos usado como juguetes. Pablo me mira cómplice y sonriente. Algo interrumpe nuestras miradas. Es su móvil. Se levanta y, al ver la pantalla, suspira. Contesta y sale al jardín a seguir con la conversación. Creo que es Raquel.

Vuelve minutos después con el semblante serio. Sigo recogiendo sin decirle nada y de pronto siento las manos de alguien en mi espalda.

—Cariño.

Es Marie. Me levanto un poco nerviosa y la miro.

—Ya tienes la habitación lista. Arriba, al final del pasillo —me dice.

¿Cómo que tengo la habitación lista? No pienso quedarme a dormir en su casa.

—Pe-pero si yo ya tengo habitación en el hotel... —murmuro—. No-no quiero molestar.

—Pero, cielo, ¡qué vas a molestar! ¿Dónde vas a estar mejor que aquí? No lo pienses más. Te quedas en casa.

—La habitación está lista. Y yo no le llevaría la contraria a mi madre... —bromea Pablo.

Marie desaparece de nuestro lado y veo como Pablo se acerca, de nuevo, hasta mí.

—Pero, Pablo, no puedo quedarme aquí..., yo...

—Marina..., no seas cabezota. Te quedas aquí, no hay más que hablar.

Vuelven a casa tras recoger su equipaje del hotel. Aunque Pablo sabe que ha aceptado quedarse con ellos, no piensa separarse de su lado ni un minuto, así que, cual guardaespaldas, la acompaña. Marina trastea los botones de la guantera hasta que consigue lo que quiere; por mucho que él haya escondido el disco, ella logra encontrar uno de sus álbumes y su voz retumba en el coche.

—Todavía no me has cantado —murmura. Ella dirige la mirada hacia la ventanilla.

—¿Eso es lo que quieres? —dice seria.

—¿Qué?

—Para eso quieres que me quede, ¿para que te cante? —pregunta sin mirarle.

Sigue callado. No sabe si contestarle que lo único que quiere es estar a su lado. Sin más.

—Todavía no me has dicho cuál era tu condición para venir a cenar —dice cambiando de tema.

—¿La condición?

Pablo asiente.

—Que me dejes irme sin ponerme problemas. Mañana mismo.

La mira enfadado, le ha tendido una trampa. Trata de encontrar un lugar seguro y detiene el coche. Apenas la observa de reojo. No puede reprimir su malestar.

—¿Tan mal te estoy tratando?

Ella se gira enseguida y se acerca a él.

—Pablo..., no es eso.

—Pues entonces no entiendo a qué viene tanto interés por marcharte, Marina. De verdad que no lo entiendo.

—No te enfades, por favor. Tengo que marcharme, ya te dije que estoy a punto de empezar los exámenes de fin de curso, y debo ponerme al día. No puedo quedarme aquí para siempre...

Vuelve a quedarse callado, con la mirada fija al frente. Pasan un par de minutos y la mira por el rabillo del ojo. Está apoyada en la ventanilla, pensativa. Arranca el coche y ella ni se inmuta. No sabe qué más decirle para convencerla. Al llegar le sube la maleta a la habitación y la deja sola. Baja las escaleras con la intención de meterse en el estudio, pero su madre le intercepta por el camino.

—¿Qué ha pasado? —A veces cree que es adivina.

—Nada, mamá. Me voy al estudio.

—Pablo...

—Se va mañana —le dice finalmente.

—¿Y por eso tienes que ponerte así? ¿Qué pretendes, que deje su vida para estar aquí contigo? No seas así, ¿eh, Pablo? Yo no te he enseñado a ser tan egoísta. Piensa un poquito —le riñe.

—Pero, mamá...

—Mamá, nada. ¿Y qué? ¿La vas a dejar ahí sola? No va a querer volver más.

Tiene razón. Estará incómoda en un lugar que no conoce. No puede dejarla sola.

—Además, si tanto quieres estar con ella, aprovecha el tiempo que te queda.

Asiente, se acerca a darle un beso y sube las escaleras de dos en dos.

Se detiene frente a la puerta y respira profundamente. Un par de golpes y distingue su voz.

—¿Puedo? —Marina asiente. Sigue seria—. Lo siento..., no quería...

—No te preocupes.

Se acerca a ella y la abraza con todas sus fuerzas. Le asalta de nuevo ese aroma a canela y flores que desprende.

—¿A qué hora te vas?

—A las ocho —murmura.

—¿Quieres bajar conmigo al estudio?

Le hace saber que no y la mira extrañado.

—Ve tú, tranquilo. Será mejor que me meta en la cama y descanse. Mañana me espera un viaje largo y es tarde.

—Está bien. Si necesitas algo, estaré allí, o en mi cuarto. Es el que está delante mismo de las escaleras. —Se acerca de nuevo a ella y le besa la frente.

—Buenas noches. Que descanses.

—Buenas noches —murmura.

Vuelve de nuevo a refugiarse en la oscuridad de su estudio. Tenerla allí hace que su mente vuele hasta rozar el universo con la yema de sus dedos... Necesita plasmar en nuevas canciones todo lo que Marina provoca en él. Su cuerpo se deja llevar por las nuevas armonías y su mente navega entre nuevas letras rebosantes de sentido. Cuando se percata de lo tarde que se ha hecho, decide subir a su habitación para intentar dormir las pocas horas que faltan hasta que ella vuelva a Barcelona.

Se desploma en la cama cansado y desalentado. Sabe que debe marcharse, sabe que tiene motivos de peso para volver a casa, pero su yo egoísta sigue insistiendo en que debe quedarse junto a él. Es incapaz de conciliar el sueño, consciente de que Marina está a escasos metros de él, sabiendo que descansa bajo su mismo techo. Se levanta decidido. No puede desaprovechar las horas que le quedan a su lado; aunque esté dormida, quiere estar con ella.

Avanza silencioso hasta la habitación de invitados, acciona el pomo de la puerta despacio y consigue adentrarse en aquella sombría habitación. Se acerca lentamente hasta la cama con ayuda de la luz que entra por las pequeñas rendijas de la ventana.

Allí está, descansa plácidamente. No puede ver su rostro, ya que se encuentra tendida de espaldas a él. Con un rápido movimiento, abre las sábanas y consigue meterse en la cama. Está despierta, o acaba de despertarla él. Siente como voltea su cuerpo y encuentra enseguida su mirada.

—Pablo... —susurra—. ¿Qué hac...?

—Ssshhh..., no preguntes..., déjame quedarme —le pide posando un dedo en sus labios.

Calla y se queda quieta, la nota tensa...

—Ven, ven aquí —susurra atrayéndola hacia su cuerpo para que repose sobre su pecho. Puede sentir cómo su corazón late cada vez con más intensidad y premura. Acaricia su espalda para serenarla, pero le provoca el efecto opuesto: su cuerpo se estremece y tiritita aceleradamente—. Mi vida, ¿tienes frío? —le dice estrechándola con fuerza.

Vuelve la mirada a él... Siente su respiración cada vez más cerca, su dulce aliento baila desacompasado. Entrelaza su mano con una de las suyas y acerca la otra hasta su rostro, atrayéndolo hacia él. No puede evitar ese impulso, su mente y su corazón le piden que lo haga, y no es capaz de desobedecerlos... Acorta los escasos centímetros que los separan y acaricia los labios de Marina con los suyos, bebe de su boca ansioso, sediento, con todo el amor que destilan sus entrañas. Nota como ella le responde con pasión, pero enseguida se separa de él y empuja el pecho de Pablo con su mano para tomar algo de distancia.

Siento mi cuerpo tirante, soy incapaz de relajarme por mucho que me lo pida. Le tengo allí, junto a mí, en la cama. Me acerca a él y me dejo caer sobre su pecho. Puedo oír los latidos de su corazón, y empiezo poco a poco a adormilarme, hasta que noto como su mano desciende por mi espalda acariciándola con delicadeza. Un escalofrío recorre mi cuerpo y empieza de nuevo el temblor.

—Mi vida, ¿tienes frío?

Esa manera que tiene de llamarme..., ese cariño que denotan sus palabras... me mata. Le miro nerviosa, estamos tan cerca que puedo sentir su respiración en mi piel. Su mano se une a la mía de esa forma tan especial que sólo él sabe hacer. Acaricia mi rostro con cuidado, estremeciendo mi cuerpo y acercándose peligrosamente a su boca.

Me dejo llevar..., no sé por qué, pero lo hago. Cierro los ojos, consciente de lo que va a suceder instantes después, y no tardo en sentir sus cálidos labios sobre los míos.

Aunque mi corazón y mis labios se dejan llevar por él, mi mente reacciona enseguida, alertándome de que debo detenerle. Me separo de él disfrutando del último contacto de sus labios con los míos y poso mi mano en su torso para alejar su cuerpo. La temperatura de aquella habitación ha empezado a aumentar y necesito tomar un poco de aire. Sigue recorriendo mi cuerpo con sus manos, suaves caricias que, más que placer, me parecen una auténtica tortura. Descanso de nuevo en su pecho e intento hacerme la dormida para que no siga martirizándome con sus manos.

Me despierto envuelta por sus brazos y su dulce aroma. Está profundamente dormido y me muevo con cuidado para no despertarle. Es tarde y debo apresurarme para no perder el tren. Me cambio y acabo de recoger algunas cosas que siguen fuera de la maleta.

Me acerco de nuevo a la cama, continúa dormido, con una expresión de paz en ese rostro que no dejaría de besar un solo segundo. Beso su frente con suavidad a modo de despedida, duerme tan tranquilo que no me atrevo a robárselo a Morfeo. Sin dejar de contemplar aquella enternecedora escena, cojo mi equipaje y me dispongo a marcharme de allí.

Paula y Manuel me esperan en el salón. Hasta la pequeña Sarita se ha levantado para despedirme. Me abrazo a todos y cada uno de los miembros de esa maravillosa familia y subo al coche junto a su hermano, Manu, que se parece muchísimo a Pablo, pero en moreno. Como él, también resulta ser encantador. Me acompaña a la estación, entreteniendo mis nervios del viaje con una agradable conversación. Me recuerda

tanto a Pablo..., su forma de reírse, esa ternura al hablar..., los gestos, las miradas... Llegamos a la estación y me acompaña hasta el tren. Me abraza con cariño y me deja claro que espera verme pronto, al igual que el resto de la familia.

Subo finalmente al vagón y me acomodo en mi asiento, todavía falta casi media hora para partir. Oigo la melodía de mi móvil y lo saco rápidamente del bolso para no molestar al resto de los viajeros.

—¿Sí?

—¿Dó-dónde estás? —su voz suena entrecortada.

—Buenos días, Pablete. Yo también me alegro de oírte —bromeo.

—Bu-buenos días. ¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido? —dice aceleradamente.

—Ay, señorito, veo que sigues con memoria de pez... ¿Pues dónde voy a estar? En el tren —contesto.

—¿En el tren? ¿Pe-pero has salido ya? ¿Dó-dónde estáis? —insiste nervioso.

—No... —replico ante aquel interrogatorio—. Faltan veintidós minutos exactos para salir —añado observando las pantallas informativas del andén.

—¡Mierda! ¡Me he quedado dormido! ¡No te muevas! Pero ¿se puede saber por qué no me has despertado? Yo quería acompañarte a la estación. No quiero que te vayas sin despedirnos.

—No quería despertarte, estabas tan dormido. Ah, y por cierto, ¿se puede saber qué hacías en mi cama? Menudo susto me has dado esta mañana... —le digo intentando ocultar la verdad. No quiero que salga a la luz lo que pasó ayer y decido mentir, volver a mentirle de nuevo.

—¿Qué? —me dice seco. Su cabeza debe de estar dando vueltas intentando descifrar si lo que realmente sucedió fue producto de su imaginación o fue real—. Pe-pero si tú...

—¿Yo qué? —vuelvo a esquivarle—. Me dormí enseguida, es que estaba tan cansada..., no me di cuenta de que habías venido.

—Ya..., pero...

—Me podías haber despertado tú también, ¿no? —le corto.

No quiero que tenga tiempo de pensar, y me adelanto a sus palabras una y otra vez. Soy consciente de que ahora mismo debe de estar volviéndose loco, pero necesito que crea que estaba tan dormida que fue un simple reflejo o que mi lado sonámbulo fue el que actuó por mí.

—Pe-pero si estabas despierta —balbucea.

—¿Yo? Estaría sonámbula..., a veces me pasa —me río. Me duele tener que engañarle de esa forma, pero no quiero afrontar ningún tipo de conversación con él sobre lo que verdaderamente ocurrió anoche.

Cuelga alertándome de que no me mueva de donde estoy, parece que ya ha cogido el coche. No pasan ni diez minutos cuando oigo un fuerte estruendo en el cristal del convoy y me vuelvo asustada. Es él, ha llegado hasta allí corriendo. Veo como apoya su mano en el vidrio y se agacha intentando recuperar el aliento. Acerca la mano libre

a su pecho y respira vacilante. Luego apoya la cara en el cristal y vuelve a acercar el móvil a su oído. Me llama. Me habla sin dejar de mirarme.

—No puedes irte así... —me dice deslizando la mano que tiene apoyada contra la ventanilla.

—Pablo..., no puedo bajar. El tren va a salir ya —le explico volviendo a mirar el panel informativo. Faltan sólo un par de minutos. De nuevo, veo la tristeza en su mirada y me contagia. Me acerco al cristal y también yo apoyo mi mano.

—Prométeme que volveremos a vernos pronto, prométemelo —me pide acercándose más al cristal para poner su mano frente a la mía.

—Te lo prometo.

Advierto como el guarda de trenes da la señal al conductor del ferrocarril para que emprenda la marcha. Vuelvo la vista a su rostro y me desespero al ver sus ojos húmedos.

—Eh, tonto, no te preocupes, ¿eh? —digo intentando reprimir mi propia emoción—. Acabamos de prometer volver a vernos pronto, y esta vez te toca a ti venir a verme a Barcelona..., así que te espero, no me falles.

Me mira afligido.

—Nos vemos muy pronto. No te olvides de mí —me pide serio.

—Pero ¿cómo voy a olvidarme de ti después de estos días tan bonitos que me has hecho vivir? —sonríó para tratar de tranquilizarlo.

Veo como esboza esa preciosa sonrisa que me obliga a imitarle, pues disipa con ella cualquier pensamiento sombrío. Intento que se quede con esta imagen mía, no quiero que me vea triste, aunque lo esté, quiero que me vea sonreír.

Noto como el tren empieza a moverse y tiene que apartar sus manos del cristal de la ventana, aunque camina intentando no perderme de vista.

—Te adoro —articula para que pueda leerle los labios.

Apoyo mi mano en la ventanilla y le contesto:

—Y yo a ti.

Siento que mis piernas desfallecen y necesito apoyarme en el asiento. Deslizo mi cuerpo hasta reposar en el butacón y me derrumbo al recordar todo lo que ha ocurrido estos días junto a él. Sólo espero volver a verle pronto. Ya le echo de menos...

El tren desaparece de sus ojos sin que pueda hacer nada. Se apoya en una de las columnas de la estación, abatido.

Manu, que se ha quedado a despedir a Marina, ha visto la escena y se ha acercado a Pablo.

—Venga, Pablo, cálmate —le anima su hermano.

Se aferra a él intentando ahogar la rabia y el desaliento que siente.

—Eh..., tranquilo. Volverá, no te preocupes. —Le mira y asiente—. Pero ¿qué te ocurre con esa chica, eh? Nunca te había visto así...

Se encoge de hombros.

—No lo sé, Manu..., no sé qué me está pasando.

—Pablo, ten cuidado —le dice serio—. Tú tienes a alguien a tu lado, y no sería justo hacerle daño. Sabes lo que Raquel significa para ti, lo que ha significado siempre para ti.

—Sí, lo sé, y no tiene nada que ver... Raquel es Raquel. Siempre va a estar a mi lado —dice convencido—. Pero su comportamiento estos días no ha sido el más adecuado...

—¿Y cómo querías que reaccionara, Pablo? ¿Cómo hubieras actuado tú si ella se hubiera vuelto loca buscando a un hombre, y al encontrarle se lo hubiera llevado a su casa? Busca esa empatía de la que tanto te gusta hablar y aplícatela, amigo —le aconseja.

Las palabras de su hermano no pueden ser más certeras. Probablemente, él se habría comportado igual o mucho peor con Raquel si las cosas hubieran caído del otro lado. Es extremadamente celoso y entiende que debe comprender su actitud.

Pasan las semanas y parece que la tirantez con Raquel desaparece. Trata de ponerse en su lugar y de compensarla por todo lo que ha tenido que soportar. En unos días se marcha a Estados Unidos por trabajo, e intenta disfrutar con ella de los momentos que les quedan antes del viaje.

Más de una conversación con Manu le hace comprender que no puede dejarlo todo por una persona a quien acaba de conocer y de la que realmente sabe muy poco. No puede comportarse como un loco. Y, aunque intenta poner en orden sus ideas y sentimientos, y se esfuerza por afianzar su relación con Raquel, no puede dejar de pensar en Marina.

Se pasa horas y horas atento a sus redes sociales y al móvil. Se mandan mensajes todos los días. Intenta dibujar con ella una relación de amistad por la que siente

necesidad. Trata de conocerla más y de abrirse para que Marina también le conozca. Podría decirse que se ha convertido en esa mejor amiga que tanto le ha faltado desde que está con Raquel.

Pero no puede negar que sigue pensando en ese beso, en ese intenso momento que ella no recuerda o que no quiere recordar. Intenta hacerse ver a sí mismo que Marina sólo quiere su amistad, y así se lo ha demostrado siempre con su forma de tratarle, aunque en su mirada le parezca ver algo distinto. Es consciente de que él era el único que deseaba acercarse peligrosamente a ella.

Y es que la echa de menos. Hace ya un par de semanas que se marchó y en lo único que piensa es en volver a verla. Pero ella sigue con su vida, seguramente inmersa en los exámenes de final de curso.

Se despierta sudoroso tras soñar una vez más con Marina y el día en que se conocieron, cuando la vio alejarse impotente en el taxi. Últimamente, esa pesadilla vuelve noche tras noche, como ocurría al principio. Le angustia pensar que tal vez el destino le alerta de que, en el momento en que menos lo espere, volverá a desaparecer de su lado.

—Mi vida... ¿Qué pasa? —le dice su chica acariciándole la espalda al ver que se ha incorporado y respira con dificultad.

Están en su casa, en su cama, después de una de esas noches en las que le entrega su cuerpo y ella le devuelve el calor y el cariño que tanto necesita. Raquel siempre está a su lado cuando requiere afecto y calidez.

Le abraza por la espalda y le besa con dulzura el cuello, provocándole. Es su punto débil. Le conoce perfectamente y sabe cómo volverlo loco.

—Raquel... —susurra agitado.

Su cuerpo empieza a responder a sus besos y a sus caricias y, con un movimiento rápido, preso del ardor que siente, le permite ponerse sobre él. Ha conseguido lo que quería..., de nuevo es suyo.

Pero aunque esté allí, con ella, su mente vuela lejos de la habitación, y parece entretenerse en algo que no consigue quitarse de la cabeza.

—Raquel... —ronronea intentando zafarse de sus brazos—. Raquel..., para, para... —insiste.

Una fuerte presión en el pecho se apodera de él. Siente ansiedad, angustia...

—¿Qué pasa, cariño? —le dice deslizando las manos por sus hombros. Sigue encima de él rodeándole con sus piernas.

—No puedo..., no, no puedo, Raquel —murmura nervioso.

—Sólo ha sido una pesadilla, tranquilo —le anima siguiendo su juego de besos.

—Raquel... —dice desesperado. Quiere que deje de torturarle con su actitud, que le enloquece y le ciega.

Raquel cede, se sienta a su lado y le besa con ternura.

—Ya está, lo siento..., no quería incomodarte —dice triste.

Él sonrío al verla tan comprensiva. Vuelve a tumbarse en la cama, y tira de ella

para que se recueste junto a él. Necesita sentir el calor de su cuerpo para tratar de dormir.

Se gira hacia un lado y ella le abraza. Se siente mal por no haber podido corresponderle. Una sensación extraña de engaño invade su cuerpo pidiéndole que deje de tocarla...

Y sigue así durante horas, dándole vueltas y vueltas a la cabeza, incapaz de conciliar el sueño. Al fin y al cabo, sabe que nada le ata a ella, ni una promesa, ni un juramento.

Se levanta de la cama con cuidado de no despertar a su novia. Sigue intranquilo e inquieto. Siente la necesidad de oír la voz de Marina, y, aunque es tarde, no puede evitar llamarla.

Su esperanza se pierde tono tras tono. Cuando está a punto de darse por vencido, percibe que alguien descuelga, aunque tras el teléfono sólo encuentra silencio.

—Marina..., ¿estás ahí? —habla bajito para no despertar a Raquel—. Sé que es muy tarde, pero necesitaba hablar contigo.

—Pa-Pablo —responde adormilada.

—Mi vida, siento despertarte..., pero necesitaba oír tu voz.

—No pasa nada..., sabes que puedes llamarme cuando sea —dice entre bostezos. Él sonrío al oír sus palabras—. Pero ¿qué pasa, Pablete?

Adora que le llame así.

—Nada..., es sólo que quería comprobar que todo va bien. Y quería hacerte saber que tengo muchas ganas de verte...

—Yo también tengo ganas de verte. Ya te dije que te toca a ti venir... Así que... ya sabes.

—No dudes que iré pronto... —dice seguro.

—Genial... Pero, bueno, Pablo, prométeme que mientras estarás animado, ¿eh?

—No te preocupes, lo estoy.

—Claro, y por eso me llamas a las tres de la mañana, porque estás totalmente cuerdo y bien y no tienes otra cosa que hacer que no sea llamarme...

Él ríe al oír sus irónicas palabras.

—Estoy bien, de verdad... Sólo andaba un poco preocupado por ti.

—Pues no tienes que preocuparte por mí. ¡Qué tontería! Como si no tuvieras bastantes problemas como para tener que estar pendiente de mí.

—Me resulta inevitable pensar en ti.

Se queda callada y él también lo hace al darse cuenta de lo que acaba de decir.

—No seas así conmigo... —Se le escapa una sonrisa. Entiende perfectamente lo que acaba de decir—. Y a no ser que tengas algo muy importante que decirme, te vas a meter en la camita y vas a descansar, al igual que voy a hacer yo si no quieres que suspenda el examen de producción audiovisual que tengo mañana y mi madre vaya a Cádiz a matarte.

—Estoy entrando ya en la cama —bromea.

—Así me gusta, obediente —le dice riendo.

—Que tengas mucha suerte en el examen, aunque sé que no la necesitas. Mañana te llamo para ver qué tal te ha ido.

—Vale. Hablamos mañana, entonces. Buenas noches, Pablete.

—Buenas noches, mi vida —le dice antes de colgar. Ahora ya puede volver a la cama.

Y los días pasan, y los exámenes de ella también. Apenas le quedan cinco más para acabar el curso y ya será libre. Él, en cambio, está ultimando los detalles para el fin de gira en España.

Se levanta perezoso, todavía es muy temprano, pero ha quedado con el grupo para ensayar y tiene que salir rápido. Se acerca a Raquel, que sigue acostada, y no se atreve a darle un beso para evitar despertarla. En casa todos duermen, así que baja tratando de hacer el menor ruido posible, y sale para coger el coche.

—Bueeenos días por la mañana —grita entrando por la puerta del local de ensayo.

—Buenos días —le dicen todos al unísono.

Aparte de la banda, también han acudido Marisa y Daniel.

—Vaya, veo que tu madre tiene razón. Esa chica te ha devuelto la alegría. Tendrás que contarme. Después de tu llamada del otro día diciéndome que cancelara la búsqueda, no he vuelto a saber nada más de ti —dice Daniel. Él sonrío y asiente—. Luego hablamos. —Y le hace un guiño.

—Tenemos mucho trabajo...; te encantará todo lo que estamos preparando —interviene Marisa.

—¿Sí? ¿Pero para cuándo?

—Para esta misma semana... —murmura Marisa revisando unos documentos que tiene sobre la mesa—. Esta noche te confirmo el día exacto que nos vamos. Toca grabar el último videoclip del disco.

—¡Estupendo! —Adora grabar videoclips—. ¿Y dónde lo haremos?

Se siente eufórico. Ha logrado convencerles. Tras pelear duro para que el videoclip se grabara en Barcelona, ha conseguido que cedan. Un par de días después de que Marisa le confirmara la fecha de grabación, ya están de camino a la Ciudad Condal.

El viaje se le está haciendo eterno. Intenta dormir algo, pero los nervios se lo impiden. Se levanta y vuelve a sentarse un millón de veces, procurando que el tiempo se le pase rápido.

—¡Quieres calmarte, por el amor de Dios, me estás poniendo nervioso! —le pide Daniel tratando de adoptar una postura cómoda para descansar.

—Perdón, perdón. ¿Falta mucho? —le musita mirando por la ventanilla del vagón.

—Pablo, no tienes dos años —interviene Marisa quitándose los auriculares de los oídos.

—Tengo ganas de llegar ya. Por cierto... —murmura inquieto—. ¿Dónde vamos a ir? Es decir, ¿dónde vamos a grabar, cómo va a ser el videoclip y...?

—¡Pablo! —gritan los dos a la vez.

—Vale, vale... Ya os dejo, me voy a la cafetería a tomar algo.

Pablo camina hasta la cafetería del tren en busca de algún tentempié que consiga entretenerle durante el resto del trayecto. Recuerda entonces que no ha llamado a Claudia todavía, y debe hacerlo antes de llegar para que le ayude a planear una sorpresa para Marina. Ella es la única que puede echarle una mano en eso.

—Buenos días, señorita —le dice al oír como descuelga el teléfono.

—¡Pablo! Buenos días, guapo —le saluda risueña—. ¿Ya en camino?

—Sí, ya llevo unas horas en el tren, no creo que tardemos mucho en llegar... —contesta volviendo la vista hacia la ventana y tratando de descifrar dónde se encuentra exactamente.

—Perfecto, pues por aquí lo tengo todo listo. Me ha dicho que, después del examen de hoy, va a quedarse en la biblioteca estudiando hasta tarde, así que tienes dos opciones: o la esperamos en su casa, o la vamos a buscar allí —le informa su cómplice.

—Genial, yo la llamaré al mediodía para ver cómo le ha ido el examen y así no sospechará nada. Y creo que mejor vamos a ir a la biblioteca, no quiero esperar más, tengo ganas de verla —le dice ansioso.

—Como quieras, nos vemos en la estación entonces. Acuérdate de llamarme cuando estés a punto de llegar. Así puedo ir a buscarte en coche.

—Sí, claro, no te preocupes, yo te llamo. Gracias por todo, Claudia. Hasta ahora

—se despide antes de colgar.

Marina ignora que Pablo está yendo a Barcelona. Bastante tiene con los dos últimos exámenes que le quedan. Para evitar desconcentrarla, y obviamente para sorprenderla, le había contado que iban a grabar en la misma Cádiz.

—¡Soy un poco más libre! —grita su querida voz al otro lado del teléfono. Marina acaba de llamarle inesperadamente.

—¿Qué pasa? —Se ríe al oír lo contenta que está.

—Me ha ido... genial, no: lo siguiente.

—¡Me alegro, mi vida! —dice contento.

—¡No te imaginas lo feliz que soy! Aunque todavía me queda uno... —murmura cambiando el tono de voz.

—Bueno, no desesperes, el último esfuerzo y se acabó. Mañana a celebrarlo.

—Sí..., menos mal... Un día más y me muero —suspira con voz de cansada—. Bueno, ¿y tú qué? ¿Qué haces? ¿Te estoy molestando, verdad?

—¿Cómo vas a molestarme? Estaba aquí en el estudio arreglando un par de canciones que tengo a medias —miente.

—¿Ves? Tú trabajando y yo llamándote por tonterías...

—Tú puedes llamarme cuando quieras, como quieras y para lo que sea —dice riendo.

—Me muero de ganas de escucharlas.

—¿El qué?

—Las canciones esas que dices, bobo —vuelve a reír. Le encanta advertir cómo poco a poco su relación va tomando mayor complicidad y confianza.

—Serás la primera, lo prometo —dice contento de escucharla tan emocionada.

—Bueno, Pablete, te dejo, que mis amigos los apuntes están esperándome ansiosos.

Él ríe de nuevo con sus ocurrencias.

—Está bien. Hablamos luego.

—Un besote —se despide antes de colgar.

«Sigue en su mundo..., no sospecha absolutamente nada. Perfecto».

Por fin, el tren llega a la estación. Se despide de Marisa y de Daniel, dejándoles a cargo de su equipaje, y sale al encuentro de Claudia. Esa chica no deja de hacerle reír con sus bromas, es encantadora. Se pone las gafas de sol y la gorra para intentar pasar desapercibido entre la gente y se deja guiar por ella para llegar hasta su coche.

—¿Te ha dicho alguien ya que, por mucho que intentes ocultarte bajo esas Ray-Ban y esa gorra oscura, sigues pareciendo tú? —le pregunta Claudia mientras cierra la puerta del vehículo.

—¿Ah, sí? —se sorprende Pablo—. Ya decía yo... —añade pensativo.

—Te acabo de matar, ¿eh? —exclama riendo.

—Más bien... —bromea.

Arranca el coche y se ponen en camino. La universidad de Marina está algo

alejada del centro de la ciudad, así que tardan una media hora en llegar hasta allí. Pablo baja del coche al oír el freno de mano, y vuelve a ponerse la gorra que se había quitado durante el viaje.

—Madre mía, ¿dónde me has metido? —dice al ver los inmensos bosques que tiene ante sí.

—Marina, que elige esta universidad a lo *El internado*. Ya sabes, solitaria y perdida... Creo que le van las emociones fuertes, qué le vamos a hacer —bromea.

—Ya veo, ya —comenta admirando los frondosos árboles a su alrededor.

Entre toda aquella inmensidad de naturaleza verde y tupida, aparece de la nada un enorme edificio blanco en el que se puede leer con claridad «Hemeroteca de Ciencias de la Comunicación».

—Aquí es —le indica Claudia mientras recorren los últimos metros que los separan de la puerta—. Normalmente, suele quedarse en la tercera planta, porque dice que hay más luz, así que vamos a intentarlo.

Él asiente y la sigue.

Cuando llegan al tercer piso del edificio nota que Claudia frena y retrocede para que él haga lo mismo. Allí la ve. Está sentada en una de las mesas. Parece centrada en sus apuntes. Sonríe al ver lo adorable que está. Reposa la cabeza en su brazo derecho y mordisquea el capuchón de uno de sus bolígrafos. Pablo da la vuelta a la biblioteca, adelantándose por detrás para acercarse a ella, pero Claudia le detiene.

—¿Dónde te crees que vas? —susurra.

—Ssshh..., déjame hacer... —le dice guiñándole un ojo. Camina sigiloso hasta que llega justo detrás de ella, que está sola en la mesa.

—Señorita, debo pedirle que deje de poner esa carita o va a enamorarse a todos los presentes..., esto es una biblioteca.

Marina levanta el cuerpo, se tensa y se vuelve para mirarle. Abre los ojos de par en par al ver que es él.

—¡Pa-Pa-Pablo!

—Ése soy yo —bromea.

—Pe-pe-pero... ¿qué haces aquí? —pregunta nerviosa.

—He venido a verte, me tocaba a mí, ¿recuerdas?

Sonríe al oír sus palabras y por fin se echa a sus brazos.

—¡No sabes las ganas que tenía de volver a abrazarte! —exclama estrechándole con fuerza.

—Ya estoy aquí —le susurra Pablo suavemente al oído, feliz de volverla a tener entre sus brazos.

Salen de la sala para poder hablar tranquilos y van a buscar a Claudia, que los espera paciente en el coche. Ella misma los acerca a Barcelona, pues Pablo no conoce la zona y Marina no tiene carné. Durante el trayecto no se separan un solo segundo. Ambos van sentados en la parte trasera del coche, con las manos enlazadas, sin dejar de mirarse. Le parece mentira poder estar con ella de nuevo. Además, está mucho

más tranquilo sin Raquel revoloteando por allí. Su chica se ha ido de viaje a Los Ángeles por trabajo, y no vuelve hasta dentro de un par de meses. Pablo se siente algo más libre y relajado.

Claudia los deja cerca de la casa de su amiga, porque ella también tiene que estudiar. Se despide con la promesa, eso sí, de que pronto volverán a verse los tres.

—Pablo, tengo que estudiar —le dice Marina al quedarse solos.

—Lo sé, lo sé, y porque yo esté aquí no quiero que dejes de hacerlo. —Ella sonrío al verle tan comprensivo—. Te propongo algo. ¿Quieres venir a mi hotel y te pones a estudiar allí? Yo tengo que hablar unas cosas con Marisa y los productores del videoclip. Cuando acabe, podrías hacer un descanso y así me enseñas un poco Barcelona.

—¿He oído bien?

—¿El qué? —pregunta risueño.

—Lo del videoclip. ¿Has venido a grabar un videoclip nuevo? —exclama ilusionada.

—Ajá. El de *Cuando te marchas*.

—¿En serio?

Él asiente y sonrío al verla tan entusiasmada.

—¿Quieres venir a ver cómo grabamos?

—Sería increíble...

—Pues no se hable más —murmura acariciándole esa cara que le enamora.

Se ponen en marcha, camino al hotel de Pablo. Deciden tomar un taxi para llegar antes y para evitar que alguien le reconozca por la calle y tenga que detenerse continuamente. Sentados juntos de nuevo en la parte trasera de un vehículo, enlazan otra vez las manos sin pensarlo, instintivamente.

—¿Y hasta cuándo te quedas? —pregunta ella rompiendo el silencio mientras apoya la cabeza en su hombro.

—Pues unos días..., no sé. Mañana tengo que grabar, pero no sé si ya acabaremos o tendremos que alargarlo un día más. Después tengo que marcharme a Miami, tengo la gala de los premios Lo Nuestro, de Telemundo.

—Oh..., te vas a América —murmura decaída.

Él asiente y vuelven a quedarse en silencio.

Ya en el hotel, Marina se acomoda en la habitación para empezar a repasar los apuntes de su último examen del día siguiente. Pablo se reúne con el equipo de producción, con Marisa y Daniel para atar algunos cabos sueltos. Al parecer le acompañará una modelo en el videoclip, y se grabará en una pequeña casita frente al mar, en un pueblecito al norte de Cataluña.

Una vez resueltos los problemas, Pablo habla con Marisa aparte.

—Marisa, quiero que Marina venga conmigo a Miami. Todavía no le he dicho nada, pero creo que es una buena oportunidad para que algún productor la escuche cantar.

—Pero, Pablo, ¿no será mejor que lo dejemos para más adelante? Ahora tenemos trabajo y es conveniente que nos centremos en el próximo disco.

—Hay tiempo para todo. Nos vamos los tres, asistimos a la entrega de premios y, cuando vayamos a hablar con el nuevo productor, aprovechamos para presentarle a Marina. Tal vez pueda hacer alguna colaboración en mi nuevo disco.

—No digas disparates, Pablo. Una cosa es que tengas *feeling* con ella y otra muy distinta es que metas a según quién en tu disco.

—Eso ya se decidirá cuando llegue el momento. Ahora sólo te estoy pidiendo que reserves un billete más y arregles todo lo que sea necesario. Eso es todo.

No muy convencida, Marisa acaba cediendo y le confirma que reservará un billete extra.

—Bueno, nos vemos mañana por la mañana, entonces —dice Pablo levantándose del sillón—. Voy a ver si descanso un poco —miente. No quiere que sepa que Marina está allí con él.

Se ha hecho tarde, cuando mira el reloj se da cuenta de que son más de las ocho. Toma el ascensor pensando en que lo mejor será pedir algo de comer y así cenar los dos arriba tranquilos. Introduce la tarjeta en la cerradura y abre la puerta de la habitación.

—Hola, ya estoy aquí. Siento haber tardado —dice, pero no recibe respuesta. Se adentra en la habitación y sonrío al verla. Se ha quedado dormida, con la cabeza recostada sobre la mesa del escritorio. Tiene la cara apoyada en sus manos..., parece una niña.

—Mi vida... —murmura con dulzura acariciándole la mejilla. Espera a que reaccione, pero parece que está demasiado cansada. La coge en brazos con cuidado para llevarla hasta la cama.

—Pa-Pablo —musita todavía adormilada.

—Tranquila, te has quedado dormida —dice tendiéndola entre las sábanas, pero Marina se incorpora.

—Pablo, tengo que irme —dice nerviosa—. Es muy tarde y tengo que volver a casa.

El gesto de él cambia al oír sus palabras. Marina acaricia su rostro con ternura para que no se disguste.

—Quédate conmigo esta noche —le suplica temeroso, acercándola a él con cuidado.

—No p...

Pablo le acerca un dedo a los labios para que no pueda seguir.

—Por favor —le ruega.

Ella sonrío tímidamente al ver cómo la mira y asiente.

—Déjame que llame a mi madre y me invente algo.

Se levanta tranquila, coge su móvil y sale al pequeño balcón de la habitación. Él la espera dentro, sentado todavía en la cama. Minutos después, Marina vuelve.

—¿Y bien? —le pregunta inquieto.

—Me quedo.

Él sonrío y se levanta para abrazarla.

—¿Qué le has dicho? —susurra curioso.

—Que me quedo en casa de Claudia, así puedo estudiar más —se ríe—. Ya le he mandado un mensaje por si la llama, para que le diga que ya me he dormido.

Y dicen que la perfección no existe..., pues deberían cerrarle la boca al que se le ocurrió decir eso. Sonríe como una tonta enamorada por tenerle allí a mi lado, dormido. ¿Enamorada? Me da miedo pensar en esa palabra. Lo cierto es que en este momento no estoy en disposición de plantearme siquiera esa posibilidad. Por mucho que él se esté portando tan bien conmigo, por muy cariñoso y atento que sea, no deja de tener detrás a Raquel, así que no sé a qué está jugando.

Y aquí estoy yo, despertándome de nuevo a su lado, aunque no como me gustaría. Me acerco a él sin contemplaciones, parece que hoy me siento atrevida. Serán los nervios del último examen. Acorto los pocos centímetros que me separan de él y trato de despertarle a besos. En las mejillas y en la frente, claro. Noto como poco a poco su cuerpo empieza a desperezarse, hasta que finalmente abre los ojos y sonrío.

—Mmmm..., quién pudiera despertar así todas las mañanas —me dice atrayéndome a su cuerpo y abrazándome.

—¡Buenos días, Pablete! Hoy tengo mi último examen y, ¿sabes?, después tendré todas las horas del mundo para ti —le digo sin reparar en lo último que acabo de decir. Me detengo al recordar lo que acaba de salir de mi boca y me ruborizo. Él lo nota enseguida y tira de mí para que vuelva a caer en sus brazos.

—¿Dónde tengo que firmar? —me susurra riendo.

Será posible lo tonta que me he despertado esta mañana...

—Muy gracioso estás tú hoy... —protesto separándome de él y levantándome de la cama—. Me voy a casa a cambiarme, que por tu culpa todavía llegaré tarde al examen —le digo fingiendo que estoy molesta. Veo como se levanta de golpe y se acerca a mí.

—Anda, tonta, si te va a ir genial. Demuéstrales que no hay nadie mejor que tú, aunque todavía no lo sepa el mundo —murmura rodeándome con sus brazos. ¿Puede dejar de torturarme?

—Pablo... —le susurro implorando que me suelte—. Me voy ya porque al final esto va a acabar mal... —Se ríe y vuelve a sentarse en la cama.

—Te espero allí —me dice recordándome que hemos quedado en el lugar en el que va a grabar su nuevo videoclip—. Vendrá Dani a por ti.

Me encamino por última vez en el año a ese odioso edificio que tortura todas mis mañanas. Hago un repaso final a los apuntes del examen e intento apagar mis nervios escuchando una de sus canciones, actúan en mí como un perfecto tranquilizante. Me adentro entre la muchedumbre en el aula que me corresponde. Me siento en uno de los pupitres que quedan libres y saco todo lo necesario para hacer el examen. Guardo

los apuntes en el bolso y reviso mi móvil para asegurarme de que lo he silenciado. Para mi sorpresa, me encuentro un mensaje suyo.

No te deseo suerte, porque sé que no la necesitas. Ya sólo queda el último esfuerzo, ¡a por él! Luego lo celebramos. Un abrazo lleno de fuerza.

Sonrío como una boba al leer esas palabras. Vuelvo a dejar el móvil en el bolso y me centro en lo que está por venir. Dos horas después, con el complicado test acabado, reviso por última vez que no me haya dejado nada y me levanto del asiento con una mezcla de nervios y orgullo. Entrego el examen y salgo apresuradamente de allí. Pablo empieza a grabar a las doce, son las diez y media y no quiero llegar tarde. Salgo de la facultad y me encuentro a Dani en la puerta, esperándome junto al coche.

Durante el camino hablamos un poco de todo. Dani parece tan agradable como Pablo, aunque es mucho más tímido. Me cuenta que el rodaje es en Begur, en una preciosa playa que ha elegido el equipo. Al llegar, casi hora y media después, Dani me alerta de que parece que ha empezado la grabación y de que será mejor que me quede con Marisa.

—Hola, soy...

—Por fin llegas, Pablo lleva todo el día contándonos que vienes —me dice Marisa cortándome—. ¡Ya tenía ganas de conocerte en persona! —Se acerca a mí y me da dos besos.

—Encantada —le digo intentando divisar a Pablo.

—Está preparando la primera escena —me avisa Marisa.

Sonrío y me siento con ella y con Dani.

De pronto, le veo, no está solo, habla animadamente con una mujer. Es alta, perfectamente esbelta y con una sonrisa encantadora. Una de esas modelos de anuncio.

—Es la modelo del videoclip —me informa Marisa.

—Ajá —mascullo sin perderlos de vista. Pablo tiene esa cara de tonto que ponen todos los hombres ante una mujer como ésa, y yo ahora mismo iría y le partiría en dos.

Los guionistas empiezan a dar órdenes a ambos y Pablo rodea con sus brazos a la chica sonriendo como un completo idiota. Sí, sí, son celos, ¿cómo puedo ser tan absurda? ¿Pero por qué tendré que ponerme yo así? Bah, total, una más por delante...

Me levanto y me alejo un poco de allí antes de que mi corazón explote de rabia y haga algo de lo que pueda arrepentirme, aunque juro devolvérsela. Enseguida siento unas manos que envuelven mi cintura.

—Pensé que no llegabas nunca —me dice.

—Si lo sé no vengo —murmuro.

—¿Decías?

—Me retrasé con el examen... —me excuso.

—¿Cómo te ha ido? —me pregunta volteándome para mirarme de frente.

—Bien, supongo —le digo seria.

Sonríe y me acaricia la cara.

—Seguro que sí. Ven, ven aquí, que quiero presentarte a Noelia —me anuncia tirando de mí.

Ah, pero que tiene nombre y todo... Intento comportarme, no quiero que piense que estoy celosa, sólo me faltaba eso. Finalmente me presenta a la chica y a los productores del vídeo y vuelvo a sentarme con Marisa hasta que acaba la tortura de caricias que no deja de darle Pablo a esa muchacha. Veo como se despide de ella y vuelve hasta mí.

—¿Te ha gustado? —me pregunta entusiasmado.

—Muy bonito todo —afirmo intentando que suene real.

—Me alegro —dice sonriente.

Dani nos alerta de que debemos subir al furgón. Nos llevan de vuelta al hotel. Me siento en el lado izquierdo, junto a la ventanilla. A mi lado está Pablo, y delante están Marisa y Dani. Observo el bello paisaje de la costa de Gerona mientras pienso, todavía alterada, que hoy no voy a quedarme con él. No quiero comportarme delante de Pablo como la cría pequeña y celosa que se revuelve en mi interior ahora mismo. Además, no soy nadie para echarle en cara nada.

—Marina —me llama evadiéndome de mis pensamientos—. ¿Dónde quieres que vayamos a comer? Yo aquí no conozco mucho...

—Pues tú no lo sé, pero yo ya he quedado —miento. Soy incapaz de mirarle, pero de reojo veo su rostro crisparse al instante. Parece confuso.

—Pero me prometiste que...

—Lo siento —le corto.

Pasamos el resto del camino en silencio. Sigo entreteniéndome con el paisaje y él no deja de mirarme un solo minuto. Marisa nos hace saber que hemos llegado y bajo para despedirme de ellos. Veo que Pablo habla con Dani, aunque no logro entender de qué, y decido que es el momento perfecto de escabullirme, sin que me vea.

El hotel está apenas a unas manzanas de casa. Creo que nunca había corrido tan rápido en mi vida. Cuando llego al portal, una mano me detiene al abrir la puerta. Doy un respingo al ver que es Pablo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta alterado.

—¿Qué haces aquí?

—Yo he preguntado primero —me dice serio.

—No me pasa nada, ya te dije que he quedado —finjo de nuevo.

—Pues esta mañana no decías lo mismo...

—No me acordaba...

—Ya, claro, y yo soy el monstruo de las galletas.

Le miro seria, no me hacen gracia sus bromas. Intento abrir la puerta de nuevo, pero vuelve a interponerse.

—Marina, ¿se puede saber qué mosca te ha picado?

—¿Quieres hacer el favor de dejarme abrir la puerta? —digo enfadada.

—Lo siento si te ha molestado algo —murmura cabizbajo—. Sólo quería pasar el día contigo, como en Cádiz..., pero parece que no quieres, así que será mejor que vuelva al hotel.

No puedo soportar verle así, al fin y al cabo él no tiene culpa de nada. Yo no soy nada para él, ¿por qué tendría que respetarme? En todo caso, la que le tendría que pedir explicaciones es Raquel.

—Lo siento... —le digo avergonzada por mi actitud. Me he comportado como una niña consentida.

—¿Me vas a contar lo que ha pasado? —pregunta acariciando mi pelo con ternura. Tuerzo el gesto pidiéndole con la mirada que no me obligue a hacerlo—. Está bien, está bien, te dejo descansar, pero esta noche paso a buscarte y te llevo a cenar. Y no voy aceptar un no por respuesta..., así que procura no desaparecer. —Se acerca a mí peligrosamente—. Porque soy capaz de contratar un detective para que siga tus pasos...

Río con su ingenio. Es tan adorable que, por mucho que me duela que mire a otras mujeres, no voy a dejar de enamorarme cada día un poquito más de él, aunque sienta que mi corazón ya no puede quererle más.

Estoy como un flan. En menos de diez minutos, Pablo vendrá a buscarme. Ha insistido en que vayamos a cenar solos. Él y yo. Creo que va a darme un ataque. Llevo toda la tarde pensando en lo que ha ocurrido esta mañana, preparando un contraataque. Tanto babear con la modelito... ¿Le gustan así? Pues eso: si quiere guerra, la va a tener.

He llamado a Claudia para que me ayude a maniobrar mi maléfico plan. Sé de buena tinta que se vuelve loco con el rojo, así que... rojo le voy a dar.

—Uf..., parezco una... —digo al mirarme al espejo.

—Mujer, ¿para qué negarlo? ¿Pero no querías eso? —me pregunta Claudia sonriente contemplando su obra de arte. Ella me ha maquillado, peinado y vestido para que esté como quería, y es que hoy deseo parecer lo que parezco.

—Perfecto —aseguro volviendo la vista a mi dorso.

—¡Parece que vayas pidiendo guerra! —exclama sonriendo.

—¿Y quién te ha dicho que no lo hago? —bromeo. Un escalofrío recorre mi cuerpo al oír el sonido del timbre—. ¡Mierda, mierda, ya está aquí! —Y corro por la habitación buscando el bolso.

—Ey, relájate... A un hombre siempre hay que hacerle esperar. Así que siéntate y revisa que lo llevas todo.

Miro maliciosamente a mi amiga y hago lo que me ordena. Hoy, aparte de dejarle sin aliento con el vestido, quiero sorprenderle de una manera especial. Tengo algo preparado para después de la cena. Diez intensos y eternos minutos después, dejo de hacerme de rogar y bajo.

Allí está, apoyado en la puerta con una de esas americanas que me matan... Sonrío al verle y compruebo como abre los ojos de par en par. Me río pícara y me abalanzo sobre él para saludarle con dos besos. Sigue en *shock*, no ha movido un solo músculo.

—Qué guapo... —le susurro acercándome a su cuello.

—Ma-Ma-Marina —balbucea.

—Pa-Pa-Pablo —bromeo. Me separo un poco de su lado y siento como vuelve a recorrer mi cuerpo con la mirada.

—Estás... —murmura con dificultad.

Sonrío y le cojo de la mano para salir de allí.

—Y bien, ¿dónde vamos? —le pregunto tirando de él—. No pretenderás que nos quedemos toda la noche aquí.

—Emm... no, ven —me dice nervioso.

Subimos a un coche que supongo habrá alquilado. Vuelve a hacer lo de siempre..., y adoro que lo haga. Me abre la puerta y me tiende la mano para que me siente, cierra, rodea el coche y se acomoda en su sitio. El viaje transcurre en silencio, y eso no deja de tensarme por momentos, así que decido acercar mi mano a su muslo para que se tranquilice un poco... Me mira y sonrío.

—¿Qué te pasa, eh? —le pregunto de forma cariñosa.

Me mira de reojo y vuelve la vista al frente.

—Nada —responde vergonzoso.

Detiene el coche y sale de nuevo a buscarme. Le sujeto la mano con fuerza y nos adentramos en un precioso restaurante de la ciudad.

—Hola, buenas noches, señores. ¿Tienen mesa reservada? —nos pregunta el recepcionista.

—Sí, a nombre de Pablo —contesta él.

El hombre sonrío al comprobar que está en la lista y le acompañamos hasta una mesa algo alejada del resto.

—¿Y esto? —pregunto al ver el lugar en el que queda la mesa.

—Tenía que buscar un sitio especial para estar con alguien como tú... —me dice arrancándome una sonrisa encandilada, como siempre. Se acerca a mí, parece que ya se le han pasado los nervios, o eso intuyo—. ¿Quieres volverme loco hoy, verdad? —me susurra acercándose y rozando mi cuello. Mi cuerpo se enciende al sentir su piel contra la mía—. Estás preciosa...

—Tal vez hoy has muerto dos veces... —le digo separándome bruscamente de él.

Me mira con esa cara de interrogación que tanto me gusta. Avanzo hasta la mesa y veo como corre para retirar la silla e invitarme a que me siente. Lo hago y rodea la mesa hasta sentarse delante de mí. El camarero interrumpe nuestro juego de miradas cómplices.

—Les dejo la carta. ¿Qué desean beber?

—Vino tinto, cualquier *pinot noir* catalán que nos recomiende —se adelanta Pablo.

Le miro extrañada y sonrío.

—¿Otra vez queriendo emborracharme?

—Puede —me dice de forma pícara.

La velada transcurre tal y como esperaba, entre miradas y sonrisas tímidas. La conversación no es excesivamente fluida. Supongo que ambos estamos nerviosos.

—Tengo algo para ti —le digo al llegar al coche.

—¿Ah sí? ¿Y eso?

—No sólo vas a ser tú el que sorprenda...

Sonríe y asiente.

—Ardo en deseos de saber lo que es.

—Pues tendrás que esperar un ratito —ronroneo pícaramente—. Vas a llevarme a un lugar.

—Te llevo a las estrellas si tú me lo pides —me dice volviendo a dejarme en *shock*.

Le miro y me pongo seria.

—Para.

—¿Qué pasa?

—Pues que dejes de ser así conmigo —hablo todavía con prudencia.

—¿Y cómo se supone que soy contigo? —me dice sin entender lo que ocurre.

—Perfecto.

Veo como sonrío y se acerca para besarme en la mejilla.

Me vuelve absolutamente loca y esas palabras que sabe regalarme no ayudan a controlar mis nervios. Le guío para que vayamos a uno de esos lugares tan especiales para mí, y que estoy segura de que le va a encantar. Está todo muy oscuro, así que le pido que deje las luces del coche encendidas para alumbrarnos. Al salir veo como su gesto cambia al divisar el sitio en el que nos encontramos.

—¿Te gusta? —le pregunto bajando del coche.

—Es precioso... —me dice contemplando el paisaje. Le he llevado a uno de los miradores de Montjuïc, una montaña al pie del mar desde la que se puede contemplar la ciudad. Sonríe y me acerco a él rodeándole con mis brazos. Echa la cabeza atrás y me mira con afecto—. Desde el minuto cero pensé que eras especial, y no me equivocaba...

Acaricio su rostro con mis manos para agradecerle su elogio. Luego las deslizo por su pecho hasta sus brazos y le cojo de las suyas para que me siga.

—Ven, siéntate —le pido apoyándolo en el capó del coche.

Me obedece y me siento a su lado y empiezo a cantarle esa canción tan especial para los dos. Se queda encandilado mirándome. Sé que quería que volviera a cantarle y creo que ésa es la canción perfecta.

Empieza a acariciar mi brazo provocándome un fuerte escalofrío. No sé cómo voy a continuar cantando si sigue así. Veo como poco a poco se acerca a mí, y me altero. Me roza con sus labios de nuevo, se pierde en mi cuello inundándolo de cortos y suaves besos. Yo paro de cantar, no puedo seguir.

—Sigue..., no pares... —me dice volviendo a mi cuello.

Me armo de valor y tomo aire para poder hacerlo.

Hago lo que me pide e intento escaparme de sus besos... Mi cuerpo me pide más, pero soy consciente de que, si dejo que siga, no voy a poder frenarle, ni detenerme a mí misma.

—Pablo... —murmuro casi jadeante. Veo que para y acaricia de nuevo mi brazo. Sabe perfectamente lo que está ocurriendo.

—Quiero pedirte algo —me dice, y un escalofrío recorre mi espalda. No sé qué pensar... No digo nada, sólo espero a que siga—. Quiero que vengas conmigo a Miami.

—¿A Miami?

—Sí, a Miami, a los premios que te comenté. Luego tengo una reunión con el productor de mi nuevo disco. Tal vez él podría escucharte...

—¡No! —me niego rotunda.

—¿Pero por qué? No sé por qué te da tanta vergüenza cantar. Si lo haces maravillosamente...

—No..., no quiero, Pablo. No puedo —le digo nerviosa.

—Está bien, está bien. Tranquila. Si no quieres cantar, no te obligaré a hacerlo. Pero acompáñame a Miami. A los premios —murmura cogiéndome de la mano.

—¿Pero qué pinto yo allí? ¿Y Raquel?

—Pintas, pintas y mucho. Y Raquel no puede ir, está en Los Ángeles por un tema de trabajo. La gala será el jueves, así que, si llegamos el lunes, tenemos todos esos días para estar juntos y visitar la ciudad. ¿Qué te parece?

—Pero... ¿y qué les digo a mis padres? Cada año, cuando acabo los exámenes, mis padres cogen vacaciones y nos vamos juntos a Almería, a una casa que tiene allí mi abuela.

—¿Y tienes que ir? —me dice alicaído.

—Es que..., ¿qué excusa les pongo esta vez, Pablo? No sé qué decirles para que me dejen quedarme y poderme escapar contigo.

—Algo se nos ocurrirá...

Asiento: soy incapaz de resistirme más.

Me paso el fin de semana preparando las cosas que voy a llevarme. Al final he convencido a mis padres fingiendo, con la ayuda de Marisa, que me ha tocado un viaje con el equipo de Pablo para verle cantar y disfrutar de los premios Lo Nuestro.

—Hombre, ya pensaba que Pablo te había raptado —bromea Claudia al otro lado del teléfono.

La he llamado antes de marcharme para informarla de todo.

—Pues casi, nos vamos a Miami mañana.

—¿Que te vas a dónde?

Me río al escucharla tan sorprendida.

—A Miami, a la gala de los premios Lo Nuestro.

—¿Pero tú estás loca? ¿Cómo te vas a ir así? ¿Y tus padres? ¿Y Raquel?

Le explico que Marisa lo ha solucionado todo, y que Pablo me ha pedido que vaya con él porque su novia no puede.

—Sé que en el fondo es una auténtica locura irme con él, pero no he podido decirle que no, con esa carita...

—Con esa carita, dice..., pues la que tiene. Tú, que estás embobada.

Acabo de hablar con Claudia, que me aconseja que disfrute al cien por cien del viaje, y me voy a dormir, mañana me espera una larga jornada por delante.

Me levanto de madrugada porque el avión sale temprano. Pablo viene a recogerme en un taxi a casa y así poder ir juntos hasta el aeropuerto. Estoy nerviosa,

nunca he volado tantas horas seguidas, y no sé cómo voy a llevarlo.

—¿Preparada? —me pregunta al recibirme.

—No puedo con los nervios... No sé cuántas tilas me he tomado ya.

Se pone a reír y le miro seria. A mí no me hace gracia.

—Anda, tonta, que yo voy a estar contigo —me anima besándome la mejilla—. Además, si el avión se cae, te dejo que te cojas a mí.

Le fulmino con la mirada y vuelve a reír.

—Así no ayudas... —gruño metiéndome en el coche.

Durante el trayecto me cuenta que la primera vez que viajó al otro lado del charco llegó a Chile y durmió durante más de quince horas seguidas por culpa del *jet lag*.

Facturamos sin problemas y nos acomodamos por fin en el avión. Le pido que me deje sentarme al lado de la ventanilla para no agobiarme, y, como caballero que es, me cede el asiento sin problemas. Las primeras horas intenta entretenerme con sus bromas y ocurrencias. Hablamos sobre nosotros, que, aunque parezca que nos conocemos de toda la vida, apenas hemos tenido tiempo de hablar el uno del otro. Me cuenta historias de su familia y anécdotas de cuando era pequeño. No puedo evitar pensar en lo encantador y simpático que es...

Empiezo a estar algo cansada. Llevamos más de cinco horas volando..., y las que nos quedan. Pablo me acurruca en sus brazos para que pueda descansar un poco. Entre su calor y mis nervios, me quedo dormida. No sé cuánto rato pasa hasta que me despierto entre caricias. Abro los ojos despacio y sonrío al verle allí.

—Pequeña, hemos llegado ya —me hace saber.

—Oh, ¿ya? ¿Tanto he dormido? —pregunto desperezándome.

—Pues sí, nada mejor para que las horas se acorten en un vuelo trasatlántico como lograr dormirse... —me dice levantándose.

Me incorporo y cojo mis cosas. Bajamos del avión junto con Marisa, que nos acompaña, y esperamos a que lleguen las maletas. Dos representantes de la productora nos recogen en la terminal para llevarnos hasta el hotel que ha dispuesto la organización de los premios para los invitados.

—Buenos días, señor, bienvenido a Miami —saluda la recepcionista del hotel.

—Buenos días, encantado de estar aquí —responde Pablo amablemente.

La chica entrega las llaves de las habitaciones a Marisa y a Pablo.

—Espero que disfruten de su estancia —dice finalmente.

No entiendo lo que ocurre, la mujer sólo le ha dado dos llaves. ¿Y mi habitación? ¿No pensarán que él y yo...? No podría soportar otra noche más a su lado, no soy de piedra.

—Pablo.

—Dime.

—¿Y mi habitación?

—¿Tu habitación? —Pablo empieza a ponerse nervioso y tuerce el gesto—. Señorita, verá..., creo que hay una confusión. Necesitamos tres habitaciones, somos

tres... —le dice seco.

—Oh, disculpe, yo pensé que... —intenta explicarse la mujer. Consulta el ordenador y vuelve la mirada—. Siento decirles que no quedan habitaciones disponibles. Con todo esto de los premios, la organización del evento ha reservado muchas y...

Pablo me mira afligido.

—No te preocupes —le digo para calmarlo—. Puedo ir a otro hotel. Será que en toda la ciudad no habrá una habitación libre... —le digo sonriendo y acariciando sus manos.

—Pero...

—Puedes quedarte conmigo, cariño —me dice Marisa.

—¿De verdad? No querría molestarte...

—¡Para nada! Así estaré acompañada.

—¿Y no quieres quedarte conmigo? —pregunta de pronto Pablo apenado.

—Será mejor que se quede en mi habitación —insiste Marisa al ver mi expresión.

Pablo y yo nos quedamos esperándola mientras intenta que algún botones nos suba las maletas. Veo como un grupo de gente entra al hotel.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo al ver quién acaba de aparecer por allí.

—¿Qué pasa? —me dice Pablo sorprendido.

—Madre mía, me va a dar algo, me va a dar algo —balbuceo abanicándome con el primer trozo de papel que encuentro.

—¿Pero qué pasa? —insiste.

—¡Pero por favor! Si es Max, ¿pero tú le has visto? No tengo palabras para describir a ese hombre.

—No te puedo creer —me dice riendo—. ¿En serio te gusta el chulito ese con patillas y gorro?

Pongo cara de pocos amigos.

—Uy, habla el celoso de turno —bromeo.

—Bah, celoso yo..., y menos del rapero ese de cuarta que no sabe más que llevar camisetas de tirantes, a ver si se va a resfriar el chaval —dice molesto.

—No..., qué va, no son celos. Es que acabo de romper tu orgullo de machito... Pero déjame que te diga que a las mujeres nos ponen más las camisetas de tirantes que los pañuelos en el cuello.

Me mira desafiante y camina hacia el ascensor. Le sigo y veo como pulsa el botón sin mediar palabra. Cuando están a punto de cerrarse las puertas, alguien irrumpe en medio para evitar que lo hagan.

—Perdón, perdón —oigo que dice. Es él, es Max, ha entrado en el ascensor y no para de mirarme de arriba abajo esbozando esa sonrisa tan y tan provocativa...

—¿Eres Max, verdad? —pregunto sin poder contenerme.

—Hola, linda, lo soy; pero tú puedes llamarme Maxi.

—Sonrío al oír sus palabras y me acerco para saludarle con dos besos.

—Encantada, yo soy Marina.

Se vuelve hacia Pablo y le tiende la mano. Éste, de mala gana, le devuelve el saludo. El ascensor realiza su primera parada y veo que Max se dispone a salir.

—Nos vemos por aquí —me dice guiñándome el ojo antes de partir.

—Puedes quitarte el babero ya —espeta Pablo al ver como las puertas del ascensor vuelven a cerrarse.

—Podría contestarte, pero me voy a callar... —le digo decidida.

Llegamos a la planta en la que se encuentran nuestras habitaciones y a lo lejos aparece Marisa con el botones. El muchacho deja nuestras maletas en el cuarto que compartiré con la asistente de Pablo.

Me siento mal. Creo que mi comentario y mi reacción al ver a Max han sido de mal gusto. Abro la maleta y empiezo a colocar las cosas mientras Marisa habla por el móvil sobre unos asuntos de trabajo. Le hago una señal para que sepa que voy a salir y me encamino hacia la habitación de Pablo, que está justo al lado de la nuestra. Respiro profundamente y golpeo varias veces la puerta. Abre con el semblante serio. No me dice nada y camina hasta un pequeño balcón. Entro y cierro la puerta, y veo como se apoya en la barandilla. Debo hablar con él, no quiero que esté enfadado conmigo y sé que la culpa es mía.

—Lo siento —le digo apoyándome a su lado.

—No pasa nada —responde sin mirarme.

—Me pasé, no quería decir lo que dije, pero estaba molesta. —Sigue sin inmutarse, y esta vez no me contesta—. Pablo, no quiero que estemos así, prefiero marcharme antes que pasar estos días así contigo. Soy consciente de que he sido una completa estúpida, pero odio ese tono..., no tenías por qué ponerte así con Maxi.

—¿Maxi? —por fin responde y me mira sorprendido—. Oh, claro: «Sí, soy Max, pero puedes llamarme Maxi» —se mofa imitándole.

—Te has dejado lo de «linda» —puntualizo empezando a perder la paciencia por el modo en que me habla.

—Perdón, no pensé que esas palabras vacías pudieran agradarte tanto...

Me hiere profundamente su observación, su forma tan sarcástica de hablarme. Miro al frente y vuelvo a tomar aire. Me giro y camino de nuevo hasta el interior de la habitación. Me detengo en el marco de la puerta y me vuelvo para mirarle.

—¿Sabes? No sé para qué he venido. No entiendo tanta insistencia, bueno, hay tantas cosas de ti que no entiendo... Será mejor que vuelva a Barcelona.

Antes de que pueda abrir la puerta noto como sus brazos me rodean por detrás y me acercan a su cuerpo.

—Lo siento, lo siento, lo siento, he sido un completo estúpido, lo siento —me susurra con dulzura.

Intento hacerme la dura, aunque soy consciente de que, si sigue así, conseguirá todo lo que quiera.

—Pablo... —murmuro para que me suelte.

—Por favor..., no te pongas así. Lo siento, de verdad. No quiero que te vayas,

quiero pasar estos días contigo.

—Si vas a seguir con estas tonterías, será mejor que vuelva a casa o acabaremos mal, y es lo último que quiero, te lo aseguro.

—Tú mantente lejos de ése —me pide señalando la puerta—, y no vamos a tener ningún problema.

—¿Que me mantenga lejos de él? ¿Pero en serio? ¿Tú te estás oyendo?

—Perfectamente. Te he traído aquí para que pasemos unos días juntos, no para que nadie se entrometa.

—No eres el más indicado para decirme esto. Es más, no tienes derecho alguno a hacerlo. Yo para ti no soy nada.

Se queda callado y se acerca a mí con el semblante serio.

—No tienes ni idea de lo que eres para mí.

Mi cuerpo se estremece al oír sus palabras. Cierro los ojos y aprovecho para aspirar su perfume.

—No, Pablo, no —le digo intentando que mi razón me saque de ésta—. Resulta que yo el otro día tuve que aguantar que delante de mí te pusieras a babear ante esa tía... y, mira, aquí estoy.

Veo como sonrío dulcemente. Acaricia mi rostro con suavidad, regalándome esa mirada tierna que tanto adoro.

—Ah..., así que era eso... —me dice acercándose peligrosamente—. Parece que la celosa eres tú...

—Sí, pero resulta que yo no te dije nada, porque no tengo ningún derecho, al igual que tú. Porque, por suerte o por desgracia, no tenemos ningún vínculo.

Sigue sonriendo. Pasa su mano por mi cuello rozándolo con suavidad. Aprovecha para acercarme más a él y me coge la cara acercando el pulgar a mis labios y acariciándolos con suavidad. Juega con su otro brazo deslizándolo por mi espalda hasta mi cadera para atraerme todavía más a él.

—Pablo... —le suplico, necesito que pare ya o no respondo.

—Esta vez no... No me pidas que pare porque no lo haré —me susurra sensualmente. Se acerca de nuevo a mi boca y veo como cierra los ojos poco a poco. Puedo sentir su respiración agitada en mi piel y cierro yo también los párpados para dejarme llevar...

Pero la dichosa melodía de su móvil suena provocándonos un fuerte sobresalto. Pablo abre los ojos de golpe y rebusca en su bolsillo. ¡Maldita sea! Ahora que me había hecho a la idea... Me siento en la cama tratando de calmarme..., me tiembla todo el cuerpo. Sigo la conversación que mantiene por teléfono. Cuelga y se agacha delante de mí.

—Tengo que irme —me dice triste—. El deber me llama. Tengo ensayo de la gala, pero te prometo que esta noche seré sólo tuyo —añade, provocando que me sonroje—. ¿Te parece si vamos a cenar a algún restaurante de la ciudad?

Asiento todavía nerviosa. Se levanta y se acerca para darme un tierno beso en la

frente.

Se marcha y me quedo pensando en la larga tarde que me espera sin él. Hemos quedado en el *hall* del hotel a las siete, y todavía son las dos. Marisa se ha ido con él, así que estoy sola. Pido que me suban algo para comer tranquilamente en la habitación, no me apetece estar en el restaurante del hotel.

Mi móvil me alerta de que tengo una llamada de Skype. Me levanto y, al cogerlo, veo que es mi hermano.

—¡Hombre, por fin te encuentro!

—Hola, hermanito, yo también me alegro de hablar contigo.

—¿Dónde te metes? Llevo días tratando de hablar contigo... Hoy me ha dicho mamá que te has marchado a Estados Unidos porque te había tocado no sé qué concurso.

—Bueno..., digamos que sí... —No puedo mentirle a mi hermano.

—A ver, explícame eso de «digamos que sí...».

Decido contárselo todo. Desde el viaje a Cádiz hasta por qué estoy aquí, pasando por todo lo que ha ocurrido durante estas semanas. No termina de creérselo, y como para hacerlo.

—Es decir, que no sólo no me haces caso cuando te pido que tengas cuidado y que te alejes de ese tipo, sino que encima te plantas en su casa y ahora estás en Miami con él. Marina, de verdad, no entiendo qué te está pasando. Tú nunca has sido así.

No sé si me lo dice enfadado o decepcionado, pero, de todas formas, me duelen sus palabras.

—Álex, es que es tan bueno conmigo... Me trata tan bien y luchó tanto por encontrarme que cada vez me cuesta más negar lo que siento, hace que no pueda decirle que no a nada...

—Marina, pero su relación no ha cambiado, ¿verdad? Sigue con esa chica.

—Sí...

—¿Entonces? ¿En serio crees que tiene algún tipo de interés en ti más allá del mero hecho de que cantas increíblemente?

—Tampoco exageres tú.

—Sabes que tengo toda la razón, aunque tú nunca hayas confiado en ti misma. Tal vez lo único que está intentando es seducirte para que no seas capaz de decirle que no a nada, como bien has dicho. Ni siquiera a cantar con él.

—Pero él...

—Ahora le vas a buscar una excusa, ¿no? —Asiento con un murmullo, avergonzada—. Como si le conocieras de siempre, y no es así. No sabes realmente qué intenciones tiene. Estoy seguro de que no se lo has preguntado, o que, si lo has llegado a hacer, no te ha dicho nada en claro, ¿me equivoco?

—No... —Tiene toda la razón. Parece que siempre es mi hermano quien me abre los ojos.

—Marina, yo lo único que quiero es que no te hagan daño. Tal vez me estoy

equivocando y es un chico estupendo, pero de momento no está demostrando más que lo contrario.

Mi mente va a mil por hora... El interés en que me quede en Miami, la propuesta de ver a su productor, los celos incontrolados de antes, el acercamiento para que no me vaya... No puede ser. No puede estar engañándome...

—Marina... ¿Sigues ahí?

—Sí, sí —musito abatida.

—No voy a volver a decirte que te separes de él, porque, visto lo visto, vas a hacer lo que quieras, pero prométeme que no te dejarás engañar ni por él ni por nadie para hacer nada que no quieras.

—Te lo juro, Álex —murmuro. Soy incapaz de decirle nada más.

Me falta el aire... Tengo tal mezcla de sentimientos contrapuestos que apenas me deja moverme. Parece que la sensación de engaño y de desilusión empieza a transformarse en ira, y noto que no puedo quedarme más tiempo allí encerrada o lo pagarán los muebles de la habitación. Decido bajar al *pub* del hotel para tomar una copa, algo que me ayude a sofocar esta rabia que me está destrozando. Me siento en uno de los taburetes de la barra y el camarero se acerca a mí.

—Un tequila doble, por favor.

Asiente y se marcha.

—Veo que no ha sido un buen día —oigo que me dice alguien sentándose a mi lado.

Vuelvo la vista y le veo allí, es él..., Max. Intento sonreír.

—Vaya, pensé que no volvería a verte.

—Pues yo me moría de ganas de hacerlo, y aquí me tienes —me dice acercando su taburete al mío.

Vuelvo a sonreír, esta vez con más ganas. El camarero llega con mi bebida y cojo el vaso para dar el primer sorbo, pero Maxi me frena.

—No, no, espera. Esto así no tiene gracia. Perdona —dice dirigiéndose al barman—, ¿puede traer un poco de sal y limón, por favor?

Se acerca a mí y me rodea con su fuerte brazo. Huele tan bien... y es tan... Mi cuerpo reacciona al roce de su piel, aunque intento interponer espacio entre ambos. El camarero trae lo que le ha pedido y veo como coge el salero y deja caer algunos granos de sal en el dorso de su mano.

—Chupa —me dice provocándome un fuerte escalofrío.

Me acerco a su mano y le obedezco. Le miro y sonrío.

—Ahora bebe y muerde el limón.

Hago lo que me pide: me tomo el tequila de un solo trago y muerdo el limón con fuerza. Siento como el alcohol sube rápido a mi cabeza y mi cuerpo se tambalea, menos mal que está él ahí para cogerme.

—Eh, preciosa, ven, siéntate —dice estrechándome entre sus brazos para que no me caiga.

El aroma de su cuerpo embriaga todos mis sentidos y empiezo a notar ese cosquilleo en el estómago que cada vez baja más y más... Acaricio su torso con mis manos como si de un acto reflejo se tratara. Su cuerpo reacciona y me aprieta más contra él.

—Me estás volviendo loco —me susurra rozando mi cuello y acercándose a mi oído. Juega con mi pelo y acaricia mi cuello con esa mezcla de dulzura y pasión que necesito. Muerde delicadamente el lóbulo de mi oreja y dejo escapar un pequeño gemido que aplaca con sus labios. Un beso suave y frenético con el que me envuelve y con el que enciende todos los sentidos de mi cuerpo. Me dejo llevar por sus besos hasta que siento que frena de golpe, abro los ojos inquieta y le veo.

Llega tarde. Ha quedado con Marina a las siete en el hotel y son casi las ocho. Trata de ir lo más rápido que puede, no quiere que crea que la descuida. Tiene muchísimas ganas de verla, y más después del intento de beso que han tenido esta mañana. Cree que lo mejor para esclarecer sus sentimientos es tratar de que las cosas fluyan sin más; y aquí y ahora puede hacerlo, con Raquel a miles de kilómetros.

Entra al hotel casi tropezando con la puerta. Avanza por el *hall* sin encontrarla. Mira en todas direcciones, supone que no seguirá esperándole, pero quiere asegurarse, y entonces ve esa escena que hubiera deseado no presenciar nunca. No da crédito a sus ojos. Marina está sentada en un taburete de la cafetería del hotel y él, justo delante, rodeándola con sus brazos y entregado a un beso que no acaba nunca. Tras unos segundos de tortura, Max repara en Pablo y, al advertir su expresión, inmediatamente deja de besarla. Ella mira en dirección a lo que ha sorprendido a su acompañante y también le ve; se separa de golpe y sus ojos traslucen inquietud.

Camina rápidamente hacia el ascensor, tratando de borrar aquellas imágenes de su mente. Se siente abatido, engañado... y con ganas de llorar. En cuanto entra en él, apoya las manos en las paredes; cuando la puerta parece que va a dejarle solo y tranquilo en su interior, ella se adelanta y entra antes de que se cierre. No se atreve a mirarla. Sólo oye como murmura su nombre, con la voz rota. Él mantiene la cabeza inclinada, centrando la mirada en un trozo de madera que adorna el zócalo del ascensor. Ya ha visto bastante. Al sentir sus manos en la espalda, vuelve la cara hacia ella y la mira. Allí está, con el pintalabios extendido por sus mejillas y el rostro desencajado.

Le duele verla así. Aunque sigue furioso, no deja de advertir la tristeza en su mirada. Su fragilidad le desalienta todavía más. Lo único que quiere es salir de allí, dejar de sentir ese cálido aroma a canela y flores que embriaga sus sentidos y que le vuelve loco. Camina deprisa hasta la habitación sin pensarlo. Abre la puerta nervioso, y cuando lo consigue, entra y nota como ella le sigue. La puerta se cierra y Marina le adelanta, dejando a oscuras su silueta frente a él. Inquieto, da la luz; sus miradas vuelven a cruzarse. Le late el corazón con más fuerza que nunca al cerciorarse de que se encuentra, de nuevo, sólo con ella.

—¿Por qué? —murmura sin mirarla. Juega con sus manos intentando sosegar los nervios, temiendo su respuesta.

—No tengo por qué darte explicaciones, Pablo —musita.

El miedo a la frialdad y al rechazo se desvanecen al levantar la mirada y ver su rostro lloroso. Se acerca a ella tranquilo. Sin prisa. Mira con dulzura su semblante

entristecido.

—Sólo preguntaba... —le dice afligido.

—Yo te he preguntado varias veces lo que pretendes realmente con todo esto y sigo esperando una respuesta.

—Es que no me cabe en la cabeza que, después de lo que ha estado a punto de pasar esta mañana, de pronto te lances a sus brazos, cuando sabes que me molesta.

—¿Te molesta? ¿Y por qué debería molestarte? Y esta mañana no ha pasado nada, ha podido pasar, pero no ha pasado. Y creo firmemente que no habría estado bien. Raquel...

—Me cansa que pienses tanto en Raquel... —protesta malhumorado, clavando la mirada en el paisaje que se adivina a través de los cristales de su cuarto.

—Es lo que hay, Pablo.

Deja la preciosa vista de Miami para observar su rostro. Una lágrima se desliza por su mejilla y se acerca más a ella. Recorre su rostro con las manos, con cuidado, y ve como cierra los ojos para disfrutar de sus caricias. Aunque siga enfadado, aunque siga herido por lo que ha sucedido, no puede dejar de sentirse de esta manera cuando la tiene a su lado.

—Pablo, déjame. De verdad. No sigas fingiendo lo que no es.

Se queda helado al oír sus palabras. Ella le ha apartado la mano bruscamente y continúa mirando al infinito.

—¿Que deje de fingir? ¿Fingir el qué? ¿Que me muero por besarte? ¿Eso es lo que tengo que dejar de fingir? —Está muy alterado. No entiende la actitud que ella está adoptando.

—Pablo, de verdad. Si lo que quieres es que cante contigo, vamos, me presentas a tu productor y vemos a ver lo que dice, pero, por favor, deja de hacerme creer lo que no es, porque lo único que estás consiguiendo es hacerme daño —le espeta decidida.

Él suspira incrédulo.

—¿De verdad crees que te estoy engañando? ¿Tan despreciable crees que soy? —pregunta abatido—. Mira, no sé qué te habrá metido en la cabeza tu amigo, pero, créeme, te estás equivocando muchísimo conmigo. Yo no soy así. Pensaba que habías empezado a conocerme, a entenderme..., que estabas abriéndote a mí como yo intentaba hacerlo contigo. Pensaba que empezábamos a confiar el uno en el otro... Pero ya veo que es más fácil creer lo que te dicen otros que volver la vista atrás y darte cuenta de todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí. Lo único que he pretendido es estar a tu lado, porque hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto con alguien, que no me sentía yo.

—Pero...

—Da igual. Ya está. No confías en mí, y por mucho que te cuente, seguirás pensando que lo que te ha dicho ese tío, probablemente con muy malas intenciones, es lo cierto.

—No, Pablo, él no...

—Basta ya, Marina. Por favor... Será mejor que vuelvas a casa y yo siga con mi vida. Si algún día llegas a entenderme y vuelves a confiar en mí, estaré esperándote.

—Yo no quiero...

—Yo tampoco quiero perderte..., pero creo que así nunca llegaremos a nada —le dice serio—. Sabes dónde estoy, sabes dónde encontrarme, así que nos vemos cuando quieras. Vuelve si me necesitas, yo te estaré esperando.

Se acerca a ella para fundirse en el que puede ser su último abrazo. Le rompe en pedazos pensarlo. Todavía no se ha separado de ella y ya la siente lejos. Intenta inhalar su aroma..., sentir por última vez el calor de su cuerpo, la suavidad de su piel y esa respiración entrecortada que tanto anhelaba. La siente igual de frágil que el primer día, pero ahora tiene más necesidad, si cabe, de protegerla. Acaricia su espalda con suavidad, consciente de que la ha tocado antes otro hombre, intentando borrar las huellas de sus dedos en su piel.

Se separa lo mínimo para poder mirarla a los ojos, todavía llorosos. Se aleja de él y ve como recorre los pocos metros que la separan de la puerta. Gira la cabeza por encima del hombro y le sonrío. ¿Será la última vez que la vea?

De vuelta a la rutina, a la normalidad..., de vuelta a casa. Hace dos meses que dejé atrás toda esa locura en la que me había visto envuelta. Dos meses largos y duros sin saber de él, y con la sensación de culpabilidad, tras dejarme convencer por mi hermano, de haber puesto tierra de por medio. Y es que no dejo de pensar que, si no le hubiera dicho nada, yo me habría quedado allí, con él, disfrutando de la grabación de su disco. Pero por otro lado me siento tranquila, porque sé que evité ir a más y que pudiera hacerme un daño irreparable.

Lo único bueno que me llevo de Miami es a él. Maxi se ha convertido en un amigo más, en alguien de confianza con el que hablo a diario, y que de vez en cuando me visita.

Desde que acabé la facultad en junio y hasta principios de septiembre estoy sola en casa. Mis padres siguen en el pueblo de mi abuela, como cada verano. Aproveché julio para estudiar inglés y este mes de agosto me lo he tomado de descanso. Sin rutinas ni horarios. Claudia se ha instalado en mi casa para no dejarme sola, así que solemos levantarnos tarde, y nos pasamos el día en la playa, en la piscina o en la terraza, tomando el sol.

—Esto es vida... —murmura Claudia sobre una hamaca a mi lado.

—Este verano me está devolviendo la calma —le digo tranquila.

—Falta te hacía. ¿Ya sabes algo más de él? No hemos vuelto a hablar de ello desde que regresaste de Miami.

—¿De Maxi? —Silencio. Giro la cabeza para mirarla y me río al ver su gesto. Se ha quitado las gafas y alza una ceja—. ¿Qué? —me río ante su expresión.

—Mira, guapa, vale que le llames Maxi delante de mí, cosa que me repugna, te lo permito por ser tú, pero que me hables de él... Y más cuando sabes que te pregunto por Pablo...

Me río de nuevo con sus ingeniosas palabras. Sé que no le cae bien Max, es más, no le soporta.

—Está bien, está bien, Max tema tabú —bromeo—. Y no, no sé nada más de él. Ni me ha llamado ni le he llamado.

—Eres idiota —me dice volviendo a recostarse sobre su hamaca y tapándose los ojos con sus gafas.

—Vaya, muchas gracias, mujer; pensé que estabas de mi parte.

—Nadie te ha dicho que no estoy de tu parte, sólo digo que, si yo fuera tú, no le hubiera dado opción, me hubiera lanzado a su cuello.

—Tú crees que todo es así de fácil... —replico molesta al oír sus palabras.

—¿Y no lo es? —me pregunta volviendo a incorporarse para mirarme—. No quiero que te suene a reproche, porque ya eres lo bastante mayorcita para decidir lo que haces y ser consecuente con tus acciones, pero sabes perfectamente que, si tus morritos se hubieran estado quietecitos, ahora mismo no estaríamos hablando de todo esto; estaríamos hablando de la forma en la que Pablo dejó a Raquel.

—Ya, claro, como que te crees tú que eso iba a pasar...

—Habría pasado si no te hubieses dejado llevar por tus partes bajas, maja.

No puedo creer lo que me está diciendo.

—Muy bien, Claudia, muy bien —exclamo levantándome de mi hamaca con la intención de marcharme.

—Eh, eh, lo siento —me dice levantándose y obstaculizando mi intento de fuga—. No quería hablarte así, pero es que ese tío me enciende. No sé cómo narices le soportas..., es sumamente inaguantable... Esos aires de chulo que lleva... En todo el morro le daba, vamos —refunfuña.

Me río de nuevo por su forma de hablar tan... expresiva.

—No seas bruta... Maxi me está ayudando mucho. Él sabe perfectamente lo que siento por Pablo y no me ha dejado sola ni un segundo desde que pasó lo que pasó.

—Ya, claro, como que no veo perfectamente lo que busca el muchacho... —me dice Claudia.

—¡No, no ha intentado jamás nada!

Vuelve a arquear la ceja provocándome una carcajada.

—Bueno..., esa noche fui yo la que me volví un poco loca —admito recordando la escena del tequila—. Pero si es que al final no pasó nada...

—Claro, ¡no te digo! Como que Pablo os interrumpió, guapa...

—También —me río.

Recogemos la terraza después de una calurosa mañana de sol. Me pongo a preparar algo de comer porque son casi las tres de la tarde.

—Hoy te toca fregar los platos a ti, ¿eh? —le digo sirviendo en la pequeña mesita del salón dos platos de ensalada de pasta.

—Ajá... —balbucea empezando a devorar la comida.

—Glotona, que eres una glotona —le digo riendo al ver el ansia con la que se zampa el plato—. Y nada de «ajá». Hoy te toca fregar a ti —insisto. Siempre se lo digo, y al final siempre acabo haciéndolo yo.

—Síiiiiii, mami —se ríe.

Me siento en el sofá, a su lado, y cojo mi plato para acomodarme a ver la televisión.

Locura esta mañana en el aeropuerto de Barajas. El gaditano Pablo ha vuelto a España tras unos meses preparando su próximo álbum, *Mucho*, que saldrá a la venta mañana día seis. Se espera que a partir de las diez de la mañana Pablo presente el disco aquí, en Antena 3, en el programa de Susana Griso. Y por la tarde firmará discos en los Cines Callao. El viernes firmará discos en Sevilla y el sábado será el turno de su tierra, Cádiz.

Silencio en el salón. La televisión es el centro de atención absoluta en este momento. Nos miramos cómplices al acabar la noticia.

—Dime que estás pensando lo mismo que yo —profiere de nuevo arqueando las cejas.

—Para con las cejitas, que pareces Carlos Sobera. No voy a hacer lo que estás pensando.

—No creí que fueses tan cobarde...

—No me provoques, Claudia, sabes perfectamente lo que pasó.

—Por eso mismo. Él te dijo que te tomaras tu tiempo, que él iba a estar esperando a que se te pasara la tontería... Ya sabes, esa que te metió tu hermano en la cabeza.

—Claudia, no son tonterías. Tiene toda la razón del mundo.

—Bah, en el amor quien no arriesga no gana, y tú nunca has sido de las cobardes que se quedan atrás —me dice seria.

—Es mi ídolo, Claudia, es Pablo.

—Es un hombre, Marina. Una persona de carne y hueso, como tú y como yo, o como tu querido Maxi, si lo prefieres —se mofa, volviendo a hacerme sonreír.

Sé perfectamente que lo que pretende es que me marche a Madrid o a Sevilla para verle, y no estoy dispuesta a hacerlo.

—Pero Raquel...

—Mira, estoy de Raquel, de Max y de tu maldita inseguridad... hasta... Así que vas a hacer el favor de preparar la maleta porque te vas hoy a Madrid. Y no acepto un no, porque si sale de tu boca, te ato, te meto en el maletero y yo misma te llevo para allí. ¿Estamos?

—Claudia..., otra vez no..., por favor. Cedí cuando me pediste que fuera a Cádiz, pero ahora no puedo.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Te calmas, analizas fríamente todo lo que pasó y mañana, con tranquilidad, preparamos las cosas, compramos el billete y te vas a Sevilla. Te doy un día más. Sólo un día más.

No soy capaz de hacerlo. Sé que no podría acercarme de nuevo a él y mirarle a los ojos como si no hubiera pasado nada. Tengo miedo a que me rechace. Tengo miedo a que no quiera verme y a que esto se acabe definitivamente. En mi corazón anida una pizca de esperanza, tal vez algún día volverá él mismo a buscarme.

Hoy Claudia se ha empeñado en llevarme a la playa para que me despeje. Tiendo la toalla sobre la cálida arena y me recuesto sobre ella, esperando a que mi amiga abra la sombrilla y nos tape del sol. No dejo de pensar en qué le voy a decir cuando le vea. Los nervios de aquella primera vez que viajé a Cádiz vuelven a mí. Las mismas dudas y contrariedades. ¿Podré volver a hablarle y hacer como si nada hubiera pasado? ¿Me recibirá con los brazos abiertos o se habrá olvidado de mí?

Mi móvil me devuelve a la realidad. Es Álex.

—¡Álex!

—¿Cómo está la mejor hermana del mundo? —pregunta risueño.

—Pues aquí ando..., en la playa con Claudia.

—Como alma en pena, por lo que escucho. —Me quedo callada. No sé qué contestarle—. Marina, no puedes seguir así, desde que volviste de Miami no levantas cabeza. No puede ser...

—Ya lo sé, pero qué quieres que haga...

—Pues animarte un poco, cariño. No puedes estar tan mustia. Ayer hablé con mamá y volvió a preguntarme si sabía lo que te pasaba. Yo es que ya no sé qué decirle...

—Pablo ha vuelto, Álex. —Oigo como suspira—. Sí, ya lo sé..., lo sé..., pero echo tanto de menos su forma de tratarme. Era tan bueno conmigo, tan cariñoso, tan...

—Quieres ir a verle, ¿verdad?

—Claudia me dice que vaya, pero no sé qué debo hacer.

—Marina, no quiero que luego te arrepientas de lo que pueda pasar...

—Siempre ha respetado mis decisiones, Álex —murmuro.

Mi hermano suspira otra vez.

—Visto lo visto, no voy a volver a decirte que no. Parece que alejándote de él no estás mejor, al contrario. Y por cómo me contaste que reaccionó cuando os separasteis... Tal vez no debiste escucharme, tal vez me equivoqué con él...

—No tienes que reprocharte nada. Tú me aconsejaste, me dijiste lo que, en definitiva, también había pensado yo.

—Pues ahora no soy quién para decirte que no vayas. Si vas a ser feliz volviendo a verle, adelante. Lo único que te pido es que vayas con cuidado, para que no te haga daño. Si estás convencida de lo que quieres, lucha.

—Todo sería mucho más fácil si estuvieras aquí...

—No tardaré... —me deja caer.

—¿En serio? —balbuceo emocionada.

—Bueno, no será tan pronto como esperas, pero ayer tuve una reunión con mis compañeros y nos han avisado de que ya sólo quedan unos meses para acabar la campaña.

—Pues espero que esos meses pasen rápido para tenerte aquí de nuevo. Te echo tanto de menos...

—Y yo a ti, pequeña. —Nos quedamos callados y oigo como alguien le dice algo—. Tengo que dejarte, me necesitan. Dime algo si te vas. Mándame un mensaje, un *e-mail*..., lo que sea. Pero infórmame, porque mamá y papá siguen ajenos a todo esto y yo soy el único que puede ocuparse de que estés bien.

—Que sí, tonto, yo te cuento, no te preocupes. Y ve, que tu trabajo es mucho más importante que mis líos...

Como siempre, parece que mi hermano tiene el poder de cambiar las cosas. La noticia de su regreso me ha animado muchísimo, tanto que me ha dado valor para

reunir la fuerza necesaria para hacer lo que debería haber hecho muchos días atrás.

Soy consciente de que lo que voy a hacer es una auténtica locura, pero ahora sí, siento que mi corazón me pide que lo haga. No quedaba ningún billete de AVE ni de avión para ese día, así que no me queda más remedio que pasarme once horas dentro de un tren de larga distancia. Preparo el poco equipaje que necesito y Claudia me acompaña a la estación a media tarde.

—¿Estás segura? —me pregunta ayudándome a llevar la maleta.

—¿Ahora me lo preguntas? —le digo seria. Estoy nerviosa, muy nerviosa. Me siento el corazón en un puño, ese odioso nudo ha vuelto a instalarse en mi estómago y las piernas apenas me responden temiendo lo que pueda ocurrir mañana.

—Eres fuerte; sé que puedes con esto y con lo que venga, así que levanta la cabeza y coge ese tren sin miedo, porque, si no lo haces, te arrepentirás toda la vida.

La miro intentando forzar media sonrisa.

—Ahí está —me dice señalándome el tren. Asiento y me adelanto para entrar—. ¿No vas a despedirte de mí? ¡Exijo un abrazo! —Sonrío, esta vez sí, y me estrecha con fuerza para contagiarme su entusiasmo por lo que voy a hacer mañana—. Se va a morir al verte —me susurra risueña—. ¡Qué suerte tengo de que seas mi amiga!

Vuelve la sonrisa a mi rostro y la aprieto contra mí.

—Eso espero —le digo antes de separarme.

Camino despacio, insegura. Cuando tome este tren, no habrá vuelta atrás. Me inundan las mismas sensaciones de aquella vez..., vuelve el recuerdo de ese AVE con destino a Cádiz que tan feliz me hizo. Me acomodo en el asiento, con calma, intentando serenar mi corazón, que no deja de recordarme que no podrá seguir latiendo así durante mucho más tiempo. Veo a Claudia a través del cristal y le sonrío por última vez antes de que el convoy deje atrás el andén.

El traqueteo del tren me relaja, pero será mejor que no me duerma y así poder conciliar el sueño cuando sea de noche. Aprovecho para llamar a mis padres. No saben nada y no quiero que llamen a casa, porque podrían descubrirme.

—¡Cariño! —me saluda mi madre al coger el teléfono.

—Hola, mamá, ¿cómo estáis?

—Pues por aquí todo bien, estoy con la abuela, jugando un rato a las cartas.

S sonrío al imaginármelas. Recuerdo las largas tardes de verano en ese pequeño pueblecito de la costa almeriense, sentada junto a toda la familia, disfrutando de las interminables sesiones de juego.

—Y gana la abuela, como siempre —bromeo.

—Sabes que sí. Ella y sus trampas, así que aquí está, machacándome. —Oigo

como mi abuela refunfuña y me río—. ¿Y tú qué, cariño? ¿Qué hacéis?

—Bien, mamá, bien, aquí estamos, preparándonos, que hoy salimos a cenar —miento.

—Ah, entonces ya sé por qué me has llamado...

Me quedo callada, ¿qué le digo?

—Sí..., es que pensé que, si te llamaba yo, así podríamos arreglarnos más tranquilas.

—Muy bien, muy bien. Y ¿a dónde vais?

—Pues no lo sé, iremos a cenar por ahí, pero no volveremos muy tarde, que mañana queremos ir a pasar el día a la playa. —Tengo que inventarme algo para acabar de cubrirme.

—Mira que os lo pasáis bien, ¿eh? ¿Quieres hablar con papá?

No. No quiero hablar con mi padre. Volvería a mi cabeza todo ese sentimiento de culpabilidad por Raquel.

—Es que Claudia me está llamando, tiene la plancha caliente. Quiere hacerme no sé qué en el pelo —me invento.

—Bueno, cariño, pues no te entretengo más, os dejo acabar de arreglaros. Un beso enorme para ti y otro para Claudia.

—Un beso a todos, mamá.

Apago el móvil, no quiero que nadie me moleste durante el largo trayecto. Necesito pensar, reflexionar sobre qué narices voy a decirle a Pablo. Esas posibles preguntas revolotean por mi mente torturándome: «¿Qué haces aquí?». «Verás, Pablo, es que me moría de ganas de verte, porque te quiero, estoy locamente enamorada de ti, y me siento como una mierda por lo que pasó en Miami». Bah, demasiado ¿fácil? No, por Dios, no puedes decirle eso... Mi mente me martiriza y lo hace constantemente.

Ceno un triste sándwich con Coca-Cola en la cafetería del tren y vuelvo a ese incómodo asiento para tratar de dormir un poco, todavía quedan muchas horas de viaje y debo descansar para estar bien por la mañana. Tras dar mil y una vueltas y colocarme en centenares de posiciones distintas, consigo caer en los brazos de Morfeo.

Me despierto justo a tiempo para bajarme del tren. La estación de Santa Justa me deja algo lejos del lugar en el que Pablo hará la firma de discos, así que decido coger un taxi para no perderme. Apenas son las siete de la mañana. Las calles de la ciudad siguen iluminadas por los farolillos. Mi mente vuelve a un tiempo atrás, no mucho, apenas unos meses. Sevilla siempre fue la ciudad anhelada de mi infancia. Me recuerda a mis noches de domingo junto con Claudia viendo jugar a Jesús Navas, deseando estar en ese Sánchez Pizjuán de mis amores...

El conductor me alerta de que hemos llegado. Amablemente me ayuda a bajar la maleta del coche y se marcha. Diviso que las puertas del centro comercial donde tendrá lugar la firma permanecen cerradas, así que me acerco hasta allí y me siento a

esperar en la cornisa que rodea la entrada.

—Perdona, ¿vienes por la firma de Pablo? —oigo que me dice alguien.

Al girarme me encuentro a una chica bajita, con el pelo larguísimo y los ojos brillantes. Me sonrío amablemente.

—Hola, sí, vengo a ver a Pablo —le digo levantándome para saludarla.

—Oh, encantada entonces, soy Esther.

—Encantada, yo soy Marina —me presento ofreciéndole asiento a mi lado.

—¿Llevas mucho aquí?

—Pues la verdad es que no sé a qué hora he llegado, pero supongo que una hora no me la quita nadie.

—Vaya, y veo que vienes preparada. Toda una auténtica fan —me dice señalando mi maleta.

—Oh, no, es que vengo de Barcelona.

—¿De Barcelona? ¡Madre mía! Pero, pero ¿y eso? Bueno..., yo soy de Alicante.

—¿De Barcelona? —interviene otra voz—. Ups, perdón que me meta. Soy Cristina. —Se trata de una muchacha rubia, de media altura—. Así que de Barcelona, ¿eh? —vuelve a insistir una vez hechas las pertinentes presentaciones.

—Pues sí, de Barcelona vengo. Es que tenía ganas de verle, y mira, aquí me tenéis. —No puedo decirles que vengo a buscar a Pablo porque somos..., no sé ni yo misma especificarlo.

—Eso es orgullo de fan..., a mí estas cosas me emocionan... —dice Esther.

—¡Qué barbaridad! Pues si eres tan «pablista» seguro que nos conoces. Somos dos de las redactoras de *A. Magazine*.

—¿De la revista?

—Sí. Hemos venido porque llevamos mucho sin tener noticias de sus opiniones sobre el *magazine*. Le hemos traído uno de nuestros últimos números. —Me lo tienden para que lo vea. Realmente, el trabajo de las fans no puede pagarse con nada...

—Es impresionante el trabajo que hacéis. Me encanta. Que sepáis que os sigo en el Twitter —les digo devolviéndoles el ejemplar.

Pasamos la espera entretenidas y, por fin, el centro comercial abre sus puertas y podemos entrar hasta la zona que han preparado para la firma.

—¡Ay, que me da un ataque! ¡Que somos las primeras! —grita con fuerza Cristina.

Esther y yo nos reímos al ver lo emocionada que está la chica.

—¡Veremos a Pablo, veremos a Pablo...! —canturrea la alicantina.

Mi cuerpo se tensa al oír esas palabras. Creo que no soy consciente de que voy a ver, de nuevo, a Pablo. Las dudas vuelven a invadirme, pero no puedo irme de allí, no ahora. ¿Qué excusa tendría para marcharme sin más? «No, mirad, es que me voy porque no quiero que Pablo me vea y me rechace porque me besé con Max, el cantante». Qué tontería...

—Bueno, ¿y cómo vamos a hacerlo? ¿Hacemos turnos para ir al baño y para comer? Porque, vamos, yo aquí no me quedo las siete horas que faltan hasta la firma —comenta Esther.

—Sí, chicas, mejor nos vamos turnando, que la compañía es grata, pero me da a mí que la espera se nos va a hacer larga —le dice Cristina.

Tiene razón: las horas se hacen eternas. Aunque adoro conocer gente nueva, y más si son fans de Pablo, los nervios y la tensión que acumula mi cuerpo evitan que pueda disfrutar de esos momentos de camaradería y de la perspectiva de volver a verle en breve.

La gente empieza a agolparse en la cola. Faltan pocos minutos para que Pablo llegue y el ambiente se caldea por momentos. Sigo dándole vueltas a qué leches voy a decirle al llegar arriba. ¿Debo acercarme como una fan más y pedirle un autógrafo?

Un fuerte empujón me hace comprender lo que temo. El griterío es cada vez más agudo y penetra en mis oídos, incrementando mi angustia. Levanto la mirada y allí está, tan guapo y perfecto como siempre. Con esa camiseta blanca que tanto me gusta. Ya dicen que todo efecto tiene una causa, ¿no? Pues mi cuerpo empieza a tiritar como si me encontrara en la mismísima Siberia al verle.

—Eh, Marina, venga, va, que te toca subir —oigo que me dicen dándome leves golpecitos para que avance.

No quiero..., no, no me atrevo a subir.

No para de castigarse por haber sido tan estúpido de dejarla escapar. Han pasado dos meses desde su último encuentro y no hay día en el que no piense en ella. Han sido días interminables, semanas largas durante las que apenas ha tomado un respiro mientras grababa su nuevo disco.

No ha vuelto a tener noticias suyas, ni una llamada, ni un mensaje. Tampoco la ha visto actualizar sus redes sociales... y esta vez Claudia no le ha servido de ayuda. No ha habido día en el que no estuviera tentado de salir a buscarla, pero su razón parecía devolverle a la realidad. Sus dudas, sus inseguridades, su desconfianza... Si no cree en él, no hay nada que hacer. Desde que se conocieron, Pablo ha creído que había confianza mutua y, si no existe, es difícil seguir adelante.

Pero necesita volver a verla. La echa de menos; echa de menos verla reír, abrazarla, coger su mano... Necesita saber que, tarde o temprano, volverán a reunirse y podrá escucharla cantar de nuevo.

—Pablo, estamos llegando —le dice Marisa acercándose a él.

Sigue sentado en la misma posición que hace un par de horas. Viaja con ella y con Dani en tren camino a Sevilla, a su próxima firma de discos. Ayer estuvo firmando en Madrid durante más de ocho horas y está muy cansado. Vuelve la mirada a Marisa y asiente.

Llegaron ayer mismo a Madrid, tras un viaje de más de nueve horas. Apenas ha tenido tiempo para descansar, y, además, ese maldito sueño del concierto vuelve a atormentarle. Es algo extraño, no entiende por qué le sucede noche tras noche ahora que no la tiene a su lado y que sabe que no puede coger el teléfono y refugiarse en su voz. Ese detestable sueño vuelve para romper, si cabe, la poca calma que le queda.

—Nos vamos a quedar en Sevilla hasta el sábado —le informa Marisa irrumpiendo en sus pensamientos.

La mira serio y le devuelve un gesto de aprobación. No es que le haga tremenda ilusión quedarse en Sevilla, necesita ver a su familia cuanto antes, pero si es lo que toca, no puede oponerse.

—Haz el favor de cambiar esa cara si no quieres que tus fans se asusten, por Dios —le dice Daniel serio.

Intenta forzar una sonrisa.

—¿Así mejor, mi coronel? —bromea.

—Así por lo menos no saldrán corriendo —aprueba riendo.

Baja del furgón y percibe el griterío de la gente. Aunque no tenga ganas de nada, el calor y el cariño de los fans parecen serenarle y relajarle un poco. Ellos son su

segunda familia y, en este momento, los únicos que consiguen que sonría. Contra las vallas se abarrotan sus seguidores, que gritan su nombre al verle pasar. Sube al pequeño escenario que han montado en el centro comercial y saluda a los cientos de personas que tiene delante.

Unos minutos y un par de canciones después, se encuentra sentado en un pequeño taburete que le ha facilitado el recinto para que la firma no se haga tan pesada. Se apoya en la mesa y empieza el baile de besos, autógrafos y abrazos.

—¡Hola, Pablo! —le dice una de las primeras chicas que sube.

—Hola, mi vida. ¿Cómo te llamas? —responde él cogiendo el disco que ella le tiende.

—Cristina, de *A. Magazine* —contesta sonriente.

—Ah, sí, sí. —Agacha la cabeza y le firma. Le devuelve el disco y se queda mirando lo que la chica le da.

—Es nuestro último ejemplar de la revista. Suponemos que no lo has visto... Como sigues sin decir nada...

Él se ríe y se rasca la cabeza nervioso.

—Bueno..., ya..., muchas gracias —musita dejándolo sobre la mesa.

La chica se acerca para darle un par de besos y sale de allí por las escaleras.

Pablo suspira. «Empezamos fuerte», piensa. Vuelve la vista al otro lado del escenario y se queda inmóvil. No puede ser cierto... Acerca las manos a sus ojos para frotarlos con fuerza. Es ella, está ahí de nuevo. Las piernas empiezan a fallarle, los nervios invaden todo su cuerpo. Ve como se acerca acongojada, ella también está nerviosa.

—Pablo... —Su cuerpo no ha osado moverse un solo milímetro. La reacción de él la está poniendo mucho más nerviosa de lo que ya está. Y lo sabe—. Pablo, yo...

—No digas nada, sólo abrázame, por favor —consigue decirle al fin.

Se acerca a él con cuidado y la rodea con sus brazos. Siente como su cuerpo vuelve a ese estado de paz que tanto necesitaba. Ha regresado, por fin, tras dos horribles meses sin ella, está entre sus brazos. Ella llora y él lo nota enseguida, la estrecha fuerte contra su cuerpo y le acaricia la espalda tratando de serenarla.

—Ya está, mi vida, ya está. Estás aquí de nuevo y no voy a separarme de ti nunca más, te lo prometo.

Marina se destensa al oír sus palabras. Ella rodea con los brazos su cintura y se separa ligeramente de él para mirarle a los ojos. Sonríe al ver lo bonita que está. Ella le devuelve la sonrisa mientras trata de secar las últimas lágrimas que recorren sus sonrosadas mejillas. No le ha dicho nada, no consigue articular palabra. Se acerca a su cuello y aspira de nuevo ese aroma que tanto deseaba volver a tener cerca. Entonces cae en la cuenta de que todos los están mirando y de que, si no paran, el público empezará a sospechar.

—Espérame allí. No te vayas, por favor, te lo suplico —le susurra acariciándola.

Ella sonríe y se acerca a su oído:

—No me escapo, te lo prometo.

Pablo se estremece al escuchar que canta esa estrofa de la canción. Un enorme nudo se acomoda en su garganta, está feliz y emocionado por volver a verla. La sigue con la mirada y observa cómo camina hasta la zona trasera del escenario.

La busca desesperadamente con la mirada, minuto a minuto, segundo a segundo de aquella firma, que se le hace eterna. Un par de horas más tarde, Dani se acerca a él.

—Pablo, ésta es la última. Tenemos que ir a comer, que luego hay que dar el concierto para la prensa. Es tarde.

Haciendo caso a su amigo, acaba de firmar el disco a la última fan. Vuelve a mirar a la parte de atrás del escenario en busca de Marina, pero no la ve. Inquieto, se acerca al borde de la tarima y se despide del público que sigue allí esperándole. Se disculpa porque es consciente de que todavía faltan fans por subir, pero ni Daniel ni Marisa le permitirán seguir. La agenda es la agenda.

Baja las escaleras escoltado por Daniel y por dos hombres de seguridad del centro comercial. Sus ojos analizan el perímetro, atemorizado pensando que pueda ocurrir lo mismo que pasó en la firma de Barcelona.

—Me la he llevado dentro, Pablo. Está dentro —grita Marisa para que deje de buscarla.

Levanta la mirada y ve como le hace señas para que le acompañe. Pablo la coge del brazo e intenta pasar entre la marea de gente que le rodea. Accede con dificultad hasta el interior del centro comercial y ve como un guardia de seguridad le abre una de las puertas de emergencia.

Y allí está ella, con su preciosa sonrisa tímida y paralizada por los nervios. Respira aliviado. Verla tan agitada le provoca un mar de ternura... Aunque lo cierto es que él tampoco está tranquilo. Se abalanza sobre ella para abrazarla como si le fuera la vida, sin intención alguna de separarse. Y cuando nota que ella intenta distanciarse un poco, la retiene con fuerza contra él para que no lo haga.

—No, por favor —murmura acariciándola con dulzura—. No dejes de abrazarme —le suplica. El calor de su cuerpo parece devolverle la vida que le ha faltado todo este tiempo.

—Pablo, tenemos que irnos ya —le anuncia Daniel.

Se separa lo justo para tomarla de la mano y caminan hasta el furgón. Le pide a Marisa que le deje comer sólo con ella, tienen tantas cosas de las que hablar...

Bajan del vehículo, ya en el hotel. Ella sigue callada, tensa, y empieza a preocuparle verla así. Vuelve a tirar de su mano, que no ha soltado en todo el trayecto, y emprenden el camino hacia la habitación.

—No sabes las ganas que tenía de volver a tenerte así —murmura abrazándola por enésima vez. No puede evitar sonreír mientras acaricia su espalda.

—Te he echado de menos... —balbucea ella, casi en un susurro, lo que vuelve a sacarle una sonrisa—. Lo siento...

—Ahora estás aquí y eso es lo único que importa. —Vuelve el silencio a aquella calurosa habitación de Sevilla—. ¿Por qué has venido? —se atreve a preguntarle finalmente.

—No he dejado de pensar en ti ni un solo minuto. Entendí que para confiar el uno en el otro teníamos que hablar y aclarar las cosas. No puedo ni quiero estar lejos de ti, porque el mundo se me viene encima cuando no estás a mi lado.

Sus palabras le dejan sin aliento.

TÚ

No soy consciente de lo que estoy viviendo. Me da igual Raquel, me da igual Miami y me da igual lo que piense. Cuando estoy con él se me olvida todo lo demás. Me estrecha con fuerza, lo que permite a mi cuerpo que, por fin, se relaje.

—He pensado tantas veces en llamarte, en salir corriendo a buscarte... Estaba tentado a hacerlo casi a diario, pero entendí que no podía presionarte; tenías que ser tú la que volviera. Y no sabes lo feliz que me siento de que te hayas decidido a venir —me susurra.

Vuelvo a sumergirme entre sus brazos feliz por lo que me dice. Pasamos un rato más así, perdiendo totalmente la noción del tiempo.

—¿Comemos? —me dice arrancándome de ese mundo paralelo en el que me encantaría vivir.

Me separo lo mínimo de él para poder mirarle a esos ojos oscuros que tanto me gustan. Asiento. No tengo hambre, pero no puedo decirle que ese nudo sólido que siento cuando estoy cerca de él me quita el apetito.

—¿Qué quieres? —me pregunta tendiéndome la carta del restaurante del hotel—. Comeremos aquí. Tenemos que hablar.

No me gusta esa frase. ¿Quiere hablar conmigo? Vuelvo a sentir mi cuerpo tirante, él lo nota enseguida. Desliza sus manos por mi rostro y mi espalda procurando tranquilizarme.

—Respira, no es nada malo —me dice deleitándose con esa preciosa sonrisa que tiene.

Le devuelvo el gesto y cojo la carta en busca de lo que voy a pedir para comer.

—Espaguetis —decido finalmente.

—¿Espaguetis? —Me mira con esa cara desconcertante que me vuelve loca.

Asiento y veo como se ríe.

—¿Qué? —le digo confundida.

—Nada, nada —responde risueño.

Coge el teléfono y pide algo para él, que no llego a oír, y mis espaguetis. Se aparta el teléfono del oído y posa su mano en el auricular para taparlo.

—¿De beber?

—Agua.

—¿Agua? —vuelve a preguntar.

—Sí, Pablo, agua, agua —insisto.

¿Pero se puede saber qué le pasa? ¿Se ha quedado sordo y no lo he notado? Vuelve a acercarse el teléfono y termina de pedir. Se aproxima a mí sin perder la

sonrisa.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia? —le digo nerviosa.

Me levanto para quedar a su altura, Pablo sonrío con mayor intensidad y suelta una pequeña carcajada que me contagia. Me mira con una expresión tierna.

—¿Qué? —le pregunto intentando ponerme seria.

—Ya lo he conseguido —murmura.

—¿Ya lo has conseguido? ¿El qué?

—Ajá..., necesitaba que te relajaras, que fueras tú, mi Marina de siempre. Quería volver a ver cómo se dibuja en tu rostro esa preciosa sonrisa que tienes. —No puede ser así conmigo..., un día va a conseguir que me lance a su cuello y no podrá despegarme. Lo juro. Vuelvo a sonreír al escucharle—. ¿Ves? Lo has vuelto a hacer. —Se acerca a mí con cautela—. No dejes de hacerlo, por favor. —Vuelvo a sentir su aroma. Esa fragancia característica que tanto he extrañado. Le abrazo con fuerza, todavía algo inquieta—. Estamos aquí —me dice acariciándome el pelo con dulzura—. Estoy aquí. Soy yo, tu Pablete de siempre. —No puedo evitar sonreír de nuevo al oír sus palabras.

—Pablete... —le digo acercándome a su oído. Desde ese mismo punto, puedo observar cómo cierra lentamente los ojos y suspira.

—No sabes las ganas que tenía de oírte decir ese diminutivo.

Le adoro, cuesta expresar cuánto. Vuelvo a acercarme con calma a su cuello.

—Pablete, Pablete, Pablete... —susurro lentamente.

Sigue con los ojos cerrados y exhala con intensidad, y ahora soy yo la que me armo de valor y me acerco a él. Me mata tenerle allí así. Justo delante de mí, con los ojos cerrados y esa tranquilidad que desprende su rostro. Muero lentamente...

El timbre interrumpe el momento. Abre los ojos de golpe y me mira afligido.

—Recuérdame que, la próxima vez que vaya a un hotel, les pida una maldita habitación sin timbre e insonorizada —refunfuña acercándose a la puerta.

Un joven vestido de blanco entra en la habitación con un carrito lleno de cubiertos, platos y copas.

—Aquí tienen el almuerzo. Espero que esté todo a su gusto. Si necesitan algo, no duden en llamarnos.

Pablo le da las gracias y le acompaña a la puerta, mientras yo husmeo las bandejas.

—¿Tienes hambre? —me dice al verme abriendo las tapaderas de las fuentes.

—Sí —musito acomodándome en la mesa. No es cierto, pero no quiero darle explicaciones.

—Yo también. De hecho, me muero de hambre, así que no esperemos más.

Se sienta a la mesa, justo delante de mí, y acerca los platos. Parece que sea la primera vez que como con él, apenas puedo probar bocado. Ese estúpido nudo en el estómago sigue ahí.

—¿Estás bien? —me pregunta dejando de devorar su filete.

—Estoy bien —miento. ¿Cómo voy a estar bien?—. ¿Por?

—No comes... —puntualiza serio.

—Sí como. Es que estaba admirando lo gracioso que estás con ese trozo de carne.

—¿Ah, sí? —me dice arqueando una ceja. Asiento—. ¿Y qué tiene de gracioso, exactamente?

—El análisis que le haces a la carne antes de hincar el cuchillo —le suelto entre risas.

—Digamos que me gusta analizar lo que voy a comerme... —murmura con una sonrisa maliciosa.

Genial. Ha conseguido que vuelva a ponerme nerviosa... Le miro seria. ¿Quiere que me dé un infarto? Pues va a conseguirlo. Por suerte, la melodía de mi móvil resuena en la habitación. Salvada por la campana. Me levanto y voy a por él antes de que se detenga la llamada.

—¿Sí?

—¿Interrumpo algo? —Es Claudia.

Suspiro aliviada. Me acerco al gran ventanal de la habitación y salgo al pequeño balcón para que Pablo no pueda escucharme.

—Menos mal que has llamado —le digo tratando de tranquilizarme.

—¿Qué pasa? ¿Estás con él, eh? ¿Le has visto? ¿Ha pasado algo? —me asalta a preguntas con ansiedad.

—Estoy con él en la habitación de su hotel. Solos —enfatico.

—Va bien la cosa, entonces —me dice riéndose con malicia—. Será mejor que te deje.

—No, Claudia, no. No va bien. Me va a matar, bueno, me está matando lentamente.

—¿Qué pasa? —me dice extrañada.

—Pasa que está terriblemente cariñoso y pícaro. Y, si no para, no respondo, Claudia, no respondo, ¿entiendes?

Ríe a carcajada limpia y me enfurece todavía más.

—No me hace la más mínima gracia, Claudia. No lo estoy pasando bien. No soy de piedra, ¿sabes? —señalo enfadada.

—Haz tú lo mismo. Provócale, a ver qué hace —me dice de golpe.

—¿Pero cómo voy a...?

—Hazlo. No seas boba. Te está poniendo a prueba. ¡Oh, vamos, Marina, despierta de una santa vez! Ese hombre se muere por estar contigo, y quiere comprobar si tú estás dispuesta a estar con él a pesar de todo.

—Pero...

—Como digas ese nombre que estoy pensando, te mataré —me corta—. Lo juro. Olvídate de ella. A saber lo que estará haciendo en Estados Unidos. Vive, cariño, ¡vive el momento!

Tiene toda la razón. No tengo nada de lo que culparme. Él fue quien hizo todo lo

posible para encontrarme, yo no le fui detrás. Además, al fin y al cabo, es él el que debería pararme a mí, por Raquel, y no yo la que debo frenarme pensando en ella.

—¿Lo harás? —me dice al oír mi silencio.

—Veré qué puedo hacer... —comento pensativa.

—¿Tú? ¡Lo que te propongas!

Sonrío al oírla y se despide de mí. Cuelgo y empiezo a cavilar lo que voy a hacer a partir de ahora. Vuelvo al interior de la habitación. No quiero que piense que no deseo estar con él, ni quiero que piense que es Maxi el que me llama.

Me mira expectante. Ha terminado la comida de su plato y el mío sigue intacto. Rodeo la mesa esquivando su mirada y me siento en la silla.

—Era Claudia —le hago saber sin mirarle.

Cojo el tenedor y enrosco los espaguetis en él. Va a comenzar el juego. Introduzco el cubierto en la boca y succiono provocativamente mientras le miro. Me mira y sonrío.

—¿Están buenos? —pregunta intrigado.

—Buenísimos, ¿quieres? —le ofrezco maquinando una divertida escena como en *La dama y el vagabundo*. Sonrío al darme cuenta de las tonterías que estoy pensando.

—No, estoy lleno, y tengo que irme.

Le miro seria. ¿Ahora va a irse? ¿Así, sin más?

—¿Ahora? —me atrevo a preguntarle.

—Sí. Marisa me ha llamado. Es tarde y debo ir a hacer la prueba de sonido. Esta noche tenemos un concierto privado para la prensa de aquí. —Mi rostro empieza a entristecerse y lo nota. Se acerca de nuevo a mí y me abraza por detrás—. Quédate aquí. Ya he hablado con Marisa para que lo arregle todo y puedas alojarte en el hotel. Nos queda una conversación pendiente —me dice acariciándome las mejillas—. Nos vemos luego en el concierto. Te he dejado el pase en mi mesita de noche. Marisa vendrá a buscarte. —Roza mi cuello con sus labios—. Te espero esta noche —dice, y se marcha sin que pueda decirle nada. Me he quedado plantada con una horrible cara de tonta.

Pues si cree que va a dejarme así y va a irse de rositas, lo tiene claro. Hurgo en mi maleta en busca de algo realmente provocativo que ponerme. Le gusta el rojo, recuerdo, pero no tengo nada de ese color, así que opto por un vestido blanco, cuyas transparencias, adivino, también lo dejarán sin aliento. Acabo de arreglarme justo cuando oigo la puerta. Debe de ser Marisa.

—¡Guau, pero qué guapa!

Sonrío al ver cómo me mira de arriba abajo.

—Gracias —le digo cogiendo mi cartera de mano, que reposa en la repisa de la entrada.

—¿Vamos?

—Vamos.

Entramos en una especie de *pub* enorme y Dani nos avisa de que podemos

sentarnos al final de la primera fila. Observo curiosa como en cada una de las sillas que han preparado hay un pequeño papel en el que está escrito el nombre de cada medio de comunicación. Me encanta encontrarme en un ambiente así, seguramente porque me gustaría que mi futuro fuera en esa dirección. Nos sentamos y poco a poco van llegando todos los cámaras y periodistas. Las luces se apagan y sólo se oye el murmullo de la gente. No puede ser..., esa camiseta negra no, hoy no. Ha salido acompañado de sus músicos y se sienta justo delante de mí. Sonríe y empieza con el concierto.

Disfruto tanto o más que con aquel primer concierto en Barcelona. Esto es algo más íntimo, apenas hay unas cincuenta personas. Además, hoy me canta a mí: noto como fija su mirada en la mía en repetidas ocasiones, y mi corazón está a punto de estallar de felicidad. Estoy impaciente por que cante *Encuentro*, que yo ya siento como «nuestra canción». Está tardando demasiado y empiezo a pensar que no va a hacerlo. Cuando creo que todo ha acabado, que *Quien*, una de sus nuevas canciones, ya es la última de la noche, veo como me mira con dulzura y empieza el arpeo de las cuerdas de su guitarra. Entorno un poco los ojos para dejarme llevar por la melodía sin perderme un detalle de su rostro. Me mira fijamente, adoro que lo haga.

*Lloro por ti, me ahogo en un sinfín de dudas
me duele el amor, me hieren tus palabras duras.
Apareces cada noche en mis sueños, descalza,
me duelen los enojos, me rompes el alma.*

Pablo agacha la cabeza al acabar la canción. Su emoción es palpable. Vuelve la mirada al frente y se pone en pie. Agradece a los medios el apoyo que le están brindando y sale acompañado de sus músicos. Marisa me avisa para que nos levantemos. La sigo, parece que vamos a una pequeña sala privada donde está él. Mi acompañante llama con dos suaves golpes a una pequeña puerta pintada de negro, de la que enseguida sale Pablo. Antes de que me dé cuenta, ella ha entrado y Pablo y yo estamos juntos y solos.

No tardo en sentir sus manos en mi cuerpo. Hemos andado hasta el pasillo. Me aferro a él rodeándole con mis brazos y acerco mis labios a su cuello tratando de besarle. Quiero seguir el juego que él mismo ha empezado. Oigo como un suave quejido sale de su boca y sonrío.

—Estás preciosa —me susurra.

Vuelvo con la tortura de besos, esta vez al otro lado, y noto como su respiración se acelera. Se encoge y resopla.

—Marina... —balbucea.

—¿Qué? —murmuro.

—Ven —me dice tomando mi mano—. Voy a presentarte a los chicos.

Cruzamos la puerta y veo que, aparte de Marisa y Dani, también están sus

músicos. Pablo suelta mi mano y me los presenta. Le doy dos besos a cada uno, me hace mucha ilusión conocerlos al fin. Hablo con ellos y veo como Pablo se acerca a abrir la puerta y entra una chica morena, muy alta y, cómo no, guapísima. Otra vez esa cara de tonto cuando habla. Pablo se apoya en el marco de la puerta y la sigue mirando.

Acaba la canción emocionado. Vuelve a mirarla y sonrío: está preciosa. Lleva un vestido blanco corto, muy corto, y no puede evitar ponerse nervioso. Desde que ha vuelto, siente sus emociones amplificadas; está más nervioso, inquieto, impresionable. Parece que las cosas se le empiezan a escapar de las manos. Cuando está con ella no existe nada más, pero cuando piensa en Raquel, se le cae el mundo encima.

Un escalofrío recorre su cuerpo al sentir como sus brazos le rodean con tanta ternura. Se acerca más a él, lo suficiente para ponerle nervioso. Desliza los labios por su cuello y advierte que su piel se eriza centímetro a centímetro. Un pequeño jadeo se escapa de su boca sin poder evitarlo.

—Marina... —susurra casi sin aliento.

—¿Qué? —le provoca ella muy cerca de su oído.

Encoge el hombro intentando juntarlo con la cabeza instintivamente. El cuello es su punto débil y, si ella sigue así, es consciente de que no podrá parar. Marina le lanza una mirada entre pícara y vergonzosa que desarticula su resistencia. Su dulce ingenuidad y esa manera tan inocente de provocarle pueden con él.

Pero ése no es el lugar ni el momento.

—Ven. —Venciéndose a sí mismo, Pablo se aparta de ella y toma aire con fuerza.

Se le ocurre que presentarla a los chicos es una forma de calmar su acelerado corazón. Así que la coge de la mano para que entre con él al camerino que le han preparado. Dani le avisa de que alguien pregunta por él y se acerca a la puerta. Es Pilar, una de las reporteras de *Andalucía Directo*. Trata de acordar con él una entrevista para el programa. Se conocen desde hace tiempo, desde que Pablo empezó a tocar y ella cubría sus conciertos en las pequeñas salas de Cádiz.

Hablan animadamente sobre el vuelco que ha dado su vida en tan poco tiempo, recordando los viejos conciertos en su tierra, cuando Marisa los interrumpe para avisar a Pablo de que tienen que marcharse ya si quieren seguir cumpliendo con la agenda.

Al llegar al minibús, se da cuenta de que Marina ya está sentada entre dos de sus músicos. Él se pone delante. No puede dejar de mirarla por el retrovisor, está muy guapa esta noche. Como el vestido es blanco y especialmente corto, su actual postura deja al descubierto su piel morena. Habla animadamente con Lucas y Ángel mientras acaricia con sus dedos las pronunciadas ondas que descansan sobre sus hombros. ¿Estará enfadada? Apenas le dirige la mirada y tampoco le habla. ¿Qué ocurre?

Llegan al restaurante y se adelanta para sentarse a su lado. Lucas se coloca frente

a ella y Marisa al otro lado.

—¿Estás bien? —le dice acercando la mano a su pierna, intentando que reaccione.

—Sí —le contesta escueta, sin apenas mirarle.

—¿Y entonces por qué no me hablas? —insiste.

—¿Me has dicho algo tú? —le replica evasiva.

—¿Por qué no me miras?

—¿Tengo que hacerlo?

—Hombre, si te estoy hablando... —le dice molesto al ver su actitud.

Como no añade nada, Pablo vuelve a la carga.

—¿En qué piensas?

—En que esa camiseta negra debería estar prohibida —comenta de forma imprevista.

—¿Qué? —murmura desconcertado.

—Lo que has oído —afirma con rostro inexpresivo.

Se queda callado. No entiende su comportamiento. Primero le ignora y de pronto le adula.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

En respuesta, ella sonrío y desvía la mirada al frente.

Se pasa parte de la cena, por no decir toda, hablando con Lucas, y eso le desquicia. Juega con su pelo enredándolo entre sus dedos, como antes, pero esta vez se le antoja que lo hace de manera más *sexy*. Le confunde.

Al acabar la cena, los chicos proponen seguir la fiesta en algún *pub* o local de la ciudad, así que de nuevo se desplazan hasta allí. Pablo se las ingenia para que ella entre en el vehículo la primera y así poder acomodarse a su lado, solos, en los dos últimos asientos de atrás. La puerta se cierra y vuelve la mirada a su rostro. Ella sigue esquivándose, parece que el paisaje de la ventana le atrae más que él. Desliza suavemente la mano sobre sus piernas y las acaricia.

—¿Te he dicho ya lo preciosa que estás esta noche? —le susurra acercándosele hasta casi rozar su cuello.

—¿Para decirme esto querías sentarte aquí conmigo? —le pregunta ella arrogante.

Se separa de ella al instante y la mira extrañado. «¿Pero se puede saber qué le pasa?», piensa, pero se calla.

—Vaya... —Vuelve la mirada al frente y ve como Marina estira los brazos tratando de llegar hasta donde está Lucas. La frena, sosteniéndole el brazo—. ¿Qué pretendes? —le dice secamente.

—Ay, Pablete, pero qué pesado estás hoy —murmura dulcemente besándole la mejilla.

Él sigue serio.

—¿Qué estás haciendo, Marina? ¿Te pasa algo?

—¿A mí? Nada. Sólo intento llevarme bien con los chicos.

—Claro, pero ¿y yo? —le dice acariciándole los muslos otra vez.

—¿Tú? —pregunta sonriente—. Oh, claro, que Raquel está en Los Ángeles, y tú aquí solito...

La puerta del coche vuelve a abrirse y empiezan a bajar todos.

—Bueno..., ¿bajamos también nosotros o no? —le pregunta Marina intentando que le deje pasar.

Pablo, petrificado por sus anteriores palabras, reacciona, desciende del minibús y la ayuda a salir.

Entran en una discoteca de la ciudad. El personal de seguridad les acomoda en el primer piso y toman asiento en uno de los sofás. Lucas se ofrece a ir a pedir las bebidas y Pablo se levanta para acompañarle.

—No veas cómo está Marinita —le dice el músico apoyado en la barra.

—Ni tocarla —le espeta serio.

—Perdona, no lo sabía.

—¿No sabías el qué? —pregunta Pablo con suspicacia. Sigue mirándole con cara de pocos amigos.

—Que fuera algo tuyo...

El comentario de Lucas le produce la misma sensación de rabia y desconcierto que le ha hecho sentir Marina al hablarle de Raquel. Durante unos segundos, vacila antes de contestar:

—Sólo quédate al margen. —Y dando por zanjada la conversación, coge las copas y se encamina de nuevo arriba.

Sigue allí sentada, para su tranquilidad, hablando con Marisa. Le tiende su vaso y vuelve a ponerse a su lado, protegiéndola de posibles miradas, como si fuera su mismísimo guardaespaldas. La música retumba en sus oídos y es incapaz de entender de lo que están hablando. Finalmente, ambas se levantan y bajan a la pista para bailar. Los chicos siguen entretenidos en una animada conversación, él se pone de pie y se apoya en la pequeña barandilla para ver por dónde sigue Marina. Y allí está, bailando con Marisa. Su tranquilidad tarda poco en romperse: un tipo se le acerca y baila mirándola como si fuera un trozo de carne. No se lo piensa un segundo, baja las escaleras deprisa y se acerca hasta ellos.

—Eh, tú, fuera —le dice.

—¿Qué? —le responde el otro.

—Que te largues, fuera, vamos —insiste.

—Sí, claro, ni que fuera tu novia.

—Lo es —exclama sin pensar—. ¡Así que fuera! —grita.

El hombre abre los ojos de par en par y retrocede temeroso sin dejar de mirarle. Vuelve la vista al frente y sorprende a Marina mirándole con ternura.

—¿Se puede saber qué le has dicho para que se vaya? —pregunta acercándose a él para que pueda oírla.

—Nada, se ha ido y ya está —le miente.

Ella le dedica una sonrisa y empieza a moverse a su alrededor, siguiendo el ritmo de la música. Le coge los brazos y los acerca a ella para que la rodee. Están muy cerca el uno del otro, tal vez demasiado. Empieza a sentir como sus movimientos le rozan una y otra vez. El calor invade su cuerpo y su razón le alerta de que debe marcharse. Quiere y desea seguir ese juego, su cabeza empieza a darse por vencida dejando que sus incontrolables impulsos ganen. Entonces, con esfuerzo, araña en la poca consciencia que le queda en ese momento y logra zafarse de sus brazos, volviendo de nuevo al sofá.

Ahora es Lucas. Ha vuelto al sofá y habla con ella en una de las esquinas. Pablo sigue nervioso, atento a cada movimiento, pero tanta risa y acercamiento le están sacando de sus casillas, así que decide bajar a por una copa en la que ahogar sus penas.

Pide en la barra y sale con la copa al exterior, para tomar algo de aire, a ver si así se le aclaran las ideas.

—¡Pablo! —oye al fondo, se da la vuelta y la ve, es Pilar, la periodista de antes.

—¡Pilar! ¿Qué haces por aquí?

—Pues he venido de fiesta, como tú, supongo, ¿no? Es el mejor lugar de Sevilla para tomar copas.

Él sonrío y se acerca a ella para saludarla.

—Pues encantado de volver a encontrarte, preciosa.

—¡Habló el feo!... —murmura soltando una carcajada, que le contagia.

—¿Así que dices que es el mejor lugar de Sevilla para tomar copas? —pregunta empezando a tramar algo. Ella asiente y él sonrío malicioso—. ¿Te apetece tomarte una conmigo?

Ella acepta, entran juntos hasta la barra y se sientan en dos taburetes.

—Y ¿eres de aquí, Pilar? —le pregunta apoyando, como por descuido, una mano en su rodilla.

—No, soy de Jaén, pero me han mandado aquí a cubrir la firma de discos y la presentación —balbucea nerviosa observando como él mantiene el contacto.

—Vaya, pues me alegro —le dice sonriente—. Espera, tienes algo aquí... —Acercas la mano a su rostro y le acaricia suavemente el labio con su dedo mientras la observa detenidamente y sonrío. Luego levanta la mirada hacia donde está su grupo, sin dejar de acariciarle la comisura de la boca.

El móvil de la chica la alerta y ve como se aleja unos metros de él para hablar. Pablo vuelve otra vez la vista arriba y su mirada se cruza con la de Marina. Baja los ojos y sonrío malicioso. Parece que le está saliendo bien la jugada. Pilar regresa y toma asiento de nuevo a su lado.

—¿Ya te marchas? —pregunta—. Quédate un rato más y luego te llevo a donde quieras —le dice él acercando el taburete de ella al suyo. Vuelve la mirada al lateral, pero enseguida siente como unas manos le devuelven a su posición anterior.

—¿Estás aquí o allí? —le dice ella coqueta. Suelta una pequeña carcajada y lo mira con picardía.

—Así, ¿te quedas? —pregunta acariciándole la otra pierna.

—Si bebes conmigo —susurra ella provocativamente rozando con un dedo el filo

de su copa.

—Me muero de sed —le sigue el juego él acercando la mano a su cuello y paseando su índice por él.

El barman trae los dos *whiskies* dobles que Pilar ha pedido. Antes de que pueda dar un trago, la mano de Marisa, sobre su hombro, le sobresalta.

—Pablo, nos vamos ya todos al hotel, ¿vienes?

—Voy en un rato, estoy hablando con Pilar —afirma desviando la mirada hacia Marina, que acaba de llegar. Ante su expresión, vuelve a posar su mano en la pierna de la periodista.

—Pablo... —insiste Marisa amenazante.

—He dicho que estoy con Pilar —vuelve a decir mirando a la muchacha.

—Está bien, nos vemos mañana —concede finalmente su agente tirando de Marina.

Pablo la sigue con los ojos hasta que desaparecen por la puerta del local. Vuelve la mirada a Pilar y aparta la mano de su pierna.

—Pilar, yo... —Quiere marcharse. Ya no tiene sentido seguir con el juego de celos.

—Me has prometido que beberías conmigo. ¿La última? —le dice antes de tomar de un trago el contenido del vaso. Le apremia para que haga lo mismo.

Al dejar la copa en la barra la mira serio.

—Pilar, tengo que irme...

—Dos más dobles, por favor —le interrumpe ella dirigiéndose al camarero.

Vuelven los vasos llenos, Pablo coge el suyo y lo apura precipitadamente, tiene prisa por salir de allí. Deja la copa vacía con un golpe seco y mira a su acompañante, desorientado. Está algo ebrio. Pilar se levanta decidida, abandonando su copa a medias en la barra. Se acerca a él con cuidado y roza su cuello con suavidad.

—¿Me acompañas al hotel? —murmura antes de posar los labios en su cuello.

Él suspira casi jadeante. Se levanta de golpe, aunque se le va el cuerpo. No es capaz de andar por sí mismo, y ella le rodea con sus brazos y tira de él para salir de la discoteca. Deja un billete sobre la barra y le ayuda a subir las pequeñas escaleritas de la puerta.

Cogen un taxi que ha parado Pilar, ninguno de los dos está en condiciones de caminar. No le ha soltado todavía, le tiene pegado a su cuerpo, sentados en el mismo asiento los dos. Parece que segundos después reacciona. Se acerca a ella y hunde la nariz en su pelo, aspirando con fuerza. Sin soltarla, pasa la mano por su espalda hasta que llega a su nuca y tira de su pelo con fuerza para acercarla a él. La vuelve loca su desenfreno y le besa con pasión, y él se deja llevar por su boca, olvidándose del mundo. Salen del taxi sin dejar de comerse el uno al otro. Pablo para de golpe al entrar en el *hall* del hotel y avanzan hasta el ascensor.

—Subo contigo —le dice serio, y ella calla.

La espera se hace eterna. Pablo no articula palabra. No para de mirar hacia un

lado y hacia otro. Son las cuatro y media de la madrugada y, por fin, el ascensor abre sus puertas. Entran y ella se acerca para pulsar el botón, su habitación está en la planta nueve. Las puertas vuelven a cerrarse. De golpe la siente de nuevo rozando su piel. Se encuentra entre su cuerpo y la pared del ascensor, y vuelve a besarla como un auténtico loco, sin medida. De pronto, Pilar aprieta el botón rojo de *stop*. El ascensor da un fuerte golpe y caen al suelo, Pablo sobre ella, pero logra frenar el impacto con sus manos. La mira ansioso, puede ver en sus ojos la lujuria, el ardiente deseo que siente por ella. Enseguida recorre de nuevo sus piernas con la mano. La sube despacio y la introduce en su vestido, empujándolo hacia arriba. Está serio, terriblemente serio. Se acerca a su rostro y mordisquea sus labios con cuidado. Gruñe y vuelve a mover su mano para subir todavía más el vestido. Sigue devorando su boca, no ha dejado de hacerlo, pero ahora ha logrado librarse del vestido y ella ha conseguido quitarle la camiseta. Succiona su labio inferior con suavidad y luego desciende de nuevo hasta su cuello. Vuelve a gruñir, esta vez con la respiración entrecortada, y ahoga un gemido en su pelo.

—Marina... —jadea sin aliento.

Le despierta un fuerte y brusco dolor de cabeza. Araña la sábanas con las manos, intentando desperezarse, mientras la luz que entra por los grandes ventanales de la habitación le fustiga evitando que pueda abrir los ojos. Enseguida cae en la cuenta de que se encuentra casi desnudo; lo único que cubre su cuerpo es la ropa interior. Algo aturdido todavía, intenta levantarse para averiguar qué hora es. Un momento. Ésa no es su habitación, seguro. «¿Dónde estoy?», piensa.

—Buenos días, dormilón —le dice Pilar provocándole un fuerte sobresalto.

Se gira para descubrir de quién se trata y abre los ojos de par en par. Pilar..., la periodista de ayer... Está semidesnuda, sólo la cubre una pequeña toalla de baño. «No me digas que...», piensa. Intenta rasgar de su mente los recuerdos de ayer por la noche, pero, nada..., su memoria sólo le permite rebuscar hasta que Marisa y Marina se marcharon de la discoteca.

—¿Es que no vas a decirme nada? —le susurra acercándose a su cuello.

Él la frena enseguida encogiéndose de hombros.

—Bu-bu-buenos días —balbucea.

No recuerda nada de lo que pasó, y no se atreve a preguntar..., por si acaso. ¡Dios mío! ¡Marina! Su imagen le viene a la cabeza.

—No, por favor..., otra vez no... —murmura.

No quiere perderla. Se pone terriblemente nervioso y se encierra en el baño intentando huir de Pilar, no quiere que vuelva a tocarle. Su única intención era que Marina se molestara un poco. Pretendía ponerla celosa para que le dijera de una vez cuáles son sus sentimientos hacia él, si ella siente lo mismo que él. Pero su plan se le ha ido totalmente de las manos. Y ahora, escondido en el lavabo de una semidesconocida, le horroriza pensar que Marina se haya enterado de lo que ha pasado..., bueno, de lo que probablemente ha pasado entre Pilar y él.

Se echa agua fría en la cara y sale del baño algo más tranquilo: esa chica no tiene la culpa de nada, fue él el que desencadenó todo eso con sus provocaciones continuas para poner celosa a Marina. Se acerca a ella. Está sentada en la cama, ya vestida, gesto que agradece. Se sienta a su lado y acaricia su pelo suavemente.

—Pilar, yo... —intenta excusarse.

—Lo sé, Pablo, lo sé —le dice—. La culpa es mía... Debí haber entendido tus miradas a esa chica. Insistí para que te quedaras y...

—Lo siento, de verdad.

No sabe qué decirle. Diga lo que diga, ella no tiene la culpa, sino su estúpido orgullo, y lo sabe. Si quería que Marina le dijera lo que siente por él, debería haberle

preguntado. Ese juego de niños ha acabado mal y teme que ocurra lo peor.

—Si te quedaste dormido como un «peque»... —se ríe ella.

—¿Cómo? —le dice desconcertado.

—Pues eso, que llegamos a la habitación y, cuando me metí en el baño un segundo, te quedaste dormidito.

Pablo suspira algo más tranquilo.

—Entonces no pasó... —balbucea.

—No pasó nada —le corta—. Te quité los pantalones para que estuvieras más cómodo.

—Lo siento, de verdad. Me he comportado fatal contigo. Lo último que quiero es que pienses que soy...

—No tienes que preocuparte por nada. Creo que eres tal y como pensaba. Un amor. Insisto. Me puse pesada, bebimos demasiado y... —Él sonríe—. ¿Bajamos a desayunar? —pregunta Pilar de sopetón, es evidente que es lo único que se le ha ocurrido decirle en ese incómodo momento.

Asiente y se levanta para cubrir con la camiseta su torso todavía desnudo.

Abre la puerta de la habitación y recula rápidamente al descubrir que se encuentra en el mismo hotel en el que se aloja el equipo y... ¡Marina! Vuelve a entrar y cierra la puerta de golpe. No puede creer lo que ve... Marina acaba de salir de la habitación de al lado. Su corazón se acelera y un sudor frío invade su cuerpo. ¿Y si ayer vio algo?

—Pablo, ¿no desayunamos? —murmura Pilar.

—Sí, sí, pero déjame que vaya a preguntar si nos pueden subir el desayuno, así estamos más tranquilos —miente intentando evitar que baje al comedor.

—Como quieras, te espero aquí entonces.

Menos mal que accede..., no quiere ni imaginar la cara de Marina si baja a desayunar con ella.

Se encamina tenso hasta el restaurante del hotel, imaginando que ella ya estará allí. El ascensor tarda más de lo que espera, así que decide tomar las escaleras y no perder la calma un minuto más. La primera imagen que se encuentra al llegar abajo es la del equipo desayunando junto con ella. Parece relajada, tranquila. Habla con Daniel risueña. ¿Será que no sabe nada? Su actitud le pone, si cabe, más nervioso todavía. Se adentra en el comedor y avanza hasta la mesa, intentando esbozar una sonrisa, intentando reflejar toda la tranquilidad que le falta.

—Buenos días, dormilón —le dice Marisa.

Se sienta en la mesa sin dejar de mirarla, intentando descifrar lo que le dicen sus ojos.

—Déjale que duerma, pobre hombre, que esta noche ha debido de ser movidita —bromea Lucas.

Deja de mirar un segundo a Marina para lanzarle una mirada amenazante al bocazas de turno. Vuelve la vista a ella y sigue como si nada, a pesar de lo dicho.

—¿Hasta mudo te ha dejado la chica? Pues no me quiero imaginar yo..., madre

mía —comenta Ángel.

Trata de contener las ganas de matarle allí mismo.

—Cállate —le espeta.

—Vaya..., que la cosa no fue del todo bien, ¿no? —sigue Lucas.

—¿Os queréis callar de una vez? —Le encienden por momentos...

Marina sigue bromeando con Daniel, no entiende nada. Aunque no le ha dirigido la palabra todavía, no parece enfadada, ¿o sí?

—¿Volvisteis en taxi? —le dice. Sabe que es una pregunta absurda, pero no sabía qué más comentar para comprobar su estado.

Asiente y sonrío tranquila.

—Y no veas con el taxista, no dejaba de insultar a todo el que pasaba. Esto de estar en Sevilla es un espectáculo, ¿eh, Marisa? —le responde riendo.

Pero... ¿cómo? No logra entender cómo se lo ha tomado tan bien.

—Pablo, creo que tu chica ha bajado a buscarte —le anuncia Pedro.

¡Se había olvidado por completo! Se levanta de golpe y se acerca a ella despacio.

—Pablo, lo siento, es que no subías y pensé que te había pasado algo..., yo no quería... —le habla nerviosa, muy nerviosa.

—Eh, tranquila, tranquila, es culpa mía, me despisté al encontrarme con los chicos. No sabía que estábamos en el mismo hotel. Ven, ven a desayunar —le dice ofreciéndole asiento a su lado en la mesa.

No tiene más remedio. Marina sigue con la misma cara relajada de antes y le enfurece por momentos esa actitud pasiva que tiene.

—Chicos, os presento, ésta es Pilar, y ellos son Pedro, Lucas, Ángel, Darío, Marisa, Manuel y Marina.

Se sienta a su lado y todos la saludan afectuosamente. Sí, Marina también.

Es ilógico. Por mucho que no haya pasado nada con ella, Marina no tiene ni idea, y lo más probable es que piense que sí ha pasado algo. Además, por si no tuviera bastante, se lo está restregando en toda su cara y ni se inmuta. En cambio, el día del videoclip, que él tenía que hacer lo que le decían los productores, se puso como una furia. Inexplicable.

—¿Tienes algún disco por ahí para firmarme? Ayer se me acabaron —murmura Pilar avergonzada.

—Marina —la llama—. Pilar me ha pedido un CD, pero por aquí no tengo ninguno. ¿Podrías darle el que trajiste a la firma de ayer?

—Oh, Pablo, no te molestes, de verdad —balbucea Pilar algo incómoda.

—No, no, quiero que tengas el CD, y a Marina ya le daré yo otro —le dice acariciándole el pelo.

—Claro que no, no me importa. ¿Subes conmigo y te lo doy? —propone Marina alegremente.

¿Es posible esto? Pero cómo puede ser que actúe así. Es incapaz de entenderlo.

—Claro, te acompaño luego —acepta ella.

Todos terminan de desayunar y Pilar acompaña a Marina arriba. Trata de subir con ellas, pero Marisa le detiene, debe recoger sus cosas. Hoy mismo vuelven a Cádiz. Sube rápidamente a la habitación para dejarlo todo listo y sigue dándole vueltas a lo que acaba de ocurrir allí abajo. ¿Se puede saber qué bicho la ha picado ahora? ¿No le molesta que esté con otra delante de ella? ¿Le da igual saber lo que pasó ayer?

Acaba de cerrar la maleta cuando oye que alguien llama a la puerta. Se acerca pensando que será Marisa apremiándole para que baje cuanto antes, pero para su sorpresa es ella, Marina.

—Hola, Pablete, ¿bajas? Marisa me ha dicho que, si no te das prisa, te dejan aquí... —le dice bromeando.

—Sí, sí, ahora voy, acabo de cerrar la maleta —contesta aturdido.

Sigue con esa maldita actitud, a pesar de que ahora ya están solos.

—Pues va, que te espero —le dice apoyándose en el marco de la puerta.

En cuanto tiene lista la maleta, salen de la habitación y entran en el ascensor, que empieza a descender.

—¿Es que no vas a decirme nada? —le espeta furioso.

—¿Nada de qué? —le responde serena.

—De Pilar, de lo que pasó ayer, de tu actitud; ayer y hoy —suelta de golpe.

—Aaaahhh, sí —exclama entre risas—. Que me debes un CD, y que espero que tengas una buena excusa que darle a Raquel —su tono es jocoso—, porque si no...

¿En serio acaba de decir lo que cree haber oído? Pablo está tan descolocado que no sabe si reír o llorar... Cuando cree que por fin está llegando todo al punto que desea con ella, la realidad vuelve a golpearle con contundencia para que entienda que nunca va a ser suya.

No soy consciente todavía de lo que acaba de ocurrir allí dentro. Mi mente divaga entre un sinfín de imágenes de Pablo con aquella desconocida. Mi autoestima hace horas que cayó al suelo, y ahora la tengo entre mis brazos, tratando de curarla para aliviar mi angustia. Debo reprimir las lágrimas si no quiero delatarme ante Marisa. Por suerte, el taxista anima nuestro traslado al hotel.

—¿Estás bien? —me pregunta Marisa, ya en el ascensor.

—Sí, necesito dormir, eso es todo. Estoy cansada del viaje, las horas de espera para la firma, el concierto... —intento ocultar lo que siento, no quiero dar el espectáculo.

—Ya, claro, es normal.

Sé que sabe lo que me ocurre, las dos lo sabemos, pero ninguna se atreve a decir nada. Las puertas del ascensor vuelven a abrirse y me despido.

—Buenas noches, nos vemos mañana.

—Buenas noches, Marina. Descansa, intenta dormir —me dice guiñándome el ojo.

Sonrío y salgo en dirección a la habitación.

Camino con paso acelerado deseando llegar cuanto antes. Mis ojos estallarán en lágrimas de un momento a otro y no quiero hacerlo allí. Intento abrir la puerta con las manos temblorosas por culpa del estado de nervios en el que me encuentro. Las llaves caen al suelo y consiguen que me desplome junto a ellas. Siento un fuerte dolor en el pecho que me oprime y me consume. Trato de coger las llaves palpando el suelo con las manos, mis ojos llorosos no me dejan ver con claridad. Siento como alguien se acerca a mi lado y me da las llaves, ayudándome a levantarme.

—Marina, ven, vamos a mi habitación. Tranquila.

Esa voz es más familiar de lo que pensaba... Al levantar la mirada me encuentro a ese hombre dulce y cariñoso que sólo desea calmarme. Sumida en el llanto, me dejo llevar por él siguiendo sus pasos y abrazada a su cuerpo. Me pierdo en sus brazos encontrando en ellos el calor que necesito. Me aferro con fuerza a él y avanzamos hasta el interior de su habitación.

—Venga, mujer, no llores más, por favor, no quiero verte así —me dice acurrucándome contra su pecho mientras me sienta en la cama.

Mi llanto es cada vez más sonoro y jadeante. Siento como las lágrimas me ahogan poco a poco.

—No te pongas así, Marina. Las cosas hablando se aclaran. No se lo tengas en cuenta, estáis los dos muy nerviosos con toda esta situación.

Me acaricia la espalda suavemente y acerca la mano libre a mi rostro para secar mis lágrimas. Entiendo con lo que me dice que sabe más de lo que me imagino de toda esta historia. Y así, sosegándome poco a poco, me quedo profundamente dormida.

Al despertar, noto un intenso aroma a café recién hecho. Abro los ojos, algo hinchados todavía por el llanto de anoche. Vislumbro la silueta de un hombre que se acerca a mí y recuerdo lo que pasó ayer.

—Buenos días, guapa. ¿Más tranquila ya? —pregunta tendiéndome una taza. Asiento y tomo un sorbo del humeante café—. Pensé que te reconfortaría un poco de café, así que he pedido que nos lo suban antes de bajar a desayunar.

Sonrío y le doy un sorbo mientras me incorporo para levantarme de la cama. Sigo con la ropa de ayer, menos mal que no le ha dado por desnudarme y meterme en la cama...

—¿Vamos? ¿O quieres pasar por tu habitación para cambiarte?

—Voy a mi habitación... No sería muy normal que me vieran con la ropa de ayer. No es muy lógico, vamos —le digo dejando el tazón en la mesa.

Me encuentro tensa, no dejo de sentir que esa situación es un tanto extraña, pero le estoy eternamente agradecida. Si no hubiera sido por él, no sé qué hubiera pasado...

—Gracias por todo, Lucas. Yo...

—Eh, Marina, no tienes que agradecerme nada. —Sonrío y le abrazo con cariño—. No dejes que las cosas sigan así. Debéis hablar. —Me separo un poco de él y asiento mirándole a los ojos. Desliza sus dedos por mis mejillas y posa su índice en mi mentón para que no deje de mirarle—. Pero que estés enamorada de él no significa que tengas que aguantar nada de esto. Sea Pablo o sea George Clooney. —Ha dicho la palabra..., esa palabra que ni yo misma me atrevo a pronunciar.

—Lucas, yo... yo no estoy...

—No has de ocultarlo más. Lo sé, bueno, lo sabe medio mundo... Y si él no es capaz de darse cuenta... Está claro que tú tampoco le eres indiferente. —Me mira apenado, sin dejar de recorrer mi rostro con sus manos—. Has de ser fuerte y demostrarle que esto te afecta menos de lo que él piensa. Lo hace por eso, Marina. Lo ha hecho precisamente por eso.

Tiene toda la razón. Debo ser fuerte. O se aclaran las cosas, o no puedo dejar que todo siga igual, porque me duele.

Después de pasar unos momentos horribles durante el desayuno y de recoger mis cosas, me encuentro de nuevo en el *hall* del hotel. He intentado hacer el papelón de mi vida ante él, y aunque no ha acabado de salirme del todo mal, y creo que se lo ha tragado, no dejo de estar enfadadísima y decepcionada con Pablo. A pesar de que intento hacerme la fuerte, el dolor me quema por dentro. Pero ¿cómo se le ocurre pedirme que le dé mi disco firmado a ella? No soy capaz de entender cómo a veces puede ser tan cínico.

No pensé que la cosa acabara así. Parece que mi juego lo ha truncado todo, y él ha acabado con Pilar en su habitación. No puedo creer cómo ha podido llegar tan lejos. Y por si no tuviera bastante, la trae a desayunar, ¿para qué? ¿Para restregármelo en la cara?

Tras una breve y cortante conversación en el ascensor con la «amiguita» de Pablo, a quien le doy mi CD sin mirarle a la cara, volvemos junto al equipo. Deben marcharse todos a Cádiz, por la última firma, y los chicos me piden que vaya con ellos. Parece que les he caído bien y quieren que los acompañe para amenizar lo que les queda de promoción en España. Marisa está de acuerdo y me lo hace saber. Ellos insisten en que los acompañe, pero no creo que sea lo mejor en este momento. Y es que, sí, estoy aparentando ser la mujer más fría que pueda existir en este mundo, pero no soy así, aunque me gustaría; me encantaría ser capaz de deshacerme de ese dolor que me consume.

—Ven a casa —me dice Lucas devolviéndome a la tierra.

—¿Qué?

—Que vengas a Cádiz con nosotros y que te quedes en mi casa, tengo dos habitaciones y vivo solo —me explica ante la atenta mirada del resto del equipo.

—Yo... —No tengo la más mínima idea de lo que debo hacer. No podré aguantar mucho tiempo fingiendo una indiferencia que no siento, no voy a ser capaz de actuar veinticuatro horas al día.

—Venga, Marina, no te hagas más de rogar, anda, ven a Cádiz, va —me pide Pedro—. No sabes cómo nos ayuda a ensayar tener a alguien a quien le guste la música como a ti, que nos pueda dar una opinión externa, que rompa con la monotonía.

Sonrío y miro a Lucas de nuevo.

—¿Y bien? —insiste.

Asiento y los chicos me abrazan dejándome prácticamente sin aliento.

—Me vais a matar.

Intento zafarme de sus cuerpos y me abrazo a Lucas con fuerza. Le agradezco en un susurro todo lo que está haciendo por mí.

Pablo, sin decir nada, no ha perdido detalle de todo lo ocurrido. Su acompañante ha desaparecido como por arte de magia, así que por lo menos no tengo que aguantar verlos juntos. Camino al lado de Marisa hasta la furgoneta y me acomodo en uno de los asientos. Estoy decidida a soportar cualquier inconveniente que me depare el viaje. Pablo, que descansa a mi lado, me ha lanzado un par de miradas. Seguro que se muere de ganas de decirme que no pinto nada con su grupo en Cádiz, que debería haber rechazado su oferta, pero durante los primeros minutos del camino, la conversación fluye con los demás sin que él intervenga. Hablo animadamente con todos y él parece haber entrado en otra dimensión que no consigo comprender.

Poco a poco, el cansancio y el traqueteo del furgón van adormilando a todos los chicos, y me quedo pensativa analizando todo lo ocurrido en las últimas horas.

—Gracias por venir. Quería que vinieras. Le dije a Marisa que te convenciera. — Pablo habla bajo para no despertar a sus compañeros. Sonrío para tratar de suavizar la situación—. Quiero que vengas a casa —me dice. Vuelvo la cabeza hacia él y le miro seria—. Quiero que vengas a casa, por favor —repite.

—Es que Lucas... —intento decirle, pero me corta.

—Lo sé, pero te estoy pidiendo que vengas conmigo a mi casa, por favor —su tono ha cambiado, su voz suena ahora más aterciopelada, más dulce. Intenta convencerme.

—Pero, Pablo...

—Por favor —vuelve a cortarme—. Mi familia te adora y les encantará que vengas unos días a casa. Además, todavía tenemos una conversación pendiente.

Sé que si acepto estaré perdida. Si ya creía muy difícil fingir las pocas horas que pasaría con Pablo y el equipo, estar con él casi todo el tiempo lo va a hacer imposible. No tendré fuerzas para simular tanto tiempo. Además, mi mayor temor vuelve a invadirme: me quedaré sola con él y no sé qué pasará entonces. Hasta ahora he intentado hacerme la fuerte, pero con él, a solas, se me olvida el mundo entero, y temo arrepentirme de lo que pueda ocurrir.

—Marina... —me apremia al ver que no contesto.

—Claro, iré contigo. —Esas tres palabras me condenan.

Respira tranquilo al escuchar esas tres palabras. Cuando le oyó aceptar la invitación de Lucas, pensó que todo se había acabado.

El incómodo silencio reina en el furgón que los lleva a su tierra. El tiempo parece pasar más despacio. Los chicos y Marisa se han quedado dormidos, y Dani conduce. Marina sigue pensativa a su lado, le preocupa que pueda estar dándole vueltas a lo que ha pasado con Pilar, por mucho que parezca tranquila, pero no sabe cómo afrontar el tema con ella. Entiende que ése no es el momento ni el lugar adecuados para hacerle saber la verdad. Trata de hacerse el dormido, aunque de vez en cuando abre los ojos para intentar adivinar lo que esconde su mirada.

Después de lo que le parece una eternidad, las dos horas y pico de trayecto se completan y entran en el área de Cádiz. La primera parada es la casa de Pablo.

—Marina, ¿dónde vas? —pregunta Lucas desperezándose, al ver que ella baja del minibús con el cantante.

Pablo maldice un millón de veces que su compañero se haya despertado justo en ese momento.

—Lucas, yo... Pablo... —intenta contestar ella trabándose con sus propias palabras.

Lucas baja de la furgoneta y se acerca a Marina con rapidez.

—Marina, ¿estás segura? Después de lo que hablamos anoche...

«¿Anoche? ¿Que hablaron anoche? Creo que me he perdido algo», piensa Pablo.

—Lo sé, no te preocupes, todo va a estar bien. —Marina sonrío y le acaricia la cara.

«¿Qué está ocurriendo aquí?». No entiende nada, pero le molestan las confianzas que está tomando Lucas con ella.

—Sabes que puedes venir a casa o llamarme y estoy aquí en dos segundos para venir a buscarte, ¿vale? Y si cambias de idea, no dudes en decírmelo —insiste Lucas.

Sus palabras le enfurecen todavía más y decide tomar cartas en el asunto.

—Marina se va a quedar en casa como siempre, no hay nada por lo que preocuparse —asegura.

—Pablo, entra, por favor, ahora voy. —El tono de ella es tajante.

Acepta a regañadientes y mira por última vez a Lucas intentando hacerle entender que la deje en paz, que se está metiendo donde no le llaman.

Entra al jardín y aguarda en la puerta. Observa como siguen hablando un par de minutos más y sellan la escena con un abrazo. Lucas se queda frente al coche despidiéndose con la mano, mientras ella camina hacia él.

—¿Vamos? —le dice seria al llegar.

Pablo asiente y abre la puerta de su casa.

—Mamá, papá, ya estoy en casa, y vengo acompañado —grita entrando en el salón.

Su madre aparece por la puerta de la cocina y se sorprende al ver a Marina.

—¡Cariño! ¡Marina! ¡Qué alegría teneros de nuevo por aquí!

Ambos sonrían y reciben un cálido abrazo de Marie.

—¡Tío Pa, tío Pa!

La pequeña de la casa les ha oído también y corre gritando hasta llegar a las piernas de su tío. Se abalanza sobre ellas y las estrecha con fuerza.

—¡Princesa! —le dice cogiéndola en brazos.

—Te he echado de menos, tío Pa.

Le encanta esa forma tan tierna que tiene de llamarle.

—Yo también, princesa.

Se gira y ve como Marina los mira sonriente.

—Pa, ¡has venido con Marina! ¡Qué bien! —grita la pequeña, arrancándole una sonrisa.

Pablo acaricia el pelo a la pequeña y mira de reojo a Marina. Puede comprobar como sus mejillas han adoptado un tono ligeramente rojizo.

—Hola, pequeña —le dice acercándose a Sarita, que se escapa de los brazos de Pablo y se lanza a ella. La acoge con dulzura, estrechándola con cuidado.

Toda la familia los recibe con especial afecto. Se alegran de que Marina vuelva a casa, y Marie se apresura en preparar la habitación para que pueda quedarse allí. Pablo sube las dos maletas que traen y pasan la mañana con los suyos hablando del nuevo disco de él y de los exámenes de ella.

Sabe perfectamente que su madre está encantada de tenerla allí. Marie es una mujer muy cariñosa y acogedora, y le encanta tener invitados en casa. Además, parece que Paula, su hermana, cada vez le tiene más confianza, y hablan como si fueran dos amigas que se conocen de siempre.

Marie se adentra en la cocina para preparar algo de comer, seguida por Paula, Sarita y Marina, y él aprovecha para bajar al estudio y tratar de componer algo en aquel mar de dudas que tiene en la cabeza. Se ha dado cuenta de que Marina lleva toda la mañana evitando quedarse con él a solas.

Como siempre, su guitarra le serena y le ayuda a aclarar las ideas. Está convencido de que, si no arriesga, la perderá, y su corazón le ayuda a descifrar lo que aguarda.

—Señorito, ¿puedo? —bromea Marina asomándose por la puerta.

—Claro, pasa —le dice serio.

—Sólo vengo a decirte que ya está la comida. —Sigue en la puerta.

—Vale, voy, pero ven, pasa. Quiero comentarte algo.

—Pablo, luego hablamos. La comida se enfría.

—¿Es que vas a seguir castigándome? —lo suelta así, sin más. Es lo primero que le viene a la cabeza..., lo que lleva pensando todo el día.

—¿Yo te estoy castigando? —murmura sorprendida.

Pablo suspira exasperado.

—Tienes razón, la comida se enfría, vamos a comer. —Se levanta con brusquedad. Tal como están las cosas, la conversación pendiente se alargaría mucho y no es el momento, su madre bajaría a buscarlos para comer.

Sale del estudio y camina seguido por ella hasta la mesa.

La comida transcurre tranquila y pasa la tarde en el estudio intentando olvidar el desencuentro de antes. Marina sigue en el salón, hablando con su madre. Sabe que tarde o temprano tendrá que afrontar esa conversación pendiente, pero con su familia merodeando por casa la oportunidad no se presenta. La puerta interrumpe de nuevo sus pensamientos. Es Paula.

—Ha pasado algo, ¿verdad? —Deja de mirar la guitarra para centrarse en ella. Asiente y vuelve a las cuerdas—. La quieres. —Sus palabras se clavan en su mente y siente como una fuerte presión se apodera de su pecho.

—Lo he estropeado todo... Ahora que parecía que las cosas podían acabar bien —murmura abatido. Paula se acerca y le abraza con ternura—. No sé qué narices se me pasó por la cabeza, yo sólo quería darle un poco de celos para intentar descubrir sus sentimientos... Pero... se me fue de las manos, y aunque no pasó nada, ella cree que sí.

—Te quiere, no tienes que descubrir nada. Está enamorada de ti. Lo sé desde el primer día que la vi. Esos ojos no mienten, por mucho que haga o diga. —Pablo mira dubitativo a su hermana y ella le sonrío—. Pablo, entiendo que estés acostumbrado a desconfiar con la mujer que ahora mismo tienes al lado, pero que una sea así no quiere decir que todas lo sean. Marina es un encanto. Trata de hacerle saber que tú sientes lo mismo, si es que es así. Habla con ella.

—¿Y no me preguntas qué va a pasar con Raquel?

—Sinceramente, no me preocupa mucho lo que le pase a Raquel. Sabes que nunca me ha gustado. Pero aclárate. No puedes jugar a dos bandas. —Pablo asiente—. Mira, me llevo a Marina a dar una vuelta para que se distraiga y tú relájate, piensa cuidadosamente lo que le vas a decir luego.

Pablo agradece su ayuda con un suave beso en el cabello.

Las horas pasan y Sarita baja a buscarle para cenar. Marina y su hermana ya han vuelto. No ha dejado de mirarle en toda la cena, cree que ella sabe que algo no va bien y su semblante serio es prueba de ello. Tiene una expresión de preocupación, pero fría. Acaba de cenar y baja al estudio sin decir nada. Se escapa mientras recogen los platos de la mesa. El tiempo en ese mágico rincón de su casa pasa sin que pueda darse cuenta, tiene la sensación de que alguien hace correr las agujas del reloj a cámara rápida.

Vuelve a la realidad al oír que la puerta se abre. Es ella. Centra la mirada en su rostro y en esa dulce expresión que tiene.

—Siento molestarte, pero llevas horas y horas aquí, y es muy tarde. ¿Puedo?

Pablo le hace saber que sí con la mirada y observa cómo avanza hasta él. Lleva un batín entreabierto que deja a la vista su corto camisón. Está preciosa. El pelo cae por sus hombros y tiene cara de sueño. Entiende que debe de ser muy tarde. Alarga el brazo para tenderle la mano. Marina la toma y él la acerca para que se siente a su lado en ese viejo sofá rojo.

—¿Estás bien? —le pregunta Marina.

—No. —No puede mentirle, no sería lógico y no se lo creería. La mira con ternura y vuelve a insistirle para que tome asiento a su lado.

—No sé qué voy a hacer contigo, Pablo. No puedo entenderte... —sus palabras suenan tan sinceras.

—No ha pasado nada con Pilar —parece que se quita un peso de encima al decirlo.

—Pablo, a mí no tienes que decirme...

—No, es que quiero que lo sepas. No pasó nada. Nos besamos, sí, pero me quedé dormido y ya está. —Ella sigue callada. Debe hacerle entender que fueron los celos, su estupidez y el alcohol—. Éste no soy yo, Marina. Yo no soy así. Acabo de echar por tierra una relación de tres años, y créeme, lo peor de todo es que ahora mismo eso es lo que menos me importa.

—¿No te preocupa Raquel?

—No, ahora no.

Marina le mira a los ojos desconcertada.

—¿Y por qué estás así, entonces?

—Por ti. Por cosas que tampoco yo logro entender...

Ella suspira.

—¿Qué no entiendes?

—Tu actitud. No entiendo tus cambios. Yo tampoco sé cómo vas a actuar. Me descolocas, me vuelves absolutamente loco. Cuando creo que vas en una dirección, tomas otra.

—Lo sé, yo tampoco soy así. No sé qué me está pasando. —Los ojos de Marina empiezan a desprender ese brillo que acabará en lágrimas de un momento a otro.

—Me da igual, yo te quiero así, o de la otra forma. ¿Es que no te has dado cuenta?

Ella sonrío y le besa la frente con ternura.

—Puedes sonar muy sincero cuando te lo propones —le dice con una mueca divertida.

—¿Se está riendo de mí, señorita? —replica él risueño, tratando de apaciguar la tensión.

—No lo dude, señorito —le susurra.

Transcurren unos segundos en silencio, en los que se prepara para formular esa pregunta que lleva revoloteando en su cabeza todo el día:

—¿Ha pasado algo con Lucas?

¿Y ahora qué le digo? ¿Debo seguir fingiendo? No sé qué hacer. Estoy decepcionada con él por su juego con Pilar, pero le tengo aquí, con esa carita de niño bueno y con los ojos brillantes... Me armo de valor y tomo la iniciativa. Creo que ha llegado el momento de echar toda la carne en el asador, salga como salga. Si no arriesgo ahora, no sé cuándo voy a poder hacerlo.

—He dormido en su habitación. —Baja la cabeza y entrelaza sus manos con el semblante serio y triste. No puedo verle así—. Pero no es lo que piensas, Pablo. Sería incapaz hasta de pensar en la posibilidad de estar con otro hombre en este momento. —Me mira desconcertado. Sigue serio. Inspiro tratando de aliviar los nervios que revolotean en mi estómago—. Él sólo me ayudó. Lucas me llevó a su habitación y gracias a él yo ahora sigo aquí. No sé qué hubiera pasado si no hubiera aparecido.

Intrigado, me escucha atentamente y yo intento no mirarle, para poder seguir sin perder las fuerzas.

—¿Y no pasó nada más? —insiste.

—No pasó nada, Pablo. Parece mentira que puedas llegar a pensar eso de mí. Yo, en cambio, no puedo decir lo mismo.

—Estás enfadada por lo de Pilar —balbucea, y yo vuelvo a inspirar profundamente.

—Enfadada no es la palabra. Creo que el enfado es lo de menos. Pensé que las cosas eran diferentes. Pensaba que yo era más importante para ti.

—Y lo eres —me dice acercándose.

—Lucas me recogió del suelo, estaba desconsolada por lo que acababa de ver. Sé que me comporté como una estúpida en el coche, en el restaurante... No sé ni yo misma lo que quería conseguir. Supongo que lo único que pretendía era llamar tu atención, pero, ya ves, las cosas han acabado como han acabado. —Sigue callado, mirándome atento. Yo reúno las pocas fuerzas que me quedan y vuelvo a hablar—: Lucas sólo me llevó a su habitación para tranquilizarme. No dejaba de llorar porque pensé que todo se había acabado. Me quedé dormida y me arropó. Eso es todo. No pasó nada más. —Vuelvo la mirada a él y veo como cubre sus ojos con las manos.

—Y yo ayer también pensé que todo se había acabado cuando vi tu actitud tan fría. Pensé que no te había importado lo más mínimo que pasara la noche con ella.

—Aunque sentí como mi corazón estallaba al verla esta mañana allí y al pensar que habías pasado la noche con ella, no soy quién para pedirte explicaciones.

—¡Claro que eres quién para pedirme explicaciones! De hecho, quiero dártelas porque para mí eres la única persona a quien ahora mismo deseo dárselas. Por favor,

déjame que te explique. No puedo seguir con esto dentro.

Asiento y me acomodo para oír lo que tiene que decirme. Me tiembla hasta el alma.

—Sólo quería darte celos. Quería que dejaras de ocultar tus sentimientos, que te abrieras de una vez, Marina. Pero ¡maldita sea!, se me fue todo de las manos. Esa chica bebía lo imbebible y me dejé llevar. No era consciente de lo que hacía —dice entre enfadado y apenado. No puedo creer lo que oyen mis oídos. Mis manos me delatan y lo ve—. Marina —murmura tomando mis manos temblorosas entre las suyas—, no fui consciente de nada. No recuerdo nada desde que os marchasteis. Y no es excusa, lo sé, pero si por esto te pierdo..., no sé cómo voy a perdonármelo. —Una solitaria lágrima se desliza por su mejilla y me acerco enseguida para apaciguarlo.

—Pablo, es que esto no puede ser, ¿no lo entiendes? No podemos estar así. ¿Tú te has visto? ¿Sabes cómo me siento yo con todo esto? Cálmate, por favor —le susurro nerviosa—. ¿Sabes? Lo que más me duele de todo esto es que me hagas lo que me hagas no puedo alejarme de ti. Si me haces daño, viviré con el alma rota, pero a tu lado. No voy a dejarte, no otra vez. —Ya está, ya lo he dicho. No hay vuelta atrás.

Sigue serio, deja una de las manos que me rodeaban y la acerca a mi rostro para acariciarlo con suavidad.

—No quiero perderte...

—Ni yo a ti, pero no podemos seguir así.

—Gracias por volver, gracias por estar aquí, gracias por no hacer lo que yo hice en Miami... —me susurra cada vez más cerca de mi cuello, hasta que posa sus labios.

El contacto de su piel con mi piel me produce un terrible escalofrío. Dios mío, estoy perdida. Después de todo esto..., después de todo lo que nos hemos dicho, no voy a poder controlarme. No voy a poder parar esto..., ahora no.

Sigue deslizándose por mi cuello. Sube lentamente dándome suaves y cortos besos por todo el rostro, hasta que deja de hacerlo y me mira. Su mirada se clava en mí y veo como cierra sus ojos mientras me acaricia la espalda con la yema de sus dedos. Va a pasar, ahora sí..., lo sé, y cierro yo también los ojos para disfrutar de sus labios. Siento su respiración entrecortada en mi piel, acorta los pocos centímetros que nos separan y me estrecha con fuerza entre sus brazos.

—Tío Pa, tío Pa.

Abro los ojos de golpe y veo como la pequeña se acerca a nosotros. Pablo me mira serio, pero de pronto se ríe. Se agacha y recibe a la pequeña entre sus brazos.

—¿Qué haces aquí y despierta a estas horas, princesa? —le dice con dulzura.

—Es que he tenido una pesadilla, Pa. Venía un hombre malo y me daba miedo —le explica la pequeña acongojada—. No podía volver a dormir y mamá está dormida. Sólo quería que me leyeras un cuento —le pide con la mirada triste.

—Ya está, mi vida, ya pasó —murmura Pablo abrazándola—. ¿Y cómo era ese hombre? ¿No sería uno con cara de malo, con camiseta de tirantes y gorro? —bromea riéndose. Le fulmino con la mirada y suelta una carcajada. La pequeña se abraza a él

con fuerza y él le acaricia el pelo con ternura—. Ven, princesa, vamos a tu habitación y me quedo hasta que te duermas.

La pequeña estira el brazo hacia mi posición.

—Os acompaño —le digo tomando su manita.

Subimos hasta la habitación de Sarita. Pablo la mete en la cama y se tumba a su lado. La niña vuelve a estirar su bracito para que me acerque a ella. Imito a Pablo y me pongo a su lado, quedando la niña entre él y yo. Pablo acaricia su cuerpo con dulzura, sonrío y me mira de esa forma tan tierna que me vuelve loca. Debo de tener una cara de tonta... Le aguanto la mirada como puedo, sonriendo también. Tengo la mano de Sarita entre las mías y siento como poco a poco se va quedando dormida. Pablo se acerca a ella y le da un suave beso en la frente. La arroja y se pone en pie. Rodea la cama hasta llegar a mi lado y me ayuda a levantarme.

—Vamos —me pide.

Me pongo en pie y caminamos de la mano hasta la puerta. Pablo apaga la luz y cierra. Seguimos en silencio por el pasillo. Estoy tan nerviosa..., es una sensación tan extraña. Un cúmulo de pensamientos y sentimientos me recorren el alma. Tengo miedo a lo que pueda hacer él ahora... Y también a lo que pueda hacer yo. Se para delante de su habitación y hago ademán de irme a la mía, pero tira de mí haciendo que caiga en sus brazos de nuevo. Me acoge en su pecho y se acerca al lóbulo de mi oreja.

—Ven, por favor, ven conmigo. No quiero dormir solo, quiero pasar la noche contigo.

Cierro los ojos. Sé que estoy perdida. No puede decirme esto después de todo lo que ha pasado... Mi cuerpo tiritita sin control. ¿Cómo voy a dormir con él después de lo que acaba de ocurrir?

No contesto, no soy capaz de hacerlo. Baja su mano hasta la mía para entrelazarlas. Tira de mí con cuidado y entramos en su habitación a oscuras. Nos acercamos a su cama así, de la mano. Abre las sábanas y se quita los zapatos sin soltarme y se mete en la cama. Vuelve a tirar de mí y me tumbo a su lado. Nos cubre con la sábana y se acerca poco a poco a mí, acariciando mi rostro.

—Pablo... —susurro desesperada. No puede hacerme esto.

—Ssshhh —me calla.

Empieza por mi cuello. Cortos y suaves besos que lo recorren entero, subiendo hasta mis mejillas. Está tan agitado..., su respiración es casi jadeante y sus manos tiemblan de la misma forma que lo hace todo mi cuerpo.

—Pablo, por favor...

—No puedo evitarlo..., cuando estoy a tu lado no existe nada más —me dice estrechándome entre sus brazos para que me calme.

—Pero las cosas no son tan fáciles. ¿Crees que no siento lo mismo que tú? ¿No me ves? Pero no quiero hacer las cosas mal. Tú me importas demasiado como para estropearlo todo ahora.

—Te prometo que lo arreglaré todo pronto. Confía en mí.

Asiento y me duermo así, oyendo los latidos de su corazón, ese corazón en el que ahora sé que hay un lugar para mí.

Le despierta la luz que se cuela por las rendijas de la ventana. Siente el calor de su cuerpo contra el suyo y sonrío aliviado recordando todo lo que pasó ayer. La quiere y lo sabe. Acaricia su pelo con cuidado de no despertarla y se queda un buen rato admirando cómo duerme. Le besa suavemente la frente mientras desliza las manos por su cabello y ella ronronea entre sueños. Se levanta tratando de hacer el menor ruido posible. Baja a la cocina con la intención de subirle algo de desayuno, pero no hay nadie. Su madre y su hermana han salido con Sarita, y Manuel está trabajando.

Rebusca desesperadamente entre los armarios de la cocina para preparar algo él mismo.

Socorro. Desayuno sorpresa. ¿?

La última opción, un mensaje desesperado a Marisa. Espera impaciente su respuesta. No quiere que se levante y le coja a medias.

100 g de harina, 1 cd azúcar, 2 huevos, 100 ml de leche, mantequilla, sal y algo de sirope o caramelo. Tortitas rápidas. Oh, y el beso de buenos días, por supuesto.

Siempre le salva la vida. Menos mal. Sonríe al leer la última frase del mensaje y se entretiene imaginando la escena.

Media hora más tarde, con la cocina tan revuelta que casi ni se reconoce, acaba de servir las últimas dos tortitas en el plato. El zumo está listo, la leche y el café en la bandeja, la miel y el sirope preparados, y las tortitas listas para comer. Se dispone a quitarse el delantal cuando oye que alguien entra en la cocina. Se gira y encuentra a Marina apoyada en el marco de la puerta, con cara de sueño. Sonríe. Está tan adorable...

—Señorita, acaba de chafarme la sorpresa —dice acercándose a ella.

—¿Y todo esto? —pregunta Marina señalando la encimera.

—Pues eso son tortitas, zumo, café..., vamos, el desayuno. Y todo eso... —dice señalando las consecuencias de sus pinitos como cocinero.

Sonríe.

—No tenías por qué. Me hubiera conformado con cualquier cosa con tal de desayunar contigo —le susurra.

Él la abraza y se acerca a su cabello para besarla.

—Ven, no quiero que se enfríe —le pide tomando su mano y acercándola a la mesa. Le retira la silla para que tome asiento y se acomoda a desayunar junto a ella.

Se queda mirando cómo corta un trozo de tortita y espera inquieto a que la pruebe. Abre la boca y saborea el bocado con los ojos cerrados. Los abre, sonrío y le mira.

—¿De verdad lo has hecho tú?

Pablo asiente.

—¿Tan horrible está? —pregunta tenso.

—Buenísimas. No sabía que eras tan buen cocinero.

Sonríe y respira tranquilo. Menos mal que le gustan...

—Me alegro —le dice cortando un pedazo para él, saboreando el dulce sabor del triunfo.

Desayunan tranquilos y Pablo le hace saber que por la noche tiene que ir a una entrevista de televisión, y que le gustaría que le acompañara. Pero antes ha quedado con Marisa, que también va a ir con ellos.

Cuando acaban, recogen la cocina y se preparan para salir. Le parece que está tranquila, aunque él sigue tenso. Ya en el coche, su teléfono rompe el silencio.

—Dime, Marisa —contesta al móvil activando el manos libres.

—Esto..., Pablo..., hemos tenido un pequeño contratiempo. Verás..., esta semana alguien se ha puesto en contacto con nosotros para una propuesta, y, ante la insistencia, hemos tenido que ceder. Bueno, yo me acabo de enterar de los últimos detalles y por eso te llamo ahora, antes de que llegues aquí y te lo encuentres todo de golpe.

—¿Podrías explicarte mejor? —pregunta confuso.

—Se trata del videoclip de *Fuego*. La dirección que te he dado es de un estudio de cine. La productora se ha ocupado de todo con la modelo y ahora ya lo tienen preparado. Y aunque yo sabía que era una sorpresa y que no podía decirte nada..., creo que es mejor que lo sepas antes de llegar, para que te vayas haciendo a la idea —le explica un tanto nerviosa.

—Marisa, en serio. No te entiendo. ¿Puedes hablar claro de una vez?

—Raquel, Pablo, Raquel. Se ha empeñado en ser la modelo del videoclip de *Fuego*, lleva toda la semana llamando a la productora para organizarlo todo y ya sabes lo insistente que es. Yo no he hablado con ella, pero me lo han contado y me han prohibido que te dijera nada. Así que ahora, cuando he llegado al estudio y he visto el panorama que hay, he pensado que sería mejor que vinieras preparado para lo que te espera.

—Estupendo —murmura visiblemente enfadado—. ¡Pues vaya mánager estás hecha! —Al otro lado de la línea, Marisa permanece en silencio—. Ya hablaré yo con Raquel y con quien tenga que hablar. Voy de camino, ahora nos vemos —se despide molesto.

Marina sigue callada y él ha decidido no hacer ningún comentario al respecto. Al llegar, la toma de la mano para entrar al edificio. Marisa y otro representante de la productora les abren y la mánager resopla poniendo los ojos en blanco.

—¿Llego tarde? —pregunta Pablo disimulando.

—No, no llegas tarde, no es eso —contesta Marisa echándose a un lado.

Se adentra en una sala que hay al fondo con ellos.

—¡Mi vida! —Mira a un lado y al otro de la sala porque sabe perfectamente de quién es esa voz—. ¡Sorpresa! —exclama acercándose a él y abrazándole.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta enfadado.

—¿Es que no te alegras de verme? —le dice acortando los pocos centímetros que los separan y besándole como si llevara meses sin hacerlo. Bueno, lleva meses sin hacerlo, sí...

—Claro que sí, es sólo que no me esperaba verte aquí... —miente, y se separa de ella.

Marina no ha entrado en la sala y trata de volver atrás para comprobar cómo está, pero Raquel se lo impide. Le hace un gesto a su agente para que no la deje sola y ve cómo sale del estudio.

—Es que era una sorpresa, cariño, no tenía gracia si te lo decía. ¿A que no sabes qué? —La mira sin interés alguno—. He hablado con tu productora y los he convencido para que mi agencia lleve tu nuevo videoclip. ¿Y sabes quién será la modelo?

—¿Tú?

—¡Yo, mi vida! Así no tendrás que fingir que deseas a la modelo. Vamos a grabar *Fuego*.

Sigue buscando con los ojos a Marina, que se ha alejado con Marisa. Sus miradas se cruzan por primera vez desde que entraron en la sala y advierte que su gesto ha cambiado por completo. Permanece serio. No puede grabar *Fuego* con Raquel teniendo a Marina delante. Sería el fin de todo.

Pero, dado que ya está el equipo allí y todos los gastos pagados, no tiene más remedio que aceptar y realizar el videoclip. Sin darse cuenta, se encuentra en una cama enorme, con el torso desnudo, y Raquel sobre él con muy poca ropa. Marisa está sentada junto a Marina viéndolo todo.

—¡Vamos, Pablo, muévete! Vas a ponerte encima de Raquel y le vas a tirar con cuidado la miel que tienes ahí por todo el cuerpo —le ordena el director.

No puede hacer eso. Ni delante de Marina ni delante de la cámara.

—¿Se puede saber qué narices te ocurre? —le espeta Raquel deslizándose encima de él.

—Esto no es agradable, Raquel, esto es íntimo —exclama enfadado.

—¿Es que prefieres hacérselo a otra modelo? —le pregunta ella chillando.

—Es provocar, Raquel, es provocar. ¿Cómo crees que se va a tomar la gente que haga un videoclip de estas características contigo? Por favor... —gira la cara, disgustado, y se percató de que Marina ya no está. Su cuerpo se tensa y se incorpora rápidamente dejando a Raquel tendida en la cama.

—¿Dónde vas? —le pregunta Raquel ya visiblemente alterada.

—Dame un minuto, por favor —le pide cogiendo la camisa con brusquedad. Se acerca a Marisa y ésta le señala la puerta. Sabe lo que busca.

Sale de prisa y la ve allí sentada en las escaleras. Parece tranquila, aunque sigue seria, y advierte que sus ojos están húmedos. Se acerca y se sienta a su lado.

—Lo siento —murmura mirando al frente.

—No te preocupes —dice Marina con la voz quebrada.

Se gira a mirarla y se da cuenta de que las primeras lágrimas de sus ojos descienden por sus mejillas.

—Yo no sabía...

—Lo sé, lo sé. Vuelve dentro. Estaré bien.

—Ven conmigo, por favor —le ruega preocupado. No puede verla así.

—Por favor, entiende que no puedo presenciarlo. Entiéndelo —le suplica. La mira afligido, no sabe qué hacer...—. Te espero aquí, no te preocupes, vuelve ahí dentro y haz lo que tengas que hacer.

Se levanta y se acerca a ella. Besa con dulzura su frente, dejando sus labios en su piel unos segundos.

—Raquel ya no..., no quiero que pienses lo que no es. Ayer te hice una promesa y voy a cumplirla.

Marina asiente y él acaricia su rostro y vuelve de nuevo al estudio.

—Hoy no voy a grabar esto. No así, no de esta forma —exclama Pablo—. Quiero que se me informe de las cosas. Quiero saber cómo se va a hacer, quiero cambiar las condiciones del rodaje si esto va a ser así, y quiero venir preparado para lo que sea. Pero hoy no. —No piensa permitir que jueguen con él de esa forma, aunque sabe perfectamente que todo eso lo ha provocado Raquel.

—No te enfades, mi vida —le intenta calmar Raquel abrochándose el vestido.

—Sí me enfado, Raquel, sí me enfado. Las cosas no se hacen así. Me parece muy bien que quisieras sorprenderme, pero con el trabajo no se juega —le dice serio.

Ella se echa a sus brazos y le besa con vehemencia.

—Basta —le dice zafándose de sus caricias—. Nos vemos esta noche y hablamos, pero ahora estoy ocupado: tengo una entrevista y varias cosas que preparar.

—Está bien, está bien, Pablo. Lo siento, nos vemos esta noche —se disculpa Raquel separándose de él—. Me voy a casa. Cuando hayas acabado con la entrevista, me llamas.

Asiente y coge sus cosas dispuesto a marcharse. Al abrir la puerta, descubre que Marina ha desaparecido.

Baja con precipitación las escaleras, intentando convencerse de que debe de estar en el coche esperándole, pero tampoco allí se encuentra. Sus peores temores se confirman: se ha ido. Conduce lo más rápido que puede hasta casa y la busca desesperado habitación por habitación. No puede ser..., no puede haberle dejado de nuevo. Se apoya en la puerta del salón con un estado de nervios que le supera. Su respiración apenas le permite caminar y sus ojos empiezan a nublarse.

Ira, miedo, dolor, angustia..., es incapaz de precisar cuántos sentimientos recorren su cuerpo. No sabe si se ha marchado a su casa, si estará con Lucas, con Marisa o con Daniel..., no sabe por dónde empezar a buscar. Intenta llamarla, pero su móvil aparece apagado o fuera de cobertura.

¿Y si le ha ocurrido algo?

Vuelve a recurrir a Marisa.

—¿De qué se trata ahora? ¿Otro desayuno? ¿O ahora es la comida? —le responde irónica.

—Marisa, no sé dónde está Marina, ha desaparecido —balbucea nervioso.

—¿Cómo?

—Eso, Marisa. Que ha desaparecido, no sé dónde está. Estoy desesperado...

—Vale, a ver, tranquilo. Vamos a pensar fríamente. ¿Dónde puede estar?

—Ya lo he pensado: contigo, con los chicos, con Manuel, puede estar en la estación a punto de marcharse a Barcelona... No sé, Marisa, no sé...

—¿Has llamado a Lucas?

—No pienso llamar a Lucas —le dice molesto. Ya no sabe si lo dice por orgullo o por miedo a que pueda estar con él.

—Está bien, está bien. Yo me ocupo de Lucas y del resto del equipo. Le diré a Dani que se acerque a la estación a ver si la ve por allí, y tú haz el favor de esperar en casa por si vuelve; cualquier cosa, me llamas.

Le hace caso. Se sienta en el sofá muerto de ansiedad. Llama a su familia para contarles lo ocurrido y le aseguran que llegarán de un momento a otro.

La primera en aparecer es Paula con Sarita.

—¡Pablo! ¿Cómo estás? ¿Sabes algo?

Se lanza a abrazarla, y ella le estrecha con fuerza para tranquilizarle.

—No quiero perderla, ahora que...

—No digas eso, Pablo..., estará bien. Seguro que necesita pensar y habrá salido a dar una vuelta, no te atormentes.

—¿Pero y si le he hecho tanto daño que ha salido corriendo sin saber ni a dónde iba? ¿Y si le ha pasado algo? —pregunta angustiado.

—Estará bien. No te pongas nervioso porque sólo empeoras las cosas, así que cálmate y vamos a esperar a que vuelva. —Pablo hace caso a las palabras de su hermana y vuelven al sofá. Sarita se entretiene jugando con una pequeña pelota de goma que trastea arriba y abajo—. Va a estar bien, no te comas más la cabeza —insiste Paula mientras le acaricia el pelo.

Siente como su corazón late con fuerza. Lo siente en todo su cuerpo... No hace más que mirar la pantalla del móvil esperando una llamada o alguna novedad, sin suerte. Cavila que, si en una hora no aparece, él mismo saldrá a rastrear Cádiz para encontrarla.

—Tío Pa —le llama Sarita interrumpiendo sus pensamientos. La mira y ve tristeza en su rostro—. Se me he caído la pelota por las escaleras.

Sonríe al verla tan cariacontecida. Es adorable. Sabe lo mucho que odia que trasteen en su estudio y le está pidiendo permiso para ir a buscar la pelota. Se levanta él mismo para acompañarla hasta allí. La coge en brazos y, conforme descienden la escalera, va escuchando cada vez con más claridad cómo alguien toca su guitarra. Seguro que es ella.

—Toma —le dice tendiéndole la pelota—. Sube arriba, princesa, vuelve con mamá y dile que ya tengo lo que buscaba, ¿vale?

Su cuerpo empieza a destensarse. La pequeña asiente y la ve subir de un salto las escaleritas hasta el jardín. Vuelve la mirada a la puerta del estudio y baja poco a poco. Acerca la oreja y escucha atento cómo sigue tocando. Es *Encuentro*, sin duda. Sonríe aliviado y golpea con suavidad la puerta hasta que empieza a abrirse lentamente, mostrándole a Marina sentada en su sofá. Avanza con cautela, sin dejar de admirar lo preciosa que está junto a su guitarra. Acaricia con dulzura las cuerdas dejando que la melodía de la canción acune sus oídos. Cuando se acerca, ella inmediatamente deja de tocar: se ha percatado de que está allí.

—Oh, Pablo, perdona, perdona, yo no quería... Ya sé que no te gusta que... —se excusa atropelladamente.

Pero Pablo posa un dedo en sus labios para que no siga disculpándose.

—A ti te lo permito todo. —Sonríe y se acerca más a ella. La abraza ansioso, consciente de que, hace unos minutos, la daba por perdida—. Me has asustado, ¿sabes? —le hace saber ahogando el cúmulo de nervios en sus brazos.

—Pablo... —murmura al notarle tan inquieto.

—Estás aquí, gracias a Dios, estás aquí —insiste abrazándola con más fuerza.

Se quedan así unos minutos, disfrutando el uno del otro del calor de sus cuerpos y de la mezcla de aromas y sensaciones que les invaden. Marina sigue sentada en su sofá y tiene a Pablo acurrucado entre sus brazos.

—Pensé que te habías marchado, que te había pasado algo, que no querías saber nada más de mí... Pensé tantas cosas horribles, Marina —le dice desalentado.

—Lo siento, lo siento, yo... no aguantaba un minuto más allí, Pablo. No sabía el tiempo que ibas a estar y... me acordé del día en la playa..., de ese día que me dijiste que aquí era el lugar en el que mejor te sentías..., y pensé que si venía aquí... — Sonríe al recordar el día en la playa. Se acerca a su pecho y se apoya en él; Pablo sabe que estará sintiendo los acelerados latidos de su corazón.

—Es tuyo... —balbucea.

—¿Qué? —le dice apartándole y mirándole confusa.

—Que —le acerca la mano a su pecho— es tuyo.

Le mira seria y sonríe.

Se acerca de nuevo al lugar donde está su corazón y posa sus labios con dulzura. En respuesta, él acerca la mano a su rostro y lo acaricia mirándola a los ojos.

Esta vez no va a dejar que se escape. Le da igual que venga su sobrina, su hermana o si hay un terremoto. Aspira una vez más ese aroma a canela y flores que

desprende su cuerpo y que tanto le calma. Desliza la mano por su espalda y la pasa por su cintura para atraerla más hacia él. Siguen mirándose como dos locos enamorados, contándose sin palabras lo que ocurrirá de un momento a otro.

Siente su respiración jadeante en su piel. Acaricia su cuello con la otra mano y sujeta con cuidado su nuca. Ve como cierra los ojos poco a poco y sonrío al pensar que desea ese momento tanto como él. Acorta los escasos centímetros que le separan de ella y se pierde en sus labios calmando su sed, haciéndole ver que le da igual el mundo, que sólo le importa estar con ella.

El 14 de agosto de 2013, fecha que permanecerá siempre en mi recuerdo. Un día excesivamente cargado de emociones, de sentimientos, de sensaciones...

El día no pudo empezar «mejor»: despertarse en su cama, con su olor envolviendo todos mis sentidos, pero sin él al lado...

¿Él? ¿Dónde se ha metido? Me levanto desperezándome con la agradable sensación de haber dormido como nunca. Salgo de la habitación y bajo las escaleras para llegar al salón. Un dulce aroma me invade cuando estoy cruzando la sala de estar y me dirijo a la cocina hambrienta. ¿Será Marie? A medida que me acerco, vislumbro la silueta de Pablo. Me ruborizo al descubrir que no lleva nada más que el pantalón y un pequeño delantal. Me apoyo en el marco de la puerta para contemplar de cerca lo que tiene entre manos. ¿Está cocinando? Esto es nuevo... Pablo cocinando y con el torso desnudo... Sin palabras.

Sonríó adormilada cuando se da la vuelta y me descubre observándolo. Ha preparado tortitas y un arsenal de cosas más que reposan en una bandeja. Resulta que ese amor de hombre iba a subirme el desayuno a la cama. ¿No es adorable? Nos sentamos en la mesa para desayunar juntos, no hay nadie en casa, menos mal. Intento no mirarle..., no quiero que me descubra babeando al ver aquella imagen. Corto una de las tortitas que acaba de servirme y le miro de reojo. Él me observa atento esperando mi reacción al probar su obra maestra, vamos allá.

Oh..., tremendamente insípida y con gusto a harina cruda. Trago saliva y me trago el trozo que tengo en la boca. Cierro los ojos para que piense que disfruto del sabor y sonrío al abrirlos. Finjo que están buenas y veo como hace una mueca victoriosa, qué inocente...

Pero el día no pudo seguir peor. Después de ese «maravilloso» desayuno, nos vestimos y cogemos su coche. Al parecer debe ocuparse de algo antes de la entrevista de la noche. Entonces, llama Marisa por el manos libres y le informa de la sorpresa que le ha preparado Raquel. La cara de Pablo y supongo que la mía lo dicen todo. Cuando llegamos oigo esa voz, *su voz*, que retumba en mis oídos, y me quedo junto a Marisa mientras veo cómo le besa y le abraza con ímpetu. Pablo evita mi mirada, finge sorpresa al verla y se deja llevar por sus caricias.

Raquel ha vuelto antes de lo previsto para grabar el videoclip de *Fuego* junto a él. ¿Se supone que debo quedarme a ver cómo...? Me siento con Marisa, pero no aguanto dos segundos allí. Pablo reposa en la cama con el torso desnudo, cosa que no me afectaría ya si no fuera porque Raquel está sentada a horcajadas encima de él con poca ropa, poquísima diría yo. La sangre me hierve y soy incapaz de seguir

aguantando tal espectáculo. Le hago saber a Marisa que voy un momento fuera y salgo de allí. Me siento en las escaleras que hay delante mismo de la puerta y espero nerviosa a que acabe todo. No puedo creer que, justo ahora que por fin hemos hablado, tenga que aparecer Raquel. Ya digo yo que el destino no quiere que esté en paz. La ira se apodera de mí y golpeo una y otra vez las escaleras con los puños intentando canalizar mi cólera, hasta que oigo que la puerta se abre y él sale. Se sienta a mi lado, sin mirarme, y se disculpa por hacerme pasar por todo aquello... Intento tranquilizarle, a pesar de la angustia que me oprime el pecho, y vuelve de nuevo dentro.

Necesito salir de allí, debo pensar qué voy a hacer ahora. Con Raquel allí, las opciones de estar con Pablo se reducen a cero, así que empiezo a pensar que tengo que volver a Barcelona. Cojo un taxi hasta su casa porque queda lejos. Sé que no hay mejor lugar para pensar que su propio estudio. Tal vez le moleste encontrarme en su guarida, pero necesito resguardarme en algún lugar sola.

Y el día no podía acabar de mejor forma. Horas después de aquel castigo en el que me vi envuelta, me encuentra allí, tocando su adorada compañera de batallas. Me asusto al ver que me mira sin decirme nada y le pido insistentemente perdón por invadir su espacio. Su expresión cambia de golpe. Me habla con una voz tan dulce, tan cariñoso... Se acerca a mí ansioso y le abrazo sintiendo cómo se relaja entre mis brazos. Pablo sufría pensando que me podría haber pasado algo malo, está visiblemente preocupado. Me abre de nuevo su corazón, en el que yo tengo lugar, ese que ahora me hace saber que es mío. Mis piernas flaquean y siento como me sujeta con fuerza para que no desfallezca. Me acuna entre sus brazos y me acaricia el rostro con ternura, haciendo que me pierda con sus caricias.

Su respiración desacompañada roza mi piel provocándome un fuerte escalofrío que recorre mi cuerpo de la cabeza a los pies. Me mira anhelante, veo ternura en sus ojos, pero a la vez siento un incontrolable deseo que me crece en el vientre. Entorno los párpados suavemente, consciente de que los dos queremos que esta vez, por fin, sea la definitiva. El contacto de sus labios con los míos, el primer roce, me eleva al séptimo cielo. Me dejo llevar por él, por sus manos acariciando mi espalda y por su desatada pasión, que me enloquece. Sus cálidos labios juegan en mi boca y actúan como una dulce medicina que debía haber tomado hace tiempo, y que me cura poco a poco. Me besa sin control alguno, sin medida, zambullido en su pasión y haciéndome saber lo que siente de una vez por todas.

Aquel beso me deja muda. Se separa de mí mordiéndome con cuidado el labio inferior. Abre los ojos y veo que sonrío sin dejar de mirarme. Acaricia mi pelo con cuidado y posa de nuevo sus labios sobre los míos, un suave y leve contacto que me hace vibrar. Soy incapaz de moverme, parezco una auténtica estatua. ¡Será posible que me pase esto a mí! Me abraza al ver que no reacciono y le estrecho con fuerza, empezando poco a poco a despertar de ese maravilloso sueño.

Mi móvil suena interrumpiendo, esta vez con mayor fortuna, el mágico momento

en el que me encuentro. Saco el teléfono del bolsillo y veo el nombre que menos me esperaba encontrar en esos momentos. ¿Maxi, ahora? Parece que la vida no dejará nunca de sorprenderme...

—No lo cojas, por favor —oigo que me dice Pablo separándose de mi cuerpo.

Alzo la vista y me encuentro su mirada suplicante. Acciono el botón oportuno y apago ese maldito aparato.

—¿Y ahora? —le digo sentándome en su querido sofá rojo.

Sonríe y se acerca a mí, tomando asiento a mi lado.

—Ahora es cuando el príncipe vuelve a besar a la princesa y hacen el amor en el lugar más bonito del castillo.

Trago saliva. No puede haber dicho lo que he oído. Me ruborizo al pensarlo. No estoy preparada para esto, no he pensado en este momento hasta ahora, no había caído en ello.

No me puede estar pasando esto a mí. Mis mejillas arden como si hubieran encendido una hoguera en ellas. Me mira serio y cambia el gesto al ver que no reacciono.

—No vamos a hacer nada que tú no quieras... —me dice mientras roza mi cuello con sus labios, susurrándome cada una de las letras al oído. ¿Que no quiero? ¿Pero cómo no voy a querer? No sé cómo voy a hacerle entender que no estoy preparada todavía...

—Cariño, ¿estáis aquí? Menos mal. —La voz de su madre me rescata.

Su estudio sigue en silencio, oigo cada vez más cerca los pasos, y de pronto la puerta se abre dejando al descubierto la imagen de Marie.

—Chicos, la comida está lista. Siento molestaros, pero no quiero que os comáis el arroz pasado.

Sonrío y me levanto del sofá. Me acerco a ella y la sigo, dejando a Pablo sentado en la misma posición que hace unos minutos. Al ver que no se mueve, Marie vuelve la mirada y le grita:

—¡Pablo, a comer!

Da un respingo y se pone en marcha enseguida. Me río al ver la cara de susto que se le ha quedado, y subo las escaleras para llegar al salón. De pronto, siento que unas manos me sujetan con fuerza y empiezan a hacerme cosquillas.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—¡Pablo, a comer! —repito imitando el tono de su madre. Vuelvo a soltar una carcajada y veo como hace pucheros.

—¿Se está riendo usted de mí de nuevo, señorita?

—Efectivamente —bromeo.

—¿Cómo que «efectivamente»? O sea, que encima ¿lo reconoces? Ya verás tú como te pille... —me dice acercándose peligrosamente.

—¡Pablo, a comer! —bromeo.

—A ti te voy a comer. —Y me muerde cariñosamente la mejilla.

Vuelvo a la calma y a la paz que me transmite esa adorada familia. Sus reuniones alrededor de la mesa, sus tardes de juego todos juntos, con la pequeña Sarita... Ese ambiente familiar que tanto echo de menos desde que murió mi abuelo.

Sentada en el sofá, junto a él y toda su familia, soy una más, así me tratan. Miro embelesada cómo Pablo juega con la niña mientras todos toman café y hablan animadamente. Estoy perdida, volando en mi mundo de sueños y pensamientos, seguramente con cara de boba, razón por la que Pablo se acerca a mí y me roba un beso en el cuello, devolviéndome a la realidad. Le miro y sonrío.

—¿Qué? —le digo al ver la expresión, llena de amor, con la que me mira.

—¿En la luna? —me pregunta sentándose a mi lado.

—Algo así...

—¿Todo bien? —Yo asiento—. Puedes contarme lo que sea —dice. Parece preocupado. Me acerco a su oído aspirando su perfume.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien... Adoro a tu familia.

Sonríe y se acerca a mí.

—Aquí la adorable eres tú —me susurra, y con ello me provoca un dulce escalofrío.

Con su familia allí no puedo lanzarme a besarle, pero lo haría sin pensármelo dos veces. ¿Cómo puede ser tan tierno?

—Tengo que marcharme ya. Marisa acaba de llamarme, están llegando. Nos vemos esta noche, ¿vale? —Y se acerca para regalarme un beso en la mejilla.

Se marcha tras despedirse de todos y me siento junto con Marie y Paula, que charlan sobre arte, la pasión de toda la familia.

—Te aburrimos, ¿verdad? —me pregunta Marie deteniendo la conversación.

—Para nada, es muy interesante todo lo que contáis, aunque siento no poder aportar nada, está claro que todos sabéis mucho más de arte que yo...

Una afable sonrisa ilumina su cara.

—Bueno, y cambiando de tema, ¿has pensado ya qué vas a ponerte esta noche? —me pregunta Paula. Cierto..., el programa. La verdad es que no tengo ni idea de lo que voy a ponerme—. Me lo temía —dice al ver mi gesto—. Pues tendremos que salir de compras, si no hay más remedio —añade contenta.

Pasamos la tarde las dos juntas. Sarita se ha quedado con sus abuelos. Paula es maravillosa. Me cuenta anécdotas sobre la infancia y adolescencia de Pablo, detalles y gustos de su hermano... Y acaba por salir *el* tema.

—Se le ve tan cambiado desde que está contigo. Con Raquel se le había agriado

el carácter. Hace tiempo que nuestra relación no es la misma de siempre... —La miro sorprendida—. Ahora parece que vuelve a ser el Pablo de antes y todo gracias a ti.

Analizo la frase mentalmente una y otra vez. ¿Está conmigo? ¿Le cambió el carácter con Raquel? ¿Su relación cambió? Estoy confundida...

—Pero, Paula, yo...

—Sí, sí, ya sé que todavía no estáis juntos oficialmente. —Ése «todavía» me mata—. Pero no me negarás que hoy ha pasado algo... —Me sonrojo al recordar la escena en el estudio—. ¿Ves? Esa sonrisilla tonta me dice que sí, y las caras que teníais hoy los dos al subir del estudio también.

—Pablo está con Raquel y yo...

—No permitas que te lo quite. —Abro la boca de par en par. ¿Ha dicho lo que me parece a mí que...? No acabo de dar crédito—. Como ves, no le tengo ningún cariño. —La rabia cruza un momento su rostro para dejar paso a su dulzura habitual—. Pero abriré los ojos, Marina. Si no lo ha hecho ya, lo hará tarde o temprano. —La sinceridad de Paula me conmueve—. Estás enamorada hasta decir basta, ¿verdad? —sonríe.

—Yo... —No puedo decirle que me tiene completamente enamorada, como una tonta, pero mi gesto me desvela.

—Marina... —vuelve a sonreír—. Querida futura cuñada, vamos a comprar el mejor vestido, y ya de paso un buen desfibrilador...

«¡Qué mujer!», pienso.

Vestido, zapatos y unas cuantas cosas más en mano, volvemos a casa para prepararnos. Paula me ayuda a arreglarme. ¿Quién me iba a decir a mí que me llevaría tan bien con su hermana? Nos reunimos con la familia y salimos en dirección al *Programa de Juan y Medio*, de Canal Sur, donde Pablo ofrece esta noche una entrevista y un pequeño concierto acústico.

Entramos al plató, ya abarrotado de gente, aunque tenemos reservados asientos en primera fila. Me siento junto a Paula y Marisa, delante del pie de micro que reposa en el escenario. Así tendré a Pablo cantándome justo delante.

Entonces, su perturbadora voz vuelve a taladrarme los oídos. Cómo no... ¿Cómo iba a perderse la entrevista? Intento que nuestras miradas no se crucen. Dirijo mis ojos hacia Paula, que mira a Raquel con recelo.

—Perdona, guapa. —¿Es a mí? Levanto la mirada y la veo delante—. ¿Te importa? Éste es mi sitio —me dice señalando mi asiento. ¿Será que ponía su nombre y no me he dado cuenta?—. ¿Es que te has quedado sorda?

«¡Será posible!», pienso, pero sólo alcanzo a balbucear:

—Yo...

—Marina, cielo, ¿te importa sentarte en mi sitio? Raquel y yo queremos sentarnos en el centro —me pide Marie.

Me levanto sin ánimo alguno de quedarme allí y noto como Paula tira de mí para que me siente a su lado.

—Olvidé decirte que mamá es pro-Raquel —me informa Paula con una mueca de asco.

—Ya veo..., ya.

Os juro que cogería ahora mismo el tren y volvería a Barcelona. La regidora ordena silencio y empieza el programa. Juan llama a Pablo y observo como sale sonriente y dedica una mirada al público. Está guapísimo. No es sólo que esté impecablemente vestido, sino que lo que de verdad me encandila es su actitud, su expresión. Sonríe y se sienta en el taburete para empezar.

El programa es un *magazine* en el que un grupo de niños entrevistan a todo tipo de invitados, cantan y hacen juegos y bromas varias. Él trata de contestar a lo que puede, con sorna. Después, llega el turno del pequeño concierto. Canta cuatro canciones del nuevo disco. Al acabar la actuación, acompaño a Paula, Marie y Raquel al camerino. Me siento una auténtica privilegiada por vivir todo esto. Pablo nos abre la puerta y contemplo como Raquel se lanza a él y le besa con fervor. La sangre me hierve, no puedo soportar ver que sus labios son suyos.

No sé cómo ni por qué, pero antes de que pueda darme cuenta, sin apenas saludarle ni hablar con él, Raquel se lo lleva de allí, evidenciando una vez más que es todo para ella.

A Pablo le abruma el ímpetu de Raquel. Se echa a sus brazos sin que pueda reaccionar y se lo lleva de allí a la fuerza. Camina arrastrado por sus manos, dejándose llevar a lo largo de los pasillos de Canal Sur. Ve a Marina mirarle e intenta decirle con gestos que le espere; lo último que quiere es que piense que va a pasar algo con Raquel. Camina a paso rápido, al que ella le lleva. No le ha soltado de la mano y tira de él como si fuera un mero objeto al que puede manejar a su antojo.

—Raquel, ¿dónde vamos? —consigue preguntarle.

—Ahora lo verás, no seas ansioso.

¿Ansioso él? No entiende qué ocurre.

—Raquel, mi familia me está esperando, tengo que volver... —intenta explicarle.

—Oh, Pablo, ¡cállate ya!, llevo meses sin ti —exclama frenando su paso ante una de las muchas puertas que encuentran. Se acerca a él y desliza las manos alrededor de su cuello—. Tengo unas ganas de estar contigo... —Da un fuerte empujón con la cadera a la puerta y ésta se abre—. Por fin. —Le besa con violencia y le empuja hasta uno de los aseos del baño.

—Raquel... —balbucea intentando escaparse de sus labios y sus caricias.

—Cállate. Te quiero aquí y ahora. —Vuelve a inundarle de besos y él se deja llevar.

Raquel siempre ha tenido ese poder sobre él, cuando quiere le anula la voluntad. Se sienta sobre sus piernas, intentando llevarle a la locura. «¿Pero qué diablos estoy haciendo? Pablo, joder, piensa con la cabeza», se dice a sí mismo.

—Raquel, ya. Ni ahora, ni aquí, ni así. Para —le ordena levantándose del retrete y saliendo del baño—. Vamos a tu casa, ahora —le exige enfadado.

Ella le mira boquiabierta, pero le acompaña a la salida.

—¿Qué leches te ha hecho la mosquita muerta ésa? —La mira furioso—. Oh, vamos, Pablo, tú antes no eras así, tú eras el primero en proponerme este tipo de locuras..., llevamos meses sin... vernos.

—He dicho que vamos a ir a tu casa, ahora.

Sale de allí irritado. «¿Se puede saber en qué narices estaba pensando? ¿Es que no tuve bastante con Pilar?», se repite. Parece que no aprende. Y hablando de Pilar..., es el momento de contarle a Raquel lo que pasó, no puede dejar que las cosas se normalicen como si nada hubiera ocurrido.

Conduce furioso hacia la casa de Raquel. No soporta la actitud que tiene con él, le conoce perfectamente y sabe qué clavija tocar para que caiga como un tonto. Suben callados hasta su habitación y Pablo cierra la puerta detrás de él. Raquel le mira seria

y, antes de que pueda decirle nada, vuelve a abalanzarse sobre él, empotrándole contra la puerta.

—No, Raquel, no, para —la avisa, pero sigue su juego y vuelve a besarle—. La otra noche... con una chica... se me fueron las cosas de las manos... —le dice intermitentemente, entre beso y beso.

Raquel detiene sus caricias de golpe y le mira furiosa.

—¿Qué? —grita. Él baja la cabeza—. ¡Lo sabía, lo sabía! Maldita mosquita muerta... —chilla con rabia.

—¡No! —la corta antes de que siga insultando a Marina—. No fue Marina, ella no tiene nada que ver...

—No la defiendas... Te juro que la mataré, no le quedarán ganas ni de seguir escuchando tu música —exclama caminando arriba y abajo por toda la habitación, visiblemente nerviosa y colérica.

—Déjala en paz, ella no tiene nada que ver, ¡no tiene nada que ver! —grita elevando el tono por encima del suyo. No va a permitir que le toque un solo pelo.

—¿Ah, no? ¿Y entonces quién fue la zorra? —El tono de la conversación es cada vez más elevado. Raquel golpea una y otra vez el respaldo del sofá que tiene detrás.

—Fue un error, Raquel —intenta hacerle entender. Por mucho que le moleste su actitud y su forma de hablarle, está en todo su derecho de enfadarse.

—¿Un error, Pablo? ¿Un error? Un error es equivocarte de detergente cuando vas al súper, o ponerte la camiseta al revés, pero no esto, no esto, ¡joder! —solloza.

Se acerca a ella preocupado. No soporta verla llorar, es demasiado importante para él a pesar de todo... Siempre ha sido muy fuerte, y se le encoge el corazón al verla así.

—No te atrevas a tocarme —masculla esquivando sus manos.

—Raquel, yo...

—¿Tú qué? ¿Tú qué, Pablo? ¿Es que estos años juntos no han significado nada? Parece que a la primera de cambio... ¿Tan necesitado estabas? —pregunta desconsolada.

—Lo siento... No, no sé qué me pasó. Salí con los chicos y ella empezó a hablar conmigo, era una periodista que lleva siguiendo mi carrera desde el inicio. Bebimos y una cosa llevó a la otra...

—«Oh, Raquel, es que no sé qué me pasó, una chica, alcohol...» —le imita agitada—. ¿De verdad que no puedes inventarte una excusa mejor? Con la imaginación que tienes, podías haberte preparado algún pretexto un poco más original —ironiza.

Es ella, es Raquel, pero no logra reconocerla. Entiende que está en su derecho de sentirse enfadada, que es normal que le duela y que no quiera saber nada de él, pero no puede distinguir a la Raquel de la que se enamoró. No así, no tan altiva...

Pablo se apoya en la pared intentando serenarse. Necesita pensar.

—Es lo que pasó, Raquel, no hay nada que inventar. Sólo fueron besos y caricias,

después me quedé dormido de lo borracho que estaba. No pasó nada más.

—Eres un cínico, no sé cómo tienes la cara de decirme esto... ¿Sabes? Empiezo a pensar que esta relación siempre ha sido una mentira. No sé cómo llegué a enamorarme de aquel chiquillo que babeaba tras de mí a todas horas.

Pablo la mira estupefacto. ¡Pero cómo se atreve a decirle eso!

—¿Una mentira, Raquel? Una mentira habrá sido para ti —le dice apenado.

—Márchate —le ordena seca. La mira con tristeza y ella insiste de nuevo—: Lárgate, no quiero verte.

—Esto no puede acabar así... Raquel, yo entiendo que estés enfadada. Cabréate, pégame, abofetéame, no me hables en un tiempo. Te dejo en paz todo el tiempo que necesites, pero esto no puede acabar así. —Ella está sentada en el suelo, con la cara apoyada sobre sus rodillas—. Nuestra amistad...

—Ahora vete, quiero estar sola.

Se acerca con cautela. Todo esto se le ha ido de las manos. A los dos. Acaricia su cabello con dulzura y le besa la frente delicadamente. Le duele. Le duele muchísimo. Sabía que tenía que hacerlo, terminar con Raquel por Marina, pero acabar con una relación de tanto tiempo, después de toda una vida adorándola, es muy difícil; sobre todo si parece que ella no va a perdonarle nunca.

Baja las escaleras aturdido. No quiere coger el coche en ese estado. No tiene fuerzas para hacerlo, así que decide volver a casa andando. En su cabeza revuelan miles de pensamientos y contrariedades. Un sinfín de imágenes de todo lo que ha vivido con Raquel y de lo que ha ocurrido hace escasos minutos. Pero Marina también está en su pensamiento. Su corazón intenta entender lo que su razón cree conveniente, pero parece que cada uno va por su lado.

Ha llegado ese temido momento de decidir. De pasar página o seguir en la misma. De seguir con un pasado al que se lo debe todo, o de afrontar un futuro del que espera, también, todo. No es fácil resignarse y aceptar que el amor acaba así, sin más, y de esa forma. Cuando alguien empieza una relación, cree que el amor será para siempre, que ese sentimiento será eterno..., y duele ver que esa eternidad es, a veces, más breve de lo que deseamos. Tal vez no era tan fuerte como él pensaba. La debilidad le ha acechado y no ha sabido afrontarla. Así es como se siente.

El tiempo juega en su contra. Mientras su cabeza no deja de insistirle en que no puede acabar de esa forma con Raquel, su corazón se empeña en que nada es para siempre y le apremia para iniciar un nuevo camino.

Toda una vida de aquella forma, sufriendo por amor, una y otra vez, hasta que llegó ella, Raquel, y ahora el amor se gasta, sin más, y le toca volver a confiar en un amor nuevo, en un amor que ha llegado a su vida desmoronándola por completo. Tiene miedo, sí. Mucho miedo.

Mira el reloj al darse cuenta de que las calles de Cádiz están desiertas. Son más de las cuatro de la mañana. «¡Marina!», recuerda. Con la seguridad de que estará durmiendo, acciona el botón de llamada de su móvil y espera pacientemente a

escuchar su dulce voz.

—¿Sí?

«Menos mal. No parece dormida», piensa.

—Marina, ¿dónde estás? Yo voy para casa ya.

—En el tren, Pablo. Camino a Barcelona...

No puede ser cierto.

—Otra vez no, mi vida. Pero ¿por qué...? ¿Por qué ahora, Marina? ¿Por qué? —le pregunta con desesperación.

—Tenía que irme ya, Pablo. Y así, sin despedirme. Después de todo lo que ha pasado, no podría haber aguantado una despedida... —explica ella con la voz triste.

—No, Marina, no te creo —replica Pablo gravemente—. No puedes irte ahora... No puedes dejarme así.

—Pablo, de verdad, necesitaba marcharme.

—Te juro, te juro, Marina, que no pasó nada con Raquel —dice desesperado.

—No es eso, Pablo... No tienes que darme explicaciones, ya lo...

—No, no, no, esa misma canción otra vez no. Quiero darte explicaciones, Marina. Necesito darte explicaciones. No ha pasado nada con Raquel, nada —enfatisa—. Sí, es cierto, me sacó del programa a rastras, pero no pasó nada..., por favor, vuelve.

—Pablo, de verdad que no es eso... Debía volver ya a Barcelona. Tengo una vida allí, ¿sabes?

—No me mientas, Marina.

—Pablo, son más de las cuatro de la mañana, y estoy despertando a la gente del tren. Llámame mañana y hablamos —le pide seca.

—¿Vas a dejarme así?

—Pablo, por favor. Vete a la cama, mañana hablamos.

—Marina..., sé que no voy a dormir en toda la noche por mucho que lo intente.

—Pablo, por favor. Buenas noches —se despide Marina y acto seguido cuelga.

Pablo deja caer el móvil al suelo. No puede creer que, en una sola noche, las haya perdido a las dos. ¿Es que no tiene derecho a una oportunidad? Sabe lo que desea, o eso cree, pero no quiere acabar así con Raquel. Su cabeza da vueltas en una dirección, su corazón en otra, y él está en medio de ambos, sin saber a quién hacer caso.

Marina..., esa chica es lo más adorable que ha conocido en toda su vida. Su ternura, su fragilidad, su dulzura... Se siente tan bien a su lado, le da la paz que necesita en cada momento. Le encanta estar junto a ella, le encanta verla reír y siente un deseo imperioso de protegerla en todo momento. Es preciosa, preciosa. A veces se la imagina como una pequeña muñeca de porcelana de esas que te enamoras con sólo mirarla, pero que no sabes si comprarla por miedo a no saber cuidarla. Además, ese modo que tiene de descolocarle... le vuelve loco.

Y su corazón no deja de advertirle que es ella. Que es Marina ese «Ella que tanto

buscaba», que el tiempo de Raquel ha pasado ya. Jamás se había sentido así con nadie. Su cuerpo entero vibra cuando está a su lado. Siente que le completa, que llena un vacío que no sabía ni que existiera. Su calor, su aroma, su sonrisa, y ese cariño que le regala... El miedo de perderla se apodera de él y no logra entender cómo sigue todavía allí sin ir a por ella.

Raquel es diferente... Raquel es... Raquel.

Nuevo colegio, nuevos amigos, nuevo barrio, nueva vida... Empezaba una etapa de su vida en la que no tenía plena confianza en sí mismo. Era pequeño, demasiado para tener que hacer frente a un mundo nuevo.

Un chico de poca estatura, con los ojos brillando a todas horas, emocionado por cualquier cosa que despertara su imaginación. Con el pelo claro, los ojos oscuros y una sonrisa que mostraba muy de vez en cuando. No era la persona más risueña del mundo, o sí, tal vez lo era, pero sólo en su casa. Fuera de esas cuatro paredes — nuevas también— que le refugiaban, era el chico más introvertido que podía existir. Por ello, tener que afrontar una nueva rutina en una escuela desconocida le suponía un auténtico castigo.

Sólo recuerda que ella fue la primera persona que vio al entrar a ese colegio al que apodaba «Tortura». Sus ojos claros le hipnotizaron y su cabello rubio destelló sobre su delicada figura, haciéndole creer que era un espejismo de esos que ven quienes vagan por el desierto. Se quedó embobado mirando a esa niña, perdiendo totalmente la noción del tiempo, hasta que el inoportuno de turno le devolvió a la realidad de aquel maldito primer día.

Revisó el informe que le había dado su madre para comprobar el aula que le tocaba y la taquilla, y se acercó, intentando pasar desapercibido, hasta allí con el fin de dejar los libros que llevaba en la mochila. La cosa es que la condenada no tenía la más mínima intención de abrirse, empezaba bien...

Cargando con todos esos pesados libros, entró en el aula asignada ante la atenta mirada de sus nuevos compañeros. Allí estaba ella, sentada, justo delante de la mesa de la profesora. Rodeada de amigas, hablando tranquila. Sus miradas se cruzaron un solo instante y su corazón dejó de latir unos segundos. Los suficientes para que ella se quedara allí, dentro de él. Y allí parado, como una estatua, oyó que la profesora le mandaba a sentarse. Se apresuró a hacerlo en el único pupitre que quedaba libre.

Y así fueron pasando los meses. Cada vez que ella le miraba —la pequeña Raquel por aquel entonces—, su corazón se desbocaba. Sus nuevos compañeros eran buena gente y poco a poco empezaron a formar un grupo en el que se sentía muy a gusto. Por fin, ese niño peculiar había encontrado amigos con los que divertirse.

Jamás osó hablarle. No se atrevía a cruzar esa estrecha línea entre la palabra «compañeros» y la palabra «amigos». Si sólo con mirarla su cuerpo entero temblaba como si estuviera bañándose en nieve, ¿cómo podría hablar con ella?

—Perdona, Pablo, se te ha caído el estuche.

¿Acababa de hablarle? ¿A él? ¿Y había dicho «Pablo»? No se lo podía creer. Llevaba ya medio año con ella en clase y era la primera vez que su voz le hablaba a él. Su reacción, a todo esto, fue quedarse callado y quieto. Absolutamente embobado. Tan nervioso como de costumbre. ¡Qué pensaría de él...!

Todos sus amigos lo sabían. Se le notaba a leguas, pero nunca pensó que alguien como él conseguiría tener a una chica como ella. Los años la trataron mejor de lo que pensaba. Si de pequeña era una niña preciosa, la juventud y la madurez la hicieron una auténtica belleza. Empezó a destacar entre los chicos. Las hormonas en aquel Liceo Francés, en el que ya llevaba más de un lustro, corrían solas. Ella empezó a protagonizar algunas campañas publicitarias para la ciudad. Cosas simples, pero que la hicieron más popular todavía. Seguía igual que años antes, quedándose embelesado cada vez que la tenía cerca. Sus amigos le trataban de loco por andar detrás de alguien como ella.

Si cierto es que la vida da muchísimas vueltas, la suya se desestabilizó por completo.

Casualidades de la vida, o no, uno de sus mejores amigos empezó una relación con una de las amigas de Raquel. Todo el día estaban juntos, así que, poco a poco, los círculos de ambos empezaron a conocerse y salir juntos. Así fue como Silvia, una de las mejores amigas de Raquel, se convirtió en su confidente. Fue una suerte contar con ella; Silvia le ayudó mucho a sobrellevar la situación.

Él seguía en su línea de siempre. Refugiándose en la música, repartiendo sus composiciones entre amigos y tocando para ellos en las fiestas que organizaban. Jamás pensó que la música pudiera jugar tanto a su favor. Gracias a ella, consiguió acercarse un poco más a Raquel. Sí, es cierto que la joven, por aquel entonces, salía con otro chico, uno al que apenas conocían sus amigos, pero poco a poco, y tras su afán de parecerse a ese chico, consiguió llegar a su corazón...

Su vida estaba plagada de cambios constantes; así lo recordaba desde que tenía uso de razón. Y el futuro no le deparaba otra cosa: cambios, cambios y más cambios. Algunos para cumplir el sueño de su vida.

Él seguía igual que siempre. Los años iban pasando y su corazón crecía con él, así que el amor por ella era todavía más intenso y doloroso. Raquel había hallado el amor con un modelo que había conocido en la agencia donde los dos trabajaban. Sus amigos arrastraban a Raquel a su punto de encuentro habitual, el salón Memories, cada vez que podían. Antes, adoraba visitar ese lugar y pasar la tarde con todos ellos, pero en cuanto llegó Álvaro, su novio, cada vez iba menos.

Su ángel de la guarda apareció cuando menos lo esperaba. Su vida se había convertido en una rutina que le mataba lentamente. Él, tan cabezón como es, se había empeñado en parecerse al novio de Raquel; un chico el doble de alto que él, el doble de fuerte y, desde el punto de vista de sus celos, el doble de idiota. Iba al gimnasio todos los días y se machacaba durante horas y horas para conseguir que su cuerpo de niño evolucionara al de hombre, o semihombre, como le decía Manu, su hermano.

Estaba más que cansado del arroz y el pollo, de las pesas, de las máquinas y de ese olor tan desagradable que desprende la «zona de machos» del gimnasio del barrio. El poco tiempo que le quedaba libre lo dedicaba a lo de siempre, a su música. Se encerraba en el estudio todas las noches, dejándose llevar por esa compañera de batallas, que siempre siempre le curaba.

Y apareció él, justo cuando más le necesitaba, justo en el momento perfecto. Su protector... Ese hombre llegó a su vida para trastocarla por completo; le tocaba empezar de cero, lejos de los suyos. Algo nuevo, sólo para él; algo único y que llevaba mucho tiempo anhelando.

La despedida fue dura. Los lazos con su familia eran muy fuertes y jamás había tenido que alejarse de su lado sin saber el tiempo que tardaría en volver a verlos. Madrid le esperaba: una ciudad llena de oportunidades, donde quería cumplir sus sueños.

No dejaba sólo a su familia, la dejaba a ella, sola, con él. Ése era uno de los motivos por los que dudaba sobre partir o no. Intuía que, si cerca de ella no había pasado nada, si se alejaba, las probabilidades se reducían a cero.

Y se marchó, se fue a la capital y empezó una vida nueva. Piso nuevo, vivir solo, trabajo nuevo, compañeros, equipo, músicos, estudio... y una larga lista de novedades que empezaba a asimilar. El piso no era gran cosa, pero tampoco

necesitaba más. Echaba de menos a sus amigos y a la familia. La soledad no era su fuerte, e intentaba paliarla con algún que otro libro, o, como siempre, componiendo. Sus amigos le visitaban de vez en cuando, pero había momentos en los que le parecía incluso peor, porque las despedidas le resultaban muy dolorosas.

Aquella noche volvía del estudio cansado, deseando entrar en la ducha para apaciguar el frío que le calaba hasta los huesos y meterse en la cama después. Llegó a casa y se preparó algo rápido de cena; no es que tuviera hambre, pero aquel cuerpo que había conseguido cultivar en el gimnasio empezaba a volver a su estado original y no era cuestión de echar por tierra tanto sacrificio. Se dirigía a la habitación para cambiarse cuando oyó el timbre de la puerta. Abrió sin más, pensando que seguramente sería alguien del equipo y casi le da un ataque de la sorpresa.

—Ra-Ra-Raquel —balbuceó al verla allí. No entendía qué hacía Raquel sola en su piso.

—¡Pablín! —le dijo echándose a sus brazos.

«¿Desde cuándo me llama de esta forma?», pensó. Ella se separó de él y le miró extrañada. Claro, su cara era todo un poema, por no hablar de que el cuerpo entero le temblaba y el corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—¿Puedo? —le preguntó señalándole el interior.

Él asintió confundido y cerró la puerta, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir.

—He venido porque sé que estás solo y, bueno, yo también estoy aquí en Madrid sola. Tengo que quedarme unos días por trabajo y pensé que no te importaría que los pasara aquí contigo.

No era capaz de asimilar lo que acababa de oír. ¿Iba a quedarse en su casa? ¿Los dos solos?

—¿Te importa? —le preguntó con un hilo de voz, nerviosa.

Parecía preocupada. ¿Cómo no iba a estar preocupada, si parecía una figurita del belén de lo inmóvil que estaba? Intentó responder rápidamente a su pregunta, para que no pensase que no quería que se quedara.

—Claro, claro que puedes. Estás en tu casa —le sonrió y ella se acercó para abrazarlo.

Le supuso una auténtica tortura tener a Raquel allí. No sabía exactamente si lo mejor era estar con ella el máximo tiempo posible y disfrutar así de su compañía o si debía evitarla para que no notara nada...

Una de las noches en las que volvía del estudio tarde, la encontró en casa. Llevaba el pequeño camisón con el que dormía y reposaba en el sofá, en los brazos de Morfeo, con una manta cubriendo la mitad de su cuerpo.

Se acercó a ella con cuidado y la arropó para que no cogiera frío. Desprezándose con brusquedad, Raquel le tomó la mano y lo acercó hasta ella, acelerándole el pulso una vez más.

—Mmm... ven, tengo frío —murmuró tirando de él.

Pablo cayó encima de ella y un molesto sudor frío recorrió su cuerpo. La tenía tan cerca..., tan tan cerca. Aspiró su aroma mientras se deslizaba, quedando justo detrás de su cuerpo. Él le cogió los brazos para que rodease su cuerpo y la abrazó, liberándose, dejándose llevar por ella.

Era incapaz de controlar la situación, llevaba demasiado tiempo deseando aquello, así que cuando Raquel decidió que había llegado el momento, se rindió sin más. Se dio la vuelta con cuidado. Se inclinó hasta que sus frentes chocaron la una con la otra y sus miradas parecían decirlo todo. Y pasó, pasó lo que tenía que pasar. Y se dejaron llevar, no sabía si por el amor, por el deseo, por la pasión o por las ganas que ambos tenían; o eso cree él.

Después de aquella noche, llegó lo más difícil de todo, volver a la realidad, salir de aquella cama y darse de bruces contra el mundo real de nuevo. Álvaro estaba ahí, él seguía ahí y eso no lo iba a cambiar un desliz. No había sido realmente consciente de ello. Le cegó el deseo, le volvió loco tenerla allí sólo para él, y dispuesta a regalarle una noche maravillosa. Le entregó su cariño y, a falta de éste y especialmente del suyo, cedió a los deseos del amor de su vida, de la persona a la que tanto había estado esperando.

Tal vez había sido peor eso, tenerla una noche y que volviera a desaparecer, haciéndole saber que la distancia y sus vidas separadas seguían interponiéndose entre ellos... Pero esa noche de pasión, ese desliz finalmente la hicieron volver a su lado. Raquel dejó su relación y volvió a él suplicándole que le diera una oportunidad, y haciéndole así el hombre más feliz del mundo.

No recuerda exactamente en qué momento de la noche aterrizó en la realidad, pero, al sentir que su conciencia volvía de nuevo a su cuerpo, cae en la cuenta de que está en su habitación. Se resguarda en las frías sábanas que la noche anterior habían sido testigo de tanto cariño y de ese amor reprimido. Su cabeza es incapaz de dejarle dormir y en su mente se mezclan miles de pensamientos que quiere contar al mundo, pero que, al mismo tiempo, no sabe cómo descifrar.

Raquel es Raquel, sí, y pensar que ahora se acabó, porque no siente ya lo mismo que sintió en su momento, le rompe. La quiere, es inevitable después de todo, pero no de la misma forma. Ni el deseo, ni esas mariposas en el estómago del principio, ni piensa en ella a todas horas, ni tiene esa necesidad vital de verla... Ni siquiera se siente a gusto a su lado. Porque ahora todo eso es lo que puede decir de Marina.

Pensar que Raquel se acabó es como tener que enterrar un pedacito de él, de ese «yo» del pasado, de ese niño que se enamoró como un bobo, de ese adolescente que creció soñando con tenerla a su lado, y de ese chico que finalmente consiguió lo que anhelaba.

Poco a poco, cae profundamente dormido tratando de que el sueño cure sus heridas. Le despiertan unas manos frías que reconoce enseguida.

—Pensé que pasarías la noche en casa de Raquel —le dice su madre tendiéndole una taza de café.

—Mamá... —murmura. Sabe perfectamente que está al corriente de todo. A las madres no se las puede engañar.

—¿Cómo estás, cariño? Es lo único que me importa... —murmura acariciándole el pelo.

—No sé, mamá, no sé... Marina se ha ido, Raquel no quiere saber nada de mí...

—¿Y qué es lo que más te duele?

Le sorprende la pregunta.

Sí, él también lleva haciéndosela desde hace horas, pero le sorprende que sea su madre, precisamente, la que le plantee eso ahora. La mira confuso y ve cómo sonrío y se acerca para besarle la frente.

—Aquí estaré —le informa levantándose de la cama.

¿Debe recuperar a Raquel o ir a buscar a Marina?

Se levanta tranquilo y se asoma a la ventana tratando de pensar las cosas con algo más de frialdad. En poco más de una hora ha quedado con Marisa, la promoción en España ha acabado y toca viajar a Latinoamérica para iniciarla allí. Se viste y sale corriendo de casa antes de encontrarse con nadie más que pueda atosigarlo con más

preguntas.

Llega enseguida al estudio y se encuentra con Marisa, Daniel y los chicos. Trabajo, trabajo y más trabajo, eso es lo que le espera y en lo que pretende refugiarse para que no le estalle la cabeza.

—Nos vamos la semana que viene a México —le anuncia su mánager.

—¿Qué? ¿Ya?

—Sí. Después tenemos pensado ir a Chile y Argentina, estaremos un tiempo fuera, Pablo. —Asiente y se sienta junto a Lucas y Pedro—. Tenemos entrevistas en D. F., Monterrey, Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Santiago... Éstas seguras y estamos a la espera de confirmar más ciudades —sigue Marisa.

—Qué bien...

Aunque le interesa lo que cuentan, su mente sigue estando lejos de aquella sala. Ahora que trataba de encarrilar su vida y tomar decisiones, parece que las cosas tendrán que esperar, por lo menos hasta que vuelva.

—¿Estás bien? —le pregunta Daniel.

Reacciona y vuelve la mirada a los presentes. No tiene sentido que siga ocultándolo.

—Raquel y yo lo hemos dejado.

El silencio reina en los instantes posteriores a la confesión. Todos le miran como si fuera un triste peluche de esos que llevan un corazón entre las manos y al que nadie hace el mínimo caso.

—Vaya, lo siento, Pablo. Aquí estamos para lo que necesites... —le anima Marisa.

—Me lo suponía... ¿Los cuernos, no? Si es que ya me imaginaba yo que un día de éstos te darías contra la puerta...

¿Lucas acaba de decir lo que acaba de oír?

—¿Cómo?

La cara de Lucas cambia al instante.

—Esto..., ¿no es por lo de la foto? Yo... —Lucas empieza a ponerse nervioso y rebusca en su bolsillo. Pablo se siente totalmente descolocado.

Saca el móvil y sigue buscando en el teléfono, todavía nervioso, mientras los demás le miran atentos. ¿Una foto? ¿Ha dicho una foto? De pronto se gira. Lucas ha parado de trastear en la pantalla y le tiende el móvil angustiado. Se lo acerca y se centra en la imagen sin creer lo que ven sus ojos.

Es ella..., es Raquel. Raquel con otro hombre. No puede creerlo; no es capaz de comprender cómo se había puesto de aquella forma con él si, después de todo, ella también había cometido un terrible error, por llamarle de alguna manera.

Su gesto sigue desencajado. No sabe si golpear el móvil contra la mesa o hacerlo sobre su propia cabeza por estúpido. ¿Cómo ha podido estar tan ciego?

—No es la única, Pablo..., ese tío tiene su Twitter lleno de fotos con ella, de este mismo verano... —insiste Lucas.

Le mira furioso y lanza el teléfono contra el sofá.

—Pablo, tranquilo —es Daniel quien intenta calmar su furia, pero Pablo se levanta del sofá dispuesto a todo.

—Pablo, cálmate, por favor —interviene Marisa cortándole el paso.

—No te metas en esto, Marisa —le replica agitado.

—Pablo, ve con cuidado, piensa en tu carrera, no vayas a montar un escándalo...

—Marisa, no te aviso más, apártate ya.

Se hace a un lado y sale de allí dispuesto a hacer lo que debería haber hecho mucho antes.

Coge un taxi hasta casa de Raquel y llama a la puerta insistentemente.

—¿Sí?

—Raquel, abre.

—Pablo. ¿No te quedó claro ayer que no quiero saber nada de ti?

—Abre la maldita puerta, Raquel. ¡Ahora! —Oye un pequeño zumbido y tira de la puerta sin problemas, adentrándose en el edificio.

Sube las escaleras, casi de dos en dos, y llega al descansillo ahogado. Se apoya en la barandilla para tomar un poco de aire y ve como Raquel le mira, apoyada en la puerta, con sus ya habituales aires de superioridad. Se incorpora y se acerca lentamente a ella, tratando de controlar la ira que siente.

—¿Y bien? ¿Tengo que aguantar mucho aquí o te vas a dignar a pasar? —le pregunta altiva.

Pablo se acerca sin decir ni una palabra, mirándola a los ojos, mientras ella continúa con su actitud arrogante. Acorta los pocos pasos que le separan de ella.

—Pablo, no tengo todo el día...

Apenas pronuncia la frase, él estalla en carcajadas; unas carcajadas tristes que hacen a Raquel retroceder sobre sí misma, confusa.

—Pablo, ¿qué pasa...? —su voz está llena de extrañeza.

Las carcajadas se han convertido en lágrimas de rabia. Esconde su rostro en el hueco de sus manos y respira profundamente tratando de tranquilizarse. Cuando levanta la cabeza de nuevo, sabe que todo ha terminado definitivamente.

—Se acabó, Raquel. Se acabó. Como el imbécil que he sido durante todo este tiempo, pensé en la posibilidad de arreglar lo nuestro, de recuperarte y volver a ser lo que éramos antes, pero se acabó. No sé cómo has sido capaz de hacerme sentir culpable por algo por lo que me he estado atormentando desde el mismo instante en el que ocurrió, mientras tú te divertías con otro... No sé, no sé dónde está la Raquel a la que yo conocí. No sé dónde está la Raquel de la que me enamoré, y no sé si realmente han valido la pena todos estos años a tu lado. No sé si esta relación ha sido alguna vez real... o todo ha sido una maldita mentira. Probablemente llevas años divirtiéndote con otros mientras yo estaba fuera... echándote de menos.

»Se acabó. Me acabas de abrir los ojos de una santa vez y acabas de ayudarme a darme cuenta de que la mujer de mi vida jamás has sido tú, jamás. La mujer de mi

vida se marchó ayer de aquí por tu culpa. La mujer de mi vida ha sufrido por ti sin merecerlo. Ella ha estado a mi lado, sin pedirme nada, sin interés alguno, aguantando tus desprecios, mis gilipolleces y un millón de cosas más de las que no me daba cuenta porque estaba realmente cegado pensando en ti. Se acabó, Raquel. No quiero volver a verte nunca más. Voy a arrancar tu existencia de mi corazón, aunque para ello tenga que borrar la mitad de los recuerdos de mi vida. Pero se acabó, Raquel, para siempre.

Del trabajo a la facultad y de la facultad a casa; así era mi día a día algo más de un mes después de volver de Cádiz. Había empezado las prácticas de tercero en una pequeña radio local de un pueblecito cercano a la universidad, así que, todas las mañanas, tomaba el mismo tren que de costumbre y, una parada después de lo habitual, me apeaba para ir al estudio. Comía allí, después iba a clase un par de horas y volvía a casa. Ésa era mi distracción diaria, refugiarme en el trabajo, intentando no pensar en él...

Sus mensajes eran continuos y me era imposible esquivarlos, no tenía ningún sentido actuar como una niña y dejar de hablarle... Al fin y al cabo, la culpa de todo era mía. No debí ilusionarme de aquella forma, no con él. No debí dejar que las cosas pasaran como pasaron... Aceptar una relación más allá de la estricta afinidad fan-ídolo fue el mayor error que he cometido en mi vida.

Está en Latinoamérica, lleva allí un par de semanas durante las que no ha dejado de hablar conmigo. Es él quien insiste, es él quien me manda un mensaje de buenos días, de buenas noches; quien me pregunta qué hago en cada momento del día. Y yo sólo intento ser cordial y evitar que nuestra amistad desaparezca por completo. Pero ante todo no quiero alentar a mi corazón, no otra vez.

Me pide que hablemos por Skype y, aunque trato de darle todas las largas posibles, un día u otro llegará el momento de poner buena cara y tragarme las ganas de decirle todo lo que siento: que deje de hacerme daño de esa forma. Los mensajes son sólo palabras, la voz y la imagen lo dicen todo..., todo. Tengo todavía grabadas en mi mente aquellas últimas cuarenta y ocho horas en su ciudad.

Vuelvo a casa tras un día agotador. Las prácticas me impiden ver a Claudia tanto como quisiera, pero ella se suele acercar a recogerme a la estación para volver juntas a casa caminando.

—Vaya ojeras que llevas... —me dice a modo de saludo.

—Gracias, yo también me alegro de verte —bromeo acercándome para saludarla cariñosamente—. Hoy ya no pueden exprimirme más, a la naranja se le gastó el jugo... Estoy cansada, realmente exhausta.

—Vaya manera de explotarte que tienen... —me apoya agarrándome del brazo—. ¿Noticias frescas? —La miro alzando una ceja y sonrío—. ¿Te llamó ayer? —Le tiendo el móvil para que lea nuestra conversación de hoy—. Anda, ¿Skype esta noche? Grábalo, grábalo, ¡quiero ver esa videoconferencia!

—Serás boba, ¿pero cómo voy a grabarle la videoconferencia? Pablo me mata...

—Venga, va, por favor, por favor, quiero ver la cara de tonto que pone cuando

habla contigo.

La fulmino con la mirada.

—No pone cara de tonto cuando habla conmigo...

—Bueno, dejemos el tema, el caso es que estás mejor, ¿no? —me dice acariciándome el brazo mientras caminamos. Hace un día sumamente caluroso, y eso me agota más, si cabe.

—Digamos que estoy... Pero sí, algo mejor que al volver de Cádiz sí, menos mal.

—¿Sabes algo de Raquel? ¿Te ha dicho Pablo algo?

La miro confusa.

—Ni me ha dicho nada ni me importa..., sinceramente —le replico enfurecida al oír su nombre de nuevo.

Nos acercamos a casa y saco la llave del bolso para abrir la puerta. Mientras la meto suavemente en el paño, siento cómo unas manos me cubren los ojos.

—Claudia, para de hacer el idiota, anda, que tengo ganas de subir a casa.

—Esas manazas no son las mías... —murmura.

Mi cuerpo entra en un estado de tensión descontrolada. ¿Y si no son sus manos, de quién son? ¿Quién me está cubriendo los ojos? Siento un suave y húmedo aliento en mi cuello y mi piel se eriza al contacto con la de esa persona.

—Mmmm... Te he echado de menos... —me susurra al oído.

Su voz es inconfundible y mi cuerpo reacciona al instante al oírla: es él, sin duda. Me deshago de sus manos y me giro rápidamente para comprobar que estoy en lo cierto.

—¡Maxi! —Me echo a sus brazos emocionada. Hace mucho que no le veía, desde... Miami. No me lo esperaba, hablamos casi a diario y no me ha contado que venía.

—Princesa... ¡Qué linda estás! Qué morenita... —me dice cogiéndome de las muñecas.

—Quién fue a hablar... ¿Pero qué haces aquí? ¡Qué malo eres, no me has dicho nada!

—Quería darte una sorpresa. Me quedo unos días contigo. —Es tan simpático... y está tan tan guapo.

—¿Unos días?

—Ajá, unos días —recalca sonriente.

—¿Unos días hasta el catorce de octubre? —le pregunto recordando que falta poco para mi cumpleaños.

—¿El catorce de octubre? ¿Pasa algo el catorce de octubre? —disimula.

—No te hagas el loco, anda —le digo dándole una palmadita en el trasero.

—Oh, ¡pero será usted perversa! —bromea.

—¿Perversa yo? Si soy un angelito —protesto pestañeando forzosamente.

—Ejem... Siento interrumpir este precioso momento, pero yo tengo que irme a casa... —farfulla Claudia.

Me doy la vuelta para mirarla, tiene cara de pocos amigos, normal, odia a Maxi... Me acerco a ella con delicadeza y la abrazo con fuerza.

—Mañana nos vemos —le susurro.

—Si está éste aquí, mañana no nos vemos... —murmura.

—Anda..., ¡no seas así! ¡Dale una oportunidad, mujer!

—Yo a éste ni agua —insiste separándose de mí. Es tan terca..., no sé qué voy a hacer con ella.

Veo cómo se aleja de nosotros, sin despedirse de Max, y vuelvo otra vez la mirada hasta él y sonrío.

—Perdónala... —intento disculparme por ella.

—Poco a poco, no te preocupes —me dice sereno—. Bueno, princesa, ¿por qué no subes a dejar todo esto y nos vamos a cenar? —Arrugo la nariz. Con lo cansada que estaba... Ve que mi gesto no es precisamente agradable—. ¿No tienes ganas?

—Es que estoy muerta, tremendamente cansada: el trabajo, la facultad... —intento excusarme.

—Tranquila, no te preocupes, mañana nos vemos, no pasa nada —me dice con visible contrariedad.

No puedo dejarle solo; al fin y al cabo, ha venido hasta aquí para estar conmigo.

—¿Quieres subir? —le digo inconscientemente.

Pero, al segundo, caigo en la cuenta de que mis padres siguen ajenos a todo esto. Ni Pablo, ni Max..., nada. Para mi desgracia, asiento y trago saliva. Vuelvo a introducir la llave en la cerradura, pensando en lo que voy a decirle a mi familia cuando entre por la puerta con Maxi. ¿Le reconocerán?

Al abrir, oigo ruido que proviene del salón. Mierda, hay alguien en casa... Me detengo en el vestíbulo y oigo como Max cierra la puerta.

—¿Pasa algo? —pregunta al verme cual estatua de piedra.

—Esto..., Maxi..., mis, mis padres..., mis padres no saben nada de todo esto... —logro decir de sopetón.

—No te preocupes, no quiero causarte problemas, me voy —dice volviendo hacia la puerta.

—No, no, no, ven, ya me inventaré algo, no te preocupes —le aseguro arrastrándolo hasta el salón.

Me asomo a la sala y veo a mi madre y a mi abuela viendo la televisión embobadas. Carraspeo un par de veces y centran la mirada en mí al instante.

—Cariño, ¿ya estás aquí? —pregunta mi madre incorporándose.

—Sí, mamá, pero no vengo sola —le explico tirando del brazo de Max para que puedan verle.

Sorprendentemente, mi familia lo recibe con los brazos abiertos. Me invento que lo conocí en verano, en uno de sus conciertos en una sala de Barcelona, y que desde entonces hablamos a menudo. Mi madre le ofrece una habitación para quedarse, por lo menos esa noche, y, a pesar de que él rebate la proposición alegando que va a ir a

un hotel cercano, el empeño de mi familia gana.

Acabamos de cenar y me acuerdo de que he quedado con Pablo en unos minutos para la videoconferencia. Por suerte, Maxi decide tomar una ducha, así que aprovecho el momento y aviso a Pablo por mensaje de que ya estoy disponible para hablar.

Me siento frente al ordenador, arreglando mi melena, algo despeinada por el ajetreo del día, y pulso el botón correspondiente del programa para iniciar la llamada. Al segundo, veo la imagen de Pablo en la pantalla del ordenador, sonriente y guapo, como siempre.

—Marina... —murmura—. ¡Pero qué guapa estás!

—Hola. Gracias, tú también. —Todavía me cuesta recuperar la normalidad que teníamos antes.

—¿Qué tal el día? ¿Muy cansada? —pregunta.

Se pasa la mano por el pelo y se apoya poco a poco en la silla giratoria en la que está sentado. La calidad de la imagen es pobre, pero puedo distinguir sus movimientos y gestos con facilidad.

—Cansada, tengo ganas de meterme en la cama ya.

—Bueno, mi vida, no te quito mucho tiempo, sólo quería saber de ti y verte, que hace tiempo que no te veía.

—Lo sé..., lo sé... ¿Y tú, todo bien? —le digo intentando aparentar naturalidad.

—Bien, con mucho trabajo, pero es normal. Promoción aquí, promoción allá...

—Claro, claro... Y ¿cuándo vuelves? —le pregunto esperanzada. Nada me gustaría más, a pesar de todo, que poder celebrar mi cumpleaños con él.

—Pues vuelvo para mediados de noviembre. Ahora estoy en México, pero luego me espera Argentina y Chile.

—Claro... —¿Para qué le iba a decir que me encantaría que viniera por mi cumpleaños si tampoco lo iba a hacer?

—¿Por? ¿Ocurre algo? —comenta desorientado.

—No, no, sólo preguntaba..., por saber —finjo.

—Ah, vale —sonríe.

—Marina, princesa, ¿tienes pasta de dientes? Es que soy tan despistado que...

Es Maxi, que entra en la habitación con el pijama puesto y el cepillo de dientes en la mano. Pego un bote en la silla y le miro alarmada. Pablo sigue en la pantalla del ordenador y eso quiere decir que él también me ve a mí, a mí y a él... Trago saliva.

Está distante y es plenamente consciente de ello. Desde que ella se marchó de Cádiz, nada ha vuelto a ser como antes. Hace más de un mes que no la ve y, aunque intenta actuar como si todo fluyera de manera natural, entiende que las cosas no van como él querría.

Su ruptura con Raquel es un tema delicado que no ha querido tratar por teléfono, y que hoy por hoy no puede contarle en persona porque sigue de gira por Latinoamérica. Él sabe que todo sería mucho más fácil si, en cuanto acabó su anterior relación, hubiera hablado con Marina para decirle que ya era libre y que lo único que quería era estar con ella. Pero las cosas a veces no son tan sencillas y el trabajo le había obligado a marcharse sin posibilidad de viajar a Barcelona para dejar las cosas, de una vez, como deben estar.

Lo cierto es que la noticia se iba a hacer esperar, porque quería decírsela cara a cara, y ese momento tendría que posponerse hasta su regreso, así que trataba de estar pendiente de ella en todo momento desde la distancia. Estaban en contacto por mensaje o por teléfono todos los días. No quería que las cosas se enfriaran más de lo que ya estaban. Llevaba un par de semanas sin parar, promocionando su trabajo por varios países latinoamericanos, pero aun así intentaba dedicarle todo el tiempo que podía para no perderla.

Esa noche le apetecía muchísimo verla. Después de insistirle varias veces en concertar una videoconferencia, por fin lo ha conseguido. Aunque su estado de ánimo no es el más oportuno para dejarse ver, intenta poner buena cara para que no note nada extraño y todo siga como debe.

Le avisa de que está disponible y, puesto que tiene libre el día entero, espera tranquilo a que le llame ella. No quiere parecer insistente en exceso. No tarda un solo segundo en sentarse frente al ordenador y contestar la llamada.

Su dulce rostro aparece en la pantalla devolviéndole la sonrisa al instante. Está cansada, lo nota en su gesto, en las marcadas ojeras y en su expresión. Pero a pesar de todo está preciosa. Parece que ha tomado algo de sol y luce un bronceado que le favorece muchísimo.

Sus contestaciones son secas, pero trata de hacerla sonreír con sus muecas y su sonrisa, a la que antes solía responder con facilidad. Le pregunta por sus prácticas, por cómo está todo en su familia, y le cuenta detalles de su viaje.

«Marina, princesa». Esas dos palabras se le clavan en el alma. Es él, de nuevo Max, el que había originado su primera «separación» en Miami. Aparece en el fondo de la pantalla y ve cómo ella se da la vuelta nerviosa.

—Maxi, está en el baño. Dame unos minutos, por favor —balbucea empujándolo hacia fuera y cerrando la puerta.

Pablo no es capaz de entender qué hace él allí. Lleva un pantalón ancho y una camiseta de tirantes. Y le es difícil interpretar si viene de hacer deporte, si es su ropa habitual o si es el pijama, aunque teme, muy a su pesar, que la última opción es la más probable.

Ella vuelve la mirada a la cámara e inclina la cabeza. Pablo intenta tranquilizarse antes de hablar, para no sonar brusco a pesar de lo molesto que está. Sabe que no es momento de meter la pata.

—Lo siento —musita ella.

—¿Qué sientes? —pregunta tratando de sonar todo lo dulce que puede en ese momento. Ella no contesta, le mira nerviosa—. ¿Estás con él? —añade tajante. Por muy mal que vayan las cosas, no puede dejar de preguntarle, o se atormentará el resto del viaje.

—¡No! —niega de manera rápida, en un tono enérgico, casi sin dejarle acabar la frase—. Pablo, sólo ha venido a visitarme. No le había vuelto a ver desde..., bueno, ya sabes desde cuándo. Mi madre le ofreció una habitación. Me daba pena dejarle solo y estaba cansada... Yo..., yo no sabía nada..., que vendría, quiero decir..., de verdad —habla tan rápido que se traba con sus propias palabras.

—Tranquila —dice él tratando de serenarse. Como permanece callada, Pablo decide seguir con lo que tiene en la cabeza—. No entiendo nada. Ni por qué te fuiste así ni por qué estás tan fría conmigo, y tampoco entiendo que le llesves a tu casa. No sabía que era tan importante para ti.

—Pablo..., es un amigo.

—Pues yo a mis amigas no las beso, Marina. No sé. Tal vez es que soy raro.

—Eso pasó hace mucho tiempo. Desde entonces me ha ayudado muchísimo —le explica con un mohín.

—Tienes mi ayuda, siempre, a cualquier hora, para lo que sea —le dice serio.

Sigue sin mirarle, con la cabeza baja, pero al oír sus palabras sonrío tímidamente y le mira vergonzosa. Es tan adorable..., consigue calmarla en un solo segundo.

—Gracias.

—A ti, siempre. —Vuelve a sonreír—. ¿Estás bien?

Asiente.

—¿Por qué?

—Bueno, dices que te ha ayudado mucho... ¿Ha pasado algo?

—Nada que no sepas. Sólo necesito que me entiendas...

—Lo hago, Marina, de verdad, pero necesito que me entiendas a mí... Todo sería mucho más fácil si, después de que te marcharas, hubiera tenido la opción de ir a buscarte a Barcelona. Pero no fue así y no quiero que las cosas acaben de este modo. No puedo dejar que eso pase, no sería justo para ninguno de los dos.

—Pablo, las cosas han sido como han ido... No podemos volver atrás.

—¿Pablo? ¿Y dónde quedó lo de Pablete? —pregunta intentando dar un giro a la conversación. Sabe que no le llevará a nada seguir por ahí y, aunque gritaría a viva voz que ya nada les impide estar juntos, no quiere hacerlo de aquella forma.

—Pa-Pablo, debo... debo dejarte ya..., es... es tarde —balbucea Marina.

—Está bien. ¿Hablamos mañana?

—Claro, te espero —le dice mostrándole el móvil. Se despide y le envía un beso cariñoso con la mano hacia la pantalla. En cuestión de segundos, ésta se vuelve negra y ve su propio reflejo en ella.

No sabe exactamente cómo debe sentirse. Le aterra pensar que esa misma noche puede pasar algo entre ella y Max. Le perturba imaginar que puedan dormir juntos y que en esa cama retomen lo que él mismo impidió en Miami. Pero por otro lado sabe que Marina está como está por lo que ocurrió en Cádiz con Raquel.

Se sienta en la cama pensativo y cae en la cuenta de algo que le enfurece más todavía. Pero la solución pasa por hacer una locura; y, aunque es consciente de que le van a matar por ello, no le queda más remedio que dejarse llevar por su corazón.

Coge el teléfono y empieza con esa locura.

—¿Sí?

—Claudia, soy yo, Pablo.

—¡Pablo! ¿Cómo estás? ¿Ha pasado algo? —pregunta Claudia sorprendida.

—Max —resopla.

—Ya. Te has enterado de que está aquí, ¿no?

—Sí. Acabo de verle en el Skype que hemos hecho Marina y yo. Se ve que se queda en su casa...

—Lo sé, Pablo, lo sé, me he tenido que ir, créeme, no le aguanto. En serio, no me explico cómo puede tenerle tanto cariño Marina. Además en su casa, que nunca ha llevado a ningún chico.

—Ya... Me alegra saber que a ti tampoco te cae bien y que tampoco entiendes lo que está pasando. Claudia, yo... me imagino que Max ha ido a Barcelona para el cumpleaños de Marina y no voy a dejarle que se salga con la suya, no voy a dejarles solos.

—¡Es verdad! ¡No había caído! Pero no te preocupes, no voy a quitarles el ojo de encima. Eso de salirse con la suya, nanay.

—No, claro que no, yo mismo voy a estar ahí para impedirlo —le informa con aplomo.

—Pero si estás en América...

—Lo sé —le dice sin dejar que acabe—. Pero pienso ir para su cumpleaños. No sé cómo lo voy a hacer, pero si es necesario tomo un vuelo a espaldas de todos y me escapo. No voy a permitir que justo ahora algo me impida estar con ella.

—Uy..., creo que me he perdido algo... —murmura confusa.

—He dejado a Raquel, pero ni se te ocurra contárselo a Marina. Quiero decírselo yo en persona.

—Claro, claro, tranquilo, no te preocupes. Es que me has dejado...

—Por fin entendí que estoy enamorado de ella, Claudia, como un niño pequeño, y no voy a dejar que él se interponga, porque sé que ella...

—Ella está absolutamente enamorada de ti. Desde el primer día, y más después de todo lo que ha pasado estos últimos meses... —Pablo sonríe. No puede dejar de hacerlo después de oírle decir eso—. Voy a ayudarte, y creo que tengo algo en mente... ¿Qué te parece si organizamos una fiesta de cumpleaños sorpresa en algún sitio especial?

—¿Una fiesta?

—Claro. Ella no va a esperarse la fiesta ni mucho menos que estés tú, así que será perfecto. Sé que tal vez en la fiesta no podréis estar solos, pero ya pensaremos algo. ¿Cómo lo ves?

—Lo veo estupendo. ¿Tienes algún lugar en mente?

—Pues le doy vueltas estos días y te llamo, o te mando un mensaje.

—Perfecto, compinche —se ríe—. Gracias por tu ayuda.

—Gracias a ti por quitarme de encima al chulo ese.

Apenas quedan dos semanas para el cumpleaños de Marina y el tiempo corre en su contra. Lleva dos días centrado en la fiesta, en prepararle algo especial, y dándole vueltas a lo que va a regalarle.

—¿Has hablado ya con los del parador? —Camina nervioso de arriba abajo de la habitación, con la videoconferencia iniciada en el ordenador.

Claudia le sonrío desde la pantalla.

—Sí, tranquilo, relájate. Ya nos han reservado la última planta entera y he ido con una amiga esta misma tarde a verlo. Es es-pec-ta-cu-lar —silabea la palabra—. He hecho algunas fotos para mandártelas y empezar a preparar las cosas, pero si pones en internet Parador de Aiguablava, podrás verlo mejor. Las fotos no son mi fuerte —admite divertida.

Pablo tiene una pequeña libretita en la que está anotada toda la organización de la fiesta. Apunta un par de cosas más y vuelve la mirada a la pantalla. Está nervioso, terriblemente nervioso.

—Bien, pásamelas, y ahora miro la página web. No tenemos tiempo que perder, Claudia. Tenemos que ir preparando las cosas ya. Hay mucho por hacer y muy poco tiempo.

—A ver, tranquilo, que te va a dar algo. ¿Tienes ya el billete para venir? Porque, aunque no lo creas, eres lo más importante de la fiesta.

Él sonrío y se sienta en la silla.

—Todo preparado. Marisa va a matarme, pero lo he reservado ya. Tengo que hacer tres escalas, pero...

—¿Tres escalas? Pero ¿dónde te has metido?, ¿en el fin del mundo?

—No, tonta, estoy en San Juan, Puerto Rico, y tengo que volar hasta Miami, luego coger un vuelo hasta Madrid y finalmente otro de Madrid a Barcelona. Es que no había vuelos directos para esas fechas. Ayer mismo reservé los billetes, nadie lo sabe, no puedo contarlo, porque más bien es... una auténtica locura.

—A ver, Pablo..., vamos a repararlo todo. Tenemos el parador listo, tenemos las orquídeas blancas que me encargaste, el pastel también está en marcha, las invitaciones mandadas y vuestra habitación...

—La habitación es cosa mía, ya lo tengo todo pensado; en cuanto llegue a Barcelona, me pongo a ultimar los detalles. Veamos, ¿qué más? ¿Les has comentado lo de la zona de discoteca?

—Sí, sí, retirarán todas las mesas del salón principal donde celebran banquetes de bodas, será todo pista y barra de bar.

—Perfecto. ¿Y la música?

Claudia alza una ceja y le mira risueña.

—Usted, señor Pablo, ¿me está hablando de la música? ¿En serio? —bromea.

—No pretenderás que me pase la fiesta entera cantando, ¿no? A ver si no voy a poder disfrutar de Marina... Que cante el otro.

—Sí, hombre..., lo que me faltaba ya.

Y así se pasan los días, organizándolo todo para que no falte detalle en la fiesta, preparando la decoración, la música, la comida y la bebida, las sorpresas... Y antes de darse cuenta, llega el esperado momento: el día en que debe «escaparse» del hotel y partir hacia el aeropuerto.

El vuelo sale de madrugada, así que, al llegar de la última entrevista del día en San Juan, se apresura en recoger sus cosas, con cuidado de que Marisa o algún otro miembro del equipo no le oigan y le descubran. Para mayor seguridad, se ha inventado que sufre una terrible jaqueca y que quiere descansar, así que todos creen que se ha ido a la cama sin cenar. Trata de ordenar la maleta, pero, teniendo en cuenta la poca gracia que tiene, sale lo que sale.

Justo cuando el reloj le anuncia que es ya más de media noche, abandona el hotel intentando pasar desapercibido con ropa de *sport* y sus habituales compañeras de camuflaje: la gorra y las gafas. Llega al aeropuerto y, por suerte, pasa los controles de seguridad sin problemas y el avión sale con absoluta normalidad.

Este primer vuelo se le hace interminable. Aunque está acostumbrado a este tipo de viajes y ése no es de los más largos que ha hecho, las turbulencias le perturban el camino. Tras una escala de más de tres horas, en la que acaba cenando, o más bien desayunando, en una de las cafeterías del aeropuerto de Miami, toma el siguiente avión previsto, esta vez con destino a Madrid.

Durante esas dos semanas que llevan organizando la fiesta, ha intentado seguir hablando con Marina de la misma forma que en días anteriores. Sabe que Max estaba por allí con ella, así que no iba a dejar que se olvidara de él tan fácilmente.

Al llegar a Barcelona, tras casi doce horas de vuelo y otra escala más, se marcha directamente al hotel que ha reservado para los próximos días. Necesita dormir, pero debe llamar a Marina para que no sospeche nada extraño. Cierra las cortinas y los estores para que parezca de noche, y saca el portátil de la maleta. Se sienta en una pequeña mesa que hay en la habitación y, tal y como quedaron en su última conversación, inicia la videoconferencia.

—¡Pablete! —exclama risueña. Le recibe con una sonrisa de oreja a oreja, con el pelo algo húmedo y, por lo que adivina, con un pequeño vestido de tirantes puesto.

—Mi vida, ¿pero qué haces así? ¡Vas a coger frío! —le dice.

—Es que me estaba vistiendo, que me voy de visita al Camp Nou, como hoy es fiesta...

—¿Al Camp Nou? ¡Qué suerte! Lo que daría yo por estar allí... Y me imagino que no vas sola, ¿no? —pregunta recordándole que sabe que él está allí con ella.

—Emm... no, es... es que Maxi no ha visto nunca el campo... y como tenía el día libre... —balbucea.

Y él sonrío para tranquilizarla.

—Claro, no te preocupes. —La mira dulcemente. Marina le responde fijando sus ojos en los suyos con una expresión llena de intensidad—. ¿Qué pasa? —le pregunta Pablo desconcertado.

—Es que llevo mucho tiempo sin verte..., casi dos meses ya..., y te echo de menos —le dice tímidamente. Vuelve a sonreír. ¿Cómo puede ser tan adorable?

—Lo sé..., yo también te echo mucho de menos. —Intenta contenerse, no quiere meter la pata justo ahora, mañana ya tendrá tiempo de decirle todo lo que quiera—. Por cierto, no creas que me he olvidado..., mañana te me haces mayor, ¿eh?

Ella agacha la cabeza y sus mejillas adoptan un tono rojizo.

—Sí...

—Te prometo que, cuando vuelva, lo celebramos, ¿vale?

Ella asiente con el rostro triste y Pablo intenta no compadecerse de ella o acabará contándoselo todo.

—Cla-claro.

—Guárdame el último baile —le dice serio.

Y ella le mira de manera enternecedora.

—¿Estás bien? —le pregunta Marina sacándolo de sus cavilaciones.

—¿Yo? —pregunta confuso.

—Sí, tienes los ojos hinchados y ojeras —observa preocupada.

—Ya..., es que llevo unos días que no paro. Entre entrevistas, *showcases* y sesiones de fotos, no me dejan casi ni respirar —le explica tratando de disimular. No puede decirle que todo es culpa del *jet lag*.

—Pues ve a descansar, que quiero que estés bien, no me gusta verte esa cara de cansado.

Pablo se despide de ella prometiéndole que la llamará al día siguiente sin falta para felicitarla y para que le pueda comentar cómo va su cumpleaños. Se mete en la cama exhausto y cae dormido en cuestión de segundos, no sin antes programar el despertador, porque a primera hora de la tarde ha quedado con Claudia.

Se despierta renovado. Tras ducharse, se cambia, come algo y sale corriendo en busca de un taxi que le lleve hasta el lugar en el que ha quedado con Claudia. Por culpa de las obras, que tienen media ciudad patas arriba, debe bajar del vehículo una calle antes de su destino. Resignado, camina hasta la céntrica plaza de Cataluña y una tienda llama su atención al instante. En el escaparate, una cría de yorkshire golpea los cristales con las patitas delanteras y le mira suplicante. Su mente enseguida reacciona y entra en el establecimiento sin pensárselo dos veces: lo tiene, es el regalo perfecto. Está seguro de que ella se va a enamorar del cachorro casi tanto como espera que lo esté ya de él mismo.

Sale con el pequeño, que le mira tembloroso, en sus brazos. Le chupetea las

manos haciéndose hueco para tumbarse. Es realmente adorable. Acelera el paso porque se ha entretenido demasiado en la compra.

—Llegas tarde —le recrimina Claudia con los brazos cruzados.

—Lo siento, me he entretenido por el camino —le dice mostrándole el nuevo miembro de la «familia».

La joven abre los ojos como platos y se acerca para coger al pequeño y acariciarlo.

—Tú lo que quieres es que Marina muera de amor, ¿verdad? —Pablo suelta una carcajada y ella le devuelve el cachorro—. Venga, vamos a buscar tu traje, anda —le dice tirando de su brazo.

—¿Traje? —pregunta asombrado.

—¡Hombre, no querrás aparecer en la fiesta en vaqueros, guapo! —exclama Claudia abriendo la puerta del coche.

Con el traje comprado, uno de lo más tradicional, se dirigen al parador, que está a un par de horas de Barcelona, en la Costa Brava. Al llegar se sorprende gratamente por la belleza del lugar. Parece que Claudia ha acertado. Uno de los encargados del parador le acompaña para mostrarle las zonas reservadas para la celebración y los preparativos realizados. Ya sólo queda que le enseñen su habitación, donde, si todo sale bien, se quedará la noche siguiente con Marina, después de la fiesta.

Camina hasta el interior del cuarto. No es nada espectacular, pero tampoco necesitan más. Se encuentra con una cama grande con dosel de madera, dos mesitas de noche y una terraza con vistas al mar. Saca de la bolsa de mano pétalos de rosa naturales y algunas velas aromáticas que había adquirido de camino al parador, e informa a recepción de que dejen la habitación preparada, además de convenir que suban dos copas y una botella de cava a su aviso.

Cierra los ojos y suspira. Quedan algo más de veinticuatro horas para que llegue Marina y está muerto de nervios.

Momentos de auténtica y frenética locura. Apenas quedan un par de días para mi cumpleaños y no tengo nada en mente para celebrarlo. Además, estoy algo preocupada por el hecho de que la visita de Maxi haya empeorado las cosas entre Pablo y yo, por no hablar de que llevo varios días sin charlar con Claudia. Siempre que la llamo, está ocupada o tiene cosas que hacer.

Finalmente, Maxi se marchó a un hotel después de una larga conversación en la que me dejó claro que, estando tan cerca, no podía asegurarme que no pasara nada entre los dos, por lo menos algún intento por su parte. Para evitar males mayores, y que eso pudiera repercutir en mi relación con Pablo, cedí y dejé que se marchara.

A pesar de ello, pasamos mucho tiempo juntos. Me lleva cada día a las prácticas y por la tarde me recoge en la universidad y vamos a dar un paseo para que conozca Barcelona. Estas semanas le he enseñado el Camp Nou, las playas de la Barceloneta, el Maremágnun y la zona de Montjuïc. Hemos paseado también por las Ramblas para ver el Liceo, además de visitar el Palau de la Música y alguno de los mejores museos de la ciudad.

Y llega el tan esperado día. Como ayer se nos hizo tarde tomando un cóctel en una terraza del Tibidabo, Maxi se quedó a dormir una vez más en la habitación de invitados. Me despierto rodeada de flores y con un dulce aroma a café que envuelve mis sentidos. Abro los ojos y le veo allí, con su preciosa sonrisa, tendiéndome una bandeja. Zumo, tostadas, todo tipo de mermeladas, pastas, galletas, café, leche, fruta, chocolate..., un desayuno digno de reyes. Lo degustamos sin prisas y es que, a pesar de que tengo que ir a trabajar, quiero tomarme el día con calma. Después de un rato, con todo el sosiego del mundo, me visto rápido o llegaré tarde. Me acerca, como todos los días, hasta el estudio y sale del coche para despedirse.

—Te paso a buscar luego y te llevo a comer, ¿vale? —me dice abrazándome.

—Perfecto —apruebo. Me acerco para despedirme con dos besos y tira de mi mano con suavidad antes de que pueda marcharme—. ¿Qué pasa? —pregunto al ver que me acerca nuevamente a él.

—Pasa que aquí tienes el primer regalo del día —murmura tendiéndome una cajita.

Qué majo es... Le miro sonrojada y me apremia para que abra el paquete. Destapo la tapa y me encuentro con una preciosa pulsera de plata con mi nombre escrito en el dorso. Le abrazo con fuerza agradeciéndole el regalo y haciéndole saber que me encanta, y me adentro en el estudio para empezar lo que espero sea un día maravilloso.

Pasadas las horas, cuando salgo del estudio tras mi jornada de trabajo, vuelvo a encontrarme a Maxi en la puerta esperándome. Subo al coche y noto que mi móvil vibra. Es Pablo, un mensaje de Pablo.

Hace apenas unos meses que entraste en mi vida y daría lo que fuera por haber sido testigo de estos veinte años que cumples hoy. No puedo volver atrás, pero espero vivir a tu lado todos los años que te quedan por cumplir. Que sean muchos y podamos disfrutarlos juntos. Feliz cumpleaños, mi vida. Espero que tengas un día maravilloso. Recuerda que, cuando vuelva, te regalaré el último baile, pero hasta entonces, espero que esta noche puedas dedicarme unos minutos, ¿te parece? Un abrazo enorme y mil besos. Te quiero.

No puedo evitar que esa sonrisa tonta aparezca en mi rostro al leer el mensaje, me dan ganas de echarme a sus brazos y no separarme nunca de él, pero, por desgracia, la distancia que nos separa es muy grande, y no sólo físicamente. Contesto enseguida.

Te regalo los años que me pidas, Pablete. No sabes lo que me gustaría poder reservarte ese último baile esta misma noche, pero me conformaré con que me cantes un poquito por Skype. Te quiero y te espero muy pronto. Un beso y un abrazo fuerte.

Le doy al botón de envío y guardo el móvil en el bolso. Maxi me mira de reojo y sonrío.

—¿Quién era? —me pregunta.

—Nadie en especial —miento—. Felicitaciones varias.

—Ah, claro, claro. ¿Has hablado ya con Claudia? ¿Vais a hacer algo esta noche?

—No, no lo sé, espero que sí... Voy a llamarla —le digo volviendo a coger el móvil. Espero pacientemente a que el teléfono suene, hasta que oigo su voz.

Vaya..., parece que tendré que pasar la noche en casa. Claudia tiene una entrevista de trabajo a las ocho y la oficina a la que tiene que ir está muy lejos de casa. Me despido con desgana y cuelgo.

—¿Ocurre algo? —pregunta Maxi.

—Ajá. Claudia tiene una entrevista de trabajo y no puede quedar esta noche.

Me mira intentando forzar una sonrisa y me acaricia el brazo.

—Entonces, seguiré con lo que tenía pensado.

Le devuelvo la mirada confusa. ¿Qué está tramando?

—Saldremos a cenar, ¿te apetece?

Asiento y sonrío. Menos mal que él está aquí, si no tendría que pasarme la noche encerrada en mi cuarto sola.

Tras una comida maravillosa en la mejor de las compañías, Maxi vuelve a acompañarme, esta vez a la universidad. Hoy tengo dos horas de clase y me ha prometido que volverá a buscarme, ya arreglado, para llevarme a casa y que pueda cambiarme para la cena. Salgo agobiada de tanto traqueteo de libros, trabajos y prácticas, aunque el aire de los bosques que caracteriza el entorno me devuelve un poco de la paz y la tranquilidad que necesito.

Volvemos a casa y rebusco en mi armario intentando encontrar algo decente que

ponerme para ir a cenar con el acompañante que tengo esta noche. ¿Quién me iba a decir a mí que celebraríamos mi cumpleaños con Max? Es de locos, vaya.

Minutos más tarde, con la mitad de la ropa esparcida sobre mi cama, decido ponerme un vestido nuevo que tenía en el armario. Es algo provocativo, pero al estilo de Maxi, así que espero que le guste.

He quedado con Pablo para otra videoconferencia, le he mandado un mensaje diciéndole que salía a cenar y que después le avisaría para charlar un ratito. Ardo en deseos de hablar con él, pero antes quiero disfrutar de esa velada que me ha preparado Max, todavía no sé en qué restaurante.

Me peino el cabello en un semirrecogido muy sencillo que adorno con unos brillantitos que quedan de maravilla con el vestido. Me maquillo un poco para no ir con la «cara lavada» y me enfundo los espectaculares zapatos con los que dudo que pueda aguantar toda la noche, espero que Maxi no me haga caminar mucho.

Salgo al salón y le encuentro sentado en el sofá junto a mi madre y mi abuela. Está guapísimo. Se ha puesto una americana negra, una camisa blanca y unos vaqueros oscuros. Totalmente diferente a su estilo de siempre. Me acerco a él, que sigue con la boca abierta desde que he entrado en la sala. Le cojo del brazo y salimos en busca del coche. Hace frío en Barcelona, menos mal que he traído una rebeca. Subimos al coche y Maxi arranca para ponernos en camino al restaurante. Mi móvil suena, una llamada, esta vez es Claudia.

—¿Sí? —contesto confusa. ¿Qué querrá ahora?

—Marina, necesito que me ayudes —me dice ahogada.

—¿Qué, qué ocurre? —le pregunto asustada.

—Me he perdido... No... no sé dónde estoy.

—¿Cómo que te has perdido, Claudia? —pregunto alzando la voz.

Maxi me mira estupefacto.

—S-sí —casi gimotea—. He venido a la entrevista de trabajo y no encuentro el sitio, y ahora no sé dónde estoy —explica asustada.

—¡Dios mío, Claudia! ¿Pero cómo puedes ser tan despistada? ¿Pero vas en coche? —grito entre furiosa y atemorizada.

—S-sí, pe-pero no tengo casi gasolina...

Resoplo.

—Vale, tranquila, vamos a ver. Dime qué ves a tu alrededor. Dime algo, Claudia, no sé, una pista para buscarte, algo —insisto intentando tranquilizarme.

—He cogido el coche y he venido a Begur.

—¿A Begur? ¿Pero tú te has vuelto loca? ¿Y cómo no me avisas? ¡Te habría acompañado!

—Marina, no te enfades, por favor, tengo miedo.

—Vale, vale, tranquila. Ahora vamos a buscarte, pero dime algo; dime, ¿qué ves?

—No, no sé..., ha-hay un complejo grande y blanco detrás de mí, lo demás bosque y rocas —me dice con la voz temblorosa.

—Claro, tonta, debe de ser el parador que hay por allí. Ahora mismo vamos, no te muevas de ahí.

—Va-vale, pero no tardes, tengo miedo.

—Tranquila, enseguida estamos ahí.

Dios mío..., esta mujer va a volverme loca un día de éstos. ¿Cómo se le ocurre irse sola tan lejos? La mataré. Indico a Maxi la dirección que debe coger para ir a buscar a Claudia y me acomodo en el asiento intentando tranquilizarme. ¡Vaya cumpleaños!

Anda de un lado a otro de la habitación con las piernas temblorosas y con el alma encogida, muerto de nervios y con la frente perlada por un sudor frío que le recorre el alma. Como en la calle la temperatura es bastante baja, intenta mantener el balcón abierto y así poder refrescarse un poco. Está a punto de llegar. Claudia ha puesto ya su plan en marcha y de un momento a otro aparecerá. Sus manos, sudorosas, tratan de arreglar la desaliñada corbata. Y se acerca al espejo cada medio minuto para comprobar que todo está en orden.

Lo tienen todo listo. Se han pasado casi todo el día en el parador arreglando la planta entera que les han dejado para ellos, trabajando junto con una decoradora que ha contratado para disponer de todo lo necesario que haga que la fiesta salga perfecta.

Oye la voz de Marina que sube desde el jardín de la entrada hasta la habitación y su cuerpo empieza a tiritar sin control. Baja al vestíbulo, se asoma ligeramente y la ve allí, junto a Claudia y a su «gran amigo» Max. Está absolutamente preciosa. Lleva un vestido que realza su piel tostada y que deja al descubierto sus largas y torneadas piernas.

Claudia saca un pañuelo oscuro y le cubre los ojos ante la atenta mirada de Max. Marina no deja de preguntar por lo que está ocurriendo. Claudia se acerca a Maxi y le pide, sin que Marina pueda oír nada, que suba arriba, que ya está todo preparado para la fiesta, y en pocos segundos desaparece, por fin, de su vista.

Sale de su escondite y se acerca a ella, dejándose envolver por su añorado aroma. Muere de ganas de abrazarla y no volver a soltarla jamás, pero es consciente de que no puede estropear la noche con sus impulsos. Claudia se acerca a ella y le susurra que esté tranquila, que se deje llevar. Le hace una señal entre gestos a Pablo para que vuelva a la habitación de la que ha salido y obedece. Saca el ordenador y se prepara.

Enciende el programa y recibe enseguida la llamada. Acepta y encuentra a Claudia saludándole, a sabiendas de que anda a pocos metros de allí. A lo lejos está Marina con los ojos vendados. La sienta con cuidado en la silla, frente a la pantalla, y él se levanta para coger su guitarra.

Claudia vuelve a acercarse a la pantalla y le hace saber que puede empezar. Abandona la habitación y Pablo respira profundamente, intentando calmar sus nervios. Las cuerdas de su guitarra le devuelven el sonido que espera, la dulce melodía de su canción. Ve cómo el cuerpo de Marina se tensa y gira la cabeza, tratando de descifrar de dónde proviene el sonido.

Se detiene en el estribillo. Sonríe y advierte que ella se lleva las manos al pecho, su respiración entrecortada por la emoción.

—No te pongo más nerviosa, puedes quitarte ya el pañuelo —exclama Pablo. Acerca las manos a sus ojos y los destapa, cambiando el gesto de golpe...

—¿Qué ocurre? —le dice alarmado.

Ella, por suerte, sonrío tímidamente.

—Pensaba que estabas aquí —le explica encogiéndose de hombros.

Él se ríe por dentro y finge tristeza en su rostro.

—Ya sabes que...

—Lo sé, lo sé —le dice sin dejarle acabar.

—Pero quiero que esta noche sea especial para ti, de todos modos. —Marina sonrío y le mira nerviosa—. Estás preciosa. —Sus mejillas empiezan a tomar un color rosado y murmura un «gracias»—. ¿Quieres escuchar algo más? —le propone señalando la guitarra.

Asiente, vuelve a tomar la guitarra y empieza a cantar una de las canciones favoritas de Marina, *Ahora*. Escucha callada, con los ojos cerrados, y siguiendo con sus labios mudos la letra. Cuando termina, vuelve a dejar la guitarra en su soporte y mira de nuevo la pantalla. No deja de pensar que la tiene a escasos metros de él y que ahora mismo se levantaría de la silla y saldría a buscarla.

—Tengo algo para ti..., pero he tenido un problema. —Ella le mira intrigada—. Un segundo —le pide levantándose de la silla y cogiendo al pequeño yorkshire. Se sienta de nuevo y levanta al cachorro para que aparezca en la pantalla.

—Oh..., ¡pero qué cosita! ¿Es tuyo?

—Y tuyo.

Marina abre los ojos de par en par.

—¿En serio?

—¿Te gusta? Te presento a Pablete.

—¿Pablete? —se ríe—. Sois adorables los dos —dice con los ojos llorosos.

—Tendrás que esperar a que vuelva para abrazarlo, no he podido mandártelo.

—Esperaré para abrazaros a ambos —dice emocionada—. Aunque, si pudiera, lo haría ahora mismo.

—Y yo..., créeme. Tengo tantas cosas que contarte..., tanto que decirte... — intenta contenerse, pero la emoción le arrastra, aunque trata de calmarse para no hablar de más.

Por suerte, Claudia entra en la habitación, señal de que debe acabar la conversación con Marina.

Le indica que vuelva con Claudia y le propone que después, cuando regrese a casa, le llame otra vez y así podrán hablar un poco más. A regañadientes, ella cierra el ordenador.

Claudia vuelve a cubrirme los ojos y me coge de la mano para que la acompañe. Me ponen nerviosa estas cosas, y más después de lo que acaba de ocurrir. Me susurra al oído que esté tranquila y que confíe en ella, ni que fuera cosa fácil...

Me dejo llevar y siento cómo empezamos a subir unas escaleras y paramos en seco. Revuelve mi pelo y noto que el pañuelo cae al suelo, liberando mis ojos. Los achino para recuperar la visión con normalidad y puedo comprobar que delante de mí tengo una puerta. Miro a Claudia extrañada.

—Venga, vamos, ábrela —me apremia.

Obedezco y giro el pomo. Está todo oscuro, así que avanzo un poco hasta dentro palpando la pared en busca del interruptor de la luz, que enseguida encuentro. Al encenderla, me sobresalto: están todos mis amigos sosteniendo un cartel y gritando al unísono: «¡Feliz cumpleaños, Marina!».

Me acerco a ellos asombrada y empiezo a saludarlos uno a uno agradeciéndoles su presencia. No me esperaba absolutamente nada. Han venido mis amigos del colegio, los del instituto, los de la universidad, mis compañeros de trabajo y, cómo no, Max y Claudia. Sólo falta él.

Aunque soy consciente de que es imposible que Pablo pudiese estar aquí, en mi corazón albergaba una pequeña esperanza. Más si cabe cuando le he escuchado cantar con los ojos tapados..., pensaba que realmente estaba ahí, a mi lado. Estaba tan guapo, con su guitarra, con esa sonrisa tan bonita que tiene y vestido tan elegante...

Empieza la fiesta e intento mostrar normalidad. Es una sala muy grande, con pista de baile en el centro, barra con bebidas y comida, zonas con sofás y mesas... Y todo está perfectamente decorado con mis flores favoritas. Me siento en una de las mesas junto a mis amigos de la infancia: David, Elena, Fernando, Andrea... Claudia se acerca a mí y me abraza.

—¿Estás bien? —pregunta besándome la mejilla—. ¿Te gusta?

—Me encanta... Es todo perfecto..., de verdad —mi voz suena un poco triste.

—Casi perfecto, ¿no?

Asiento.

—Él me ha ayudado desde allí. Todo esto es cosa de los dos, y el dinero...

No puedo creer que haya hecho esto por mí.

—¿En serio? —pregunto impresionada.

—Totalmente —dice sonriente. La imito y la abrazo con fuerza—. No te agobies, antes de que puedas darte cuenta volverá de Latinoamérica, ya verás —me anima acariciando mi espalda.

Maxi se acerca a mí y me saca a bailar. Mis amigos no dejan de preguntarme por él, por cómo le conocí y por si hay algo entre nosotros. Intento esquivar las preguntas con pequeñas mentiras, a las que ya estoy demasiado acostumbrada. Me siento tras una o dos canciones en la zona de baile y doy el último sorbo a mi copa. Quiero más. Necesito beber para olvidarme de que Pablo está a miles de kilómetros sin mí. Me acerco a la barra y le pido al barman otro mojito. Noto como algo me roza el pie y me inclino para observar qué ocurre. No puedo creer lo que ven mis ojos..., no puede ser. Mi corazón se acelera a cada décima de segundo un poco más. Me agacho y cojo al pequeño yorkshire en brazos. Le estrecho con fuerza y busco desesperadamente la

cadena que había visto antes en la pantalla, y corroboro, como pensaba, que se trata de la misma. No puede ser..., no, no... Salgo corriendo intentando encontrar impacientemente a Claudia.

—Pa-Pablo, Pa-Pa-Pablo —tartamudeo histérica al llegar a ella.

—¿Qué pasa? —me pregunta confusa.

Alargo las manos mostrándole al pequeño.

—Uy, ¿y este chucho? ¿Se llama Pablo?

«¿Está borracha o qué?», pienso.

—¡No, bruta! Este... este perro me lo ha re-regalado Pablo —balbuceo nerviosa.

—Anda, mira qué majo.

Juro que la voy a matar.

—Pablo me ha regalado el perro, pero hace media hora lo tenía él allí, me dijo que no le habían dejado mandarlo y que me lo daría cuando nos viéramos —le explico atropelladamente mientras mi estado de nervios aumenta.

—Sería otro —me dice sin más. Indiferencia absoluta.

—No, Claudia, no —digo desesperada—. Era éste, ¡éste! Tiene la misma cadena y el mismo grabado. ¡Es él!

—Pues no sé, chica, te lo habrá mandado vía exprés, o será un perro de sustitución.

—¿Tú eres tonta? ¡Pablo está aquí, está aquí! —grito desesperada.

—¿Pero qué dices? ¿Qué has bebido ya, eh?

La miro furiosa. ¿Se está quedando conmigo?

Le doy el yorkshire y salgo corriendo de allí, convencida de que tengo que ir a buscarle. Sé que está aquí. Seguro.

Se encuentra en una de las habitaciones del hotel, sentado en la cama, nervioso. Recibe el mensaje de Claudia tal y como habían planeado. Parece que dejar libre al cachorro ha dado resultado.

Se levanta y vuelve a coger la guitarra. Empieza a tocar otra de sus canciones, *Quién*. Se pierde en la melodía cuando de pronto oye a alguien acercándose. Su mirada se centra en la puerta de la habitación, que está entreabierta, y enseguida ve cómo una mano la empuja. Traga saliva e intenta calmarse.

La puerta se abre del todo y aparece su imagen, mostrándole lo radiante que está esa noche. Sigue cantando, pero esta vez solamente para Marina, fijando sus ojos en los de ella. Se queda apoyada en el marco, sin moverse, sin decir nada. Deja de tocar al final de la segunda estrofa y la mira.

—¿Es que no vas a decirme nada? —bromea dejando la guitarra en la cama y poniéndose en pie.

Pero antes de que pueda darse cuenta ya se ha abalanzado sobre él y le abraza con fuerza. Solloza. Pablo la aprieta contra su cuerpo. Le acaricia el cabello con dulzura y le besa repetidamente la frente tratando de serenarla. Su cuerpo entra en ese estado de

paz absoluta en cuanto siente el de ella contra el suyo. Por fin la tiene allí.

—Ya está, mi vida. Ya estoy aquí.

Ella levanta la cara y le mira. Y él vuelve a besarle la frente con suavidad. Limpia con cuidado las lágrimas que recorren sus mejillas.

—¿Q-qué ha-haces a-aquí? —balbucea Marina.

—¿Pensabas que iba a perderme tu cumpleaños? —sonríe y vuelve a perderse entre sus brazos.

—Te he echado tanto de menos...

La abraza como nunca lo ha hecho. Se pierde en su piel, en su pelo, aspirando ese dulce aroma que tanto ha echado de menos. Se siente tranquilo, aliviado, pero ella sigue tensa y no lo entiende.

—Eh, ya estoy aquí..., tranquila —murmura acariciándole la espalda—. ¿Vamos fuera? —sugiere señalando la puerta.

Contiene sus ganas de estar con ella, de tener esa conversación pendiente, de contarle todo lo que ha ocurrido estos meses. En definitiva, contiene sus ganas de decirle que ahora ya pueden estar juntos. Pero lo que más desea en ese momento es que se calme y que pueda disfrutar de su cumpleaños. Ya tendrán tiempo de hablar después. Ella por fin asiente y caminan juntos hasta la sala en la que están los invitados.

No le suelta un solo segundo. Le agarra como si el mundo fuera a acabarse esa misma noche. La fiesta continúa como si nada, pues nadie se ha dado cuenta de la «desaparición» momentánea de Marina, y debido a la oscuridad de la sala, no logran reconocer a Pablo, salvo Claudia y su «amigo del alma», Max.

Toman asiento en una de las mesas y charlan con tranquilidad. Él le cuenta experiencias de su viaje por Latinoamérica, y todo fluye de manera normal hasta que aparece Maxi y le tiende la mano a Marina para bailar. Ella mira a Pablo, intentando descifrar si aprueba o no que baile con él, pero, al no obtener respuesta, le da la mano y se levanta. Se alejan de allí y Claudia se sienta a su lado.

—¿Es que no vas a hacer nada? —le pregunta molesta.

—¿Pero qué quieres que haga? No puedo hacer nada. Si quiere bailar con él, que baile...

—Pues vas, los separas y te pones a bailar con ella... Así de fácil —murmura.

—Claudia, no me tientes que no quiero que la noche acabe mal... Esperaré y llegará el momento en el que pueda hablar con ella tranquilamente.

—Pero Pa...

—Déjalo ya, anda, déjalo.

Por fin se acaba la canción y se levanta de la silla. Claudia le mira y sonríe. Se encamina hacia el centro de la pista y los divisa en una esquina. Se acerca a ellos y toca la espalda de Marina, que enseguida se separa de Maxi y le mira sonriente.

—¿Puedo? —le pide ofreciéndole su mano. Ella sólo tiene ojos para él.

—Está bailando conmigo —interrumpe Max, pero Pablo intenta contenerse y ni

le mira.

—¿Puedo? —insiste mirando a Marina.

—¿No te parece que le has hecho bastante daño ya? —suelta de pronto Max visiblemente molesto.

Pablo reprime todos y cada uno de los movimientos que daría a continuación. Le mira desafiante, pero trata de sosegar. No quiere estropear la noche.

—No voy a discutir contigo, no hoy —le dice seco.

—Porque no tienes argumentos.

—Podría darte mil, pero creo que con decirte que, mientras tú la quieres sólo para una noche, yo deseo estar con ella el resto de las mías, hay más que suficiente. —Se queda callado y Marina le mira con los ojos abiertos de par en par.

Pablo se da la vuelta y camina aceleradamente hasta perderlos de vista. Al final de la sala hay un gran ventanal de cristal que da salida a un pequeño mirador. Se dirige hacia allí para que la brisa marina le serene y así su rabia va apagándose lentamente. De pronto, siente una mano en su hombro. Sabe que es ella.

—Lo siento —murmura Pablo—. Necesitaba un poco de aire.

—¿Estás enfadado? —musita Marina.

Se da la vuelta y se le encoge el alma al ver cómo lucha para evitar echarse a llorar. Se acerca a ella lo más rápido que puede y la abraza con fuerza.

—No llores. No quiero verte así hoy. No estoy enfadado, de verdad. No te preocupes. —Se quedan abrazados unos minutos más, hasta que siente que su respiración recupera la normalidad. Se separa un poco de su cuerpo para poder mirarla a los ojos. Ha llegado el momento—. Marina...

Ella sonrío y consigue alterarle un poco más, si es que es posible. Empiezan a asaltarle las dudas. ¿Y si no siente lo mismo? ¿Y si está equivocado y a quien desea de verdad es a Max? ¿Y si ha pasado algo entre ellos durante estos días? Su cuerpo se tensa y sus manos empiezan a sudar. Después de todo lo que ha hecho para estar con ella en su cumpleaños, las fuerzas le abandonan en el peor momento. Plantado, sin poder articular palabra, siente como sus manos cogen su rostro y le obligan a fijarse en su mirada, comprensiva y cálida.

—Pablo...

—No mentía, es totalmente cierto —la interrumpe antes de que le diga nada más.

—¿Y Raquel? ¿Qué pasa con...?

—Se acabó. Para siempre —murmura cortándola de nuevo.

Marina le mira seria. Ninguno de los dos dice nada y el silencio los envuelve, sólo interrumpido por el rumor del oleaje, lo que consigue ponerle aún más tenso. Ella se apoya en la barandilla y tiritita. No sabe si son los nervios o el mismo frío de la noche. Pablo se quita la americana del traje y la cubre con ella. Acercándola a él, la abraza por detrás. Contemplan a sus pies el mar tranquilo y sosegado de la costa catalana.

—Te quiero —se lo susurra despacio, al oído, sintiendo ese aroma único. Le sale del alma, del corazón. Nota cómo un escalofrío recorre su cuerpo y la estrecha con

más fuerza entre sus brazos para apaciguarla.

Oye el sonido de las olas acariciando la arena, el murmullo de los árboles, que bailan con el viento, y sus dos corazones latiendo como si no existiera un mañana.

Le da la vuelta despacio, intentando separarla de él lo mínimo posible, y ve, de nuevo, como en sus ojos brillan las lágrimas. Se acerca a ella todavía más, quedándose a escasos centímetros de su piel, y posa sus labios en sus mejillas, tratando de sorber las lágrimas que han empezado a recorrerlas.

Poco a poco, beso a beso, se desliza por su piel, cerrando los ojos y dejándose llevar. Se acerca a la comisura de sus labios y vuelve a acariciarla con los suyos, sintiendo ya su aliento desacompañado, muriendo por perderse en su boca. Y así, rodeando su cintura con una de sus manos y acariciando su rostro, la convierte, una vez más, en prisionera de sus labios, para siempre.

La fuerte e intensa luz que entra por la ventana me despierta. Con un esfuerzo, abro los ojos y miro a mi alrededor. ¿Dónde estoy? Mi corazón se acelera durante una centésima de segundo hasta que le veo allí a mi lado. Sonrío aliviada y me acerco a él con cuidado de no despertarle. Por mi mente pasean las imágenes de la noche anterior como si de una película de la mismísima Nora Ephron se tratara. No consigo acordarme de cómo llegué hasta la habitación. Mi corazón vuelve a latir sin medida cuando caigo en la cuenta de que su torso está desnudo y de que estamos los dos en la misma cama. Palpo mi cuerpo y me miro asustada. Estoy vestida, igual que ayer, y no parece que la cama esté demasiado revuelta... No logro encontrar explicación alguna a mis preguntas.

Me sobresaltan sus manos rozándome la cintura, evadiéndome de mis pensamientos, atrayéndome a su cuerpo de nuevo.

—Buenos días, mi vida —susurra acariciándome la espalda. Me apoyo en su pecho desnudo y deslizo mis manos centímetro a centímetro por su torso—. ¿Ocurre algo? —me pregunta tomando mi mentón entre sus dedos.

—Yo... —No sé cómo explicarle, no sé cómo preguntarle..., no sé cómo decirle que no recuerdo lo que pasó anoche en esa habitación, y que quiero saber si...

—Te acompañé hasta aquí porque digamos que bebiste un poquitín —me dice risueño—. Te dormiste en cuanto te tumbé en la cama, te arropé y me estiré a tu lado, eso es todo. —Y termina entrelazando sus dedos con los míos.

Parece que me lea la mente. Sonrío aliviada y observo detenidamente la habitación. El suelo está cubierto de pétalos de rosa, y las mesillas de noche, de madera blanca antigua, sostienen varios candelabros, algo desgastados. Hay dos jarrones con orquídeas blancas y la cama está envuelta por cortinas semitransparentes. Oh, santo cielo, lo tenía todo preparado. Tendría que haber sido una noche especial, nuestra noche... Soy un auténtico desastre.

—Lo siento —murmuro cabizbaja.

Sonríe y posa su índice en mis labios.

—Lo único que importa es que ya estamos juntos —me dice abrazándome con fuerza.

Me refugio en sus brazos aspirando una vez más su perfume. Me mira curioso y se ríe.

—¿Qué haces? —Mis mejillas empiezan a arder como si formaran parte de una hoguera en la noche de San Juan.

—¿Prometes no reírte? —pregunto muerta de vergüenza.

—Lo prometo —afirma incorporándose para oír mis palabras. Me mira arqueando las cejas, incitándome a que hable.

—A ver cómo te cuento yo esto... —murmuro—. Verás..., en una de tus entrevistas comentaste el nombre del perfume que llevas siempre y me compré un frasco. —Pablo abre los ojos de par en par y yo agacho la cabeza. ¿Para qué narices he abierto la boca?—. Lo rociaba sobre mi almohada..., así me imaginaba que olía a ti —le confieso sin mirarle. ¿Y ahora por qué no dice nada? Tierra, trágame.

—¿En serio? —me pregunta aupándome la barbilla para que le mire. Asiento tímidamente.

Empieza a reírse sin control e intento hacerme la enfadada, separándome de él y sentándome con los brazos en jarra.

—Yo no le veo la gracia, ¿eh? —le digo intentando parecer seria.

—Anda, boba, no te enfades. —Y me atrae a su cuerpo y junta sus labios con los míos para llevarse mi aliento una vez más. Me deja petrificada, sin reacción posible. Vuelve a reír y me abraza con fuerza—. Todavía no te has acostumbrado, ¿eh? —me susurra deslizando sus labios por mi cuello, estremeciéndome.

—Tengo la ligera sensación de que se ríe usted constantemente de mí —protesto en broma agarrándome a su espalda con fuerza.

—¿Yo? —replica mofándose.

—Voy a tener que castigarte, entonces... —le amenazo en tono grave.

Y sin que pueda acabar la frase, se lanza sobre mí y me aprisiona entre la cama y su cuerpo. Siento su aliento en mi rostro y rodeo sus hombros con mis manos para atraerlo todavía más. Necesito sentir sus besos, necesito saber que por fin es mío, que se acabó la tortura... Levanto la cabeza poco a poco, acercándome a sus labios, sin apartar la vista de sus ojos. Su mirada me transporta a otro mundo... Acorto los pocos centímetros que nos separan y cierro los párpados para sentir únicamente su boca, para que la vida me permita creer que sólo existimos él y yo.

—¿No decía usted que iba a castigarme?

Abro los ojos de par en par y veo que empieza a reírse de nuevo.

—Conque esas tenemos, ¿eh? Pues veamos quién aguanta más —murmuro zafándome de su cuerpo y sacándole la lengua. Me levanto de la cama y me acerco a la puerta de la habitación, intentando no resbalarme con las flores.

—¿Dónde vas? —me dice descolocado.

—A desayunar. Tengo hambre —le contesto volviendo a mostrarle mi lengua y saliendo por la puerta.

Intento hacer balance de todo lo que ha pasado durante estos meses. Me parece increíble haber pasado la noche de mi cumpleaños junto a él, y por fin sin remordimientos. Se acabó Raquel, se acabaron las dudas, los problemas, los celos, las miradas indescifrables..., se acabó...

Bajo las escaleras con cuidado y la primera imagen que encuentro al llegar al último escalón es la de Claudia sentada en una mesa del restaurante.

—Buenos días —exclamo feliz.

—Buenos días —me dice con una mueca cómica mientras lleno un vaso con zumo de naranja.

Me siento junto a ella y sonrío de nuevo.

—¿Sedienta? —me pregunta jocosa.

—Con dolor de cabeza... —le digo tomando un sorbo.

—No me extraña, hija mía... te bebiste hasta el agua de los floreros —me informa riendo.

—Ni me acuerdo... Se me van los recuerdos en el balcón... con Pablo... —murmuro tímidamente.

—Pobre chico... La noche que le debes de haber dado. ¿Sigue entero?

—¡Claudia! —exclamo enrojando.

—¿Qué? Después de lo que vi en la fiesta, ¿qué quieres que piense? ¿Que habéis jugado al parchís?

—Pues...

—Por lo menos dime que has usado protección...

—¡Claudia!

—¿Qué?

—¡Que no ha pasado nada! —grito enfadada.

Me mira como si sus ojos fueran a salirse de las órbitas.

—¿Qué? —mascullo aún más irritada al ver su expresión.

—¡Pero si casi le violas en la fiesta!

—¿Cómo? —le digo confusa.

—Que, Marina, ¡estabas irreconocible! No parabas de besarlo y toquetearle por todos lados. Pobre hombre..., llevaba unos calores encima..., por no decir otra cosa —me dice riendo.

—¿En serio? —musito incrédula.

—Ajá...

—Dios mío..., ¡qué vergüenza! ¿Pero por qué no me paraste? Dios mío, ¿qué va a pensar de mí?

—Tranquila, si estaba esta mañana contigo en la cama, no tienes por qué preocuparte —dice riéndose.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me dejes beber?

—Marina, que vas teniendo una edad ya, ¿eh? Que no soy tu madre...

Me levanto desconcertada, no sé exactamente qué le voy a decir a Pablo. Dejo a Claudia en el comedor y me cruzo con Maxi al subir las escaleras. Intenta frenarme, pero, cual sonámbula, sigo mi camino hasta la habitación sin mediar palabra. Abro la puerta y veo que Pablo se está vistiendo. Me mira y sonrío, lo que me pone todavía más nerviosa.

—Pablo, ven —le digo sentándome en la cama e indicándole que hago lo mismo. Su expresión cambia al instante y se acerca a mí serio—. Yo... quiero pedirte perdón

por... por lo de anoche.

Sonríe y rodea mi cuerpo con sus manos para acercarme a él.

—Me habías preocupado —me comenta aliviado—. La noche fue perfecta y punto.

Me besa la frente y acaricia mi cabello con dulzura.

—Yo... yo no soy así..., pero... —intento excusarme.

—Aquí estoy para cuidarte. Con copas de más, malita, con frío, con miedo...

Sonríe y le abrazo con fuerza.

—¿Y ahora?

—Que me he quedado solo... —canta risueño.

—Bobo... —me río y le beso dulcemente.

—Pablete —me dice volviendo a posar sus labios sobre los míos.

Lanzo una exclamación al recordar al pequeño yorkshire.

—¿Y el perro?

—Claudia lo tiene a su cargo.

Sonríe y vuelvo a ponerme seria.

—¿Qué va a pasar ahora?

Él esboza una sonrisa para intentar tranquilizarme, supongo, y me acaricia la cara sin dejar de mirarme.

—Pues me temo que tendré que volver... —me anuncia enseñándome su iPhone. Ciento cuarenta y ocho llamadas perdidas...—. Creo que la policía anda buscándome por todo Puerto Rico...

AGRADECIMIENTOS

Mi sueño ve la luz (por fin) entre nervios, esperas e incertidumbres que quedan atrás. Ha sido un camino largo junto a muchas personas que de una manera u otra han decidido formar parte de él, y a las que no quiero pasar por alto.

En primer lugar, quiero acordarme de todas aquellas personas que han contribuido a mi educación, a mis ganas de escribir y a las que con sus actos me han impulsado a luchar para hacer realidad todo esto.

Gracias a ése más de medio millón de visitas por pasar su tiempo navegando entre las páginas y las letras que un día decidí compartir con vosotros. A todas esas personas que semana tras semana se conectaban a las redes sociales y entraban al blog para comprobar si podían leer un nuevo capítulo, y me apremiaban a continuar con esa «Te he echado de menos» que los primeros lectores conocieron.

A mis compañeras redactoras de la revista *AM*. Gracias a Pilar, Esther, Cristina R., Cristina A. y Natalia por luchar conmigo para que de una vez por todas «todo el trabajo tenga su recompensa», aunque no en todo. Como os digo muchas veces, a pesar de..., seguimos aquí, y sólo espero que algún día el trabajo de todas tenga sentido, porque el tiempo lo pone todo en su lugar, y es hora de que lo haga. Os quiero bien, porque nosotras, *A Magazine*, sólo sabemos querer así. Espero que este camino que hace más de tres años emprendimos juntas dure mucho...

Gracias a todas aquellas personas que han estado a mi lado en este largo camino: Angélica, Mariela, Raquel, Sofía, Blanca... Y a Janira; te fuiste muy pronto, pero siempre llevaré tu sonrisa en el alma. Gracias por estar a mi lado. Estoy segura de que esto te alegraría tanto como a mí. DEP.

Gracias a Roser Herrera y a Letras Propias por su representación. Gracias a Gemma Font por la dedicación y el empeño que ha puesto para que este proyecto tenga el mejor fin. Gracias por vuestra confianza y apoyo. Gracias a Editorial Planeta y en especial a Lola Gulias por confiar en mí y apostar por mi trabajo.

Gracias a toda mi familia por estar a mi lado, por darme todo el apoyo de este mundo y por confiar en mí.

A mis abuelos. Los cuatro. Sé que estéis donde estéis, estáis a mi lado. Habéis contribuido a que este sueño se haya hecho realidad. Os echo mucho de menos y os llevo en el corazón. Y a la única que tengo conmigo aquí, gracias por estar, por cuidarme y mimarme tanto. Te quiero mucho.

A mis padres por luchar tanto por darme un futuro, por su empeño en cuidar mis estudios y por inculcarme sus valores. Dicen que quien tiene un amigo tiene un tesoro; pues a mí el tesoro me lo dieron con mis padres. Gracias por darme todo lo que soy. Os quiero.

Y me he estado guardando el GRACIAS más grande y más importante en toda

esta lista para alguien crucial. Para una persona que ha hecho posible que hoy tú tengas este libro en tus manos. Alguien que se empeñó en que esto debía ir más allá, y gracias a su gesto ha logrado que mi sueño se haya hecho realidad. Gracias a mi tío Joan. Gracias por portarte tan bien conmigo siempre, por confiar en mí más que yo misma y por enseñarme que hay que luchar por las cosas y creer en lo que uno hace. Siempre te estaré eternamente agradecida por esto y por todo lo que has hecho por mí a lo largo de los años. *T'estimo.*

Y gracias a ti, que en definitiva formas parte de todo esto.



NAIARA DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1992). Periodista, escritora y bloguera especializada en gestión de contenidos digitales.

Fundadora, editora y redactora de la revista *Alboranista's Magazine*, con más de cien mil suscripciones. Su obra literaria se inicia en la adolescencia escribiendo relatos en la red, dentro del fenómeno fan y enmarcados en el género narrativo del *chicklit*. La pasión por la música y por uno de sus ídolos culminará con la creación en 2012 de su blog. En él comparte historias con las seguidoras de su cantante favorito, y cuenta con un seguimiento de más de medio millón de visitas.

El gran soporte de sus fans sin duda ha contribuido ahora a la publicación de su tan esperada primera novela. Actualmente comparte su tiempo con la difusión de sus nuevos relatos *on line* y la escritura de su próxima ficción.